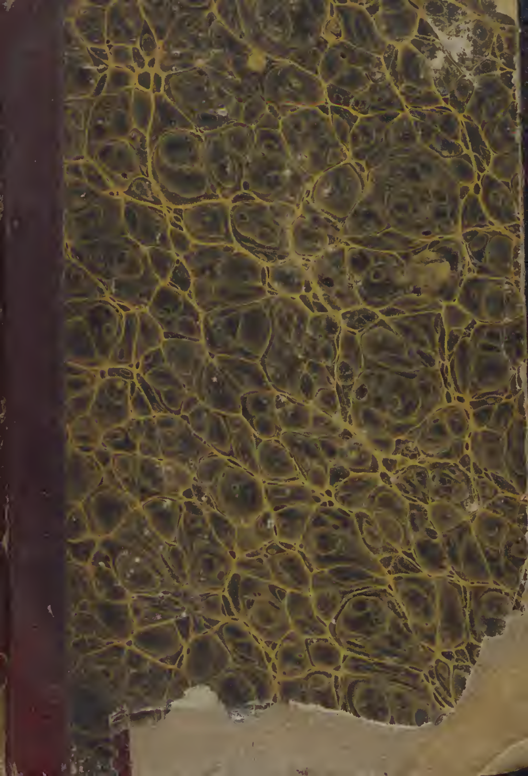
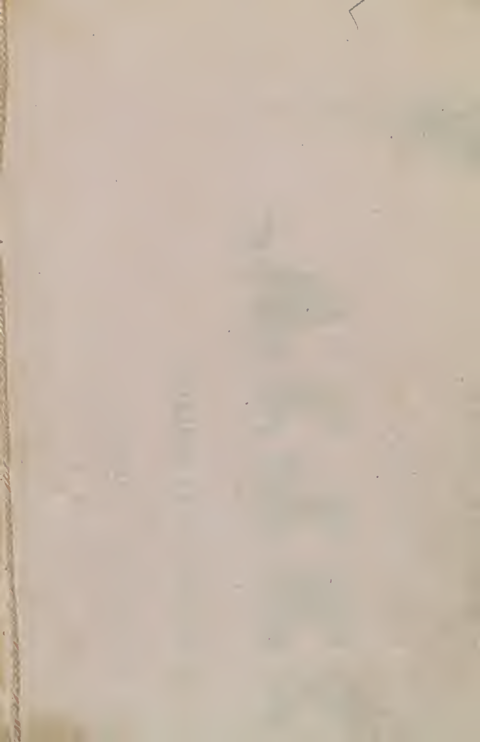
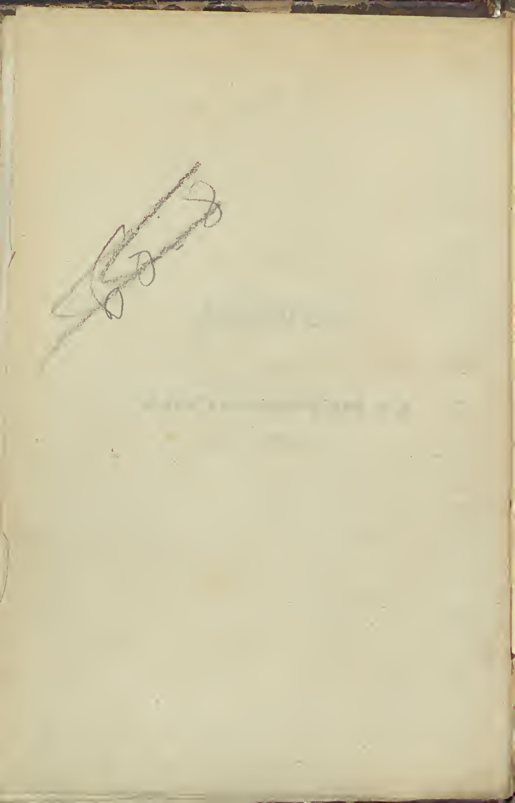




ROUGET,

ó

LA DEPRAVACION.





COLECCION DE NOVELAS ESCOGIDAS.

ROUGET

ó

LA DEPRAVACION.

Novela original

DE MR. H. DE BALZAC:

TRADUCIDA LIBREMENTE AL ESPAÑOL

por

D. F. A. F.

TOMO I.

SEVILLA.

F. Alvarez y C.ª, impresores y editores,
calle Colcheros, número 30

1845.





ROUGET,

O LA DEPRAVACION.

I.

ISSODUN.

El movimiento y las distracciones consiguientes á su viage, aliviaron en algun tanto el sentimiento que esperimentaba Madame Bridau, y la permitieron pensar en el objeto que se lo hiciera emprender. Lo primero que hizo, fué sacar de su cartera y volver á leer la carta de la señora Hochon, que tanto habia conmovido al procurador Desroche. Las palabras *concubina* y

miserable, trazadas por la pluma de una septègenaria, señora tan religiosa como respetable, y empleadas para designar á aquella muger, que insensiblemente se iba tragando la fortuna de Juan Santiago Rouget, á quien igualmente se daba el dictado de imbécil, la hicieron reflecsionar profundamente; pero sin que pudiese ver ni acertar, el como su presencia en Issodun podria salvar aquella herencia de la rapacidad de una ramera que se habia apoderado de un hombre, sino imbécil del todo, al menos sumamente débil y negado.

Su hijo José, pobre artista entusiasta, en nada se ocupaba; de nada entendia, sino de pinturas; y las leyes eran para él, un objeto totalmente desconocido y del que apenas habia oido hablar. Por tanto, no quedó poco maravillado al oir la esclamacion de su madre, y como repitiéndola dijo:

=Nuestro amigo Desroches, antes de enviarnos á salvar una herencia, hubiera debido esplicarnos el modo de hacerlo.

=En cuanto me lo permite mi débil cabeza, aturdida aun, con la idea de nuestro Felipe que está en la carcel, sin tener ni aun tabaco para fumar, espuesto tal vez á comparecer ante un tribunal, repuso Agata su madre; me parece que el jóven Desroches nos dijo, que lo que teniamos que hacer, era reunir pruebas para entablar una acusacion de robo capcioso, en el caso en que mi hermano haya hecho ó hiciese un testamento en favor de esa.... esa.... muger.

=Pues me gusta el señor Desroches, esclamó el pintor: bonitos somos nosotros para ocuparnos de una cosa que no entendemos ni por el forro. ¡Pero que diablos! si nosotros no podemos hacer nada, como es probable, que venga él que lo entiende, en nuestro lugar.

=Es inutil que nos rompamos la cabeza ahora, dijo Agata; luego que lleguemos á Issodun, mi madrina la señora Hochon, nos dirá lo que hemos de hacer.

Esta conversacion que pasaba entre la señora Bridau y Josef, cuando despues de haber cambiado de coche en Orleans, entraba la diligencia en Sologne, indica suficientemente, cuan incapaces eran el pintor y su madre, de hacer el papel que les destinára el terrible Desroches. Pero Agata, al volver á Issodun despues de una ausencia de treinta años, iba á hallar tales variaciones en las costumbres de sus conciudadanos, que nos parece muy del caso, trazar en pocas palabras el cuadro de aquella ciudad. Sin esto, les sería dificil á nuestros lectores, el comprender el heroismo de que daba prueba la señora Hochon al querer protejer abiertamente á su ahijada; y menos pudieran entender, la situacion de Juan Santiago Rouget. Aunque el médico padre de este, le hubiese acostumbrado á mirar á Agata, como á una estraña, parecia no obstante algo raro, que un hermano hubiese pasado nada menos de treinta años, sin saber, ni desear saber de su hermana. Tan singular silencio, era mo-

tivado sin duda, por causas estraordinarias, que otros que no fueran José y Agata, hubieran procurado conocer. En fin, habia ciertas relaciones íntimas entre el estado en que se encontraba aquella villa y los intereses de la familia de Bridau, que el curso de la narracion, nos pondrá en claro.

Es Issodun, aun que le pese á París, una de las mas antiguas ciudades de Francia. A pesar de las preocupaciones históricas, que representan al emperador Probo, como el Noé de la Francia, Cesar hace mencion del escelente vino de Champ-fort (*de campo forti*) que es uno de los mejores de Issodun. Rigord por otra parte, habla de esta villa en términos, que ninguna duda dejan con respecto á su gran poblacion é inmenso comercio. Pero el testimonio de estos dos hombres, por mucho peso que tenga, no dá idea de la antigüedad de Issodun, que ecsistia mucho antes que ellos.

En efecto, algunas escavaciones hechas últimamente por el señor Armando Peremet, célebre arqueólogo de aquella ciudad, han descubierto debajo de su célebre torre, una basílica del siglo V.; sin duda la única que ecsiste en Francia. Esta iglesia subterránea, contiene en sus mismos materiales la prueba evidente de una civilizacion mas antigua; pues las piedras que la componen, son despojos de un templo romano, que fuera reemplazado por ella. Resulta, pues, de las pesquisas del célebre anticuario que he-

mos nombrado, que Issodun, como todas las poblaciones de Francia que terminan en *Dun Dunum*, asciende á la mas remota antigüedad: puesto que *Dun* en lengua Celta, significa, una eminencia consagrada al culto Druídico; y por lo mismo se deduce, que en su sitio, estuvo mucho antes de la venida de Julio Cesar á las Galias, un establecimiento militar y religioso: y si se quiere entender que al pié de esta montaña los romanos edificaron un templo á Isis, facilmente se hallará la etimolojía de *Isis-doun*; en el dia Issodun.

Ninguna duda cabe, en que en su famosa torre, acuñó moneda Ricardo corazon de Leon. La antigua basílica, le sirvió de base para edificar las murallas con que fortificára la villa. En aquellos tiempos era Issodun, el refugio de los comuneros y de los *Condottieri*, que Enrique II, opuso á su hijo Ricardo, cuando este se levantó contra su padre, siendo conde de Poitou. La historia de Aquitania, que no fué escrita por los Benedictinos, como se cree, no lo será por nadie probablemente, porque los Benedictinos no ecsisten. En fin hay una calle ó arrabal que vá desde el castillo, en direccion del norte, que se llama hace mas de dos mil años, la calle de Roma. Los habitantes de este arrabal se distinguen facilmente de sus conciudadanos, tanto por sus facciones como por sus costumbres, que prueban son de orígen romano. Casi todos son viñeros; y sus padres fueron los

que obtuvieron la memorable victoria de Charost, en el siglo XII, contra los yá citados comuneros.

Despues de la revolucion de 1830 vióse tan agitada la Francia, que la faltó tiempo para hacer caso de la insurreccion de los viñadores de Issodun: no permitieron que entrasen las tropas en la ciudad, comprometiéndose á responder ellos mismo de su tranquilidad, como lo hacian sus vecinos en la edad media. La autoridad se vió precisada á ceder á aquellas gentes apoyadas por seis ó siete mil viñeros, que despues de haber quemado todos los libros y registros de cuentas de las contribuciones, conducian á un empleado de los derechos de puertas, por las calles, de farol en farol, parándose debajo de cada uno y esclamando, *colguémosle de este*! El infeliz fué arrancado de entre las manos de estos furiosos por la guardia nacional, que le salvó la vida, conduciéndole á la carcel, bajo pretesto de formarle .causa. El general que mandaba la tropa, no entró en la ciudad, sino despues de haber hecho una capitulacion con los viñeros; y aun asi puede decirse que tuvo arrojo para penetrar por entre sus masas. En efecto, en el momento que llegaba á la casa capitular, un viñero le cogió por el pescuezo con una hoz de las que tienen atadas á un palo para podar las viñas, gritando: *no mas empleados; ó volvemos á empezar*. Este viñador, hubiera cortado aquella cabeza, que cien combates habian respetado, á no haber sido por

la intercesion de uno de los gefes de la revolucion á quien se le prometió *que se pediria á las cámaras* la supresion del resguardo.

En el siglo XIV, contaba aun Issodun con una poblacion de quince á diez y seis mil almas, mitad de la que tuviera en tiempo de Rigord. Cárlos VII tenia en aquella ciudad un palacio que aun ecsiste y que hasta el siglo VIII, era conocido con el nombre de la casa del rey. Esta ciudad entonces, centro del comercio de lanas, abastecia de ellas á la mitad de la Europa, ademas de consumir una gran porcion en sus fábricas de paños, sombreros y guantes, conocidos con el nombre de Chevrautins. En el siglo de Luis XIV, se citaba á Issodun por su elegancia, su buena sociedad y la pureza de su lenguage. En ella nacieron Baron y el muy célebre Rourdaloue. El cura Pupart, en su historia de Sancerres, dice que los Issodunenses, se distinguen entre todos los habitantes de la provincia de Berry, por su agudeza y su ingenio natural. En el dia, aquel esplendor y aquel ingenio, han desaparecido completamente. Issodun, cuya estension atesta la antigua grandeza, solo cuenta al presente unas doce mil almas; comprendiendo en ellas los cuatro inmensos arrabales de viñadores; que son los de Vilatte, San Paternes, Alouettes y Roma y se asemejan á otras tantas ciudades pequeñas. Los vecinos acomodados, viven como los de Versailles, en casas espaciosas, por muy poco dinero. Conserva aun el comercio de

lanas de Berry, pero lo perderá probablemente á causa de la introduccion de las de la raza *Ovina*, que el Berry no quiere adoptar. Sus viñas producen un vino que en el pais es estimado y que si fuese fabricado como los de la Borgoña y de la Gascuña, seria considerado como de los mejores de Francia. Pero por desgracia, en aquel pais, como en algunos de los mas feraces de Europa, los habitantes quieren hacerlo todo, como lo hacian sus abuelos; y con semejante sistema, no se pueden esperar otros adelantos ni mejoras, que las que en su tiempo se conocieran. La uva se estruja con su orujo, y este se conserva durante la fermentacion, con lo que el vino adquiere una aspereza detestable: los habitantes dicen que esta aspereza se modifica con los años; y que gracias á ella, su vino se conserva hasta ciento. Esta observacion que no creemos muy conocida, nos parece de bastante importancia para que sea estudiada.

El espíritu de *Statu-quo* que hemos descrito, esplica suficientemente la decadencia progresiva de Issodun: daremos un ejemplar de los resultados que esta indolencia ha producido. Cuando se trató de hacer un camino de París á Tolosa, era natural que el ramal de Bierzon á Chateauroux pasase por Issodun: de este modo, hubiera sido el dicho camino mucho mas corto: pero las notabilidades del pais y el ayuntamiento, pidieron que se hiciese por Vatan y no por Issodun, pretestando que de lo contrario, los víveres en su villa, au-

mentarian de precio y tendrian que pagar por un pollo, seis reales. Un ejemplo semejante de idiotismo solo puede hallarse en las partes mas salvages de la Cerdeña, en otro tiempo tan poblada y rica y en el dia, tan pobre y desierta. Cuando el rey, Cárlos-Alberto, por un movimiento tan laudable de civilizacion, quiso unir Sassari, segunda capital de aquella isla, con Cagliari, por medio de un hermoso y magnífico camino, único ecsistente en aquella inmensa Savana, que se llama la Cerdeña, la direccion directa ecsigia que pasase por Bonorva, distrito habitado por gente indómita, tanto mas comparable á las tríbus árabes, cuanto que realmente, son descendientes de los moros. Viendo que la civilizacion iba á alcanzarlos, aquellos salvages de Bonorva, significaron de un modo terminante su oposicion al proyecto. El gobierno no escuchó su disentimiento: pero el ingeniero que fué á plantar el primer piquete recibió una bala en la cabeza y quedó en el sitio. El hecho pareció olvidarse y el camino trazó una curba que le ha alargado de mas de 32 kilómetros.

En Issodun, interesados los vecinos opulentos en que no suba el precio de los comestibles, han hecho que el precio de los vinos se haya envilecido y de este modo han preparado la ruina de los viñadores, que no pueden pagar las contribuciones que siempre van en aumento. Del mismo modo la oposicion que manifiestan á mejorar el ganado lanar, será causa de la pérdida total de su comercio de lanas. Las gentes del campo tienen

un horror decidido por toda especie de variacion ó adelanto, aun cuando no puedan menos de conocer que ha de ser favorable para sus intereses. Un parisiense encontró á un labrador que consumia en su comida, una cantidad ecsorbitante de pan y de legumbres. Quiso probarle, que si substituyera á este alimento una cierta porcion de carne se mantendria mejor y mas barato; adquiriria mas fuerzas para trabajar y no gastaria tan pronto su capital de ecsistencia. El buen habitante del Berri, conoció la solidéz de su argumento, pero le contestó:

=¡Y el que dirán! señor.

=Como! ¿el que dirán?

=Pues ya se vé ¿que dirán las gentes?=El dueño de las tierras en que se pasaba esta escena, esplicó *el que diran* del labrador, dando á entender al parisiense, que si aquel siguiese su consejo, sería la fábula de todo el pais, que le creerian rico como el que mas; que temeria que le señalasen con el dedo y le hiciesen pasar por hombre débil ó enfermo.... y en fin concluyó diciendo: asi somos en este pais!

Hay muchas gentes que dicen lo mismo con orgullo, aunque quieren disimularlo.

Si es cierto que la ignorancia y la rutina, florecen en el campo, y que los labradores yacen en ella del modo mas vergonzoso, no lo es menos que la villa de Issodun, ha quedado en la mas completa estagnacion social. Precisados á combatir la decadencia inevitable de sus fortu-

nas por medio de la mas sórdida economía, cada familia vive en el mas completo aislamiento. Ademas que la sociedad, carece allí del *antagonismo*, único recurso que pueda entonar las costumbres. Aquella villa desconoce de todo punto, la contraposicion de dos poderes, á la que los estados italianos, debieron la vida y la ilustracion en la edad media. Los comuneros, la Jaquería, las guerras de religion y la revolucion, han hecho desaparecer de allí á toda la nobleza. La ciudad considera con orgullo este resultado, y se opone constantemente, de miedo que encarezcan los comestibles, á recibir una guarnicion en sus muros. De este modo, se ha privado de un medio de comunicacion con su siglo, y no menos de las ganancias que siempre deja la tropa. Antes del año de 1756, los militares consideraban la guarnicion de Issodun, como una de las mas agradables: una célebre causa, que ocupó á toda la Francia, entre un teniente general y el marqués de Chapt, cuyo hijo, oficial de dragones, fué muerto justa, aunque traidoramente, de resultas de una de sus indecentes galanterias, fué motivo para que desde entonces, no volviese á haber guarnicion en aquella ciudad: y el tiempo que tuvieron, á la fuerza, la brigada 44 durante la guerra de España, no fué muy á propósito para reconciliar á aquellos ciudadanos con los militares.

La misma enfermedad social, es la causa de que Bourges capital de la provincia del Berry,

(célebre en los anales de España) vea disminuir constantemente su poblacion. Estos grandes cuerpos van perdiendo el espíritu vital que les animára: y no puede negarse que el gobierno es el que tiene la culpa de estas desgracias. Su deber es, de apercibir estas manchas, ó mejor diremos, estas señales de enfermedad en el cuerpo político, y de oponer á ellas inmediato remedio, enviando para gobernar á estas localidades, hombres enérgicos, capaces de operar una mudanza saludable en tan triste estado de cosas. Pero léjos de hacerlo así, ocupado únicamente de sus intrigas y mezquinos planes políticos, aplaude á esta funesta y fúnebre tranquilidad. Y luego, ¿dondè encontrar nuevos gefes administrativos ó magistrados hábiles? ¿Que hombre de los que se dicen de estado, quiere enterrarse en una provincia, donde sus trabajos no tendrán lucimiento y no ofrecen sino una obscura filantropia? Si algun ambicioso incapaz, se somete á habitar una provincia pobre é ignorante; la poca energia de su carácter, se embota bien pronto y se nivela con la fuerza de inercia predominante en el pais.

A consecuencia de esta situacion particular, el departamento de Issodun, estaba administrado en 1822, por hombres nativos todos del Berry. La autoridad por tanto, se veia inerme y sin fuerza; escepto en los casos raros, en que la justicia no podia menos de obrar, escitada por la vindicta pública: pero repetimos que semejantes casos eran

muy raros. Issodun, hubiera sido capaz por su soporífica influencia, de adormecer hasta el genio de Napoleon. El procurador del rey (a) el señor Mouilleron, era el amigo, ó mas bien el primo de todos y cada cual; y su substituto, era un vecino de la misma villa. El regente de la audiencia, antes de llegar á obtener aquella dignidad, se hizo célebre por uno de aquellos dichos que en las provincias califican á un hombre de asno, para toda su vida. Fué como sigue: Despues de haber terminado la instruccion de una causa criminal en la que debia recaer la pena de muerte, dijo al acusado: «mi pobre amigo, tu negocio es claro como la luz del dia: no hay remedio, te ahorcarán; que esto te sirva de leccion para otra vez.» El comisario de policia, que lo fuera desde la restauracion, estaba emparentado en toda la provincia. En fin y para poner el colmo á la situacion que hemos descrito; no solamente la religion no tenia ningun influjo sobre las costumbres, sino que el cura no gozaba de la mas mínima consideracion. Los vecinos despreocupados (segun creian) ignorantes y chismosos, contaban muchas historietas de un género mas ó menos picante, de las relaciones del cura con su criada. Mas no por eso, dejaba de enseñar el catecismo á los muchachos; ni de

(a) Fiscal encargado de hacer comparecer ante los tribunales á todos los criminales y de pedir una pena proporcionada al crímen.

prepararles para su primera comunion; (a); Por lo demas, habia un seminario; la misa se decia con decencia y se guardaban las fiestas: pagaban bien las contribuciones, que es cuanto Paris pide á las provincias: en fin, el alcalde daba providencias; pero solo por rutina. De este modo la malicia y la administracion, caminaban mano á mano, con la situacion intelectual y moral del pais.

Los acontecimientos que vamos á referir, probarán mejor que cuanto hemos dicho, el efecto de este estado de cosas, que ademas no es tan raro como se pudiera imaginar. ¡Cuantas ciudades hay en el medio-dia de la Francia, que se parecen á Issodun! (b) El estado en que la *bourgoisie* (es decir la clase media de la sociedad) ha puesto á esta capital de provincia, es el mismo á que reducirá á todas las demas, y aun al mismo Paris si dicha clase continua, como al presente, dueña de la política interior y esterior de la Francia.

Permítasenos ahora, decir una palabra mas, sobre la topográfia del teatro de nuestra historia y hemos concluido.

Ocupa Issodun estendiéndose de Norte á Sur, una colina en forma de semicírculo, hácia el camino de *Chateauroux*. Al pié de esta colina, se practicó en otros tiempos, ya fuese para propor-

(a) Ceremonia que se considera muy importante en Francia y para la que se hacen grandes preparativos: por lo general, tiene lugar á los quince años.

(b) ¿Y en España?....

cionar agua á las fábricas ó para llenar los fosos que ecsistian al pié de las murallas, un canal, que en el dia se llama, *el rio forzado*, cuyas aguas vienen del Teols. Forma este rio forzado un brazo artificial, que desagüa en el rio natural, mas allá del arrabal de Roma, en el mismo parage donde desagua tambien el Tournemine y algunos otros arroyos. Estas pequeñas corrientes y los dos rios mayores, riegan algunas praderas de bastante estension, rodeadas de colinas blanquecinas ó amarillas, con algunas manchas. Tal es el aspecto de los viñedos de Issodun, durante las tres cuartas partes del año. Los viñadores, podan completamente las viñas, todos los años, sin dejar mas que un tronco informe en medio de un embudo de tierra semejante al que se construye al pié de los jóvenes olivos en España. Por este motivo, cuando se llega de Vierzon, de Vatan ó de Chateauroux, entristecida la vista por aquellas monótonas y estériles llanuras, se vé con particular placer, la verde campiña de Issodun, que es el verdadero *Oasis* (a) de aquel pais, donde se cultivan todas las legumbres que se consumen á diez leguas en contorno. Al pié del arrabal de Roma, hay un vasto terreno bajo ó mas bien pantano, todo de huertas, y dividido en dos

(a) Lugares amenos, cubiertos de yerba y sombreados por algunos árboles, que se encuentran en los desiertos del Africa y de Arabia. Hay en ellos por lo general, pozos ó fuentes, en los que las caravanas se desalteran.

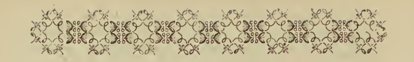
regiones, que se dicen el alto y el bajo Baltan. Una larguísima calle doble de álamos, conduce desde la ciudad, por medio de vastas y verdes praderas, á un antiguo convento que se llama Frapesle, en el que se ven unos jardines á la inglesa, únicos en el pais, y que han merecido á aquel parage, el nombre de Tívoli. Este es el sitio de las citas y de los solitarios paseos de los amantes.

Para un ojo observador, es fácil descubrir las trazas de la antigua grandeza de Issodun en la division de sus cuarteles ó manzanas. El castillo ó alcázar, que antes formaba por si solo una ciudad con sus murallas y fosos, constituyen hoy un cuartel particular, al que dan entrada las antiguas puertas y del que se sale por tres puentes arrojados sobre los dos rios referidos, lo que le dá verdaderamente la apariencia de una antigua villa. Las murallas conservan aun de trecho en trecho, formidables cubos, sobre los cuales se han edificado casas. Superior al castillo, se eleva la torre principal que le servia de verdadera fortaleza. El enemigo, que se apoderára de la ciudad, que rodea estos dos puntos fortificados, tenia que tomar el castillo: y aun dueño de este, le era preciso combatir la torre.

Indudablemente, á juzgar por su estension, el arrabal de San Paterne, que se estiende como una paleta al otro lado del castillo, debió ser antiguamente, la ciudad principal. Sin duda, desde la edad media hasta nuestros dias, Issodun

como París, habrá subido la colina, y se habrá agrupado al rededor del castillo. Esta opinion se corroboraba en 1825 por la hermosísima iglesia de San Paterne, recientemente derribada por el hijo del que la comprára de la nacion durante la revolucion de 93. Esta iglesia, modelo de la mas bella aquitectura romana que poseyera la Francia, ha desaparecido, sin que nadie dibujase la portada, que se conservaba intacta y pura. La sola voz que se elevó para salvar tan precioso monumento (a) no fué oida ó escuchada de nadie, ni en Issodun ni en ningun otro punto de Francia. Aunque el castillo de Issodun tenga como hemos dicho el aspecto de una ciudad antigua, con sus calles estrechas y tortuosas, y sus viejas casas, la verdadera y primitiva villa, que fué tomada y quemada varias veces y en diferentes épocas, particularmente en tiempo de la *Fronde* cuando ardió toda entera, tiene un aspecto moderno, espaciosas calles y casas cómodas y aun elegantes, comparadas con las de otra ciudades, que han valido á Issodun, en algunas geografías, el dictado de *bonita*.

(a) ¡Cuantas se han elevado, en vano, en España!



II.

Los caballeros de la Holganza.

En una ciudad tal como hemos representado á Issodun, sin actividad, ni aun comercial, sin aficion á las artes, sin ocupaciones cientificas, y en fin, en la que cada cual se encerraba en su casa; debia suceder y sucedió que al efectuarse la restauracion, en 1816 concluida que fué la guerra, muchos de los jóvenes de la ciudad se quedaron sin carrera y sin saber que hacer, hasta que llegase la época de casarse ó hasta que la muerte les proporcionarse entrar en el goce de la herencia de sus padres. Aburrianse en sus casas, pues el pueblo no les ofrecia ninguna distraccion: y así, siguiendo al pié de la letra el refran de su pais que dice, que *es preciso que la juventud haga de las suyas ó*

de comestibles; cogia la fruta, antes que sus dueños, y no habia pared tan alta que él no escalase. Era un demonio sin rival para todos los ejercicios violentos: tiraba á la barra como el primero y corria mas que un galgo; era apasionado por la caza y tenia tan buena punteria, que no se le escapa una pieza. Asi es que en lugar de estudiar pasaba todo el dia cazando ó tirando al blanco. Empleaba todo el dinero, que podia robar al viejo Hochon, en comprar pólvora y balas para una pistola vieja que su padre (ante la ley) le habia dado. Sucedió que en 1806, Max que ya tenia diez y seis años, cometió aunque involuntariamente un homicidio: pues habiendo entrado en un jardin de noche á robar fruta, asustó al efectuarlo de tal suerte á la dueña que estaba en cinta, que la dió un accidente, de cuyas resultas murió. Su padre el zapatero Gilet, que deseaba verse libre de él, le amenazó con la guillotina, y le inspiró tanto miedo que tomó el camino y llegó sin pararse hasta Bourges, precisamente el dia en que pasaba un regimiento por aquel pueblo con direccion á España: enganchose en él y abandonó á su patria, sin que nadie le molestase por la muerte involuntaria de la muger.

Un jóven del genio de Max, debia naturalmente distinguirse en la carrera militar, y con efecto lo hizo, de modo que en tres años, llegó á ser capitan, sirviéndole no poco para tan rápidos ascensos, la escasa instruccion que habia recibido en

el colegio. En 1808 hallándose en Portugal, fué dejado por muerto en una batería inglesa que habia ganado su compañía, pero que no pudo conservar. Hecho prisionero por los ingleses, estos le enviaron á los pontones españoles de Cabrera, que eran los peores de todos. Sus gefes pidieron para él, la cruz de la legion de honor y el grado de gefe de batallon, pero el emperador que se hallaba entonces en Alemania, reservaba todas las recompensas para las hazañas que se hacian á su vista: no gustaba de los que se dejaban coger prisioneros, y en fin estaba muy poco satisfecho con los asuntos del Portugal. De esta suerte Max pasó cuatro años en los pontones, donde acabó de desmoralizarse completamente. A fin de conservar su libertad de pensar, y de preservarse de la corrupcion que reinaba en aquellas infames prisiones, indignas de un pueblo civilizado (a) el jóven y hermoso capitan, mató en siete duelos diferentes, á siete espadachines barateros, que dominaban tiránicamente en aquel miserable asilo; lo que le valió el mas sincero reconocimiento de las desgraciadas víctimas de tan singular opresion. Desde entonces, fué Max, el rey de su ponton, sin que nadie le disputase el poder; gracias á la sorprendente habilidad que habia adquirido en el manejo de las armas, no menos que á su fuerza y agilidad. Pero no pudo ecsimirse del fatal resultado

(a) Peores aun si es posible, eran las mazmorras inglesas: mientras que los prisioneros españoles, en Francia, gozaban de la vida mas amena.

que trae consigo, la soberania absoluta: es decir que cometió no pocos actos de despotismo y arbitrariedad, los que no impidieron no obstante, que tuviera sus cortesanos y aduladores. En aquella escuela de vicio, tanto como de sufrimiento, en la que la naturaleza agriada por las privaciones y males físicos, ecsaltaba la imaginacion y la inclinaba á los pensamientos mas atroces, Max se depravó completamente, acomodose al modo de pensar de aquellos, que deseaban hacer fortuna á todo trance, sin reparar en los medios que habian de emplear para conseguirlo; porque todos les eran buenos por criminales que fuesen, con tal que no dejasen pruebas de su delito. En fin, hecha la paz, salió de su horrenda prision, corrompido en la parte moral y dispuesto á todo, pero inocente aun: apto para ser un profundo político si la fortuna le colocaba en una alta esfera; ó bien un miserable salteador y aun asesino, si la suerte le reducia á una condicion baja.

A su regreso á Issodun, supo la muerte de sus padres: los cuales, como todos los que se entregan á sus pasiones y tienen por sistema el triunfar mientras quede una peseta, murieron en la mas espantosa indigencia, en un hospital. A poco del regreso de Max á sus penates, se supo la vuelta y desembarco de Napoleon en Cannes; toda la Francia, se puso en combustion y Max sin perder tiempo se dirigió á París á solicitar su grado de mayor. El mariscal, que entonces tenia la cartera del ministerio de la guerra, acordándose

de la heróicá conducta que Max' habia observado en Portugal, le hizo entrar de capitan en la guardia, lo que le daba el grado de gefe de batallon en la línea; pero no pudo obtener para él, la cruz de la legion; y como se quejára Max de no haberla obtenido, el mariscal le contestó: «me ha dicho el emperador, que V. la sabrá ganar en la primera batalla.»

Efectivamente en la batalla de Fleurus, el capitan Gilet se distinguió tan de veras, que el mismo emperador tomó nota, para condecorarle. Despues de la batalla de Warteloo, Max se retiró con los restos del ejercito al Loire; y cuando poco despues se licenció aquel ejército, el duque de Feltre no quiso reconocer á Max, ni su grado, ni la cruz. La consecuencia natural, fué que el soldado de Napoleon, se retiró desesperado á Issodun, no queriendo continuar sirviendo sino con el grado de gefe de batallon, y con la cruz de la legion. El ministerio no accedió ni á una ni á ctra pretension, pareciéndole ecsorbitante, en un jóven de veinte y cinco años, sin familia ni nombre, que podia de aquel modo llegar á ser coronel antes de tener treinta años: Max á quien notificaron estas ideas, pidió su retiro. Nuestro comandante, pues así le llamaban los Bonapartistas que se reconocieron mutuamente los grados que habian obtenido en 1815, perdió de este modo, la triste media paga que el gobierno concedia á los oficiales del ejército del Loire.

Al ver á este bello jóven, cuyo capital consistia en veinte Napoleones, todo Issodun se interesó en su suerte, y el alcalde le dió en el ayuntamiento, un empleillo que le valía dos mil cuatrocientos reales anuales. Max sirvió su destino durante seis meses, y habiéndole dejado despues, entró á servirle en su lugar un capitan, bonapartista como él, llamado Carpentier. Luego que Gilet obtuvo como hemos visto la encumbrada posicion de gran maestre de la Holganza, adoptó un género de vida que le perdió en la opinion de las personas decentes del pueblo, aunque no se lo manifestaron á las claras: porque su genio violento, le hacia temer de todo el mundo, aun por los oficiales del antiguo ejército (a) que habian tomado su licencia absoluta, y se habian retirado á plantar coles, al Berry. Por la esplicacion que ya hemos dado, con respecto á Issodun, el lector no estrañará que los habitantes de aquella ciudad, fuesen poco adictos á la dinastía de los Borbones. Así fué, que relativamente á su poca importancia, hubo allí mas Napoleonistas que en ninguna otra ciudad de Francia. Nadie ignora que casi todos los Bonapartistas se hicieron liberales: y habia lo menos doce oficiales en Issodun, retirados como Max, que todos le tomaron por gefe, porque á todos agradaba: dos habia, no obstante, de contrario modo de pensar; estos eran Carpentier, el que le reem-

(a) Es decir el ejército que sirvió á las órdenes de Napoleon.

plazára en el ayuntamiento y un tal Mignonet capitan de la artillería de la guardia imperial. Carpentier, oficial de caballería de baja estraccion, se casó muy pronto y pertenece hoy dia, á una de las familias mas respetables de la ciudad, la de Borniche-Hercau. Mignonet, alumno de la escuela polytécnica, habia servido en un cuerpo que se atribuye la superioridad sobre todos los demas á causa de sus conocimientos científicos. Habia en los ejércitos de Napoleon, dos categorías muy marcadas.

La una y era la mas considerable, tenia para con los ciudadanos ó paisanos un desprecio muy pronunciado; no se picaba de observar las leyes del honor en sus relaciones con ellos: ni consideraba como un delito, el distribuirles algunos palos de cuando en cuando. Otros y en particular la artilleria, á consecuencia sin duda de su espíritu de republicanismo, eran contrarios á esta doctrina, que tendia nada menos que á dividir la Francia en dos diferentes y opuestos bandos: es decir: la Francia militar y la Francia civil. Asi pues, el comandante Potel y el capitan Renard, dos oficiales del arrabal de Roma, cuyas opiniones sobre los paisanos, no habian variado, fueron los amigos íntimos de Max Gilet; el comandante Mignonet y Carpentier, tomaron el partido del paisanage; y no tuvieron rebozo en decir que la conducta de Max era indigna de un hombre de honor. El comandante Mignonet, hombrecito enjuto pero lleno de dignidad, no se ocupaba sino de los problemas que

presentaban las máquinas de vapor, y vivia modestamente sin otra sociedad que la del capitan Carpentier y su muger. Sus costumbres dulces y ocupaciones científicas, le merecieron la consideracion de toda la ciudad. Por eso todo el mundo decia, que los señores Mignonet y Carpentier, eran gentes muy distintas, del comandante Potel, del capitan Renard, Max y otros habitantes del café militar, que conservaban las costumbres soldadescas y los modales del Imperio.

En el momento en que la señora Bridau volvia despues de tan larga ausencia á Issodun, Max se hallaba como desterrado de la sociedad: y él por su parte parecia hacerse justicia á si mismo; pues ni se presentaba en la reunion, llamada el *Círculo* (semejante al Casino) ni parecia estar quejoso de la especie de reprobacion en que vivia; y no obstante, era el jóven mas elegante y mejor puesto de Issodun: gastaba mucho y tenia un caballo; cosa tan rara en aquel pueblo, como el de Lord Byron en Venecia.

Esplicarémos brevemente, el como aunque pobre y sin recursos, hallo Max, modo de ser el Leon de Issodun (a). Esta esplicacion es indispensable, por que los medios vergonzosos que le merecieran el desprecio de las gentes timoratas y religiosas de su pueblo, tienen íntima conecsion con las causas que motivaron el viaje de Agata y José.

(a) Nombre que se dá en Lóndres, y por imitacion en Paris, á los antiguos dandies, lechuguinos ó paquetes de una esfera elevada.

Segun la audacia de su porte y la espresion de su fisonomía, parecia que Max tenia en muy poco la opinion pública: sin duda calculaba con que llegaria un dia, en el que podria desquitarse y hacer que los que ahora le despreciaban, le tributasen un humilde homenage. Por otra parte si la gente acomodada y sensata de la poblacion, le estimaba poco, la admiracion y respeto que el bajo pueblo le tributaba, recompensaba con usura su amor propio. Su valor, su atrevimiento, buen porte y decision, naturalmente le ganaron el afecto de la gente comun; que por otra parte ignoraba su depravacion, aunque para decir verdad, era esta mayor aun de lo que sospechaban las personas morigeradas. Max, en Issodun, representaba casi el mismo papel, que el armero *de la linda niña de Pereth* en la célebre novela de Sir Walter Scott; era sobre todo, el campeon de los Bonapartistas y del partido de la oposicion: los ciudadanos de Issodun, contaban con él, como los de Perth con *Smith* en las ocasiones de peligro ó en las que era preciso que el honor de la villa, quedara bien puesto: y un desafio célebre que tuvo, vino á poner el sello á su fama; fué así: en 1819 un batallon mandado por oficiales realistas, jóvenes educados la mayor parte en la *Casa Roja* entró en Issodun de paso para Bourges, á donde iba de guarnicion. Sin saber como matar el tiempo, en un pueblo tan amante á la constitucion, los oficiales se fueron al café militar. No hay ciudad de provincia en Francia, grande ó pequeña, donde no

ecsista un café militar. El de Issodun situado en un ángulo de los baluartes, al lado de la plaza de armas, tenia por ama á la viuda de un antiguo militar y servia naturalmente de club á los Bonapartistas, á los oficiales á media paga, y en fin á cuantos eran de su opinion y que gracias al espíritu del pueblo, podian sin peligro y sin rebozo manifestar su adhesion Bonapartista. Habiase instituido desde 1816 una comida anual entre aquellos señores, en celebridad del aniversario del coronamiento de Napoleon.

Como ya hemos dicho los oficiales realistas se dirigieron al café militar. Los tres primeros que llegaron pidieron la *Cotidiana y la Bandera Blanca*. (a) Pero ni el espíritu público del pueblo, ni menos el que reinaba absoluto en el café militar permitian la admision de semejantes periódicos. Alli solo se leia *el Comercio*, nombre que hubo de adoptar el *Constitucional* suprimido durante algunos años: pero como al suprimir número, se vió el epígrafe de, *El Comercio es esencialmente Constitucional*, todo el mundo persistió en llamarle el *Constitucional*. No hubo un abonado al primero, que no concibiese en el acto el *quid proquo* que no otra cosa queria decir, sino *no hagais alto en el rótulo, que el vino siempre será el mismo.* Asi fué que la viuda del antiguo militar, al oir pedir á los oficiales los periódicos realistas, les contestó secamente desde su trono en el mostrador;

(a) Periódicos ultra-realistas.

=Aqui no hay los periódicos que W. desean caballeros.

=¿Pues que periódicos tiene V? le preguntó uno de ellos, que era el capitan.

El mozo, sin contestar, le presentó el Comercio.

=Ah! con que este es el periódico que ustedes tienen? dijo el capitan; ¿Hay otro?

=No señor, dijo el mozo, es el único.

El capitan, hizo pedazos aquel eco de la oposicion, lo tiró al suelo, escupió encima, y con la mayor calma pidió un juego de dominós.

En menos de diez minutos la noticia del insulto que habia sido hecho á la oposicion constitucional y al liberalismo, en la persona del sacrosanto periódico (que como todos saben, atacaba al clero con un valor y una agudeza tan peregrina) se derramó por las calles, y penetró como la luz en las casas: no se hablaba de otra cosa; y mil bocas esclamaron á la vez; «vamos á decírselo á Max!»

=¿En donde está?

=¡Bonita pregunta! en la plaza de San Juan.

Pocos minutos despues, supo Max cuanto habia ocurrido; y antes que los tres oficiales realistas, hubiesen concluido su partida de dominós, Max, seguido del comandante Potél, del capitan Renard y de unos treinta jóvenes paisanos (que querian saber en lo que terminaría el negocio; pero que casi todos se quedaron en grupos en la plaza de armas) entró en el café, que al punto se vió lleno de gente.

=Mozo, mi periódico, dijo Max en alta voz pero con mucha dulzura.

La dama del mostrador, haciendo muy bien su papel, contestó con un tonito temeroso:= Capitan, lo he prestado.

=Id á buscarlo al instante, dijo al mozo uno de los amigos de Max.

=¿No puede V. pasarse hoy sin él? contestó el mozo: ya no le tenemos.

Los jóvenes oficiales, reían de este diálogo y seguian jugando, pero echaban malignas miradas hacia los paisanos ó los que parecian tales.

=Calla si le han hecho pedazos! esclamó un jóven de la ciudad, mirando á los piés del capitan realista.

=¿Quien ha sido bastante osado, esclamó Max con voz de trueno, levantándose con los brazos cruzados y los ojos centelleantes, para hacer pedazos el periódico?

=¿Quien? respondieron á la vez los tres oficiales levantándose y mirando á Max; nosotros y por señas que hemos escupido encima.

=Ustedes han insultado á toda la poblacion; dijo Max palideciendo de cólera.

=Y qué, que tenemos con eso? pregunto el mas jóven de los tres.

Max, con una ligereza y una audacia que los tres oficiales estaban léjos de preveer, dió dos terribles bofetones al que tenia mas cerca y le preguntó con la mayor calma ¿me entiende usted?

Sin decir mas palabra, fueron á batirse al

paseo de Frapesle, tres contra tres. Potel y Renard, no quisieron permitir de ningun modo, que Max solo se batiese contra los tres. Max, mató á su adversario, en el acto: el comandante, Potel, hirió tan gravemente al suyo (un infeliz hijo de familia) que espiró al dia siguiente, en el hospital á donde le condujeron. En cuanto al tercero, salió herido pero hirió tambien á su antagonista el capitan Renard. El batallon, salió aquella misma noche para Bourges. Este suceso que tuvo celebridad en el Berry, estableció la reputacion del heroismo de Max, de un modo inalterable.

Los caballeros de la holganza, jóvenes todos, pues el de mas edad no llegaba á veinte y cinco años, admiraban á Max y se le proponian por modelo; la mayor parte, léjos de participar de la antipatía que sus familias le tenian, envidiaban su posicion y lo creian muy feliz: Ya hemos dicho que la órden, bajo un gefe tan célebre, hacía los mas brillantes progresos: y desde 1817, no pasó semana, sin que alguna de sus travesuras, pusiese á la ciudad en combustion. Habia Max, establecido ciertas pruebas y condiciones para los caballeros profesos; y aun se redactaron estatutos para la órden. Aquellos demonios, en poco tiempo se hicieron tan hábiles y diestros como los discipulos de Amorós; (a) atre-

(a) Coronel español, que se ha hecho célebre en Francia por los ejercicios gimnásticos y gefe de la escuela gimnástica establecida en París.

vidos como los milanos; fuertes y diestros como malhechores: perfeccionáronse en el oficio de escalar tejados y casas, de andar sin el mas leve ruido, de saltar fosos, de hacer mezcla y de condenar una puerta en un instante; tuvieron un arsenal bien provisto de cuerdas, de escalas, de disfraces y de herramientas de toda especie, De este modo los caballeros de la holganza, llegaron al apógéo, *ó al bello ideal* de la malicia, no solo para la egecucion, sino hasta para la concepcion de los mas pesados y bien combinados chascos; y concluyeron por hacerse completamente dueños de aquel genio del mal, que tanto agradaba á Panurgio; aquel genio que provoca la risa y hace aparecer tan ridícula la víctima á si misma, que no se atreve á quejarse. Ya se deja conocer, que siendo todos hijos de familia, tenian medios de conocer las particularidades de cada casa, lo que les ponia en estado de hacer sus burlas mas sorprendentes y seguras.

Cuando hacia mucho frio, aquellos diablos transportaban una estufa de la sala donde estaba, al patio, y la llenaban de tal modo de leña, que amanecia aun ardiendo por la mañana. Y luego se decia por todo el pueblo, que el señor tal, (conocido por escesivamente avaro) se habia vuelto tan generoso, que habia querido calentar su patio. Poníanse otras veces en emboscada en la calle Mayor ó en la calle Baja, que ambas son, como las mayores del pueblo;

es decir las de mayor tránsito, porque en ellas desemboca una infinidad de otras callejas transversales; cada cual tomaba su puesto detrás de una esquina, ó á la sombra de un ángulo y en seguida, cuando toda la ciudad yacia en el mas profundo sueño, echaban á andar á una señal dada, cada cual en distinta direccion diciendo con voz de susto y bastante recia: que hay? ¿que ha sucedido? Estas preguntas despertaban á los vecinos sobresaltados, que salian á las ventanas con sus gorros de dormir bien encasquetados, con una luz en la mano por lo general y se repetian unos á otros la misma pregunta; á la que por supuesto, nadie podia responder.

Habia un pobre encuadernador de libros, muy viejo, que creia en duendes y apariciones; este, como la mayor parte de los artesanos de las provincias, trabajaba en una pequeña trastienda en el piso bajo; los caballeros vestidos de domonios, entraban en la tienda con ganzúas sin hacer ruido; le metian en un arcon donde echaba las recortaduras, y le dejaban gritando como un desesperado, hasta que despertada á sus vecinos: acudian estos, y él les contaba las apariciones del demonio, con tanta seriedad, que casi llegó á hacer creer á muchos que era cierto. En cuanto á él, le faltó poco para volverse loco.

En una noche de un invierno muy crudo, los mismos caballeros demolieron y volvieron á construir la chimenea del recibidor de contribuciones, sin hacer el menor ruido, y sin dejar la

mas mínima señal de su trabajo. Pero el cañon, que hicieron estaba dispuesto de tal modo que el humo no podia salir por él, y de consiguiente, refluia todo en la pieza. El recibidor pasó dos meses enteros, ahogándose de humo, antes de poder atinar la causa del porqué su chimenea que antes era tan buena, humeaba ahora de un modo tan estraordinario; al fin tuvo que mandarla hacer de nuevo.

Un dia pusieron tres haces de paja, revuelta con azufre y varios papeles empapados en aceite, en la chimenea de una señora anciana, amiga de la señora Hochon; la cual al encenderla por la mañana, creyó haber pegado fuego á un volcan; sus gritos hicieron correr al fuego á toda la ciudad; tambien vinieron los bomberos; y como entre estos habia algunos caballeros de la holgazaneria, inundaron de agua la casa de la pobre anciana, que era una señora muy amable y buena, y que llegó á tener tanto miedo al agua, como antes lo habia tenido al fuego: de resultas se puso mala y de peligro.

Cuando querian hacer pasar á alguno toda la noche en vela y con mortal agonia, le escribian un anónimo, en el que le daban parte, de que aquella noche, á una hora dada, le iban á robar; y en seguida pasaban uno á uno á lo largo de las paredes de su casa ó bajo sus ventanas, llamándose con agudos silvidos.

Una de las burlas mas graciosas que hicieron y de la que aun hay fresca memoria en el pue-

blo, fué la de dirigir á cada uno de los herederos de una señora muy anciana y que poseia cuantiosos bienes, una esquelita en la que se les prevenia que acababa de morir y se les encargaba fuesen esactos á la hora en que debian ponerse los sellos. El resultado fué que á la hora dada, llegaron de los pueblos vecinos de Vatan, de San-Florent, de Vierzon y de las cercanias, mas de ochenta personas vestidas de luto, pero bastante alegres en su interior; unos con sus mugeres; la viuda con sus hijos ó sus padres; quien venia en un carro, quien á caballo, quien en un birlocho; en fin, era aquello la confusion de una romería. El lector puede imaginarse las escenas que pasarian, entre la criada de la vieja y los primeros herederos que llegaron. Siguiéronse las consultas de los abogados y escribanos; en fin hubo una media revolucion en Issodun.

Un dia, el gefe político, (sub-prefecto) creyó que este órden de cosas, era tanto mas intolerable, cuanto parecia imposible llegar á descubrir los autores de estos atentados. Las sospechas, recaian á la verdad sobre los jóvenes; pero como en aquel tiempo, la guardia nacional de Issodun, era puramente nominal; como no habia guarnicion en el pueblo, y en fin, como el comandante de la Gendarmeria tenia á lo mas, seis ú ocho gendarmes, y que en consecuencia de todos estos *comos* ni habia patrullas de noche, ni rondas, ni vigilancia de la policia, era materialmente imposible adquirir

pruebas suficientes para motivar un arresto. No obstante, desde entonces, el sub-prefecto (ó subgefe político) se puso á la órden de la noche y toda la sociedad se ocupó en inventar alguna burla para vengarse de él.

Este magistrado se desayunaba todos los dias con dos huevos frescos: y para que lo fuesen en efecto, tenia gallinas en su propia casa; y daba tambien en la mania de cocerlos el mismo. Decia, que ni su muger, ni su criada, ni en fin, nadie los sabia cocer bien, sino él: mientras hacia esta operacion, tenia siempre el relox en la mano, y se creia como hemos dicho, el único en el mundo que supiese cocer un huevo. Esta singularidad le hizo el blanco de mil tiros bufonescos. El primer chasco que le dieron, fué el de quitarle durante un mes entero los huevos frescos de sus gallinas y sustituirlos con otros huevos. En vano el sub-prefecto trató de descubrir el secreto de tan singular suplantacion, nada consiguió, sino perder la reputacion de cocedor de huevos y adquirir el apodo del sub-prefecto del huevo ; desesperado ya, no le quedó otro arbitrio sino el de desayunarse de otro modo pero sin que se le pasase por las mientes, el culpar á los caballeros holgazanes de semejante diableria. No obstante, Max no contento con esto, imaginó el untarle los cañones de sus estufas todas las noches con aceites rancios, de olores tan insoportables, que tan luego como se encendian de dia, era materialmente imposible parar en su casa: otro dia su muger, al

vestirse para ir á misa, encontró su pañolon pegado de tal suerte, que la fué imposible desdoblarlo, y tuvo que ir á cuerpo gentil. En fin, el sub-prefecto atemorizado, pidió que lo destinasen á otro punto: su cobardia y sumision tácita, acabaron de establecer definitivamente la autoridad truhanesca y oculta de los caballeros de la holganza.





III.

La taberna de la Lagarta.

Entre la calle de las Mínimas y la plaza de la Miseria, ecsistia en el tiempo á que se refiere nuestra historia, un barrio rodeado por un brazo del rio forzado y por los baluartes ó murallas, que corria desde la plaza de armas, hasta el mercado del vidriado. Este barrio se componia todo de casucas de mala traza, de un aspecto miserable, metidas, por decirlo asi, unas sobre otras y divididas por calles tan estrechas, que no pueden pasar por ellas, dos personas de frente. Este cuartel de la ciudad, muy parecido al corral del Conde, era ha-

bitado por gente de profesiones poco lucrativas, que vivian amontonados en aquellos tristes zaquizamís. Sin duda fué en épocas anteriores el barrio reprobado: y habitado por personas de mala vida y una de sus calles, conserva aun en el dia el nombre de la calle del *Verdugo*: en ella es tradicion auténtica que el funcionario de las *altas obras* como se le decia en Francia, tuvo su casa con puerta colorada, por espacio de mas de cinco siglos. Segun la voz pública, el segundo del verdugo de Chateauroux, habita aun la misma casa; aunque ninguna persona decente se haya visto. Solo los viñadores mantienen secretas relaciones con este ser misterioso que heredára de sus prodecesores el arte de curar fracturas de huesos y dislocaciones. En otros tiempos tambien, cuando Issodun queria pasar por una especie de capital, habitaban este barrio las rameras. En el dia se ven allí, revendedores de objetos, que parece nadie pudiera comprar; ropavejeros, cuyos puestos despiden un hedor insufrible, y en fin, es aquel barrio uno de los que se ven en todas las ciudades, y del que podrá formarse alguna idea el que visite la costanilla ó baratillo de las carnicerias en Sevilla; solo que en aquel, dominaban uno ó dos judios, y en el nuestro, uno ó dos gitanos. En una de las esquinas mas sombrias de este barrio, ecsistió desde 1825 hasta 1829 y aun tal vez ecsista aun, una taberna, propiedad de una muger llamada la tia Lagarta; su casa era bastante es-

paciosa, toda de piedra; con su piso principal y un desvan: veiase sobre la puerta, la enorme rama de pino, emblema en Francia, de las hermitas de Baco ó de toda casa donde se vende vino, y por si acaso, no bastaba este llamador, habia un rótulo encima de la puerta que decia *buen vino sin bautizar*. El piso bajo se componia de una inmensa sala, que servia á la vez de cocina y de comedor, en la que habia colgadas de las vigas, muchas de las provisiones en que comerciaba la casa; al fin de esta pieza habia una escalera de caracol por la que se subia al segundo piso; pero al pié de la misma, estaba una puertecita con honores de secreta, que daba entrada á otra pieza larga y estrecha, alumbrada por ventanas éticas que caian á un patio, tan angosto y oscuro, que se asemejaba á un cañon de chimenea. Esta diminuta sala, oculta por altas paderes á toda mirada indiscreta, era el teatro donde celebraba sus sesiones, el alto tribunal de los holgazanes de Issodun. Creíase que esta taberna, solo servia para hospedar á los labradores en los dias de mercado y todo el pueblo ignoraba que la tia Lagarta hospedaba, habitaba y daba asilo nocturno, á los caballeros de la órden, celebrándose diariamente en ella, el gran capítulo de la misma. El tio Lagarto, marido de la tabernera, antiguo mozo de caballos de una casa grande, se habia casado con la tia Lagarta que tambien habia sido cocinera de una casa principal. Reunieron sus ahorros y com-

praron aquella casa con el objeto de establecer en ella una taberna ó figon, como efectivamente lo hicieron. La Lagarta, muger de unos cuarenta años, alta, gruesa, con la nariz algun tanto arremangada, la téz morena, los ojos grandes, pardos y muy vivos y un aire inteligente y alegre, mereció por estas prendas, la preferencia de Max, quien la designó para que sirviese de Leonarda á los caballeros de su órden, no tanto por sus cualidades físicas que ya hemos descrito, cuanto por su acreditado talento, en el arte de guisar. El tio Lagarto, pequeño y rechoncho, tendria como hasta unos cincuenta y seis años, habia abandonado el cetro á su muger, es decir que ella llevaba los calzones, y segun decia ella no podia menos de ver las cosas con buen ojo, pues era tuerto. Citaremos como un hecho raro que durante siete años, es decir desde 1816 hasta 1824, ni el marido ni la muger, cometieron la mas leve indiscrecion acerca de lo que todas las noches se hacia en su casa, ni de las tramas que en ella se urdian: y durante aquel tiempo y aun despues conservaron el afecto mas vivo hácia los caballeros de la holganza. En fin, eran ciegos prosélitos de la órden; lo que no parecerá muy estraño, si se considera las considerables ganancias que aquella les proporcionaba.

A cualquiera hora de la noche, que los caballeros fuesen á casa de la tia Lagarta, llamando de cierto modo convenido, se levantaba su marido, encendia el fuego y luces, abria la puerta

é iba á buscar en la cueva ciertos vinos que se habian comprado espresamente para ellos, mientras que su muger les preparaba una suculenta cena, que por lo regular tomaban, antes ó despues de sus espediciones.

La misma noche que la señora Bridau, viajaba de Orleans á Issodun, los caballeros de la holganza, preparaban uno de sus mejores chascos. Un español viejo, antiguo prisionero de guerra, que se quedó en Francia cuando se hizo la paz y que se habia dedicado á un pequeño tráfico de granos, vino al mercado y dejó su carreta vacia al pié de la torre del castillo.

Al llegar Max al *rendez vous* ó á la cita convenida precisamente al pié de la torre, le preguntaron; =Qué hacemos esta noche?

=Ahí está la carreta del tio Feria, respondió él: por poco me rompo las narices con ella. Vamos á subirla á la planta forma de la torre, por de pronto; despues veremos.

Ya hemos dicho, que cuando Ricardo corazon de Leon, construyó la torre de Issodun, la plantó encima de la Basílica que habia sido edificada sobre las ruinas de un templo romano. Todas estas ruinas, que cada una representaba un gran número de siglos, formaron una eminencia cuyo centro estaba compuesto de los monumentos de tres épocas históricas. Hállase, pues, la torre de Ricardo, sobre la cúspide de un cono, cuya inclinacion es tan rápida por todas partes, que no se puede subir á la cima si-

no escalándola. En fin, esta torre se parece al Obelisco de Luxor, sobre su pedestal. El pedestal de la torre de Issodun que contiene en las entrañas, tantos preciosos restos arqueológicos, tiene por el lado de la ciudad 98 pies de altura.

En poco mas de una hora quedó desarmada la carreta del español y se subió pieza por pieza á la plataforma de la torre, por medio de un trabajo increible; volviéronla á armar en seguida é hicieron desaparecer todas las señales del trabajo con tal esmero y cuidado que parecia que solo el mismo demonio la habia podido subir allí. Hecho esto, los caballeros que con el cansancio, habian cobrado hambre y sed, se fueron á casa de la tia Lagarta y muy pronto se hallaron sentados á la mesa en la sala que ya conocen nuestros lectores, riendo á carcajadas de la cara que pondria Feria al dia siguiente, cuando viese que su carreta habia volado como por encantamento á tan elevado lugar.

Es claro que nuestros jóvenes no trabajaban todas las noches. Los ingenios de Sganarelle, Mascarilla, y Escarpin, reunidos, no hubieran bastado para inventar trescientos sesenta y cinco chascos al año. Por otra parte, no siempre las circunstancias eran favorables para sus proezas: unas veces la luna daba demasiada luz; otras los ánimos de los vecinos pacíficos, estaban aun escamados; y otras en fin, alguno de los caballeros rehusaba su consentimiento, porque se trataba de

hacer una burla á alguno de sus parientes. Pero cuando esto sucedia y no podian verse de noche, se reunian de dia, y disfrutaban de los placeres lícitos de la caza y la vendimia en el otoño, ó del de patinar en el invierno. En esta reunion de veinte jóvenes de la ciudad que se ocupaban en combatir el sonambulismo de sus compatriotas, habia algunos mas estrechamente unidos con Max que otros, y que le consideraban como á su ídolo. Los caractéres como el suyo, suelen fanatizar á la juventud; y ninguno habia mas adicto á Max, que los dos nietos de la señora Hochon, Francisco Hochon y Baruch Borniche: ambos le consideraban como primo, á causa de su parentesco putativo con los Loustós. Por otra parte, Max, les prestaba generosamente el dinero que necesitaban para sus placeres cuando no podian obtenerle de su abuelo Hochon: el era su maestro; les enseñaba á cazar; los adiestraba en todos los ejercicios, y en fin ejercia sobre ellos una autoridad mucho mas completa que la de su propia familia. Ambos eran huérfanos; y aunque habian llegado á la edad de mayores, permanecian bajo la tutela de su abuelo por motivos que esplicarémos cuando nos ocupemos de él.

En la cena de que hemos hablado, Francisco y Baruch, estaban sentados el uno á la derecha y el otro á la izquierda de Max. Las luces pocas y de mala calidad, esparcian una claridad dudosa; se habian bebido solamente doce ó catorce botellas de vinos diferentes, porque no se habian

reunido sino once caballeros. En el momento en que el vino suelta por lo regular las lenguas, Baruch (cuyo nombre indica la descendencia calvinista) dijo á Max:—¿Sabes primo que te amenazan en tus propias trincheras?

—¿Y que quieres decir con eso? le preguntó Max.

—Nada; que mi abuela recibió ayer una carta de su ahijada la señora Bridau en que la dice que llegará de un dia á otro, con su hijo. Por lo que la abuela hizo preparar ayer dos piezas para recibirlos.

—¿Y que diablos me importa eso á mi? contestó Max, apurando su vaso de un solo trago y volviéndolo á poner sobre la mesa con un gesto cómico.

En aquella época, tenia Max treinta y cuatro años: una de las velas que alumbraban la mesa, proyectaba su luz sobre su fisonomia y dejaba ver su tez blanca, su frente tersa y marcial, sus ojos de fuego, y sus cabellos negros y rizados: estos cabellos se elevaban naturalmente sobre su frente y presentaban á la vista cinco ángulos bien marcados que nuestros abuelos llamaban las cinco puntas. A pesar de estas contraposiciones de blanco y negro, la fisonomia de Max era en estremo dulce y derivaba su encanto, del contorno de su cara, en todo semejante al que Rafael daba á sus Vírgenes; y tambien á una boca graciosísima, por la que corria siempre una ligera sonrisa. En general todos los habitantes del Berry

tienen hermoso color, y Max que no desdecia de esta particularidad, aumentaba con el suyo, el aire de buen humor que le distinguia. Cuando se reia de veras, descubria treinta y dos dientes, dignos de la boca de la mas hermosa doncella: aunque no pasaba su altura de cinco pies y cuatro pulgadas, era perfectamente modelado: ni flaco ni gordo: sus manos, bien cuidadas, eran blancas y hermosas; pero sus piés recordaban el soldado de infantería de Napoleon. Sin duda alguna, hubiera hecho un escelente general de division; sus espaldas podian sin dificultad, sostener toda la fortuna de un mariscal de Francia y en su ancho pecho, cabian todas las órdenes y cruces militares de Europa: todos sus movimientos anunciaban la inteligencia de un entendimiento superior. En fin, gracioso como dicen que lo son la mayor parte de los hijos del amor, toda su figura era realzada por la nobleza que heredara de su verdadero padre.

=Oyes Max! ¿no sabes (le dijo uno de los caballeros, llamado Goddet, hijo de un antiguo cirujano mayor y el mejor médico de Issodun) que la ahijada de la señora Hochon, es hermana de Rouget? Si es cierto que viene aquí con su hijo el pintor, es claro que viene para asegurarse la herencia; y en tal caso adios tu vendimia.

Max arrugó el entrecejo; y en seguida recorrió las caras de sus compañeros una á una con la vista, para ver el efecto que habia producido so-

bre ellos el discurso de Goddet, despues volvió á responder como antes:=¿Y que me importa á mi que asi sea?

=Es que, dijo Francisco, si el viejo Rouget revocase su testamento, suponiendo que hubiera hecho yá uno á favor de la cangrejera!

Aqui Max cortó la palabra á su fanático admirador y le dijo: =Cuando yo llegué á Issodun y oí que os llamaban uno de los cinco Hochinos (a) segun el quid pro quo que há treinta años, estan haciendo con vuestros nombres, tapé la boca al que lo dijo, tan bien tapada que desde entonces, semejante ridícula chanza, no se ha vuelto á repetir, al menos delante de mí! =¡Es ese el modo que tienes de pagarme por lo que entonces hice? Empleas un mote despreciable para designar á una muger á quien tu sabes que yo quiero.

Jamás habia hablado tanto Max acerca de la persona á quien acababa de mentar Francisco y que era conocida en el pueblo con el nombre que él la habia dado. El antiguo prisionero de los pontones tenia bastante esperiencia, y el ex-comandante de granaderos de la guardia bastante honor, para adivinar sin dificultad, de donde procedia la falta de consideracion que le manifestaban en su pueblo. Por lo mismo, jamás permitió que persona alguna dijese pala-

(a) Esta agudeza, que consiste en que la Q final de Cinq, suena á consecuencia de la H muda, con la O, y hace cochon (cochino) es intraducible.

bra que tuviese relacion con Flora Brazier, la criada-ama de Juan Santiago Rouget, la misma á quien la respetable señora Hochon, llamaba la *concubina y la miserable.* A la verdad todos le temian demasiado para hablarle en el asunto, sin que el diese pié; y como el nunca lo dió, hasta sus mejores y mas íntimos amigos, no querian esponerse á su resentimiento, chanceándose en semejante materia; asi fué que solo en esta noche célebre, se atrevieron á mentar ó á hacer alusion á sus relaciones con aquella muchacha. Cuando por casualidad, alguno en su ausencia hablaba de ella, el comandante Potel, ó el capitan Renard (únicos con quienes vivia bajo el pié de igualdad) respondian: «Si es hermano natural de Juan Santiago ¿por que se estraña V. que viva en su casa?— y ademas la muchacha, es un bocado digno de un rey, con que ¿que tiene de raro que él la quiera?

La respuesta que Max dió á Francisco, ó por mejor decir el miedo que concibió este, de haberle ofendido, le turbaron de suerte, que perdió enteramente la chaveta: y su turbacion aumentó, cuando aquel volviendo á tomar su aire de dulzura, le dijo:=Vamos Francisco, prosigue: =¿Que prosiga? dijo: y que he de decir? yo no sé nada mas.

=No tienes razon en enfadarte Max, dijo el hijo del médico Goddet: ¿no hemos convenido en que se podrá decir cuanto se quiera cuando estemos en este sitio? No seriamos todos,



enemigos mortales, de aquel que se acordase fuera de esta sala, de lo que en ella se ha dicho, pensado ó tratado? Toda la ciudad conoce á Flora Brazier con el nombre de la Cangrejera, con que no supongo sea un crímen para Paco, el que se le haya escapado este apodo.

—No, dijo Max; no es un crímen contra la órden de la Holganza, pero lo és contra nuestra amistad particular. Por eso luego que reflecsioné que ahora estamos en capítulo de holgazanería, le dije que prosiguiese. Este discurso equívoco de Max, fué seguido de un silencio profundo y se prolongó tanto, que viendo este que ya nadie sabia como interrumpirle dijo:

—Puesto que Paco no quiere *proseguir*, voy yo á hacerlo por él (sensacion) y aun por todos vosotros (asombro). Voy á deciros esactamente lo que pensais (profunda ansiedad.) ¡Todos pensais, que Flora la cangrejera, la *Brazier*, el *ama de llaves* del papá Rouget, pues asi le llaman (aunque yo aseguro que nunca tendrá hijos) pensais repito, que esta niña es la que desde mi vuelta á Issodun, me suministra cuanto necesito para mis gastos! ¿Pensais, que si tiro por la ventana dos ó tres onzas al mes, si os presto á todos dinero, cuando lo necesitais; si os convido, como v. g. esta noche, pensais digo que la Cangrejera es quien lo paga? Pues bien señores, si; (la mas profunda sensacion) voto á brios! si señores, mil veces si.... Flora ha echado sus planes á fin de asegurar para

sí la herencia de ese anciano imbécil.

=Y por Dios que la ha ganado, por herencia tambien de padre á hijo, dijo Goddet bajito.

Max lo oyó, se sonrió y continuó de este modo:=tambien creeis, que por mi parte, he formado el proyecto de casarme con Flora, tan luego como muera el viejo; y por tanto que esa hermana y su hijo, de quien oigo hablar esta noche por primera vez, van á dar al traste con todos mis planes y estrategia?

=Justamente, dijo Francisco, eso es precisamente lo que yo queria decir.

=Y eso es lo que piensan, cuantos rodean esta mesa, añadió Baruch.

=Pues siendo así, perded todo recelo, contestó Max: hombre prevenido vale por dos. Voy ahora á hacer una pregunta á los *caballeros de la holganza*. ¿Si para hacer que estos parisienses, se vuelvan á París, con el rabo entre las piernas, necesitare del socorro de la órden, me se dará? Cuidado que cuando hablo de socorro se entiende en los límites que nos hemos prescripto, añadió Max, notando un movimiento general. ¿Me creeriais acaso capaz de quererla envenenar ó asesinar? A dios gracias, no soy yo tan tonto, y ademas, que aun cuando esos Bridós se saliesen con la suya y Flora se quedase con lo que tiene y nada más, yo me doy por muy contento con ella ¿entendeis? La quiero bastante para preferirla á la señorita Fichet aun suponiendo que esta me quisiera á mí...!

La señorita Fichet, era la mas rica heredera de Issodun; y su mano, contribuia en mucho al respeto y consideracion que el hijo de Goddet manifestaba á la madre. Tiene la franqueza tales encantos, que los once caballeros se levantaron todos á una y esclamaron.

=¡Max, vales un imperio!=Seremos los caballeros de la libertad!=Al diablo los Bridós.—Pongámosles las bridas y que se vuelvan á París. —Y en fin que tiene de estraño ¿no ha habido reyes que se han casado con pastoras?

=Vaya! pues el papá Loustón, no fué tambien el amante de la señora Rouget; con que algo mas natural es, el querer á una ama de llaves, hermosa y libre de toda cadena!

=Y ademas, si es cierto que el difunto Rouget, fuese el padre de Max, quiere decir que todo se queda en la familia.

=¡Señores las opiniones deben ser libres!

=¡Viva Max!

=¡Mueran los hipócritas!

=Brindemos por la salud de la hechicera Flora.

Tales fueron las once respuestas, esclamaciones, brindis ó bombas de los caballeros presentes; cuya moral en honor de la verdad, era poco severa. Esta escena descubre, mas de lo que pudiera hacer un capítulo entero, el interés que movió á Max á hacerse el gran maestre de la órden holgazana. Inventando burlas y chascos, y ganando la amistad de los hijos de

las principales familias, se procuraba un apoyo seguro para obtener algun dia su rehabilitacion civil. Conforme con estos principios y deseando afirmar su imperio, se puso en pié, teniendo en la mano una copa llena hasta el borde de vino de Burdeos. Todos esperaban con ansia lo que iba á decir.

=Señores! esclamó; todo el mal que os deseo, es que el cielo os conceda una muger igual á Flora! En cuanto al ataque de sus parientes, por ahora nada me importa; y mas adelante veremos!

=No olvidemos la carreta del tio Feria; dijo uno.

=Esa, respondió Goddet, creo que está segura.

=Yo me encargo, de poner fin á ese chasco dijo Max. Id todos al mercado temprano, y avisarme cuando el viejo empieze á buscar su carreton.

En aquel momento dieron las tres y media. Al punto los caballeros se despidieron y salieron en silencio, caminando pegados á la sombra de las paredes; sin hacer el mas leve ruido á cuyo efecto, todos llevaban zapatos con suelas de orillo. Max se dirigió solo á la plaza de san Juan, situada en la parte alta del pueblo, que era el barrio donde vivia la gente rica. Mientras estuvo delante de sus compañeros, disimuló sus temores; pero tan luego como se halló solo, no pudo ocultarse que la noticia de

los Bridós, le habia herido vivamente. Desde que habitára los famosos pontones, habia adquirido tal arte de disimular, que esta era cuando menos igual á su corrupcion. Por supuesto su pasion por Flora, no tenia otro objeto, sino los ocho mil duros de renta del papá Rouget. Por su modo de conducirse y de hablar, es fácil de conocer que la cangrejera, le habia sabido inspirar la confianza mas implícita, en que todas las riquezas de su amo serian para ellos. Pero la llegada de los herederos legítimos, disminuyó considerablemente la seguridad que Max habia fundado en las promesas de Flora. Hasta las economias que se habian hecho en diez y siete años, habian sido depositadas en casa de un notario á nombre de Rouget; pero andando listos, aun cuando se revocase el testamento que Flora decia haber sido hecho á favor suyo hacia mucho tiempo, esas economias por lo menos que ascendian á una cantidad muy considerable, podian salvarse, haciéndolas poner á nombre de la Brazier.

=¡Esta tonta de muchacha, que no me ha dicho en siete años, ni una palabra de la hermana ni de los sobrinos de su imbécil amo! dijo Max para sí. Tres millones de reales depositados en siete ú ocho notarios y banqueros y en otros tantos pueblos, no pueden en modo alguno realizarse, ni ponerse en el banco nacional en una semana, ni en dos ni en tres: y mas en un pais de chismes como este! Ante todo, lo

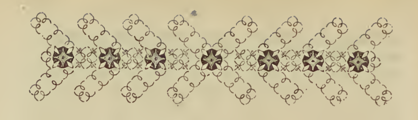
principal por ahora, es desembarazarnos de esos malditos parientes; y despues trataremos de realizar fondos á escape.

En fin pensaré en lo que se ha de hacer despues....

Max estaba cansado. Por medio de su llave maestra, abrió la puerta y entró en casa de Rouget; en seguida subió á su cuarto y se acostó sin meter el menor ruido, diciendo:

«Mañana mis ideas, estarán mas frescas.»





IV.

La Cangrejera.

Nos parece que es tiempo ya de esplicar de donde la venia á la sultana de la plaza de san Juan el mote de la Cangrejera, y el como consigió empatronizarse en casa de Rouget.

Cuando hubo llegado á cierta edad, el viejo médico, padre de Juan Santiago y de la señora Bridó, reconoció aunque tarde la nulidad de su hijo. Determinose pues á tratarle con dureza y á acostumbrarle á cierta rutina, que pudiera suplir en él, al entendimiento de que carecia: pero lo que hizo, sin saberlo, fué prepararle para someterse á la primera tirania que quisiere subyugarle. Un dia al volver de una de sus visitas, este anciano, tan perverso como vicioso, vió á una niña encantadora que jugaba en las praderas que circundan al Tívoli de que hemos hablado. La niña, al ruido que hacia el caballo, se levantó de la orilla de uno de aquellos riachuelos, que considerados desde

la altura de Issodun, parecen cintas de plata, en un vestido verde. Semejante á una antigua Nayada, presentó al doctor, una de las mas encantadoras fisonomias de vírgen, que el mismo Rafael, pudiera concebir. El viejo Rouget, que conocia á todo el mundo en el pais, no se acordaba haber visto aquel hechizo de hermosura; cuyo único vestido consistia, en un mal guardapies de lana grosera, blanco y negro, lleno de agugeros y de remiendos; una hoja de papel de estraza, atada con un mimbre la servia de sombrero, Debajo de este grosero papel, se descubria la caballera rubia mas hermosa que jamás adornara á una hija de Eva, sostenida por un peine de caballo. Los pies y las piernas, que la pureza del agua, dejaban ver perfectamente, eran dignas por su forma y colorido, de servir de modelo al mas habil estatuario de la edad media: y todo su cuerpo, aunque espuesto de continuo á los ardores del Sol, tenia un cierto matiz obscuro de colorido que en lugar de deslucir, le hermoseaba sobre manera: su cuello y pecho, merecian ser envueltos en los mas ricos cachemires de la India. En fin tenia esta niña unas pestañas y unos ojos azules, cuyas miradas, hubieran hecho caer de rodillas á un pintor ó á un poeta. El médico que, por sus conocimientos anatómicos, adivinaba lo que no veia, se hizo cargo de lo mucho que las artes perderian si se dejaba á semejante lirio, marchitarse y morir en los trabajos rústicos.

Para impedirlo, si era posible, se acercó el viejo (que entonces tenia cerca de setenta años) á la niña y con el tono mas cariñoso y tierno que pudo, la preguntó:=De donde eres, hija? no recuerdo haberte visto por estos contornos.

Pasábase esta escena en setiembre de 1799.

=Soy de Vatan, contestó la niña. Al oir la voz del médico, un hombre de mala catadura, que estaba recostado á la orilla del mismo arroyo á unos doscientos pasos mas arriba, levantó la cabeza.

=¿Que es eso, Flora, que haces? gritó; estás charlando en lugar de sacudir? Mira que te se irá el pescado.

=Y que vienes á hacer aquí desde Vatan? continuó el médico, sin hacer el menor caso, de lo que decia aquel hombre.

=Vengo á *rabouiller* ó á azotar el agua para mi tio Brazier. Rabouillar es una espresion del Berry que designa maravillosamente bien lo que significa; es decir la accion de turbar el agua de un arroyo, por medio de una rama larga dispuesta de manera que parece un abanico. Por este medio se asusta á los cangrejos que empiezan á subir contra la corriente y se echan en las nasas que el pescador tiene dispuestas en parage conveniente. Flora Brazier tenia en la mano una de estas ramas y la manejaba con una gracia que es imposible describir.

=Pero dime niña, continuó el doctor ¿tiene tu tio permiso para pescar cangrejos?

=Pues qué ¿no vivimos yá bajo la republica, *una é indivisíble*? esclamó el hombre desde su sitio.

=Vivimos bajo el Directorio, le contestó Rouget: y yo no conozco ninguna ley que autorice á un vecino de Vatan á venir á pescar en el término de Issodun. ¿Tienes madre, niña?

=No señor; y mi padre está en el hospicio de Bourges; porque se volvió loco, trabajando al sol en el campo.

=¿Cuanto ganas?

=Diez cuartos al dia: mientras dura el tiempo de la pesca, voy hasta Braisne; cuando viene el de la cosecha voy á espigar; y en el invierno hilo.

=¿Tú tendrás ya doce años?

=Si señor.

=¿Quieres venirte conmigo? estarás bien mantenida, bien vestida y te daré bonitos zapatos?

=No, eso no; mi sobrina tiene que quedarse conmigo: soy responsable de ella, ante Dios y ante los hombres; soy su tutor, señor: dijo el hombre que se habia acercado á la niña y al doctor.

Este reprimió la gana de reir, que le dió al ver la figura del tio Brazier que contrastaba ridículamente con las palabras que acababa de decir. Este venerable tutor, llevaba un sombrero tan viejo que se habia vuelto de negro que antes era de color de ceniza, recortado por las alas, como una hoja de berza, que ha sido roida por

las orugas y todo zurcido con hilo blanco: bajo este sombrero, se veia una cara de un color de chocolate sucio, cuyas facciones hundidas, no presentaban sino cuatro puntos negros, que eran los ojos, la nariz y la boca. Su chaqueta se parecia á un pedazo de tapiz viejo; y su pantalon era de arpillera.

=Yo soy el doctor Rouget, le dijo el médico, despues de haberle considerado; y puesto que tu eres el tutor de esta niña, llévala á mi casa, plaza de san Juan: yo te prometo que no habrás ganado hoy un mal jornal, ni ella tampoco. Diciendo esto, sin esperar respuesta, porque estaba bien seguro que no tardaria en tener en su casa á la encantadora niña y á su tutor, metió espuelas á su caballo y se dirijió á Issodun. Así fué en efecto: en el momento en que iba á sentarse á la mesa, su cocinera le vino á decir, que el ciudadano y la ciudadana Brazier querian hablarle. Mandólos entrar y dijo al tio que se sentase. Este y Flora, descalzos ambos de pié y pierna, miraban el comedor del doctor con ojos espantados: Hé aquí porqué:

La casa que Rouget habitaba estaba situada en medio de la plaza de san Juan, especie de cuadrilongo muy estrecho y plantado de algunos árboles. Las casas en aquel sitio son las mejores de la ciudad, y la del doctor era la mejor de todas. Tenia tres ventanas de fachada en el primer piso, y se entraba en ella por una gran puerta en frente de la cual habia un jardin bas-

tante bonito. En la casa opuesta, vivia el señor Hochon. A la entrada de la puerta, habia una gran sala en el piso bajo con dos ventanas á la calle; detras de esta pieza la cocina, pero separada de ellas, por una escalera que conducia al primer piso y á los desvanes. Detrás de la cocina, estaba una cocinilla, los lavaderos &c. y enfrente la cuadra, la cochera, pajar y un cuarto donde dormia el criado del doctor. Estos detalles aunque parezcan triviales interesarán á su tiempo.

La sala que tanta admiracion causaba á Flora y á su tio, estaba adornada con una historia esculpida en madera por el estilo de las que se hacian en tiempo de Luis XIV y pintada de gris: una hermosa chimenea de mármol sobre la cual reflejando en un espejo inclinado veia la niña su hermoso rostro. Colgados simétricamente en la pared, habia tambien una coleccion de cuadros, que habian pertenecido á las abadias de Duls, Issodun, S. Gildas, Pré, Chezal-Benoit, S. Sulpicio y otros conventos de Bourges y Issodun que la piedad de los reyes de Francia enriqueciera con estas obras maestras del tiempo del renacimiento y de las que fueron despojados en el de la revolucion. Entre estos cuadros se veian, una santa familia del Albanés; un san Gerónimo del Dominichino; una cabeza del Salvador, de Bellin; una Vírgen, de Leonardo de Vinci; una calle de la Amargura, del Ticiano; esta procedia de la coleccion del marques de Belabre, que fué si-

tiado, cogido y decapitado por Luis XIII; un Lázaro, de Pablo Veronese; un casamiento de la Vírgen, del cura Genovés; dos cuadros de iglesia de Rubens; una copia de un cuadro del Peruggino, hecha por el mismo, ó por Rafael: y en fin dos correggios, y otro de Andres del Sarto.

Estos magníficos originales, habian sido escogidos entre mas de trescientos cuadros, sin conocer su mérito y solo porque estaban mejor conservados que los demas. Muchos de ellos tenian magníficos marcos; y algunos, hasta cristales por delante: asi es que los marcos y el valor de los cristales determinaron su eleccion mas bien que el mérito inmenso de la pintura. Esta sala estaba como hemos visto amueblada con todo lujo segun el gusto del dia; pero en los tiempos á que nos referimos, nada tenia que llamase la atencion. El relox de sobremesa colocado sobre la chimenea entre dos soberbios candelabros de plata de seis brazos cada uno, representaba una magnífica abadia (la de Boule). Los sillones de encina, negra por los años, con elegantísimas esculturas, y con asientos de tapiceria, ofrenda, sin duda, hecha á las iglesias que hemos mencionado por algunas devotas y nobles castellanas, hubieran sido de un precio inestimable en el dia, pues todos ellos tenian en lo alto del respaldo, ricos blasones cincelados. Entre las dos ventanas, se veia una soberbia mesa de sala, despojo del palacio de al-

gun noble emigrado ó tal vez guillotinado; sobre el mármol de la cual, estaba un rico jarron legítimo de la China, en el cual el doctor metia su tabaco. Pero á pesar de lo preciosos, que estos muebles parecieran á los ojos del lector moderno, podemos asegurar, que ni el doctor, ni su hijo, ni la cocinera, ni el criado, hacian el menor caso de ellos. Escupian sin misericordia sobre los morrillos de la chimenea de un trabajo esquisito, y cuyas molduras doradas, estaban cubiertas de cardenillo. La araña de un gusto aun mas antiguo, mitad de cristal y mitad de porcelana ó china pintada, estaba como el cielo raso, cubierta de innumerables manchas negras que atestiguaban la libertad de que gozaban las moscas. Las cortinas de las ventanas, eran de tisú bordado, y sin duda habian pertenecido al lecho de algun reverendo Abad. A la izquierda de la puerta, estaba un baul ó cofre de riquísimos incrustados que valia muchos miles de reales y servia de aparador.

—Vamos á ver Fancheta, dijo el médico á su cocinera, trae dos vasos y una botella de añejo.

Fancheta, era una gordinflona que antes de establecerse la Lagarta, pasaba por la mejor cocinera de Issodun, hizo lo que su amo le mandaba con una prontitud que manifestaba el despotismo del médico y tambien mucha curiosidad por su parte.

—¿Cuanto vale una aranzada de viñas en tu pais? preguntó el doctor á Brazier, mien-

tras le llenaba un vaso de vino...

=Valdrá como unos quince duros; contestó este.

=Pues bien, déjame á tu sobrina de criada la daré sesenta duros de salario y tu los recibirás como su tutor.

—¡Sesenta duros al año! esclamó Brazier abriendo unos ojazos como los de un puente...

=Tu eres dueño de percibirlos añadió Rouget: Es huérfana y hasta que tenga diez y ocho años, ningun derecho puede tener á ellos.

=Pues señor dijo el tio, como si hablara consigo mismo, tiene doce años, con que quiere decir que serán mas de doce aranzadas de viña. En seguida continuó, ya vé su merced, que es muy bonita la muchacha; tiene un genio como un cordero, es muy ágil y muy obediente...... pobrecilla, era el ojo derecho de mi cuitado hermano antes que....

=Ah! dijo el médico interrumpiéndole, y te pago un año adelantado.

—Vamos señor, pague su merced dos años y se la dejo: de todos modos, mejor estará en casa de su merced que en la mia; mi muger no la puede ver y la pega unas tundas que ya!.... Solo yo defiendo á este angelito que es la criatura mas inocente que se ha visto.

Al oir la palabra de inocente, el doctor pareció conmoverse: hizo seña á Brazier, para que le siguiera, y se lo llevó al patió y de allí al jardin dejando á la Cangrejerita delante de la mesa, (en que ya estaba puesta la comida) entre

Fancheta y Juan Santiago que la hicieron muchas preguntas á las que ella contestó con la mayor inocencia, contándoles el modo como habia hecho el conocimiento del doctor.

=A dios mi querida Florita, dijo su tio que volvió para despedirse y la dió un beso en la frente; bien puedes decir que debes la felicidad á tu tio, que te ha colocado en casa de este digno señor, que es un verdadero padre de los indigentes... mira que le obedezcas, como á mi mismo... cuidado con ser buena y hacer todo lo que su merced te mande: entiendes?....

=Dispondrás el cuarto que cae encima del mio, dijo el médico á su cocinera; nuestra Florita, que bien merece tal nombre, dormirá en él, desde esta noche. Mañana vendrán el zapatero y la costurera, para que la hagan lo que necesita, y pónla al instante un cubierto; quiero que desde hoy, nos acompañe.

Aquella noche, no se hablaba de otra cosa en todo Issodun, sino de la Cangrejerita que habian tomado en casa del doctor. Este mote, la quedó para siempre en el pueblo. El médico habia sin duda decidido en sus adentros, hacer en pequeño con la niña Brazier, lo que Luis XV hizo con la señorita de Romans (a) pero por desgracia, era ya demasiado viejo. Asi fué que de

(a) Una de las odaliscas del rey Luis XV, de Francia; el mas incontinente de todos los reyes conocidos en la historia moderna.

doce á catorce años la encantadora Flora, gozó de una felicidad completa: vestia mejor y tenia mas lujo, que la mas rica heredera de Issodun y ademas un relox de oro, que el médico le regaló, segun decia, para animarla en sus estudios, pues la habia puesto un maestro para que la enseñase á leer, escribir y contar. Pero la vida del campo á que Flora se acostumbrara en sus primeros años, la habia inspirado tal aversion al vaso amargo de la ciencia, que el doctor tuvo que renunciar á su empeño. Los designios que pudiera tener acerca de esta niña, que él mismo instruia y formaba con un cuidado prolijo, incansable y tierno, fueron interpretados de mil modos diversos por las comadres del pueblo en particular por la gente de mas viso como lo habian hecho cuando nacieron Agata y Max. Dificil es, para el público de una ciudad pequeña, el descubrir la verdad de un hecho en medio de las mil conjeturas, comentarios y suposiciones, á cual mas contradictorias, que sobre el mismo se hacen. Alli todo se quiere esplicar y no hay quien no pretenda saber esactamente la verdad de cuanto pasa. Pero como cada uno vé el asunto segun sus sentimientos particulares, resulta que (semejantes á los meridianos de un globo) son tantas las versiones como son las personas que de él hablan: la verdad por lo mismo es muy rara, y no se descubre por lo general, sino despues que el tiempo ha enfriado enteramente el interés que el caso inspirára; ó cuando le ecsamine una

persona desinteresada, imparcial é instruida, colocada á cierta altura é independiente de las influencias de aquella atmósfera.

=¿Qué quiere V. que ese viejo mico haga con una niña de quince años? decia uno, muchos meses despues de la llegada de la Cangrejera.

=Pues es claro, respondia otro, hace ya mucho tiempo que no puede con los calzones.

En otra casa, decia una comadre.=Amiga, el doctor no sabe á que santo encomendarse para corregir la estolidez de su hijo y persiste en el ódio contra su hermana Agata.=Quizás respondia la otra: el tener tan buena conducta como tiene hace dos años, será á causa de que quiera casarse con la niña y ver si puede tener un hijo, tan hermoso y fuerte como Max.=Déjeme V. en paz, respondia la primera; pues qué ¿cree V. que despues de haber pasado una vida como la suya y la de su amigo Lousteau, desde 1770 hasta 1787, y con setenta y dos años que tiene á cuestas, le parece á V. digo, que está para pensar en hacer hijos?=Quiere V. apostar á que ese viejo endemoniado, ha leido el antiguo testamento y ha visto el modo que tenia David, de reanimar su vejez?..... Le digo á V. que no es otra cosa.

=Otra decia; he oido que Brazier, cuando se emborracha, dice públicamente en Vatan que ha robado á Rouget.

=¡Vaya, respondia otro, se dice tanto!

Desde 1800 hasta 1805, el doctor tuvo el

esquisito placer de cultivar la educacion de Flora, sin los sentimientos y disgustos que la ambicion de la señorita de Romans, proporcionó segun dicen, al rey Luis XV. La Cangrejerita, estaba tan contenta, cuando comparaba la vida que llevaba en casa del médico, con la que hubiera tenido en la de su tio Brazier, que sin duda se plegó y sometió á todos sus caprichos, como hubiera podido hacerlo una esclava en un harem. Por mas que desagrade á los poetas pastoriles y á los filántropos, la gente del campo, tienen ideas muy imperfectas de ciertas virtudes. Entre ellos, los escrúpulos, proceden de pensamientos interesados, y no de los del bien *ó de lo bello.* Criados en medio de la pobreza, de un trabajo intolerable y de la miseria, el sufrimiento les hace considerar como permitido, todo aquello que puede sacarlos de semejante infierno; sobre todo si el medio que para ello se les presenta no puede hacerles incurrir en el castigo de la ley. Podrá haber algunas escepciones á esta regla general, pero serán bien raras. Hablando filosófica y socialmente, la virtud es la compañera del bien estar y nace con la educacion: no es pues de estrañar que la Cangrejera, fuese un objeto de envidia para todas las muchachas, á diez leguas en contorno. Su conducta á la verdad, considerada con ojos relijiosos, era fuertemente reprensible; pero téngase presente, que Flora habia nacido en 1787 y habia sido criada en medio de las saturnales de 1798; cuyos reflejos llegaron hasta aque-

llos campos, en que ya no habia ni sacerdotes, ni culto, ni altares, ni ceremonias religiosas de ninguna especie. Tiempos en que el matrimonio era considerado como una union civil y voluntaria, tanto para contraerle como para deshacerle; ó hablando con propiedad, como un simple amancebamiento; y en fin, en las provincias, las mácsimas revolucionarias echaron profundas raices sobre todo en Issodun, donde las revoluciones, son tradicionales; aun en 1802 apenas se habia restablecido el culto católico: el mismo Napoleon tuvo no poca dificultad en encontrar sacerdotes; asi es, que en 1806, habia muchas parroquias en Francia sin pastor. Tan lenta fué la reunion ó *recomposicion* de un clero que habia sido decimado por el cadalso y por la emigracion. Resulta de lo dicho, que en 1802 solo su conciencia podia reprobar á Flora ¿y quien duda que la conciencia no fuese inferior al interés, en la discípula y sobrina de un hombre como Brazier?

Si como es de suponer, la edad hizo que el doctor respetase á una niña de quince años; no por eso dejó esta de pasar por una muger perdida en el pueblo. No faltó quien ecsaminando de cerca las cosas hallase una prueba de la virtud de la niña, en la frialdad estraordinaria con que la trató el doctor, en los dos últimos años de su vida. Este habia matado á bastante gente durante su larga carrera, para saber prever su propio fin: el escribano, cuando le vió en el lecho mortal, envuelto en la mas espesa

capa, de una filosofía enciclopédica, le instó vivamente para que hiciese mencion de la pobre huérfana, qúe entonces contaba diez y siete años, en su testamento.

=En hora buena, respondió el moribundo, la *emanciparemos*.

Esta chanza cruel, pinta el carácter de este anciano, que no dejaba pasar ocasion de decir un sarcasmo y que aun en su agonía, se burlaba de la profesion del que le hablaba. Cubriendo sus malas acciones con la capa de una gracia cínica, las hacia agradables en un pais, en el que el ingenio hace todo pasadero; y mas, cuando está basado en el interés personal bien entendido. El escribano, vió en la respuesta del médico, el grito del ódio concentrado de un hombre en quien la naturaleza hiciera abortar el cálculo de la lubricidad; y que descargaba aun con su postrimer aliento, la mas cruel venganza sobre el objeto inocente de su impotente amor. Esta opinion se corroboró porque el doctor, nada dejó definitivamente á la Cangrejera y no respondió al escribano que le hacia serias reflecsiones en el particular, sino estas palabras acompañadas de una amarga sonrisa:=*Bastante rica es con su hermosura?*

Juan Santiago Rouget, no lloró á su padre; pero Flora sí. El médico habia maltratado mucho á su hijo desde que llegára á su mayor edad que empezó en 1791: mientras que habia dado á la lugareñita la felicidad material,

que para las gentes de su condicion, es la felicidad suprema. Cuando, terminado el entierro del doctor, preguntó Fancheta á Flora;=¿Y que vais á hacer ahora, que vuestro *protector* ha muerto, señorita...? Juan Santiago, dejó ver en sus ojos un rayo de luz; por la primera vez sus facciones inmóviles se animaron y parecieron espresar un pensamiento y una sensacion.

=Déjanos dijo á Fancheta, que estaba quitando la mesa...

=Flora á los diez y siete años, conservaba aun aquel talle fino y elegante, aquellas facciones, puras y frescas; en fin aquellos distintivos de la hermosura, que las señoras de las ciudades hallan medios de no perder, pero que desaparecen en las mugeres de los pueblos con la misma rapidez que las flores de sus praderas. No obstante, la tendencia á la escesiva robustez que es inherente á todas las mugeres del campo, cuando dejan su vida dura y afanosa, se indicaba ya en Flora. Sus formas enteramente desarrolladas, dejaban ver espaldas redondas y blancas que sostenian dos magníficos globos de alabastro, unidos con maravillosa perfeccion á un cuello que empezaba á formar grasura: pero aun así, el óvalo de su cara conservaba toda su pristina pureza y su encantadora barba era aun fina y delicada.

=Flora, dijo en fin, Juan Santiago, que habia permanecido en silencio sin saber como empezar la conversacion ¿estais muy acostum-

brada á esta casa, no es verdad!

=Si señor D. Juan!...

En el momento en que el heredero iba á hacer su declaracion, sintió que se le pegaba la lengua al paladar, pensando en el muerto que se acababa de enterrar tan recientemente; preguntóse á sí mismo, hasta que punto habria podido llegar la filantropia de su padre: Flora miró á su jóven amo, sin poder figurarse cuanta era su simplicidad, y esperó por algun tiempo á que continuase: pero viendo que guardaba un silencio obstinado, se levantó y salió del comedor, dejándole solo. Por mas que el viejo doctor, se hubiese esmerado en iluminar el entendimiento de Flora, se pasó mucho tiempo, antes que esta llegase á comprender el carácter de Juan Santiago: he aquí su retrato....

Cuando murió su padre, tenia treinta y siete años; y no obstante, estaba tan bien disciplinado y sometido á la autoridad paterna, como un niño de doce. Esta timidéz debe esplicar su infancia, su juventud y su vida, á aquellos que no querrian admitir semejante carácter ni la probabilidad de los hechos que esta historia recuerda y que son por desgracia bien comunes en la vida privada; y aun entre los mismos príncipes. Y si no ¿no fué Sofía Dawes sacada por el último príncipe de Condé, de una situacion peor aun que la en que se hallaba la Cangrejera?

Hay dos especies de timidéz; la del entendi-

miento y la de los nervios: es decir, la moral y la física, siendo la una independiente de la otra. El cuerpo puede temblar de miedo, mientras que el entendimiento está sereno y firme; y *vice-versa*. Si se tiene presente esta verdad, se hallará la solucion de muchos enigmas morales. Cuando ambas timideces se reunen en un hombre, se puede asegurar que será nulo toda su vida. Esta timidez absoluta es la de aquellos á quienes denominamos, *imbéciles ó idiotas*. Y no obstante, hállanse á veces en estos imbéciles, grandes cualidades morales, comprimidas. Quizás á esta doble imbecilidad, sean debidos algunos fanáticos que vivieron en continuos éxtasis. Esta desgraciada disposicion física, es producida tanto por la imperfeccion de los órganos y del alma, como por algun otro defecto secreto que aun no ha podido ser definido.

La timidéz de Juan Santiago, provenia de cierto entorpecimiento de sus facultades morales, que hubiera podido ser remediado por un hábil mentor ó por un sabio cirujano como Desplein. En él, como sucede con la mayor parte de las personas de cortísimos alcances, el sentido del amor habia heredado toda la fuerza y la viveza de que carecia su inteligencia; aunque de esta tenia la porcion puramente necesaria para saberse conducir en las ocasiones comunes de la vida. La violencia de su pasion, desnuda de la parte de ilusion que abunda en la mayor parte de los jóvenes, aumentaba aun su timidéz na-

tural. Jamás pudo resolverse, como suele decirse, á enamorar á ninguna muger de Issodun. Por otra parte, sus jóvenes conciudadanas, no podian dar los primeros pasos para atraerse la atencion de un jóven tan encogido, tan vergonzoso: pequeño de cuerpo, de aire comun, con ojos de un verde pálido y muy saltones, facciones aplastadas y un color amarillento y pálido. La sociedad de una muger, su presencia sola, bastaba para anonadar á este hombre, que al par que se sentia impelido vigorosamente por su amor animal, se acobardaba de un modo insuperable por la falta de ideas debida á su educacion. Inmóvil entre dos fuerzas de atraccion iguales, no sabia que decir y temblaba de que le hablasen, tal era el miedo que le inspiraba la idea de tener que responder. El deseo que desata la lengua á los hombres del mundo, encadenaba la suya: el resultado de todo esto, fué que el pobre Juan Santiago, viejo antes de tiempo, fué abandonado á la soledad; y el mismo se consoló en ella y la prefirió á la sociedad de sus semejantes, porque solo en ella se hallaba á sus anchas.

Su padre, conoció, cuando ya no tenia remedio, los progresos que el temperamento y carácter de su hijo habian hecho: hubiera deseado casarle; pero preveia que esto seria entregarle al despotismo absoluto de su muger: y abandonar la direccion de su caudal en manos de una estraña desconocida. Su esperiencia le habia enseñado esta reflecsion, naturalmente muy amar-

ga, le hizo titubear lo que pocos ó ningun jóven sabe: es decir la dificultad, ó mas bien la imposibilidad de conocer el carácter que una muger tendrá cuando casada, por el ecsámen que de ella se haga mientras está soltera. Por tanto, mientras que buscaba una jóven cuya educacion y buenos sentimientos, le ofreciesen alguna garantia, trató de inculcar en su hijo la pasion de la avaricia, como un preservativo ó un paliativo para su debilidad. Tambien esperaba que á falta de inteligencia, le seria dable inspirar por rutina algun sentido comun á este pobre simple. Le acostumbró pues á una especie de vida mecánica; y le enseñó de memoria algunas nociones fijas, sobre el modo de colocar su dinero: en seguida trató de evitarle las dificultades que trae consigo, la administracion de una gran fortuna, dejándole tierras perfectamente cultivadas y arrendadas á plazos muy largos.

Pero este anciano tan perspicaz, desconoció de todo punto, la influencia que debia dominar á su hijo, durante todo el curso de su vida. La timidez tiéne toda la profundidad del disimulo: asi es que sin que su padre lo sospechase ni aun remotamente, Juan amaba con pasion á la Cangrejera: y si su padre menos pagado de sus propias luces hubiera reflecsionado algun tanto, habría conocido que esto sucedería asi, naturalmente. Flora era la única muger que vivia familiarmente con aquel jóven; la sola que él hu-

biese podido estudiar de continuo: Flora sin saberlo, fué para él, el ángel de luz, que iluminó la casa paterna, y le procuró los escasos placeres secretos, que doraron su juventud. Léjos de que su pasion le inspirase celos de su padre, se regocijaba por el contrario de la educacion que proporcionaba á la niña: allá en sus adentros la destinaba para sí; porque la creia la única de quien pudiera obtener los favores que apetecia, sin tomarse el trabajo de enamorarla. Todo observador del corazon humano sabe que la pasion tiene en sí un talento que la es propio; y que puede procurar á los simples, á los tontos y á los imbéciles, cierta especie de inteligencia; sobre todo mientras que son jóvenes. No hay hombre tan bruto, que no encierre el espíritu animal, cuyo instinto para ciertas cosas, equivale al pensamiento y al raciocinio.

Al dia siguiente, Flora, que habia reflecsionado acerca del estraordinario silencio de su amo, esperaba alguna comunicacion importante: pero se engañó, porque no hizo sino dar vueltas á su alrededor y echarla miradas espresivas, sin poder encontrar voces con que esplicar lo que sentia: en fin, á los postres se renovó la escena de la víspera.

=¿Se encuentra V. bien en esta casa? la preguntó...

=Si señor; contestó ella.

=Pues entonces, quédese V.

=Muchas gracias, señor don Juan.

Esta estraña situacion, duró tres semanas, al cabo de este tiempo, una noche que hacia mucho frio, se despertó Flora por casualidad y quedó yerta de miedo, al oir una respiracion humana en su puerta, y mas aun cuando reconoció que era su amo Juan, que estaba echado como un perro á la parte de afuera de ella y miraba hacia dentro por un agugero que el mismo habia hecho al pié.

=Sin duda que me ama; dijo para sí Flora; pero si sigue así, vá á coger una pulmonia.

Al dia siguiente la Cangrejera echó ciertas miradas á su amo, que anunciaban que la habia conmovido aquel amor mudo y casi de instinto: ya no le parecia tan feo ni tan negado y hasta buscaba escusas en sí misma, para aquellas sienes y aquella frente, cargadas de granos parecidos á úlceras, y que son la aureola infalible de una sangre viciada.

Cuando estuvieron solos, Juan la dijo:=¿No es verdad que no querria V. volver al campo?

=¿Porque me lo pregunta V? le contestó ella mirándole con dulzura.

=Solo por saberlo; respondió Rouget, poniéndose como un tomate.

=¿Pues que, quiere V. despedirme? le volvió ella á preguntar.

=No lo quiera Dios; dijo él.

=Pues vamos á ver ¿que quiere V. saber? algun motivo tendrá V. para hacerme esa pregunta.

=Sí; ya se vé; quisiera saber...

=¡Qué? preguntó Flora.

=Si V. no querrá decírmelo; dijo Rouget.

=Le aseguro á V. que si lo haré.

=Nó; V. me engaña; y se burlará de mi.

=¡Cuando le digo á V. que lo haré?

=¿De veras?

=Ya le he dicho á V. que sí.

=Dígame V. pues, si es la misma ahora, que cuando andaba sin zapatos con su tio?

=¡Pues está buena la pregunta! contestó Flora poniéndose colorada.

El heredero asustado de lo que habia dicho, dejó caer la cabeza sobre su pecho, y no la volvió á levantar. Flora corrida de ver una respuesta tan lisonjera para un hombre, acogida con tan singular consternacion, se salió del cuarto.

Tres dias despues, á la misma hora y en el mismo sitio, que ambos parecian haber escogido para sus conversaciones, Flora dijo la primera á su amo;=¿Está V. enfadado conmigo señor?

=¿Quien yo? contestó él, nada de eso, muy al contrario:

=Lo digo, porque como pareció V. incomodarse ayer, cuando le dije que era una muchacha honrada!

=¡Que tonteria! no queria mas que saber.... pero ya se vé, V. no querrá decírmelo....

=Pues se engaña V. le contestó Flora: aseguro á V. que le diré la esacta verdad.

=¿De veras? me dirá V. la verdad, acerca

de.... mi padre.... preguntó Juan con voz apenas inteligible.

=Su padre de V. respondió la jóven, mirando á Juan de hito en hito; era un hombre de bien: le gustaban las chanzas... un poquito... pobrecillo! no le faltaba la buena voluntad... En fin con relacion á no se qué contra V. tenia intenciones.... muy malas... Algunas veces me hacia reir... Ya se vé... conque que decia V?

=Decia Flora, respondió Juan, agarrándola la mano, que nada pasó entre mi padre y V.....

=¿Y que queria V. que pasase? contestó ella con el tono de una muchacha ofendida por una suposicion injuriosa.

=Pues bien; escúcheme V.

=Era mi bienhechor y nada mas: tambien hubiese querido que yo fuese su muger... pero.....

=Pues entonces, dijo Rouget, animándose, y volviendo á tomar la mano que ella habia retirado; pues que nada ha pasado entre V. y mi padre, puede V. quedarse conmigo.

=¡Si V. lo quiere así! repuso ella bajando los ojos...

=Nó; no si yo quiero; sino si V. quiere: V. si gusta, puede ser el ama; todo cuanto yo tengo será de V.: V. cuidará de mis bienes, que serán mas bien de V. que mios: pues la amo á V. y la he amado desde el primer momento en que entró V. en esta casa sin zapatos.

=Flora nada respondió: y viendo que el silencio se prolongaba de un modo desagradable,

Juan inventó el siguiente detestable argumento.

=Vamos dijo á Flora ¿no vale eso mas que el volver al campo á la lluvia y al sol...

A pesar de todos los *como V. quiera* de Flora, Rouget no ganaba terreno. Los hombres de su carácter, necesitan una certidumbre; una cosa positiva. Es tal el esfuerzo que tienen que hacer para decir que quieren; les cuesta tanto trabajo el articular esta palabra, que se sienten incapaces de volverlo á hacer. De aquí la constancia con que quieren á la primera muger, que acepta su cariño. ¡Cuan dificil es presumir los acontecimientos futuros! Diez meses despues de la muerte de su padre, Juan cambió enteramente de aspecto. Su rostro lívido y cargado de granos malignos, se aclaró y se limpió; sus mejillas se sonrosaron: en fin toda su fisonomia, espresaba la felicidad. Flora ecsigió de él, que cuidase minuciosamente del aseo de su persona: puso todo su amor propio, en que anduviese bien vestido: cuando salía á paseo, le acompañaba ella hasta la puerta de la calle; y se quedaba allí mirándole hasta que le perdia de vista. Todo el pueblo reparó en esta mudanza que hizo de Juan un hombre enteramente distinto de lo que antes era.

=Sabe V. la noticia? decia uno.

=¿Que noticia?

=Que Juan Santiago, lo ha heredado todo de su padre; hasta la Cangrejera.

=¿Pues que creia V. que el viejo médico, no

seria bastante pillo, para dejar una ama á su hijo?

=Es un verdadero tesoro, para Rougel, decian todos.

=Y ella que es muy tuna, añadian, y tan hermosa, logrará que se case con ella.

—Saben W. que esa muchacha no es muy desgraciada ¡caramba!

=No tenga V. cuidado; semejantes fortunas, no vienen sino á las hermosas.

=Bah! que poco sabe V.: pues qué, no he tenido yo á un tio Borniche Herau... no ha oido V. hablar de la Ganivet que era mas fea que el mismo demonio, y á pesar de eso, la dejó doce mil reales de renta anuales.

=Ya; pero eso era en 1778.

=No importa, Rouget ha hecho muy mal: su padre le ha dejado bienes que le producen mas de ocho mil duros anuales; con ellos se hubiera podido casar con la señorita Herau...

=Ya trató el padre de eso: pero ella no quiso; por que Juan es demasiado bestia.

=¡Demasiado bestia! pues las mugeres son muy felices con bestias semejantes.

=¿Es muy feliz la de V.?

=Por este tenor eran las hablillas que circulaban por todo Issodun: como es uso y costumbre en las provincias, todos empezaron por burlarse de aquella especie de casamiento, y concluyeron por aprobar la conducta de Flora, en haberse sacrificado á Juan.

—He aqui, como Flora Brazier, llegó á hacerse con las llaves de la casa de Rouget, de padre á hijo, como habia dicho Goddet. Ahora creemos útil hacer la historia del gobierno interior establecido por Flora, para instruccion de los solterones.





V.

Historia tan vulgar como horrible.

A nadie en Issodun, como hemos dicho, pareció mal, escepto á la vieja Fancheta, el que Flora llegase á ser la reina de la casa de Rougel. La antigua cocinera, protestó contra la inmoralidad de tal enlace y habló mucho de la religion ultrajada. A la verdad no es estraño que se creyese humillada en tener por ama á una Cangrejera jóven, que habia venido á casa descalza de pié y pierna. Fancheta tenia una renta anual de sesenta duros, producida por las economías de toda su vida, que su viejo amo la habia hecho imponer en el banco nacional: ademas el doctor le habia asegurado otra renta vitalicia de igual cantidad, en recompensa de sus largos y buenos servicios: podia pues vivir independiente; y así dejó la casa, nueve meses despues de la muerte de su amo: el 15 de abril de 1806. Creemos inutil advertir á los lectores perspica-

ces, que precisamente en esta época, Flora cesó de ser honrada.

La Cangrejera, que habia previsto la resolucion de Fancheta, por que no hay cosa como el poder, para enseñarnos diplomacia, resolvió pasarse sin criada. Ya hacia seis meses, que sin parecer hacerlo, estudiaba atentamente el arte de cocina de Fancheta, digna de ser la cocinera de un arzobispo: bien que en materias gastronómicas, los médicos son tan delicados como pueden serlo los arzobispos.

El doctor habia perfeccionado á Fancheta en su arte. En el campo ó en los pequeños pueblos, la falta de ocupacion y la monotonia de la vida, naturalmente hacen que se piense mas en la mesa; no se come si se quiere, con tanta elegancia como en la capital, pero se come mejor y mas sólidamente. En la mas retirada provincia, ecsisten capacidades en cocina, de especie superior, capaces de preparar un simple plato de abichuelas de un modo digno de la aprobacion del mismo Rossini. Mientras el doctor estudiaba medicina en París, habia tambien estudiado química con Ronelles y le quedaban algunas nociones no muy imperfectas, que le fueron de mucha utilidad, cuando las hubo aplicado á la parte química gastronómica. Asi fué que su nombre es aun célebre en Issodun donde se le atribuyen muchas mejoras importantes en el arte de cocina: por ejemplo á él se debe el descubrimiento de que la tortilla es infini-

tamente mas delicada y mejor, cuando no se baten la clara y la yema del huevo juntas, como la hacen la mayor parte de nuestras cocineras y cocineros: decia que se debe batir la clara perfectamente, hasta que levante porcion considerable de espuma; entonces introducir la yema desleida muy poco á poco y con precaucion; y en seguida echar el todo; no en una sarten de hierro, sino en una de porcelana ó de barro vidriado. Estas sartenes son conocidas de la mas remota antigüedad: son unas especies de platos ó cazuelas de tierra vidriada que tienen tres pies; en España se usan en algunas provincias.

Flora que habia nacido con las mas felices disposiciones tanto para guisar, como para hacer dulces (cosa que no puede aprenderse bien, ni por la observacion ni por el estudio, sino que es preciso que salga de adentro, como suele decirse) llegó en breve á saber mas que su maestra. Cuando se esmeraba en adquirir la perfeccion en estos conocimientos, pensaba á la verdad, en la felicidad de Juan; pero forzoso es confesarlo, tambien pensaba en la suya; porque era no poco golosa, no pudiendo á causa de su estremada ignorancia, ocuparse en cosas de entendimiento, y teniendo la robustez necesaria para que su cuerpo necesitase incesante actividad, se dió enteramente á los cuidados domésticos y en ellos adquirió en breve un talento positivo. Los muebles relucian de puro limpios y la casa toda era digna de la primera ciudad de

Holanda. Ella dirijia los lavados y las legias, que en aquel pais solo se hacen tres veces al año. Cuidaba su ropa con esmero y la tenia perfectamente zurcida y en buen órden: y en fin deseando imponerse en el manejo del caudal, procuró adquirir las pocas ideas que sobre el particular pudo comunicarla Juan, y las rectificó conversando con el notario del difunto señor Herau. De este modo se puso muy luego, en estado de dar á su Juan Santiago escelentes consejos en el particular; y considerando la fortuna de este, como suya, manejaba todo, con la mas minuciosa economia. Por fortuna, ya no tenia que temer las ecsigencias de su tio; porque habia muerto dos meses antes que el doctor, de resultas de una caida al salir de una taberna, donde pasaba la mayor parte de su vida. Tambien habia perdido á su padre; de suerte que la pobre Flora, servia á su amo, con la fidelidad propia de una huérfana, sin parientes ni allegados, que se cree feliz en encontrar una familia y un interés social.

Esta época, fué la del paraiso para el infeliz Juan, que adquirió los dulces hábitos de una vida animal, embellecida por una especie de regularidad monástica. Se levantaba muy tarde por la mañana, y Flora que desde muy temprano, ó iba á la plaza ó se ocupaba de los quehaceres domésticos, no despertaba á su amo, hasta tenerlo todo preparado, para que pudiese sentarse á almorzar, tan luego como hubiera terminado de

vestirse y asearse. Despues de almorzar, salia Juan á dar un paseo, echaba un rato de conversacion con las personas que encontraba y volvia á las tres, para leer los periódicos; es decir el de la provincia y otro de París, que llegaba á sus manos, tres dias despues de su publicacion, lleno de la grasa de treinta manos por las que habia pasado, sucio con las gotas de tabaco de algunos lectores que engolfados en su lectura, no las sintieran caer, y en fin del color de las mesas, por las que habia andado rodando durante aquel tiempo. De este modo llegaba la hora de comer, que el hacia durar lo mas posible. Flora le entretenia en ella, contándole las historietas que circulaban por el pueblo y las hablillas que podia recoger. A las ocho, se apagaban las luces; porque en los pueblos, el acostarse temprano, se entiende por una economia de sebo y de leña; y no se conoce que nada contribuye mas á entontecer las gentes que el abuso que hacen de la cama. El sueño, cuando es demasiado largo, entorpece y embota la inteligencia: tiene el mismo efecto al poco mas ó menos que la cantidad ecsorbitante de alimento.

Tal fué la vida que pasaron estos dos seres, demasiado felices, durante nueve años; sin otra variacion que la de algunos viajes, en un rádio de cuatro á ocho leguas, y muy rara vez á mayor distancia; á menos que ni los notarios vecinos, ni el señor Herau, tuviesen posibilidad de dar colocacion á las sumas enormes que Juan y Flo-

ra ahorraban todos los años. Rouget prestaba su dinero, con primera hipoteca y obligando á la muger, si el tomador era casado. Jamás prestaba arriba de la tercera parte del valor de los bienes hipotecados; y para esto ecsigia pagarés por el dos y medio por ciento, á mas del interés legal que hemos citado. Tales eran las instrucciones que su padre le habia legado: y no le faltaban ocasiones de hacer tan considerables beneficios, porque nadie paga mayores usura que los labradores; ademas que en un pais como la Francia, en que estos poseen cortas porciones de terreno, hay un gran número de ellos y es muy corto el de los braceros: de aqui, la verdadera riqueza de aquel pais, en el que mas que en otro alguno de Europa, está repartida la propiedad territorial: á lo cual, si se añade la facilidad y comodidad de los portes, y el consumo de una inmensa poblacion, se podrá facilmente concebir el porqué la Francia posee sin duda alguna la mayor y mas sólida riqueza de Europa: resultado que no la proporcionáran ciertamente, ni sus fábricas, ni su industria sin rival en las artes de gusto y capricho. La moderacion de Juan que se contentaba como hemos dicho, con un siete y medio por ciento, le hacia encontrar sin dificultad ocasiones para colocar sus fondos; porque todos los notarios (que son en Francia los encargados de estas operaciones y no los corredores como en España) acudian primero á él que á otro alguno, á causa de las comisiones gene-

rosas que les pagaban los tomadores de fondos que los hallaban á un precio tan racional.

En el transcurso de estos nueve años, Flora insensiblemente y sin querer, llegó á adquirir un imperio absoluto sobre su amo. Al principio le trataba con mucha familiaridad; y poco á poco fué tal la superioridad de inteligencia y de fuerza que adquirió sobre él, que el amo se hizo el servidor de su criada. El mismo, se fraguó su dulce esclavitud; porque se dejó cuidar y mimar de tal manera por Flora, que esta parecia mas bien una madre que otra cosa: de este modo, Juan concluyó por sentir por ella, el mismo afecto que hace necesarios á un hijo los cuidados de una madre. Estaban unidos ademas por lazos mucho mas estrechos: en primer lugar, Flora, cuidaba de los negocios y de lo interior de la casa: Juan descansaba de tal modo en ella de toda especie de cuidado, que la vida le hubiera parecido no solo difícil sino imposible de sobrellevar sin su Flora. Por otra parte aquella hermosa criatura era materialmente una necesidad para su ecsistencia; acariciaba todos sus caprichos y los adivinaba ó leia en el fondo de su corazon: su alma se estasiaba de felicidad, cuando contemplaba aquellas facciones encantadoras que le sonreian siempre; las solas que jamás le sonrieran; las únicas en que podia ecsistir una sonrisa para él! Esta felicidad material espresada con aquellas palabras cariñosas que enjendra la amistad ó el amor sincero y familiar, eran el reflejo de su felicidad suprema.

Cuando Flora tenia alguna desazon y la manifestaba á Juan, este se angustiaba en tales términos, que facilmente se dejaba conocer el ilimitado imperio que aquella habia obtenido sobre su amo: á veces queriendo asegurarse su poder, pretendia desazones que no ecsistian; y el querer *asegurarse de él* entre las mugeres de su especie, es sinónimo de *querer abusar.* Es probable que la Cangrejera hiciese representar á su amo, alguna de aquellas escenas sepultadas en la vida privada, de las que el poeta inglés *Otway* ha dado un modelo, en su tragedia de *Venecia salvada*, entre el senador y Aquilina: escena que realiza lo magnífico de lo horrible. Flora en fin se vió tan segura de su imperio, que desgraciadamente para ella y para él, no pensó en obligarle á casarse con ella.

Hacia fines de 1815, Flora tenia veinte y siete años; y habia llegado su hermosura á todo su desarrollo. Gorda, fresca y blanca, era el tipo de una hermosura de Rubens. Sus brazos torneados y del mas hermoso colorido; sus formas, llenas, redondas y firmes; su piel, fina, lisa y tersa como el raso, en fin todo su conjunto formaba lo que nosotros llamamos una soberbia muger: ademas, caracterizaba su fisonomía, la terneza y la dulzura; su aspecto no ecsigia el respeto, sino la alegria y la felicidad.

En 1816 Flora vió á Max Gilet y á la primer vista, quedó prendada de él: su corazon fué herido por aquella flecha mitológica inventa-

da por los Griegos, admirable espresion de un afecto natural, en aquellos tiempos, en que el amor caballeresco, ideal y melancólico, inspirado por el cristianismo no era conocido. La Cangrejera era demasiado hermosa entonces, para que Max despreciase su conquista. Asi pues, Flora conoció á los veinte y ocho años, el verdadero amor; el amor idólatra, indefinido; aquel amor que abraza todos los modos de amar. Luego que el oficial sin fortuna, conoció á fondo, las relaciones de Flora con su amo, vió que lo que al principio no era para él, sino una intriga amorosa, podia llegar á ser el asunto mas serio de su vida. Por tanto, consintió conociendo toda la debilidad moral de Rouget, en ir á habitar á su casa. Es inútil decir que la nueva pasion de Flora, influyó necesariamente sobre la vida privada y la felicidad del pobre Juan. Durante todo un mes, aquel hombre que se habia hecho escesivamente tímido, vió con un miedo dificil de espresar, el rostro de Flora (antes tan amable y risueño) terrible, taciturno y fastidiado. Hubo de sufrir todos los efectos de un mal humor fingido, esactamente lo mismo que el hombre casado los esperimenta de su muger cuando ésta premedita una infidelidad. En fin, cuando en medio de los mayores desprecios, el infeliz Juan tuvo valor para preguntar tímidamente la causa de semejante mudanza, no recibió por respuesta, sino miradas llenas de ódio, y palabras amenazadoras: miradas que nunca habia visto; y pala-

bras que jamás penetraron sus oidos.

=Señor, dijo ella, cuando conoció que su plan estaba maduro; no tiene V. ni alma ni corazon. Por espacio de diez y seis años, he estado gastando aqui mi juventud y la poca hermosura con que me ha dotado el cielo, sin reparar en que tenia V. una piedra en lugar de un corazon. Dos meses hace que está V. viendo venir aquí, á ese pobre comandante, víctima de los borbones, que merece ser general, y se vé sin un cuarto, metido en este rincon, y precisado á pasar seis horas todos los dias, sin moverse de una silla en el ayuntamiento:.... ¿y para qué?.... para ganar míseros dos mil cuatrocientos reales.... ¡vaya un sueldo!.... mientras que V. tiene mas de dos millones y medio colocados á interés, y doscientos cuarenta mil reales de renta, sin que gracias á mí, gaste V. arriba de doce mil al año, contándolo todo, hasta mis enaguas, y no piensa en ofrecerle siquiera un cuarto en casa, á pesar de tener desocupado todo el segundo piso! prefiere V. que los ratones se paseen por él, mas bien que cederle á un desgraciado: á un hombre que su mismo padre de V. tenia por hijo? ¿Quiere V. que le diga lo que es? pues señor, V. es un fratricida... no, no crea V. que yo no sé porqué. Ha visto V. que yo me interesaba en su suerte; y esto basta para que V. le deteste: V. parece tonto, pero yo aseguro que no hay hombre en el mundo que tenga tanta malicia.... pues bien; sepa V. que me intereso en su suer-

te, si señor; y mucho; muchísimo....

=Pero Flora.....

=No hay Flora que valga. Desde hoy, puede V. buscar otra Flora si la encuentra; pues le juro, que tan seguro como este vaso de vino es gracia de Dios, me voy de esta maldita casa. Pero llevo el consuelo de que nada le he costado á V. en los doce años que hemos vivido juntos; con que así le ha salido á V. el placer bien barato. En cualquier parte hubiera ganado mi vida, sirviendo de todo como aquí: lavar, planchar; hacer legias; tomar en todo los intereses de V., en fin matarme desde por la mañana hasta por la noche...... buena recompensa me ha dado V.

=Pero Flora...

=Sí, sí, ya va V. hallando Floras que le quieran, con cincuenta y un años que tiene V. á cuestas; enfermizo y declinando cada dia, de un modo espantoso; nadie lo sabe mejor que yo! y sobre todo esto, que es V. bien poco divertido, créalo V.

=Pero Flora...

=Déjeme V. en paz; con su *pero Flora*, *pero Flora*; no sabe V. salir de ahí. Al decir esto salió cerrando la puerta con tal violencia que hizo estremecer toda la casa. El pobre Juan abrió muy despacito la puerta y fué mas dequedito aun á la cocina, donde Flora estaba, murmurando aun entre dientes.

=Pero Flora, la dijo con dulzura: mira que

esta es la primera noticia que tengo de lo que deseas... ¿y siendo así como puedes tú saber si yo quiero ó no?

—Pero señor, contestó la taimada ¿no conoce V. que necesitamos de un hombre en casa? Nadie ignora que tiene V. siempre, mil, dos mil ó cuatro mil duros en la gabeta: con que si alguno se le antojára robarnos, nos asesinaría! Por mi parte, no tengo ninguna gana de amanecer un dia cortada en cuatro pedazos, como le ha sucedido á esa pobre criada que quiso defender á su amo.... Pues bien, si tenemos en nuestra casa á un hombre mas valiente que el Cid y que no tiene buenas pulgas (como Max que se comeria á tres ladrones en un almuerzo) claro está que podremos dormir tranquilos. A la verdad no faltará quien le diga á V. sandeces; porque nunca falta quien meta zizaña. De sobra se yó que le dirán que si le quiero, que si le dejo de querer.... mas si V. es cuerdo, responderá.... que ya lo sabe; pero que su padre le habia recomendado al pobre Max en su lecho de muerte. Con esto todo el mundo callará; porque nadie ignora que el difunto le pagaba el colegio: ¡que tenga yo necesidad de decirle á V. esto, despues de nueve años que hace que estoy con V!

—Flora, Flora.

—¿Cuantos ha habido que me han querido cortejar en el pueblo? El uno me ofrecia cadenas de oro, el otro reloxes; todos me decian, hermosa Flora, deja á ese estólido Rouget, ven-

te conmigo que yo haré tu fortuna....... Si señor, estólido llamaban á V. Yo á todos respondia=¿Yo dejar á ese pobre inocente? primero me tiraria al rio.

=Si, Flora, contestó Rouget compungido, no tengo en el mundo sino á tí y Dios me ha hecho feliz.... Si tu lo deseas, hija mia, haremos que venga Max: comerá con nosotros....

=Pues claro está.

=Vamos amor mio, no te enfades.=Ya no me enfado; cuando hay para uno, tambien hay para dos, contestó Flora riendo. Pero si V. quiere ser amable ¿sabe V. lo que ha de hacer? Irá á pasearse á las cuatro á los alrededores del Ayuntamiento: probablemente encontrará V. al señor comandante; le convida V. á comer: si se resiste, le dice V. que me agradará mucho verle, y él es demasiado bien criado para rehusar, entonces vendrá: á los postres ya tendrá V. bastante talento, para hacer rodar la conversacion sobre los pontones y demas: el como es natural, le hablará á V. de sus desgracias; y V. entonces le convida á venir á vivir á casa.... Si pone alguna dificultad, de mi cuenta corre el vencerla.

Poco despues, estaba paseándose lentamente el solteron, por el baluarte Baron, y reflecsionaba cuanto podia hacerlo, en la conversacion que acababa de tener con Flora. Si se separaba de ella, (y esta idea le trastornaba) ¿donde encontraria otra muger?.... Casarse?.... A su edad

solo se casarian con él por su dinero: y su muger legítima especularia con este, algo mas que Flora. Por otra parte la idea de verse privado enteramente de la ternura de esta, aun cuando no le dejase sino la ilusion, le causaba una agonía horrible: el resultado de estas reflecsiones fué, que habiendo efectivamente encontrado al comandante Gilet, estuvo con él tan cortés como podia estarlo; y conformándose con los deseos de Flora le hizo el convite delante de muchos testigos.

Con esto se verificó la reconciliacion entre Flora y su amo; pero desde entonces no pudo menos el desventurado Juan, de notar una mudanza completa en la Cangrejera: la cual queriendo obrar con política, no dejó de quejarse durante quince dias, en los almacenes donde compraba, en el mercado y en fin á cuantas personas pudo hablar de la tiranía de su amo; que se habia empeñado en llevar por fuerza á su casa, á un pretendido hermano natural. Por desgracia á nadie engañó, y lo único que sacó, fué pasar por una muger disimulada y falsa.

En cuanto á Rouget, nada perdió con que se estableciera Max en su casa, porque de este modo tuvo una persona mas en ella, que le mimaba y cuidaba con esmero, pero sin bajeza. Max le hablaba de política y á veces le acompañaba á pasear; en cambio Flora cesó de ocuparse de la cocina; porque decia que la echaba á perder las manos. A instancias del gran maestre de la ór-

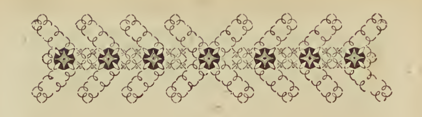
den de la Holgazaneria, la Lagarta indicó para cocinera de Rouget, á una prima suya que lo entendia soberanamente, y acababa de quedarse desacomodada por la muerte de un cura á quien sirvió y que nada le habia dejado. Ademas la Lagarta salió por fiadora de que serviria esclusivamente los intereses de Max y de la Cangrejera. Por su parte, los aliados prometieron á la parienta de la Lagarta, si les servia fielmente durante diez años, una renta anual para toda su vida de sesenta duros. Tenia esta muger que se llamaba Vedié, sesenta años de edad y la cara singularmente fea y marcada de viruelas. Tan luego como hubo tomado posesion de la cocina de Rouget, la Cangrejera se hizo llamar la señorita. Se puso corsé y empezó á llevar vestidos de seda y de diferentes telas de moda, segun la estacion: tuvo pañuelos bordados, muy caros, cuellos, y gorros de encaje, zapatos de seda y en fin se puso tan elegante que rejuveneció de muchos años. Pareció á un diamante en bruto, que un hábil lapidario corta y pule de manera que le hace tomar todo su verdadero valor. Queria hacer honor á Max y en verdad lo consiguió. Pero no se contentó con esto; á fines del primer año, en 1817 hizo venir un caballo que decian ser inglés, para el *pobre comandante*, que se fastidiaba de andar á pié. Por otra parte, Max, habia pescado en las cercanias, un antiguo lancero de la guardia Imperial, un polaco llamado Kouski, que se halla-

ba en la mayor miseria y se consideró muy dichoso con entrar en casa de Rouget en calidad de criado del comandante. Su amo fué su ídolo, sobre todo despues del duelo con los tres realistas. Desde aquella época la familia de Rouget se compuso de cinco personas, y el gasto anual ascendia á algo mas de treinta mil reales.

En la época en que la señora Bridau volvia á Issodun, con el objeto segun decia el notario Desroches, de salvar una herencia seriamente comprometida, Rouget, habia llegado á un estado casi vejetativo. En primer lugar, desde que Max se estableció en la casa, Flora puso la mesa, bajo un pié canonical. Rouget á quien trataron de inspirar una pasion gastronómica, comia cada dia mas y con mejor apetito, gracias á los buenos y suculentos platos que preparaba la Vedié. Pero á pesar de tanto alimento, engordaba poco. Cada dia iba decayendo; ya fuese por la dificultad de hacer la digestion, ya por otro motivo. No obstante, cuando alguien le preguntaba por el estado de su salud, respondia sin titubear, que en su vida habia sido mejor: y como todo el mundo le conocia por un hombre sumámente estúpido, nadie reparó en la disminucion progresiva de sus facultades mentales. El único sentimiento que le hacia ecsistir, era su amor por Flora; no vivia sino por ella; asi es que su debilidad en este punto, habia llegado al último estremo: obedecia á una mirada, y espiaba todos sus movimientos, como un perro perdi-

guero espia los menores gestos de su amo. En fin, como decia la señora Hochon, Rouget á los cincuenta y siete años, parecia mas viejo que su marido que pasaba de ochenta.





VI.

La Carreta del tio Feria.

No creemos tener necesidad de decir, que el cuarto de Max, estaba amueblado de un modo digno de un hombre tan encantador. El comandante no habia cesado durante seis años, de embellecerlo y llenarlo de cuanto podia parecer elegante y ser útil para su comodidad y la de Flora. Pero era aquella elegancia, la que se podia encontrar en Issodun; es decír vidrios pintados, papel de bastante gusto en las paredes, muebles de caoba, espejos con marcos dorados cortinas de muselina, con franjas encarnadas, colocadas como los tapiceros de provincia lo hacen en la habitacion de una novia rica, y que se toma por el apojeo de la magnificencia; pero que se vé en todas las estampas de moda y se

tiene en París, por cosa tan comun, que ni los tratantes en vino, lo quieren cuando se casan. Habia tambien, cosa monstruosa! que llamó la atencion de todo Issodun, esteras finas de junco en la escalera; sin duda para que no se oyese el ruido de las pisadas. Asi es que en la última noche de que hemos hablado, cuando Max entró en su casa casi al alba, á nadie despertó: á la verdad en lo que menos soñaba Rouget, era en que su huésped y comensal, pudiese ser cómplice de las travesuras nocturnas que traian aterrado á todo el pueblo.

A las ocho del dia siguiente, Flora, vestida con un deshabillé, de bonito percal de color de rosa, con un elegante gorro de encage en la cabeza y unas chinelas forradas muy ricas, abrió suavemente la puerta del cuarto de Max: pero viendo que dormia, se quedó parada á la cabecera de su cama.

=¡Ya se vé: ha entrado tan tarde! dijo en voz baja; á las tres y media! necesita de una naturaleza de hierro para resistir á semejantes diversiones.—¡Que fuerte es y que encantador este hombre! ¿En que habrán pasado la noche?

=¿Qué, estabas ahí querida Flora? dijo Max, despertándose como lo hacen los militares, que acostumbrados á la guerra, recobran todas sus ideas y sangre fria, tan pronto como abre los ojos.

=Estas durmiéndote, le contestó ella, me voi....

=Nó, quédate, tengo cosas muy serias que comunicarte.

=Qué ¿habeis hecho alguna locura esta noche?

—Bah, tonta? se trata nada menos que de nosotros y de ese animal. Pero dime; como demonios, no me habias hablado nunca de su familia?.... pues bien; has de saber que esa familia, vá á llegar de un momento á otro, sin duda para darnos en que entender.

=¿Sí? contestó Flora, pues no tengas cuidado que yo le compondré á él.

=Señorita Brazier, contestó Max con seriedad; se trata de cosas muy serias para hacer la loca. Enviame el café con leche; le tomaré en la cama; y mientras tanto, pensaré en lo que debemos hacer.... mira, y vuelve á las nueve para que hablemos. Pero entretanto, cuidado no te dés por entendida. ¿Estás?

Asustada con la noticia, Flora salió del cuarto, y se fué á preparar el café de Max: pero un cuarto de hora despues, entró Baruch precipitadamente, y dijo á Max:=Oyes, levántate volando que Feria anda buscando su carreta.....
=Cómo! contestó el comandante ¿con que la está buscando? En menos de cinco minutos se vistió y saliendo como de paseo, se acercó al pié de la torre, donde vió una porcion considerable de gente reunida.

=¿Que ha sucedido? preguntó abriéndose paso hasta ponerse al lado del español.

Feria era un hombrecillo, flaco, pequeño y feo. Sus ojos de fuego en estremo pequeños y muy juntos, le hubieran hecho pasar en Nápoles, por un hechicero. Parecia hombre de buen genio, porque era de grave aspecto; de mucha calma aparente y lento en todos sus movimientos: por esto le llamaban el buen Feria. Pero su tez taciturna y su benignidad aparente, anunciaban al observador, el descendiente de los árabes, que aun no habia perdido la ferocidad y rencor de su raza.

=¿Está V. seguro, le pregunto Max, despues de haber escuchado sus quejas, de que trajo aquí la carreta? porque ya sabe V. que gracias á Dios, no tenemos ladrones en Issodun.....

=Pero señor ¡cuando le digo á V. que la tenia aquí!

=Bien, pero hombre, si dejó V. el caballo enganchado ¿que estraño es que se haya ido con ella?

=¿Pues no está ahí mi caballo? contestó Feria, enseñándole á algunos pasos de distancia.

Max se fué con mucha gravedad al sitio donde se hallaba el caballo; á fin de poder al levantar la vista, ver el pié de la torre. Todos los circunstantes le siguieron, que era lo que el queria.

Francisco, que tambien estaba presente, se puso á preguntar en alta voz:=señores, tengan W. la bondad de ver, si alguno se ha metido sin querer, la carreta en el bolsillo.

=Vamos señores, vamos; regístrense W. añadió Baruch.

Todos se echaron á reir: y Feria, se puso á jurar, lo que no es buena señal para un español.

=Demonio, que ligera es tu carreta. Esclamó Max.

=¡Ligera! replicó Feria; si los que tanto se rien, la tuvieran encima de sus piés, yo les aseguro que no les volverian á doler los callos.

=Pues amigo, yo te aseguro que es tan ligera como un águila, pues ha volado á la torre.

A estas palabras, todos los ojos se alzaron en aquella direccion; y al ver un espectáculo tan estraordinario, por poco no hay un motin en el mercado: todos señalaban hácia la carreta y todos hablaban á la vez.

=El demonio protege á los posaderos; y por eso van todos al infierno: dijo el hijo de Goddet: mira, Belcebút ha querido enseñarte, que no debes dejar tu carreta en la calle otra vez sino meterla en un meson.

Estas palabras, escitaron una griteria entre los circunstantes; porque todos tenian á Feria por un avaro.

=Vamos amigo, le dijo Max: no te desanimes: vamos á escalar la torre á fin de descubrir de que modo subió á ella tu carreta. Voto vá! no te aflijas hombre; vamos á ayudarte todos. ¿Vienes tú Baruch? en seguida acercándose al oido de Francisco, le dijo: mira tú, haz que todos se apar-

ten del pié de la torre y que no haya nadie aquí, cuando veas que estamos arriba.

Feria, Max, Baruch y otros tres caballeros de la órden, subieron á la torre. Durante esta ascension que no dejaba de ser peligrosa, Max hacia observar á Feria, que no habia ningun indicio que indicase el paso de la carreta. Así es que Feria se llegó á persuadir de que habia algo de diableria en aquello y perdia la chaveta. Luego que llegaron á la altura y ecsaminaron bien todo el terreno, el mismo Feria, se persuadió á que era imposible que por ningun medio humano, su carreta hubiese subido allí.

=¿Y como la bajo yo ahora? dijo el español, cuyos ojillos espresaban por la primera vez el miedo; y cuyo rostro enjuto y moreno que no parecia susceptible de cambiar de color llegó realmente á palidecer.

=¿Como? dijo Max; pues me parece que no tiene mucha dficultad.

Diciendo esto, mientras que Feria permanecia inmóvil de asombro cogió la carreta por las varas con sus robustos brazos, y la acercó al borde del precipicio: pero antes de soltarla, gritó con voz de trueno á los de abajo.... Allá vá.

Era inútil su advertencia; porque la gente avisada por Baruch, se habia retirado á distancia conveniente; llenos de curiosidad por ver en que paraba aquello. Cayó la carreta del modo mas pintoresco, y se hizo mil pedazos.

=Ya ha bajado; esclamó Baruch.

=Ah! miserables! Ah! infames! esclamó Feria: sin duda sois vosotros los que la subieron...

Max, Baruch y sus compañeros se echaron á reir:=Cómo, dijo con frialdad Max, te enfadas porque te queriamos hacer un servicio? ¿no has visto que cuando arrojé tu maldita carreta, por poco me lleva tras sí? ¿y es ese el modo que tienes de agradecérmelo?....... de que pais eres tú?

=Yo soy de un pais, en el que nunca se perdona una injuria; contestó Feria temblando de rabia.... no tengan W. cuidado; mi carreta les ha de servir á W. de calesa, para ir á los infiernos..... á menos añadió, tomando un tono mas dulce, que tengan W. intencion de reemplazarla con otra nueva.

=Eso sí; hablemos de eso, dijo Max empezando á bajar.

Cuando hubieron llegado al pié de la torre y se hallaron entre la gente que reia á carcajada; Max agarrandó á Feria por un boton de la chaqueta, le dijo:

=Sí, mi querido Feria; te prometo regalarte una magnífica carreta, con tal que tú me des mil reales; pero no te garantizo que sea ligera como esta.

--Feria en lugar de alterarse permaneció serio, como si estubiera terminando un ajuste y contestó.

=Aunque V. me diera una carreta nueva para reemplazar á la otra, no creo que jamás

hubiese V. empleado el dinero del señor Rouget,

Max se puso pálido y levantó su terrible puño, sobre Feria; pero Baruch que sabia que si llegaba á pegarle, no se contentaria con una sola víctima, arrebató al español como una pluma y dijo al oido de Max.

=¡Cuidado, con hacer tonterias! Vuelto en sí el comandante, se echó á reir y dijo á Feria: mira, si te he hecho pedazos tu carreta, ha sido sin querer, mientras que tú tratas ahora de calumniarme; conque así estamos en paz.

=¡No lo estamos aun! dijo murmurando el español; pero me alegro de haber conocido lo que valía mi carreta.

=Ola Max! parece que has encontrado á quien hablar, le dijo un testigo de esta escena, que no pertenecia á la órden.

—Adios, señor Gilet, le dijo tambien, el traficante en granos; no os doy las gracias por ahora; las reservo para otra ocasion. En seguida montó en su caballo y desapareció, en medio de un concierto de silvidos y risotadas.

=Pierda V. cuidado amigo; le gritó un carretero que tambien se hallaba allí: le guardaremos á V. las calzas de hierro de las ruedas.

Uno de los ejes, se habia metido en tierra y parecia un árbol: delante de él, se habia quedado Max, pálido y pensativo; pues el dicho del español le habia llegado hásta el corazon. Durante cinco dias, no se habló de otra cosa en Issodun, sino de la carreta de Feria. Goddet, decia que

aquella carreta encantada estaba destinada á viajar: y así fué; pues por todo el Berry corrió su historia y se repitieron las chanzas y hasta las palabras de Baruch y de Max. Esto fué lo mas sensible para el español; porque ocho dias despues del acontecimiento, aun era la fábula de toda la provincia y el asunto de todas las hablillas. Pero en recompensa, salieron tambien á la colada, Max y la Cangrejera, y se hicieron sobre ellos mil comentarios en Issodun en voz baja; y en voz muy alta, en toda las demas ciudades. Max, que conocia muy bien aquel pais, sabia cuanto las gentes envenenarian el asunto y se arrepentia de todo corazon de lo hecho; pero ya no tenia remedio. «El mismo demonio, no impedirá que hablen,» decia para sí; y solo el demonio me pudo inspirar á mí, aquella desgraciada idea.

=Con qué Max, le dijo Francisco, interrumpiendo sus meditaciones; parece que llegan esta noche?

=¿Quien?

=¿Quien ha de ser? los Bridós; mi abuela acaba de recibir una carta de su ahijada en que se lo dice.

=Escucha querido, le dijo Max aparte: he reflecsionado profundamente en ese negocio: y el resultado ha sido convencerme de que ni Flora ni yo, debemos parecer enemigos de esa jente. Por tanto, si esos supuestos herederos se van de Issodun, deberá de ser ó parecer ser, á causa de vosotros los Hochon. Tú, esta noche, ecsa-

mina perfectamente bien á los recien venidos; y con lo que tu me digas acerca de ellos, convendremos, cuando nos veamos en casa de la Lagarta, en lo que hemos de hacer para ponerles en mal con tu abuelo ¿me entiendes?

—¿Sabes lo que me parece? dijo Baruch á Francisco, cuando entraban en su casa, que el español ha dado con el flaco de Max.

Mientras que Max, se ocupaba del modo que hemos visto, Flora á pesar del encargo que aquel la hiciera, no habia podido contener ni ocultar su cólera y sin saber si servia ó contrariaba los planes de su querido y aliado, descargaba sin piedad su mal humor, contra el pobre solteron. Siempre que este incurria en la cólera de su ama de llaves, al momento, se veia privado de aquellas pequeñas atenciones que constituan toda su felicidad: podiase decir que Flora le imponia un castigo como á un niño: cesaban desde luego, las palabritas dulces, los apodos familiares y cariñosos; y en fin, hasta la terneza de las miradas se cambiaba en saña y desprecio: un *usted*, frio y seco, reemplazaba, al tierno *tú*, y cortaba el corazon del pobre viejo como si fuese un cuchillo perfectamente afilado: este V. era un preludio, una declaracion de guerra. Despues, en lugar de asistir al despertar de Juan, de darle su ropa, de prepararle sus avios de afeitar y demas, y de mirarle con aquella especie de admiracion que todas las mugeres saben espresar, y que los hombre agradecen

á proporcion que es mas grosera: en lugar de decirle, señor, está V. mas colorado que una manzana! vamos que en la vida ha tenido V. mejor salud.. en fin, de divertirle mientras se vestia, con aquellas chanzas de costumbre, le dejaba vestirse solo: si llamaba á Flora, esta respondia desde abajo.=¿Que quiere V? ¿cree V. que puedo estar en todas partes? pues, le prepararé á V. el almuerzo y estaré tambien en su cuarto! ¿Qué, tan niño es V. que no puede vestirse solo?....

=¿Pero señor que la he hecho yo? se preguntó así mismo el anciano, al recibir una de estas respuestas, cuando la pedia el agua caliente para afeitarse.

Flora, añadió á su espanto, diciendo en voz alta á la cocinera;=Verdié! Suba V. agua caliente al amo.

Cuando esta entró en su cuarto, el pobre Juan anonadado por la cólera de Flora la preguntó; =Verdié ¿que tiene hoy la señora?

Flora se hacia llamar señora, por su amo, por Verdié, por Kouski y por Max.

=Qué ha de ser señor, contestó la cocinera con el aire muy contrito; qué ha de ser? que parece que ha sabido alguna cosa de V. que no la ha agradado. En verdad señor amo, que hace V. muy mal. Mire V., yo no soy sino una pobre cocinera, y V. dirá qué quien me dá vela para este entierro; pero no puedo callar y le digo á V. que aunque buscase por toda la tierra,

como lo hizo aquel rey de que habla la biblia, una muger como Flora, no encontraria una que sirviese para descalzar á la señora. Deberia V. besar la tierra que pisa y ademas, no conoce V. que el darla sentimiento, es atravesarse V. mismo el corazon! En fin la cocinera hizo tan bien su papel, que hasta lloraba: y su amo aterrado y sin saber lo que le pasaba, se dejó caer en una poltrona, se puso á considerar el techo, como un loco melancólico y se olvidó de que tenia que afeitarse. Estas frecuentes variaciones (que en los últimos tiempos, se notaban en Flora) de la terneza ó la mas fria indiferencia, obraban sobre aquel débil ser, que no vivia sino de amor, los mismos mórbidos efectos, que produciria en el cuerpo humano, el paso repentino de una atmósfera de los trópicos al mayor frio polar. Puede decirse que eran otras tantas pleurisias morales que desgastaban su máquina, como hubiera podido hacerlo una enfermedad física. Nadie en el mundo sino Flora pudiera tener tan bárbaro imperio sobre él; porque solo para ella, era tan bueno como estólido.

Poco despues, asomándose la Cangrejera á la puerta de su cuarto, le preguntó con tono seco=¿qué no se ha afeitado V. aun?

Esta inesperada pregunta causó un terrible sacundimiento nervioso al pobre Rougel, que de pálido como la cera que estaba, se puso como un tomate: pero sin atreverse á quejarse de tan inícuo susto.

=El almuerzo le está á V. esperando; pero bien puede V. bajar si quiere en bata y chinelas nada importa, pues que almorzará V. solo. Diciendo esto, salió sin esperar respuesta. De todas las penitencias que le podian dar á Rouget, la mayor era la de tener que almorzar solo: nada le entristecia tanto; porque le gustaba hablar mientras comia. Asi es que al llegar al pié de la escalera de su cuarto, le acometió un acceso de tos; porque las emociones que acababa de esperimentar habian renovado su habitual catarro.

=Tose, tose; dijo Flora en la cocina: pero no hay cuidado, no; ese demonio tiene mas vidas que un gato y si llega á echar el alma, será despues que nosotros nos háyamos muerto!....

Tales eran los piropos, que la Cangrejera le echaba, cuando estaba enfadada: el infeliz á quien se dirigian, con mas humildad que un cordero, se fué á sentar á la mesa, sumido en la mas profunda tristeza y se puso á mirar con aire tonto y sin ver nada, á sus viejos muebles y sus cuadros.

=Ya se podia V. haber puesto un corbatin; le dijo Flora cuando entró en el comedor; ¿ó le parece á V. que dá gusto, al ver un pescuezo como ese? ¡mas encarnado y con mas arrugas que el de un pavo!

=¡Pero qué te he hecho yo! preguntó el anciano, fijando sus ojos azules llenos de lá-

grimas, en la fisonomía desdeñosa é irritada de su ama.

—¿Lo que ha hecho V? le respondió ella; pues qué no lo sabe V? ¡Valiente hipócrita es V!.... ¿Con que no lo sabe V? y su hermana Agata, que es tan hermana de V. como yo lo soy de la torre de Issodun (al menos segun decia su señor padre) llega hoy de Paris con su hijo, ese pintor de brocha gorda, espresamente para ver á V. y.....

—¡Como! mi hermana y mi sobrino, vienen á Issodun? esclamó el anciano estupefacto.

—Sí, sí; hágase V. el asombrado para hacerme creer que no les ha escrito que vengan! Vaya ¡si es V. muy disimulado! Pero no tenga V. cuidado, que no incomodaremos mucho á sus parisienses. Le juro á V. que antes de que ellos pongan los piés aquí, ya habremos puesto los nuestros en polvorosa. Max y yo, nos vamos, para no volver jamás. Y en cuanto al testamento que V. ha hecho, voy á hacerle pedazos delante de V. y á echárselo á los hocicos ¿lo oye V?.... Deje V. sus bienes á su familia, pues que nosotros no somos de ella. Luego verá V. cuanto le quiere esa familia que hace treinta años que V. no ha visto, ó que no ha visto jamás. Veremos si su hermana me reemplaza........ ¡una devota, que no sueña mas que santos!

—¿Con que no es mas que eso, Flora de

mi alma? contestó el anciano; pues mira, vive tranquila, que ni mi hermana, ni mis sobrinos, no pondrán los piés en mi casa: te juro por quien soy, que esta es la primerá noticía que tengo de su llegada... mira, esa es cosa de la de Hochon, esa maldita devota....

Max, al entrar, oyó la última parte de la respuesta de Rouget y preguntó con tono imperativo=¿qué hay de nuevo?

=Ah? mi querido Max, esclamó el anciano, lleno de alegria por hallar el apoyo del militar, que de acuerdo con Flora, tomaba siempre el partido de Juan... mira Max, te juro por esa luz del sol, que esta es la primera noticia que tengo; jamás he escrito á mi hermana; mi padre me hizo prometerle, que nunca la dejaria un cuarto y que todo lo dejase mas bien á la iglesia.... en fin, es seguro que ni mi hermana Agata, ni sus hijos, no pondrán los piés en esta casa....

=Su padre de V. hizo muy mal, en ecsigir esa promesa, mi querido Juan, contestó Max; y la señora, hace mas mal aun, en hablar en estos términos. Su padre de V. tenia sin duda sus motivos; pero ha muerto, y su ódio debe morir con él. La hermana de V. es su hermana, y sus hijos, son sus sobrinos: por tanto debe V. recibirlos con bondad, aunque no fuera sino por Flora y por mí. ¡Que se diria en Issodun, vive Dios, si asi no fuere! ¿le parece á V. que no se dice

ya bastante? no me faltaba mas sino que se dijera que lo hemos puesto á V. en secuestro! que no es V. libre de recibir en su casa á quien le acomoda, que le animamos á V. contra sus herederos, y en fin, que contamos con la herencia de V. ¡voto á tal! Si lo oyera decir una sola vez, en el momento abandonaba el campo. Vamos, siga V. mis consejos, y vamos á almorzar.

Flora que se habia vuelto mas suave que un guante, luego que hubo oido hablar á Max, se puso á ayudar á la Verdié á poner la mesa. El pobre Rouget, encantado y fuera de sí, al ver la conducta de Max, le tomó por ambas manos, le llevó al hueco de una ventana y le dijo en voz baja: Max, mi querido, mi buen Max; aunque fueras mi hijo, no te querria tanto como te quiero. Sí, Flora tiene mil razones; tú y ella, sois toda mi familia.... Eres hombre de honor Max, y cuanto acabas de decir, prueba que lo eres.

=Usted lo que debe hacer, es recibir perfectamente á su hermana y á su sobrino, pero sin alterar en nada, sus disposiciones anteriores. De este modo quedan satisfechos, el mundo y el difunto padre de V.

=Conque queridos mios, esclamó Flora con aire muy risueño; se vá á enfriar el estofado de perdices. Toma pichon, toma esta alita, dijo sonriéndose y presentándole una á Juan.

A estas palabras, el rostro cadavérico del

anciano, se abrió como una rosa, al sol de primavera: sus lábios caidos se levantaron y recogieron, para espresar una sonrisa llena de satisfaccion y encanto: pero volvió á acometerle la tos, porque la felicidad de ver otra vez á Flora de buen humor, le causaba una emocion (aunque producida por sensaciones enteramente opuestas) tan grande casi, como la anterior. Flora se levantó desolada; se quitó el pañuelo de cachemira que tenia al cuello y poniéndoselc de babadero, esclamó en tono del mayor interés=¡Qué simple eres en afectarte de ese modo, por cosas que no valen la pena! toma tontuelo, este pañuelo te hará provecho; mira, le tenia sobre mi corazen.

=Que ángel! dijo el infeliz Rouget á Max, mientras Flora salió á buscar un gorro de terciopelo, para cubrir la cabeza calva del anciano.

=Tan buena como hermosa, contestó Max: sino que es algo pronta, como lo son todos los caractéres francos.

Quizás el lector, hallará demasiado vivos, los colores con que pintamos el carácter de la Cangrejera: nadie dejará de conocer empero, que por desgracia y deshonra de la humanidad, este carácter no es ideal. No obstante algunas personas dirán, que hay vicios, que por el horror que inspiran, deben dejarse en la obscuridad. Pues bien; nosotros queremos pintar la naturaleza con el pincel de la verdad:

y asi diremos, que estas escenas, mil y mil veces repetidas, con espantosas variantes, son en toda su composicion grosera y su horrible veracidad, el tipo de las que representan todas las mugeres, en cualquier grado de la escala social en que se encuentren, cuando un interés sea el que fuere, y la falta de religiosos principios, las hace apartarse de la línea de obediencia que les trazára su naturaleza, y apoderarse de un poder, que nunca debieran ejercer. A los ojos de las mugeres como á los de los grandes políticos, el écsito, legitima todos los medios que puedan emplearse para obtenerle. Entre la Cangrejera y la duquesa; entre la duquesa y la mas rica particular, entre la particular y la manceba mas brillante, no hay otra diferencia, sino la de la educacion que han recibido; los principios de moral y religion que las inculcaron y el círculo social en que jíran. Los desdenes de la gran señora, reemplazan á las violencias de la Cangrejera. En todas las condiciones, las chanzas amargas, las burlas pesadas, y el frio desden, producen los mismos resultados que los dichos comunes de Flora.

Max se puso á contar con tanta gracia la aventura del español Feria, que hizo reir de todas veras á Rouget. La Vedié y Kouski, que lo escuchaban tambien á la puerta de la pieza, rebentaban de risa. En cuanto á Flora, nada hay que decir, pues su risa fué mas prolongada que la de

los demas. Concluido el almuerzo, mientras que Juan leia los periódicos, (pues se habia abonado al *Constitucional y á la Pandora*, Max se llevó á Flora á su cuarto.

Las primeras palabras que la dijo, fueron:=¿estás segura que desde que el viejo te nombró su heredera, no ha hecho otro testamento?

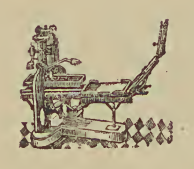
=¡Si no tiene con que escribir! le contestó Flora.

=¡Buena razon! ¿pues qué no ha podido dictar otro á un notario? Pero en fin, si no lo ha hecho, es preciso impedir que lo haga. Por ahora lo primero que hay que hacer, es recibir perfectamente á los Bridós; pero ocuparnos sin levantar mano, en realizar, es decir en reducir á metálico, todas las imposiciciones hipotecarias que haya hecho. Los notarios, harán esta operacion de muy buena voluntad, porque con ellas ganan de comer. Los intereses que paga el banco, aumentan todos los dias; vamos á conquistar á la España y á librar á Fernando VII de sus córtes; de este modo, el año que viene, las rentas subirán á mas que á la par. De consiguiente, es una ópima operacion, el inscribirnos por los tres millones de ese caduco, en el gran libro de Francia, comprando como podemos hacerlo ahora, al 85 p%! Solo sí, que es preciso que hagas de modo que la imposicion se verifique á nombre tuyo. Así esto al menos estará seguro.

=¡Famosa idea! querido de mis ojos, esclamó Flora.

=Escucha, continuó Max; y como con quinientos mil reales mas, nos podriamos hacer una renta de doscientos mil anuales, será preciso tomar esta cantidad á préstamo, á pagar en dos años por mitad. En estos dos años los intereses de París nos darán cuatrocientos mil reales, y noventa mil con que podemos contar aquí, me parece que nada arriesgamos en esta operacion.

=¡Pero amor mio, que talento tienes! mira eres un ángel y te adoraria si quisieras.





VII.

Los cinco Hochon.

La plaza de san Juan de Issodun, ocupa el centro de una calle, que en la parte superior, se llama la nareta grande, y en la inferior, la nareta pequeña. La palabra *narette* en la lengua del Berry, significa una cuesta muy pendiente. Y la nareta de que hablamos, es escesivamente rápida desde el medio, hasta la puerta de Vilatte. Ya hemos dicho que la casa del viejo Hochon, estaba precisamente enfrente de la de Rouget. Desde la sala en que por lo general trabajaba la señora Hochon, se veia lo que pasaba en casa de Rouget, y *vice versa*, cuando estaban descorridas las cortinas ó las puertas abiertas. Es inutil describir la casa de Hochon, porque se parece tanto á la de Rouget, que sin duda

fueron hechas por el mismo arquitecto. Hochon, natural de Issodun, habia sido en otro tiempo, recibidor de contribuciones de *Selles* en Berry, y volvió á casarse al pueblo de su naturaleza, con la hermana del galante Lousteau, (el subdelegado de que hemos hablado) cambiando la caja de *Selles*, por la de Issodun. Ya se habia retirado de los negocios en 1786, de suerte que evitó todos los peligros de la revolucion á cuyos principios ademas se adhirió, como todos aquellos que dicen *viva el que vence*. Era hombre que merecia por completo, la reputacion que tenia de muy avaro. Pero para no incurrir en insulsas repeticiones, referiremos un solo rasgo, que pinta perfectamente su carácter.

Cuando su hija (que en el tiempo á qué se refiere nuestra historia, ya habia muerto) se casó con un jóven de la familia de Borniche, le fué preciso dar una comida á los parientes. El futuro que debia heredar inmensos bienes, murió de sentimiento de haber hecho malos negocios; y sobre todo, porque su familia no le quiso ayudar para reponerse. El dia que se firmaron las capitulaciones, todos los parientes estaban en una gran sala; á un lado los Borniches, y al otro los Hochon: todos con sus vestidos de domingo. Mientras el escribano estaba leyendo el contrato matrimonial, entró la cocinera á pedir al señor Hochon un poco de brabante para atar un pavo, que era una de las partes in-

tegrantes de la comida. El viejo recibidor de contribuciones, sacó de su bolsillo un cordelillo que sin duda habia servido para atar muchos envoltorios y se lo dió; pero antes que la criada hubiese llegado á la puerta la dijo gritando: —Oyes Margarita, ¡cuidado con que me lo vuelvas!

Con esto comprenderá el lector el carácter del señor Hochon y podrá figurarse las chanzas á que esta accion dió lugar en todo el pueblo sobre la familia de los Hochon que se componia de cinco individuos; el padre, la madre, y los tres hijos.

Cada año aumentaba la avaricia del viejo y el en que nos hallamos de nuestra historia, tenia ochenta y cinco. Era de aquellos hombres, que interrumpen la conversacion mas animada, para bajarse en medio de una calle á coger un alfiler, diciendo: (mientras le prende en la solapa de la levita) con esto, se paga el salario de una muger. Se quejaba amargamente de la mala calidad de los paños modernos, diciendo que su levita, no le habia durado mas que diez años. Era alto, seco, moreno; hablaba poco; leia menos; no se daba malos ratos; ceremonioso como un oriental; mantenia su casa en un régimen minucioso, en cuanto á la comida y á la bebida; sin permitir el mas mínimo esceso á su familia, bastante numerosa, pues se componia de su muger, de su nieto Baruch y su hermana Adolfina; herederos de Borniche, y en fin del otro nieto Francisco Hochon.

Su hijo mayor, incluido en aquella quinta de hijos de familia que habian escapado de las anteriores que Napoleon hizo en 1813 para formar la que se llamó la guardia de honor, murió en la batalla de Hanau. Este heredero presunto, se habia casado jóven aun, con una muger muy rica, á fin de evitar lás conscipciones, pero luego que se vió soldado por fuerza, gastó todos sus bienes, en muy poco tiempo, previendo sin duda que se acercaba su fin. Su muger que seguia de léjos al ejército francés, murió en Strasburgo en 1814, dejando muchas deudas que el viejo Hochon no quiso pagar. Sus paisanos, no los conocian sino por los cinco Hochon; porque su familia se componia aun de los tres nietos y de los dos abuelos. La cocinera Margarita, que en la época de nuestra historia tenia ya mas de sesenta años, era la única criada de la casa y lo hacia todo.

La casa aunque grande estaba escasamente amueblada; mas con todo, era facil acomodar á la señora Bridó y á su hijo, en dos piezas del segundo piso, puesto que en cada una, habia una cama, un sillon de madera muy viejo, y una mesa de nogal, con un jarro y una palangana de loza ordinaria, de las de ramage azul. No es decible cuanto sintió el anciano Hochon esta circunstancia, que le quitaba toda escusa de poderse negar á recibir en su casa á la ahijada de su muger. Una de estas dos piezas, servia al viejo para depositar su cosecha de man-

zanas, peras de invierno, nísperos, membrillos, &c., y como nunca soltaba la llave, los ratones se habian entronizado en ella. Su muger las hizo limpiar ambas, perfectamente y las fumigó lo mejor que pudo, á fin de hacer desaparecer lo mas posible, el olor de fruta, algun tanto demasiado fuerte. El papel que cubria las paredes estaba desencalado en varias partes, pero la señora lo hizo pegar con obleas. Puso á cada ventana, unas cortinillas blancas que hizo con sus enaguas viejas: y como su marido rehusaba comprar unas alfombrillas para poner los piés de las camas, cedió la suya á su ahijada, diciendo:=«Pobre niña no quiero yo que se resfrie!» y esto lo decia de una muger de cuarenta y siete años, madre de muchos hijos. Ademas pidió prestadas dos mesas de noche á los Borniches; y aun tuvo la audacia de alquilar á un tapicero vecino de la Lagarta, dos cómodas, que tenian tanta edad como ella. Conservaba aun, dos candelabros de madera preciosa, torneados por su mismo padre, que tenia aquella manía: esto no parecerá estraño, si se recuerda que desde el año de 1770, hasta el de 1780, fué costumbre entre toda la gente rica de Francia, el aprender un oficio, y así el señor Lousteau, antiguo empleado, aprendió el de tornero, como Luis XVI, lo habia hecho el de cerrajero. Los candelabros de que hablamos, estaban hechos con raices de varias maderas, como de rosal, de melocoton, de albaricoque &c. y tal era el amor

que la señora Hochon, profesaba á su ahijada, que no titubeó en arriesgar tan preciosas reliquias.... Estos preparativos tan costosos, redoblaron la seriedad del señor Hochon; pero le quedaba la esperanza de que no se verificaria la llegada de sus no deseados huéspedes.

La misma mañana, en que sucedió la aventura de Feria, la señora Hochon dijo á su marido, cuando estaban acabando de almorzar.=Supongo Hochon que recibirás con buen modo á mi ahijada Bridó: y añadió, viendo que sus nietos se habian salido del cuarto; no olvides, sobre todo, que soy dueña de disponer de mis bienes como mejor me parezca, y no vayas á obligarme á compensar con ellos á mi ahijada, del mal recibimiento que le hagas.

=¿Le parece á V. señora, contestó su marido con dulzura, que no conozca yo á mi edad, el modo de tratar á las gentes, con política?

=Ya sabe V. lo que le quiero decir, viejo taimado: acuérdese V. de cuanto quiero á Agata y trátela V. con cortesia.

=Tambien quieres mucho á Max Gilet, observó Hochon; y ese te vá á devorar la herencia que debia ser para tu ahijada! ¡no has calentado mala vívora en tu seno! pero en fin, como ha de ser; estaba de Dios que el dinero de Rouget, viniese á parar á mano de un Lousteau.

Despues de haber hecho esta maligna alusion al nacimiento de Agata y de Max, Hochon qui-

so marcharse, pero su muger, que se mantenia tan tiesa como seca, vestida como se usaba cuando tenia quince años; puso de golpe su caja de tabaco, sobre la mesita que tenia por delante y dijo:=¡No concibo, como un hombre de talento como tú, puede repetir sandeces de esa especie que tan fatales han sido ya; puesto que costaron la vida á mi pobre amiga y la herencia de su padre á mi desgraciada ahijada! Max Gilet no es seguramente hijo de mi difunto hermano; á quien no cesé de aconsejar por cierto, que se ahorrase el dinero que pagaba por su educacion: en fin tu sabes, lo mismo que yo, que la señora Rouget era la virtud personificada.

=Ya se vé: y la hija es digna de la madre; porque te aseguro que me parece muy bestia. Despues de haber disipado su fortuna, ha tenido el talento de educar tan bien á sus hijos, que el uno está en la cárcel, encausado criminalmente por haber querido formar una conspiracion al estilo de la de Breton; y el otro, está aun peor: es pintor!.... Mira, si tus protegidos permanecen en nuestra casa, hasta que hayan arrancado al imbécil Rouget de las garras de la Cangrejera y de Max, te digo que tendremos tiempo de comer mas de un celemin de sal en su compañía.

=Basta, señor mio: lo que V. debe desear, es que saquen siquiera una astilla....

El señor Hochon, tomó sin replicar el sombrero y el baston con puño de marfil y salió de

casa petrificado por aquella terrible frase; pues no hubiera creido que su muger tuviese tanta resolucion. Esta por su parte, tomó su libro de oraciones y se puso á rezar, porque su avanzada edad, no la permitia ir todos los dias á la iglesia: aun los domingos y dias de fiesta, no la costaba poco trabajo el ir á ella. Desde que habia recibido la respuesta de Agata, todos los dias rogaba á Dios, para que se sirviese abrir los ojos de Rouget, bendecir á su ahijada y hacer que saliese bien con la empresa que habia tomado á su cargo. Ocultándose de sus nietos, en quien no tenian la mayor confianza, habia encargado al cura, dijese nueve misas para propiciar al Eterno en favor de sus proyectos; comision que habia desempeñado su nieta Adolfina Borniche, que era la que tambien á veces, rezaba por procuracion. Adolfina tenia entonces diez y ocho años; y hacia siete, que habitaba con su abuela aquella casa fria y austera, de costumbres metódicas y monótonas; sin saber porqué, deseaba inspirar un tierno sentimiento á José Bridó, aquel pintor que en tan poco apreciaba su abuelo y en el que ella tomaba el mas vivo interés sin duda por las mismas causas que se lo hacian perder con el señor Hochon: por tanto hizo la novena que la habia encargado su abuela con particular devocion y recogimiento.

Los ancianos, la gente de cabeza sentada, y en fin los mas ricos de Issodun, aprobaban todos la conducta de la señora Hochon: y sus buenos

deseos á favor de Agata y sus hijos, eran tanto mas sinceros, cuanto era mayor el desprecio que hacia mucho tiempo, les inspiraba la conducta poco delicada de Max. La gente jóven mas generosa, aunque menos cuerda, se interesaba en este, y atribuia la conducta de la anciana señora, à motivos secretos de envidia y ódio hácia la Cangrejera. Dividióse pues la ciudad en dos partidos: el de la gente anciana y acomodada como hemos dicho que se contentaban con desear la felicidad de Agata y de sus hijos, y el de los caballeros de la Holgazanería, y los partidarios de Max, que por desgracia eran muy capaces de poner toda su malicia en movimiento para hacer perder la paciencia á los dos parisienses.

En aquel mismo dia, á las tres de la tarde, se apearon en la fonda de las diligencias sita en la plaza de la Miseria, la señora Agata y su hijo José. La madre, aunque sumamente cansada con el viaje, se sintió rejuvenecida al volver á ver el pais de su nacimiento, en el que á cada paso, encontraba un recuerdo de su infancia. A los diez minutos de su llegada, toda la ciudad lo supo: la señora Hochon, bajó hasta la puerta de la calle á recibir á su ahijada, y la abrazó como si hubiese sido su propia hija. Despues de haber vivido ó mas bien vegetado, por espacio de setenta y dos años, en aquel pueblo donde veia diariamente el sepulcro de sus tres hijos, muertos todos desgraciadamente; sin atractivo, sin interés que llenase su corazon, se habia formado ella

misma una especie de amor ficticio hacia su ahijada á la que segun ella decia habia tenido durante diez y seis años en su bolsillo. En el profundo retiro de su casa, habia acariciado constantemente aquella idea, aquel amor visionario, aquella juventud de sus recuerdos, como si hubiese siempre tenido presente á su Agata: nada de estraño parecerá pues, que tomára sus intereses tan á pecho. Tan luego como la hubo soltado de entre sus brazos, la llevó como en triunfo á la sala, donde se hallaba el digno señor Hochon, que la recibió con una frialdad de hielo.

—Ahí tienes á mi marido ¿como le hallas? preguntó la anciana á su ahijada.

—Lo mismo que cuando le dejé: contestó la parisiense.

—Ya se conoce que viene V. de París; es V. muy cumplimentera; dijo el señor Hochon.

En seguida la madrina, presentó sus nietos á Agata. Baruch Borniche, niño de veinte y dos años: Francisco Hochon otro niño de veinte cuatro; y la niña Adolfina, que se sonrojaba y no sabia que hacer de sus brazos ni de sus manos, y sobre todo de sus ojos, para no mirar á José, muy al contrario de los dos nietos y del abuelo que le consideraban con la mas escrupulosa atencion, aunque por distintos motivos. El aváro, pensaba para si; este hombre sale del hospital y debe tener mas hambre que un lobo en invierno. —Los jóvenes se decian: tiene la cara de un salteador: este nos vá á dar que hacer.

=Este es mi hijo el pintor, mi buen José: dijo Agata en seguida presentando su hijo á su madrina.

Al decir Agata mi *buen*, hizo un esfuerzo, que manifestaba á las claras, que estaba pensando en la carcel del Luxemburg.

=Parece que no goza de muy buena salud, dijo la señora Hochon; no te se parece querida.....

=No señora, contestó José con la franqueza sin ceremonia de un artista: á quien me parezco es á mi padre y aun soy mas feo que él.

La señora Hochon al oir esta respuesta, apretó la mano de Agata que aun tenia entre las suyas, con espresion: pareciendo decirla: no es difícil de comprender hija mia, porqué prefieres al mala cabeza de Felipe. En seguida dijo en alta voz dirijiendose á José:=Yo no he conocido á su padre de V. amiguito; pero me basta que sea V. hijo de mi ahijada para que le quiera tambien: y ademas, parece que tiene V. un talento distinguido para la pintura, segun me decia la señora Descoings, que era la única que me daba de cuando en cuando, noticias de W. en estos últimos tiempos.

=En cuanto á talento, contestó el jóven artista, poco tengo: pero estoy porsuadido de que con el tiempo y mucha aplicacion, podré obtèner á la vez, gloria ó fortuna.

=¿Pintando sin duda?.. dijo el señor Hochon, con tono irónicamente frio.

Interrumpióle su muger, que conocia su humor y mandó á su nieta que fuese á ver como iba la comida.

José pidió permiso á su madre para ir á colocar sus baules, que llegaban en aquel momento.

La señora Hochon mandó á su nieto Francisco, que fuese á enseñar los cuartos á José.

Como se comia á las cuatro, y no eran mas que las tres y media, Baruch se fué por el pueblo á dar noticias de la familia Bridó, á describir el vestido de Agata y sobre todo á José, cuya cara enfermiza, magra y facciones muy pronunciadas, correspondian perfectamente á la idea que nos formamos de un bandido. Resultó pues, que el pobre José fué el objeto de la conversacion en todas las casas del pueblo.

=Parece que la hermana de Rouget, ha visto cuando estaba embarazada algun mico; su hijo tiene la figura de un macaco.=Tiene la cara de un salteador y los ojos de basilisco.=Dicen que es curioso de ver y aun espantoso.=Todos los artístas de París, son como él.=Son mas malos que el demonio todos.=¡Ya, si eso lo lleva consigo el oficio!=Acabo de ver al señor Beaussier; y dice que no quisiera encontrar al tal José de noche en un bosque. Le ha visto en la diligencia.=Dicen que tiene dos promontorios en la cara; y que hace unos gestos de loco.=Ese hombre parece capáz de todo.=Quizá sea él la causa de que su hermano que era muy buen

mozo, se haya perdido.=No, pues su madre, no parece ser muy dichosa con él. No sería malo aprovecharnos de su estancia en el pueblo, para que nos hiciera nuestros retratos.

De todas estas opiniones, que en un momento se esparcieron por la pequeña ciudad, resultó como era natural, una curiosidad sin límites. Cuantos tenian entrada en casa de Hochon, se propusieron hacerle una visita aquella misma noche, á fin de poder ecsaminar á los parisienses á su sabor. La llegada de estas dos personas produjo en Issodun, el mismo efecto, que el leño que Júpiter arrojó en el estanque de las ranas.

Despues de haber depositado el equipage de su madre y el suyo, en las dos piezas aboardilladas que les habian destinado; despues de haberlas considerado muy despacio, José se puso á ecsaminar aquel caseron silencioso, cuyos muros, escaleras y paredes, sin adorno alguno, destilaban frio; y en el que solo habia, lo mas estrictamente necesario para que se conociese que estaba habitado. Entonces conoció con espanto, la diferencia que hay, entre el poético. París, y una ciudad de provincia: y cuando al bajar la escalera, vió al viejo Hochon que estaba cortando el mismo, las rebanadas de pan para la comida, comprendió perfectamente, el original Harpagon, del avaro de Moliere.

=Mejor hubiéramos hecho en ir á parar á una posada; dijo para sí el jóven pintor.

El primer aspecto de la comida acabó de confirmar sus temores. Despues de una sopa que parecia agua y por la que se venia en conocimiento de que en aquella casa, gastaban mas de la cantidad que de la calidad, sirvieron un pedacito de carne del puchero, muy rodeada de peregil. Las legumbres estaban en un plato á parte y componian una parte integrante de la comida. En seguida se cubrió la mesa con otros tres platos; huevos duros con espinacas; una ensalada, aderezada con aceite de nueces; y unas jicarillas de crema, sobre la cual, en lugar de canela, habian echado cebada quemada. En cuatro platillos á los cuatro ángulos de la mesa, habia manteca, pepinos encurtidos y rábanos rojos y negros. Tal era la comida que mereció la mas completa aprobacion del señor Hochon. Su anciana muger meneó tambien la cabeza en señal de satisfaccion, al ver que su marido por la primera vez de su vida se habia portado generosamente. El viejo contestó con una mirada y un gesto fácil de traducir y que queria decir: estas son las locuras que me obligais á hacer.

Inmediatamente despues de este primer servicio que fué servido por pedazos delgados como hostias; se presentaron tres pichones. El vino aunque de la cosecha de casa, era de 1811. Adolfina con el consentimiento de su abuela, habia contribuido por su parte, á la esplendidez del banquete, adornando los dos estremos de

la mesa, con dos ramilletes de flores odoríferas.

—Pues señor, en el campo como en el campo; dijo para sí el artista. Y en seguida se puso á comer, como un hombre que habia almorzado á las seis de la mañana, con una malditísima taza de café. José en dos bocados se comió la rebanada de pan que le habian puesto y pidió mas; el viejo se levantó muy despacio, sacó del fondo de su faltriquera una llave con la que abrió un armario que estaba detrás de su silla; sacó una enorme hogaza de pan, cortó una rebanada muy delgada, la puso en un plato, la cortó en dos mitades y volviéndose á sentar, alargó con la mayor sorna el plato á José con el aire de un soldado viejo, que al entrar en una batalla se dice asi mismo, vamos que quizás me maten hoy.—José, á pesar de su carácter un poco grosero, tomó la mitad de la rebanada y comprendió que no debia pedir mas. Ningun otro individuo de la familia, pareció hacer el mas mínimo caso de esta escena, que para él era monstruosa. Entretanto seguia la conversacion: Agata supo que la casa en que habia nacido, (la de su padre, antes que heredase la de Descoings) habia sido comprada por los Borniche; y dijo que queria volverla á ver.

—Sin duda dijo su madrina, la familia Borniche vendrá esta noche; y despues dirigiendo la palabra á José añadió; todo el pueblo querrá veros.

La criada presentó por postres, el famoso queso blando del Berry, hecho con leche de cabra, nueces y unos vizcochos mas duros que ladrillos.

=Traiga V. fruta, Margarita, dijo la señora Hochon.

=Pero señora, si toda la podrida se ha concluido: respondió con sencillez la criada.

José soltó una estrepitosa carcajada, como si se hubiese hallado en su estudio, en medio de sus compañeros; pues desde luego comprendió, que la precaucion de empezar á comer la fruta mareada habia degenerado en costumbre en aquella económica casa.

=Vamos, vamos; dijo en voz alta y siempre riendo, venga la fruta y la comeremos aunque esté sana!

=¿Hombre á ver si te meneas? dijo la señora Hochon á su marido.

Este aunque sumamente escandalizado de lo que habia dicho el artista, se levantó y trajo algunos melocotones, pasas y ciruelas de santa Catalina.

=Adolfina, anda y trae ubas, dijo la abuela á la niña. (a)

José echó una mirada á los dos jóvenes que estaban en la mesa y pareció preguntarles ¿te-

(a) Aunque estos y otros detalles nos han parecido algo pesados, hemos considerado que valía mas no omitirlos pues son una pintura de las costumbres del pais.

neis esas caras de pascuas con el régimen que se observa en la mesa de vuestros abuelos? Baruch, comprendió perfectamente, lo que aquella significativa mirada queria decir, y se sonrió con espresion; porque su primo y él, habian sido discretos. Con efecto la dieta de la casa de su abuelo, era bastante indiferente, para unos jóvenes que cenaban tres veces por semana en casa de la Lagarta. Por otra parte, habian avisado á Baruch, antes de comer que el gran maestre convocaba la órden para aquella misma noche, á fin de dar una esplendida cena y proponerles un nuevo golpe. La comida que hemos descrito, como estraordinaria y para festejar á unos recien llegados, esplica, cuan necesarias eran las cenas de la Lagarta, para mantener á dos robustos jóvenes como Baruch y Francisco que tenian constantemente un apetito de cazadores y un estómago lobuno.

=Vamos, dijo la señora Hochon, levantándose, tomaremos el café en la sala; al mismo tiempo, hizo un gesto para pedir el brazo de José; al salir, como iban los primeros, tuvo tiempo de decirle: con que vamos mi pobre amigo, confiesa que la comida que acabas de hacer, no te dará indigestion: pero tal como la has visto no me ha costado poco trabajo el hacer que te la dieran. Hijo mio, en esta casa vas á ayunar; yo te aseguro que apenas comerás lo indispensable para no morirte de hambre, pero piensa en otras cosas de mas

entidad, y toma la mesa en paciencia.

La sencillez con que esta pobre anciana se condenaba á sí misma, agradó al artista por la singularidad.

La dama continuó=¿podrás creer José que he vivido cincuenta años con ese hombre, sin haber tenido jamás cien reales en mi bolsillo? Ah! sino fuera por ver de salvar vuestra herencia, bien seguro es, que jamás os hubiera yo traido á tí y á tu madre á mi prision.

El pintor con su alegría acostumbrada, no pudo menos de preguntarla inocentemente:=pero señora, siendo así, porqué vivis aun en ella?

=¡Por qué! le contestó la anciana; no lo sé: pero cuando pienso en ello, me pongo á rezar y me humillo ante el Señor.

José se estremeció; al oir aquella frase que le hacia parecer á la vieja infinitamente mas alta, retrocedió dos ó tres pasos y se puso á contemplarla. Halló su fisonomía radiante, con una espresion tan tierna de serenidad que no pudo contenerse y la dijo:=Es preciso que retrate á Vd...

=No hijo mio, le contestó la anciana, no he gozado de bastante felicidad sobre la tierra, para desear continuar en ella ni aun en pintura.

Mientras pronunciaba estas tristes palabras, sacaba de un armario, cierto licor que ella

fabricaba y cuya receta habia recibido de las mismas monjas, que componian aquellas famosas tortas de Issodun tan esquisitas, tan conocidas de toda la Francia; y que ningun repostero, ni pastelero, ha sido capaz de imitar. El marqués de Riviere, embajador de Francia en Constantinópla, pedia todos los años una enorme cantidad de estas tortas, para el serrallo de Mahmoud. Adolfina, tenia en la mano una bandeja chinesca llena de aquellas antiguas copitas muy estrechas con bordes dorados: y á medida que su abuela llenaba una del licor iba á servirle.

La señora Hochon dijo á su ahijada en voz baja:=mi marido se irá pronto á su tertulia á leer los periódicos y podremos nosotras hablar en libertad.

En efecto, diez minutos despues, las tres señoras se hallaron solas en aquel salon, cuyos muebles todos, se hallaban en el mismo estado, que cuando los dejára Agata. La monarquía, la revolucion, el imperio, la restauracion; tantas revoluciones que todo lo habian trastornado, en nada habian alterado aquella sala.—Ah! ¡madrina mia, esclamó sin poderlo remediar la señora Bridó, al ver un canario que habia conocido vivo, disecado y puesto encima de la chimenea, entre el antiquísimo relox y los candelabros de cobre; mi vida ha sido bien agitada en comparacion de la de V!

=Hija mia, le contestó la anciana, las tormentas que se deben temer, están en nuestro corazon. Cuanto mayor y mas necesario ha sido nuestra resignacion, tanto mas fuerte y terrible habrá sido la lucha que háyamos tenido con nuestras pasiones. Pero no quiero hablar de mí; hablemos de nuestros asuntos. Te hallas precisamente cara á cara con tu enemigo, añadió mostrando las ventanas de la casa de Rouget.

=Precisamente se están sentando á la mesa, dijo Adolfina, que siempre estaba atisbando por la ventana; en la esperanza de ver alguna de las acciones espantosas que se atribuian á Rouget, á Max y á la Cangrejera, y de las que tuviera conocimiento escuchando detras de las puertas, cuando sus abuelos queriendo hablar de aquellas personas, la mandaban salir del cuarto en donde se hallaban: como sucedió en esta ocasion, pues su abuela la dijo que la dejase sola con Agata y su hijo, y no volviese á entrar hasta que llegase alguna visita.

Apenas habia tenido tiempo la anciana de enterar á su ahijada y á José, del espantoso imperio que la Cangrejera y Max, habian obtenido sobre Juan Santiago Rouget; adornando su discurso, con todos los chismes, ecsageraciones y comentarios, á que su conducta habia dado márgen en Issodun, cuando entró Adolfina, anunciando la llegada de las familias de Borniche, Beaussier, Fichet, Goddet, Hereau, &c. que habia visto venir de léjos.

═Ya vés querida mia, dijo la anciana, poniendo fin á la conversacion, que no será cosa fácil, recuperar tu fortuna de las manos de esos Filisteos....

═Tan difícil me parece, con un bribon como ese Max, y una ladina tan zorra como la Cangrejera, segun V. misma los ha pintado, dijo José; tan difícil me parece, que raya en lo imposible. Era preciso que nos quedásemos lo menos un año en este pueblo, si hubiésemos de combatir su influencia, y derruir el imperio que han adquirido sobre mi tio.... El dinero no vale tanto trabajo; y ademas que seria preciso deshonrarse á fuerza de bajezas. Mi madre no tiene mas que quince dias de licencia: su destino es bueno y seguro; y no debe comprometerle. En cuanto á mí, tengo para octubre una obra importante que Schinner me ha proporcionado en casa de un par de Francia..... y señora, yo no tengo mas bienes que mis pinceles!....

Este discurso dejó yerta á la anciana señora; la cual, aunque de un entendimiento superior á la ciudad en que habia nacido, tenia formada de la pintura una idea sumamente pobre. Asi es que miró á su ahijada con aire de compasion, y la volvió á apretar la mano.

Entretanto José acercándose al oido de su madre, la dijo:═Este Max es el segundo tomo de nuestro Felipe. En seguida alzando la voz y dirijiendo la palabra á la señora Hochon, la dijo con tono alegre. Vamos señora, que no aburrire-

mos mucho á su señor esposo, con nuestra permanencia en su casa!

=Hijo mio, contestó la anciana, eres jóven y no conoces el mundo: antes de quince dias, usando de política, se puede obtener algun resultado: escucha mis consejos y seguidlos ambos, que no tendreis de que arrepentiros.

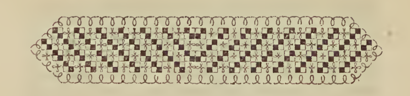
=Con el mayor placer señora: os juro que soy el hombre mas negado del mundo, en esto de politica doméstica pero quisiera saber, ¿qne nos aconsejaria el mismo Desroches, con todo su saber, si mi tio no quisiese mañana recibir nuestra visita?

En aquel momento entraron, como lo habia anunciado Adolfina, las señoras Borniche, Goddet, Beaussier, y Fichet, seguidas de sus maridos. Despues de los cumplimientos acostumbrados, la señora de la casa, no pudo por menos de presentarles á su ahijada Agata y á José. Este se retiró á un rincon y se entretuvo en ecsaminar críticamente todas aquellas estrañas fisonomias, que desde las cinco y media, hasta las nueve, vinieron á servirle grátis de modelo, segun dijo á su madre despues. La postura y ocupacion de José, durante toda aquella velada, no contribuyó sino á aumentar la mala opinion que de él habian concebido en todo Issodun. Asi es que todos aquellos patricios que le vieron de cerca, salieron irritados de sus miradas burlonas; inquietos con sus equívocas sonrisas, ó asustados

de aquella fisonomía siniestra, sobre todo para ellos, que eran incapaces de figurarse las rarezas de un génio superior de artista.

A las diez todo el mundo se acostó en la casa; escepto la señora Hochon que se quedó con Agata en su cuarto. Seguros de que nadie los oia, aquellas dos mugeres, se confiaron las penas de su vida y consolaron de este modo mutuamente su dolor. Agata cuando reconoció la inmensidad de aquel desierto, en que se habia perdido, desconocida la fuerza de una almá bella, al oir los últimos sonidos de aquel entendimiento, cuyo destino fué errado, al escuchar los sufrimientos de aquel corazon, esencialmente generoso y caritativo, y cuya generosidad, cuya caridad jamás se habia ejercitado; la madre de José, cesó de creerse la muger mas desgraciada, viendo cuantas distracciones, y cuantos momentos de felicidad aunque fugaces, la habia procurado su estancia en París, y que dulcificaron no poco, las amarguras con que Dios la visitára. Agitada por estas ideas cayó de rodillas delante de su madrina y la dijo:=Señora, V. que es eminentemente piadosa, dígame que faltas son, las que Dios castiga en mí?

=Lo que tú llamas castigos, hija mia, contestó la anciana con dignidad, sirven para prepararnos á lo que nos espera despues. En esto daba la media noche.



VIII.

Max-Machiavello.

Precisamente á la misma hora en que terminamos el capítulo anterior, los caballeros de la órden de la Holgazanería, iban llegando furtivamente uno á uno, como sombras convocadas, bajo los árboles del baluarte Baron y se hablaban en voz baja.

La primera pregunta que cada uno hizo, despues de saludar al otro fué:=¿de que se trata esta noche?

=Yo creo respondió Francisco, que únicamente de ser convidados por Max.

=Eso no puede ser, dijo uno: él y la Cangrejera, se encuentran en circunstancias espinosas: no hay duda que habrá concebido alguna burla dirijida á los parisienses.

=Pues mira, dijo otro, no me pesaria á mí mucho, que se volviese como han venido.

=Mi abuelo, dijo Baruch, está consternado, pensando que su guarnicion tiene ya dos bocas mas á quien mantener; y estoy muy seguro de que se alegraría infinito que así sucediese.

=¿Que es eso, caballeros? dijo en voz baja Max, que acababa de llegar; ¿están V. considerando á las estrellas? pues yo les aseguro que no caerá de ellas, Manzanilla ni Jerez. Conque así á la Lagarta, amigos, á la Lagarta!

=¡A la Lagarta! repitieron todos en coro.

Este grito, arrojado con toda la fuerza de sus robustos pulmones y en un solo tiempo, resonó un instante sobre la ciudad, como el grito de triunfo que arroja un ejército cuando toma á una poblacion por asalto: con la sola diferencia, que este vá seguido de los clamores, ayes y gemidos, y aquel lo fué del mas profundo silencio. A la mañana siguiente, mas de una vecina, dijo á su comadre:

=¿Oyó V. anoche á eso de la una, unos gritos espantosos? yo creia que la mitad de la ciudad se estaba quemando.

Los convidados gozaron, tan luego como hubieron entrado en la sala del festin, al ver preparada en la mesa, una cena digna de todo el saber de la Lagarta: habia veinte y dos cubiertos, pues se habia reunido toda la órden. A las dos de la madrugada, cuando los estómagos se

hallaban satisfechos y las cabezas algun tanto calientes, Max tomó la palabra y dijo:

—Mis amados y leales caballeros; esta mañana, á consecuencia de la burla memorable que hicimos con la carreta de Feria, vuestro gran maestre ha recibido una injuria de ese malhadada español, que no puede pasar sin venganza; y he determinado tomarla plena y sin piedad; pero sin apartarme de lo que previenen los estatutos de nuestra ilustre órden. Todo el dia, lo he pasado reflecsionando en el asunto; y por fin se me ha ocurrido una idea; pero que idea! es tal que vá á volver loco á ese miserable. Lo mas estraordinario es que al par que nos venguemos harémos una obra de caridad, alimentando unas criaturas que los Egipcios tenian en grande veneracion: criaturas, que al fin son la obra de Dios, lo mismo que nosotros; y que los hombres injustamente persiguen sin moderacion. El bien es producido por el mal, y este por aquel: tal es la ley, suprema! Asi pues os mando á todos, só pena de incurrir en el desagrado de vuestro muy humilde gran maestre, que me traigais cada uno veinte ratas preñadas si es posible: pero que debereis procurároslas con el mayor sigilo de modo que nadie lo entienda. Tres dias os doy, para que cada uno reuna su contingente: si alguno pudiese traer mas, el donativo será de nos, bien recibido. Sobre todo, tened cuidado en que mientras estas amables criaturitas estén en vuestro poder, no prueben

bocado, de nada absolutamente; por interesar mucho al mejor servicio nuestro que tengan un hambre devoradora. No olvideis tampoco, que á falta de ratas, condescenderé en admitir ratones y topos. Tal es mi superior mandato, que no dudo esteis pronto á cumplir con la obediencia acostumbrada. Pero como mi gobierno es, por mi benévola índole, puramente patriarcal, quiero condescender en esplicaros el objeto, razones y fin, que me he propuesto. Escuchad pues y estadme atentos: multiplicando 20 por 22, tendremos un producto de cuatrocientos y tantos cómplices, los cuales introducidos en la noche oscura en la antigua iglesia de los capuchinos, en la que Feria ha depositado todos los granos que acaba de comprar, y acosados por la abstinencia, ó sea ayuno, que le vais á hacer sufrir, tan luego como se encuentren libres y en medio de aquellos abundantes graneros, les declararán la guerra, de un modo tal, que el déficit se dejará muy pronto conocer, en el total de la riqueza cereal del español. Pero amigos, en las empresas arriesgadas, es preciso prontitud. Feria ha vendido porcion considerable de sus granos, y debe hacer la entrega dentro de ocho dias; entretanto viaja por los cercanias: y es nuestra intencion, que cuando vuelva á ver su granero, le halle disminuido de un modo notable. Leo en vuestras miradas, la admiracion que os causa esta invencion sublime: pero hijos mios, la humildad es propia de los co-

razones generosos: demos al Cesar, lo que pertenece al Cesar: y entended que el pensamiento no es mio: no han pasado infinitos siglos desde que se puso en práctica con cortas variaciones. Lo que os propongo no es sino un plágio de lo que Samson hizo con los zorros: con la sola diferencia, de que aquel era un incendiario, y de consiguiente poco filántropo; mientras que nosotros, semejantes á los sabios Bracmanes de la antigua y grande Sudia, somos los protectores de una inocente y perseguida raza. Por mi parte, queriendo, aunque vuestro gran maestre, dáros el ejemplo, he hecho de modo que la señora Flora, haya armado todas las ratoneras, y mi fiel Kouski, mi brazo derecho, se ocupa en este mismo momento y seguirá haciéndolo sin descansar, en cazar topos.

=Dicxit.=He dicho.

=Yo sé, dijo Goddet, donde encontrar un animal que vale, el solo, mas que cuarenta ratas.

=¿Y cual es?

=Una ardilla.

=Pues yo os ofrezco un mico que se emborrachará de trigo; dijo un novicio.

=¡Mala idea hijos! ¿no veis que se sabria de donde vienen esos animales?

=Tambien se puede llevar al granero durante la noche un pichon de cada uno de los palomares vecinos y echarlos por un agujero que se haga al tejado, y de este modo, en muy poco tiempo, estos pájaros se multiplica-

rán á lo infinito y llegarán á millares.

=Pues señores, durante ocho dias, habrá sesion permanente sin que se trate de otro asunto sino del granero de Feria, ya sabeis que la gente de Paterne se levanta temprano. Cuidado con que nadie vaya allá, sin poner al revés sus alpargatas de orillo. El caballero Beaussier, inventor de los pichones, queda encargado de la direccion de esta parte de la broma; yo me reservo el de las ratas. En el caso de que el mozo del almaçen duerma en él, no olvideis que es preciso hacerle emborrachar por alguno de sus camaradas.

=Pero nada nos dice Max de los parisienses, le preguntó el hijo de Goddet.

=Nó, contestó Max; es preciso estudiarles antes. No obstante prometo mi escopeta, que perteneció al emperador y es una obra maestra de la fábrica de Versailles, en fin, que vale cuatrocientos duros, al que invente el mejor chasco que pueda poner en mal á esos parisienses con el señor Hochon y su muger, de modo que los despidan de su casa: ó bien que pueda hacer de suerte que se vayan ellos de por sí: pero bien entendido, que esto se haga sin ningun perjuicio para los respetables abuelos de mis queridos Francisco y Baruch.

=Pues señor, yo me encargo de pensar en ello, dijo Goddet, intrépido cazador.

=Ah! añadió Max, si el autor del proyecto en cuestion, no quiere mi escopeta, le daré mi caballo.

A contar de esta cena veinte cerebros de los mas agudos de Issodun, se constituyeron en un continuado tormento, para discurrir un chasco contra Agata y su hijo, pero sin apartarse del prográma propuesto por el gran maestre. Pero con las condiciones anexas, solo el demonio ó la casualidad hubiera podido atinar con uno.

A la mañana siguiente, Agata y su hijo, bajaron al comedor, un momento antes del segundo desayuno que se hacia á las diez. Llamaban primer desayuno en aquella casa, á un tazon de leche, con una rebanada de pan con manteca, que se tomaba en la cama ó inmediatamente despues de levantarse. Mientras estaban esperando á la señora de la casa, quien no obstante su edad, hacia todas las mañanas las mismas ceremonias de tocador que las duquesas en tiempo de Luis XIV. José, que se habia puesto á una ventana, vió á Juan Santiago Rouget que estaba en su puerta plantado como un árbol: llamó naturalmente á su madre para que le viese; y esta, apenas pudo reconocer en él á su hermano; tal era la mudanza que en él se habia operado, desde que le viera por la última vez.

=Ese es vuestro hermano, la dijo Adolfina, que entraba dando el brazo á su abuelo.

=¡Qué miserable! esclamó José.

Agata cruzó sus manos, y levantó los ojos al cielo, esclamando=¡Dios mio, en que estado le han puesto! quien dirá que ese hombre no



tiene mas que cincuenta y siete años!

Mientras seguia considerando á su hermano, apercibió detras de él á Flora Brazier, perfectamente peinada, dejando admirar bajo la gasa de una pañoleta guarnecida de encage, unas espaldas deslumbradoras de blancura y un pelo digno de rivalizar con el de Venus. Estaba vestida con todo el lujo de una cortesana rica; llevaba un vestido de seda verde con corsé y unas mangas anchas por arriba y que se terminaban con dos riquísimos braceletes. Brillaban sobre el alabastrino pecho de la Cangrejera, una soberbia cadena de oro y estaba en el acto de dar á Rouget un gorro de seda que le habia traido para que no se resfriase. Esta escena, habia sido evidentemente estudiada.

=Pero querida madrina, dijo Agata ¿como podré yo ver á mi hermano? porque si está con esa criatura!....

=Bah! dijo José, yo le iré á ver, no temais.... Yo os aseguro que no me parece tan estrafalario, puesto que tiene bastante buen sentido para recrear su vista, con una Vénus del Ticiano, como la que tiene á su lado.

=Si no fuera un idiota, observó el señor Hochon, que habia llegado mientras hablaban, se hubiera casado sin decir nada, hubiera tenido hijos, y vosotros no tendrias derecho alguno á su herencia: conque ya veis que no os es tan contraria la suerte como os figurais.

=La idea de tu hijo, es escelente; dijo la an-

ciana á Agata: él irá primero á ver á tu hermano y le dará á entender que si tú has de ir á verle tambien, es preciso que esté solo.

=¿Y qué sacareis con eso? tontas, dijo el señor Hochon, sino haceros de Flora un enemigo irreconciliable. No amiga Agata, no seas tonta, y traga esa píldora como puedas. Ten presente que obrando con política si no puedes obtener la herencia, podrás al menos recibir un legado considerable....

Pero los Hochon, no eran gente, que pudiese luchar con Max: apenas estaban en la mitad del almuerzo cuando entró el polaco, diciendo que traia una carta de su amo el señor Rouget, para su hermana la señora Bridó. He aquí esta carta que la señora Hochon, hizo que su marido leyera en voz alta.

Mi querida hermana:=«Acabo de saber, por «personas estrañas tu llegada á Issodun. Facil«mente adivino el motivo que te ha hecho pre«ferir la casa de Hochon á la mia; pero ten «entendido que si me vienes á ver, serás reci«bida en casa como es justo y mereces. Yo hu«biera sido el primero en irte á visitar si mi «salud no me lo impidiese en este momento; te «ruego me dispenses. Tendré particular placer en «ver á mi sobrino á quien convido á comer hoy «conmigo: y no lo hago á tí, porque conozco «que tu hijo será menos delicado y puntilloso «que tú, acerca de las personas con quien se sien«te á la mesa. Ruégale en mi nombre que se

«haga acompañar tambien por los señores Ba-«ruch, Borniche y Francisco Hochon. Adios. Tu «afectísimo hermano.—JUAN SANTIAGO ROUGET.

=Dí que estamos almorzando; que la señora Bridó responderá dentro de un momento; y que entretanto, queda aceptado con el mayor placer el convite que hace á los señoritos, dijo sin detenerse el señor Hochon á su criada. En seguida puso su dedo en los lábios para intimar á todos que callasen. Luego que se oyó cerrar la puerta de la calle, el anciano, que estaba muy léjos de sospechar la estrecha amistad que unia á sus dos nietos con Max, echó á su muger y á Agata una mirada de las mas picarescas, y dijo:=Lo mismo ha escrito él eso, que yo soy capáz de dar en este momento cien duros. Quien ha dictado la carta, es ese traga-balas; con que está visto, que nuestra correspondencia se entenderá con su señoría soldadesca.

=Que quiere decir eso? preguntó la señora Hochon; no importa, responderemos. En cuanto á V. caballerito, añadió mirando al pintor, vaya á comer en hora buena; pero si....

La anciana señora, se interrumpió á consecuencia de una mirada de su marido.

Viendo este, cuan grande era el cariño, que su muger conservaba á Agata, empezó á temer, que si la ahijada y su familia perdian toda esperanza á la succesion del hermano, su esposa seria capáz de dejar en su testamento, una manda considerable á los parisienses. Aunque tenia

trece años mas que su muger, este viejo avariento, esperaba que la sobreviviría y llegaría un dia á verse á la cabeza de todos los bienes de la familia. Esta esperanza era su caballo de batalla: por eso la señora Hochon, le amenazaba de hacer su testamento, cuando queria obtener de él alguna concesion. No parecerá estraño en vista de lo que acabamos de decir, que el viejo tomase el partido de sus huéspedes: ademas se trataba de una herencia enorme; y por un principio de justicia social, Hochon deseaba que pasase á manos de los herederos legítimos, mas bien que á las de gentes, que no merecian ninguna estimacion: y finalmente, la razon mas poderosa para él, era la de que cuanto mas pronto se dilucidase este asunto, mas pronto se veria libre de la carga de José y de su madre. Desde que su muger empezó el combate entre los herederos legítimos de Rouget, y los que se habian apoderado de la voluntad de este, la actividad moral de Hochon, que se habia adormecido por la vida monótona que llevaba en el fondo de aquella provincia, se despertó; y su muger quedó agradablemente sorprendida, cuando aquella misma mañana por algunas espresiones cariñosas que su marido dirijió á su ahijada conoció que se habia atraido á su partido, aquel auxiliar, tan perspicaz y tan útil bajo todos conceptos.

Para las doce, las inteligencias reunidas del señor y la señora Hochon, de Agata y de Jo-

sé, que no cesaban de admirar el escrúpulo con que los dos viejos median sus espresiones, habian terminado la epístola, en respuesta á la carta de Rouget, la que se dirigia en particular á Max y á Flora, en los términos siguientes:

Mi querido hermano:=«Si he pasado treinta años, sin volver á ver á mi pais natal «y sin tener relaciones con ninguna persona «en él, la culpa ha sido en primer lugar de «mi difunto padre, por las estrañas ideas que «habia concebido contra mí; y en segundo, de «las desgracias y tambien de la felicidad de que «he gozado en París; pues si Dios hizo feliz á «la esposa, en cambio hizo bien desgraciada á «la madre. Sin duda no ignoras que mi hijo y «tu sobrino Felipe, está en este momento preso «á consecuencia de una acusacion de alta trai«cion, por su adhesion al Emperador. Por tan«to, no puedes estrañar que una viuda, que se «ha visto en la necesidad de aceptar el em«pleo mezquino de una administracion de lo«terias, venga á buscar consuelos y socorros de «aquellos que la vieron nacer.

«La carrera que ha elegido, el hijo que me «acompaña, es de aquellas, que requieren el ma«yor talento, la mas constante aplicacion y los ma«yores sacrificios antes de que pueda ser remu«nerado el que la emprende: es de aquellas en «que es forzoso que la gloria preceda á la for«tuna. Bien comprendo que cuando el pobre Jo-

«sé pueda ilustrar á nuestra familia, aun no ha-«brá salido de la miseria. Tu hermana, mi que-«rido Juan, hubiera soportado en el silencio y «la paciencia la injusticia paterna, si se hubiese «hallado sola: pero perdona á una madre, el que «te recuerde que tienes dos sobrinos: uno de «los cuales, transmitia las órdenes del Empera-«dor en la batalla de Montereau, servia en la «guardia imperial en Warteloo, y ahora gime «en una estrecha prision; y otro que desde la «edad de trece años, se ha entregado con el «mayor ardor á una carrera larga y dificil, pe-«ro gloriosa. Por tanto, tu carta mi querido «Juan, ha escitado mi mas vivo agradecimien-«to y te la agradezco en el alma en mi nombre y «en el de mi querido José, que no faltará á «tu invitacion. La enfermedad, por desgracia, to-«do lo escusa: con que así mi querido Juan, pa-«saré yo misma á visitarte mañana. Una her-«mana no puede estar sino bien en casa de su «hermano, sea cual fuere el género de vi-«da que este haya adoptado.

«Recibe pues mil abrazos y el cariño de tu «tierna hermana.—Agata Rouget.

—Ya se han empezado las hostilidades: dijo el señor Hochon á la parisiense; cuando vayas á verle, puedes hablarle francamente de sus sobrinos.....

Llevó la carta Margarita, y diez minutos despues vino á contar á sus amos, segun de costumbre en los pueblos, todo lo que habia po-

dido saber, ver ú oler, relativo á la familia de Rouget.

Señora, dijo:=hace dos dias, que se ha limpiado toda la parte de la casa, que la señora no......

.=¿Qué señora? muchacha; preguntó la de Hochon.

=¡Toma, la Cangrejera! pues asi la llaman en su casa; respondió Margarita. Me han dicho que tenia la sala y demas habitaciones particulares del señor Rouget en el mayor abandono: pero desde ayer, la casa se ha puesto lo mismo que estaba antes de que viniese al pueblo el señor Max: el suelo parece un espejo. La cocinera Vedié, me ha contado que Kouski, habia salido á caballo esta mañana á las seis, y habia vuelto á las diez, cargado de provisiones. En fin, se está preparando una comida digna del arzobispo de Bourges. Tienen que meter los pucheros pequeños dentro de los grandes: y la cocina está dividida en una porcion de departamentos. Dícese que el viejo quiere que le dén cuenta de cuanto se está haciendo y que no cesa de repetir que quiere regalar bien á su sobrino. Parece tambien que toda la *familia* ha quedado muy satischecha de la carta que W. han mandado. La misma señora, me lo ha venido á decir; se ha puesto con un lujo!.... ¡vaya un lujo! Jamás he visto cosa igual! vamos, la señora tiene dos diamantes en las orejas que valen por lo menos, segun me ha dicho la Vedié, cuando menos seicientos durós cada uno: y luego ¡tantos

encajes! tantos! y ademas, tiene los dedos cubiertos de sortijas: y riquísimos braceletes en las muñecas: y en fin un vestido de seda, que parece un paño de altar!.... La misma señora me dijo: el amo está loco de contento al ver que su hermana es tan buena y tan corriente; yo por mi parte, todo lo que deseo, es que nos permita servirla y regalarla como se merece. Nos lisonjeamos de que el recibimiento que haremos á su señor hijo, la hará concebir de nosotros una idea favorable.... El amo tiene mucha impaciencia de ver á su sobrino..... en fin, que se yó cuanto me ha dicho la buena señora: y llevaba unos zapatitos de raso negro; y unas medias de.... ¡que se yo de qué! en fin era una maravilla! tienen unas especies de flores y unos agujeritos: en fin, parece de encage, y deja traslucir su carne, de color de rosa... Vamos, está que parece un ángel: ah! y se me olvidaba, lleva un delantarcito tan mono! la Vedié me ha dicho que el delantal solo, vale dos años de nuestro salario.

=Vamos; no hay remedio, es preciso que me apriete el corsé: dijo sonriéndose el artista.

=Vamos á ver ¿en que estas pensando Hochon? dijo la anciana á su marido, cuando la criada salió de la sala: y al mismo tiempo hizo reparar á su ahijada, la singular posicion de su marido, que habia colocado la cabeza entre las dos manos y reflecsionaba profundamente.

=Digo, contestó el anciano, que os las habeis con un adversario muy fuerte. Tus ideas,

prosiguió dirigiendo la palabra á José, no son capaces de luchar con un bribon tan solapado como Max. A pesar de cuanto yo pueda deciros, hareis mil tonterias, pero al menos, ten cuidado de contarme esta noche, cuanto hayas visto, hecho ú oido: y anda y Dios te asista, que bien lo habrás menester. Trata de quedarte solo con tu tio: pero si á pesar de tus esfuerzos, no puedes lograrlo, al menos, esto nos dará alguna luz sobre su plan: si por el contrario te encontrase á solas y sin que nadie pueda escucharos, entonces aprovéchate de la ocasion para sonsacarle y hacer que te diga la verdad; acerca de su situacion actual que no es feliz: sobre todo puedes abogar por la causa de tu madre....

A las cuatro en punto, pasó José el estrecho, que sepára como hemos dicho, la casa de Hochon de la de Rouget: y seguramente aquel paseo, no contribuiria á abrirle el apetito. Tan luego como hubo llamado á la puerta, Kouski, con botas muy brillantes, pantalon negro, chaleco blanco y casaca negra, le abrió y le precedió, á fin de anunciarle á su amo. Ya estaba puesta la mesa: José facilmente reconoció á su tio, hacia quien se adelantó y despues de haberle abrazado, saludó cortestemente á Max y á Flora.

=Verdad que no nos hemos visto desde que nacimos mi querido tio, dijo José con su alegria acostumbrada: pero á bien, que mas vale tarde que nunca.

=Bien venido seas, amigo; dijo el ancia-

no, mirando á su sobrino con aire idiota.

=Señora, dijo José á Flora, con la libertad franca de un artista: esta mañana envidiaba á mi tio, la felicidad de que goza, en poder mirar á V. á cada instante!

=¿No es verdad que es muy hermosa? dijo á estas palabras el anciano, cuyas miradas apagadas, brillaron por un instante.

=Tan hermosa, contestó José, que puede servir de modelo á un pintor entusiasta.

=Sobrino, dijo entonces Rouget á quien Flora advirtió con un codazo: aquí tienes al señor Max Gilet, que ha servido como tu hermano en la guardia imperial.

José se levantó é hizo una cortesía.

=Su señor hermano de V. dijo Max, servia en Dragones, segun creo, y yo en infantería.

=A caballo ó á pié, dijo Flora, yo creo que lo mismo se arriesgaba el pellejo.

José observaba á Max, con la misma curiosidad con que este le ecsaminaba á él. Max estaba vestido con todo el gusto de los mas elegantes de aquellos tiempos; pues se mandaba hacer sus vestidos en París. Llevaba un pantalon de paño azul, muy claro, con plieges en la cintura y que no dejaba ver mas que la punta de su bota charolada, y adornada con brillantes espuelas: su talle lo dibujaba perfectamente su chaleco blanco con botones de oro afiligranado, sugeto por detrás, para que le sirviera de corsé. Este chaleco abotonado hasta el cuello dibujaba perfecta-

mente su ancho pecho, y el corbatin negro estirado que llevaba, le obligaba á têner la cabeza erguida militarmente. Llevaba un frac negro, perfectamente cortado: del bolsillo de su chaleco, pendia una bonita cadenilla de oro, que anunciaba su relox del mismo metal, y chato: y sus dedos jugaban con una llavecita de las llamadas de Breguet, que este acababa de inventar.

=Este hombre es un modelo, decia José admirando con ojos de pintor, las bellas formas, el rostro vivo, el aire alegre y los ojos espresivos de Max. Mi tio debe ser bien impertinente; esta hermosa muger ha buscado una compensacion, y viven los tres, como ángeles. Esto está claro.

En aquel momento, entraron Baruch y Francisco.

=¿No ha ido V. aun á ver la torre de nuestra ciudad? pregunto Flora á José. Si quiere V. dar un pequeño paseo mientras llega la comida que tardará aun una hora, podriamos enseñar á V. la gran curiosidad de Issodun.

=Con mucho gusto; contestó el artista, que no era capáz de ver en una cosa tan simple, el menor inconveniente.

Mientras que Flora salió, para ponerse su sombrero, sus guantes y su manton de cachemira, José como si le hubiese tocado la varita de un encantador, se levantó súbitamente á la vista de los cuadros que adornaban la sala.

=¿Con que V. tambien tiene cuadros, tio? di-

jo ecsaminando con delicia, el que habia llamado su atencion.

—Sí, contestó su tio, eso nos viene de los Descoing: los cuales durante la revolucion, compraron los despojos de los conventos y de las iglesias del Berry.

Pero José ya no le escuchaba; entusiasmado delante de cada cuadro, toda su persona era ojos; si se nos permite esta metáfora....

—Dios! que cosa tan magnífica! esclamaba.... Pero y este lienzo! ¡que colorido! qne maestria! Vamos esto vá de mejor á mejor! decia pasando á otro. Este es un paraiso.

—Pues aun hay siete ú ocho, muy grandes, que están en los desvanes; y que se han guardado por los marcos: dijo Max.

—Vamos por Dios á verlos, esclamó el artista y salió conducido por Max para ir á visitar los desvanes.

José bajó entusiasmado: Max, dijo una palabra al oido de la Cangrejera, y esta conduciendo á su amo al alfeizar de una ventana, oyó José que le decia:

—Su sobrino de V. es pintor: V. nada puede hacer con estos cuadros; con que sea V. amable con él y déselos.

—Con que, dijo el anciano, que volvió á la mesa, apoyándose en el brazo de Flora y dirijiendo la palabra á su sobrino que estaba estasiado delante de un Albano: ¿parece que eres pintor?...

=Aun no soy mas que un aficionado.... respondió José.

=¿Y que quiere decir eso? preguntó Flora.

=Señora, un hombre que tiene aficion; pero que aun no posee un talento positivo.

=Pues bien, dijo Juan Santiago; si esos cuadros, pueden serte útiles en tu oficio, yo te los doy.... pero sin los marcos. Los marcos están dorados como tu ves; y luego á mi me gustan: yo pondré en ellos....

=Por vida mia, esclamó José, saltando de alegria; pondrá V. en ellos las copias que yo le enviaré y que serán esactamente del mismo tamaño....

=Ya se vé; pero eso ocupará á V. mucho tiempo; y tendrá V. que gastar en pinceles y en colores, en fin gastará V. su dinero.... Vamos señor amo, ofrezca V. á su sobrino veinte duros con cada cuadro. Son veinte y siete; escepto que los que están en los desvanes son enormes y es preciso poner el doble por ellos: en fin; pongamos ochocientos duros.... Si, si, añadió: bien puede su tio de V. darle ochocientos duros por las copias; puesto que se queda con los marcos. --¿Que dice V. señor? dijo empujando al anciano: su sobrino, le llevará á V. cuatro mil francos y le dará para sus marcos, cuadros nuevos en lugar de estos viejos. ¡Me parece que no hace V. tan mal negocio!... y acercándose al oido del anciano le dijo: este es un modo decente de regalarle ochocientos duros. No le vendrán mal, por-

que segun las trazas, no tiene nada de sobrado.

—Vamos, pues, sobrino; te pagaré cuatro mil francos por las copias....

—No, no; dijo el honrado sobrino. Ochocientos duros y los cuadros, es demasiado; porque esos lienzos tienen valor.

—Acepte y calle; simplon, le dijo Flora: no ve V. que es su señor tio.....

—Vamos, pues señor acepto, contestó José sin saber casi lo que decia al ver un cuadro del Perruggino en el que aun no habia reparado.

No es estraño, que cuando salieron á dar su proyectado paseo, el artista que daba el brazo á la Cangrejera, llevase un aire de triunfo, que convenia admirablemente, para los proyectos de Max. Ni Flora, ni Rouget, ni Max, ni nadie en Issodun, podia formar la mas lejana idea del valor de los cuadros que habia regalado á José: asi es que Max se figuraba haber comprado, sobrado barato el triunfo de Flora que se paseaba dando el brazo al sobrino de su amo, y en la mejor inteligencia con él; lo que llenó de espanto á toda la ciudad. Todo el mundo salia á sus puertas para ver el triunfo de la Cangrejera. Así es, que cuando á eso de las cinco, el tio y el sobrino volvieron á comer; en todo Issodun no se hablaba de otra cosa, sino de la perfecta armonía que reinaba entre Max, Flora y el sobrino. En fin, la historia del regalo de los cuadros y de los cuatro mil francos, circulaba por todo el pueblo. La comida, á la que se halla-

ron presentes un juez del tribunal y el alcalde de Issodun fué espléndida en toda la estension de la palabra: fué una de aquellas que en los pueblos duran cinco horas: se prodigaron los vinos mas esqnisitos y para cuando llegaron los postres que ya serian las nueve de la noche, José sentado entre Max y Flora, y en frente de su tio, se habia hecho camarada con el comandante que le parecia el mejor hombre del mundo. El pintor no volvió á casa de Hochon hasta las once é iba mas que entre dos luces: en cuanto á Rouget, Kouski tuvo que llevarle en brazos á la cama, borracho como una cuba: se habia atracado como un lobo hambriento y habia bebido como pudieran hacerlo las arenas del desierto, si Dios las deparáse agua.

=¿Con que, dime; dijo Max á Flora con quien quedó solo á eso de las doce, no te parece que esto es mejor que el ponerles hocico? Los Bridó, serán bien recibidos; se les harán sus regalillos; y cuando se vean colmados de favores por nosotros, no podrán menos de hacer nuestro panegírico. Despues se marcharan quietecitos, y nosotro nos quedaremos lo mismo. Mañana por la mañana muy temprano, entre Kouski y yo, descolgaremos esos cuadros y enviaremos los lienzos á casa de Hochon, para que el pintor los tenga ya en su poder cuando se despierte; pondremos los marcos en los desvanes y en segnida, haré venir á un tapicero, que ponga en todo el salon, un hermosísimo papel pin-

tado y barnizado, que represente tan bonitamente la historia de Telémaco; lo mismo que el que tienen en casa de Monilleron.

=¡Vaya si será mas bonito! dijo Flora.

José no se despertó hasta las doce de la mañana siguiente: lo primero que vió, fueron los lienzos, que habian traido y metido en su cuarto, sin que el lo viese ni oyese. Mientras que de nuevo ecsaminaba aquellas pinturas, adivinando los grandes autores que las ejecutaron, por el estilo, el colorido ó la firma, su madre, habia ido á visitar á su hermano, para darle las gracias, impelida por el viejo Hochon, quien al saber las muchas tonterias que habia hecho la víspera José, no podia menos de desesperar de su causa. Al despedirse, la dijo:=Amiga, teneis por adversarios, á gente muy superior: en mi vida he visto tan profunda estrategia. José como un asno, se ha dejado dar la dedada de miel; y se ha paseado por todo Issodun, dando el brazo á la Cangrejera. Sin duda le cerró la boca, el vino, esos lienzos podridos que el llama originales y los cuatro mil francos, En fin, Max, ha comprado barato á tu artista.

Aquel, perspicaz anciano, habia perfectamente enseñado su leccion á Agata. La habia hecho prometer que aparentaria entrar en las ideas de Max, y que acariciaria á Flora á fin de ganar su confianza y poder lograr de este modo, algunos momentos de conversacion particular con su hermano. La señora Bridó fué perfectamente bien

recibida por este, gracias á las recomendaciones de Flora. Estaba el anciano en la cama, á causa de los escesos de la víspera: y Max habia juzgado oportuno y magnánimo, el dejarlos solos en los primeros momentos, seguro de que no podian entrar de pronto en conversaciones serias. Su plan, tuvo tanto mejor resultado, cuanto que Agata halló á su hermano tan malo que de lástima, no quiso privarle de los servicios de Flora: y al manifestárselo así á él, añadió;=No quiero ademas, privarme por mas tiempo del gusto de conocer á una jóven á quien mi hermano debe toda su felicidad.

=Estas palabras, fueron oidas por Rouget, con estraordinario gusto: así es que tocó inmediatamente la campanilla para mandar venir á la señorita Brazier. Fácil es de imaginar que Flora no se hallaba léjos de allí: saludáronse los dos antagonistas femeninos. La Cangrejera adoptó los modales serviles de la mas atenta ternura, dijo que su amo tenia la cabeza demasiado baja; compuso las almohadas, y tuvo con él todas las atenciones de una recien casada. Esto produjo en el viejo solteron, un acceso de tierna sensibilidad.

=Señorita, la dijo Agata; la debemos á V. todo nuestro reconocimiento por los infinitos servicios y pruebas de interés que V. está dando á mi hermano hace tanto tiempo; y sobre todo por el modo con que V. se desvela por su felicidad.

=Y qué verdad es, mi querida Agata, dijo

Rougel; sí, ella es la sola que me ha hecho conocer la felicidad.

=Por lo mismo hermano mio, todo lo que hagas, será poco para recompensar á esta señorita. Mas diré, debiste casarte con ella: si querido, te lo digo con toda sinceridad; mi piedad me hace desear, que hubieses cumplido antes con los preceptos de nuestra santa religion: ambos estariais tambien mas tranquilos, porque no os hallariais en guerra con las leyes y la moral. Es verdad que he venido en medio de la grande afliccion que me oprime, á pedirte socorro, pero no te imagines por eso, hermano mio, que ni yo ní mis hijos nos opondremos jamás á que tú dispongas de tus bienes del modo que mejor te parezca.....

=Señora, interrumpió Flora, todos sabemos que su señor padre, fué muy injusto para con V. Que lo diga vuestro hermano y mi señor, añadió mirando de hito en hito á su víctima, las solas riñas que jamás hemos tenido, han sido por causa de V. He sostenido siempre, que mi amo debe á V. la parte de herencia de que injustamente la privó mi bienhechor. si señora, mi bienhechor; porque al fin lo fué (añadió restregándose los ojos) y yo no lo olvidaré jamás... pero en fin señora, su hermano de V. se ha convencido y....

=Sí, dijo el pobre imbécil, es verdad y cuenta con que cuando haga mi testamento, no os olvidaré.

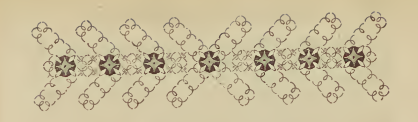
=No hablemos mas en el particular, hermano

mio: tu no conoces aun, el carácter de tu hermana.

Durante estos tres dias, todos los caballeros de la Holgazaneria, no se ocuparon de otra cosa, sino de procurarse el mayor número posible de ratas y ratones, los cuales, al cabo de este tiempo, famélicos y en esqueleto, fueron introducidos una noche, en número de cuatrocientos treinta y seis, entre los cuales habia muchas hembras preñadas, en el granero del pobre Feria: y no satisfechos con esta fechuría, los caballeros, levantaron unas cuantas tejas del tejado de la iglesia, hicieron un agujero é introdujeron por él, á una docena de pichones que habian cogido en diez cortijos diferentes. Toda esta poblacion consumidora, hizo tanto mas daño, cuanto que el mozo del almacen emborrachado dia y noche por un bribon amigo suyo, no hizo el mas mínimo caso durante todo este tiempo de los granos de su amo.

La señora Bridó se figuró que su hermano no habia aun hecho testamenio, á pesar de que el señor Hochon le asegurasé de lo contrario: y se prometia preguntarle francamente, cuanto se proponia dejar á Flora, el primer dia que pasease á solas con él; Max y Flora, la habian hecho concebir esta esperanza, aunque con la firme intencion de que nunca se llegase á realizar.

En vano todos los caballeros de la órden, se atormentaron el cerébro, á fin de hallar modo de hacer que los parisienses se escapasen. Todo lo que se les ocurrió, fueron locuras imposibles de realizar.



IX.

La Navajada.

Era transcurrida una semana, mitad del tiempo que los parisienses debian permanecer en Issodun; y nada habian adelantado aun, en el negocio que allí les trajera.

—Tú procurador, amiga mia, dijo el viejo Hochon á Agata, no sabe lo que es un pueblo: te dijo que quince dias eran suficientes para lograr tus intentos, y por cierto, que se engañó de medio á medio: puesto que ni quince dias, ni aun quince meses estarian de mas para ella. Es indispensable que no te apartes del lado de tu hermano; y sobre todo, lo primero y principal es inspirarle ideas religiosas, y esto no es cosa de quince dias, lo repito. Vive segura que solo los curas son ca-

paces de contraminar las baterias de Flora y de Max: esta es mi opinion y añado que no hay tiempo que perder.

=¿Sabes Hochon que tienes del clero unas ideas muy raras? le dijo su muger.

=¿Qué, sales ya con tu devocion? la contestó el anciano.

=Dios no bendecirá una empresa que tuviera por base un sacrilejio, observó Agata: y seria un sacrilegio el hacer que la relijion sirviese de capa para.... ¡Jesus, Dios nos libre! seriamos mas criminales que la misma Flora.

=Pasábase esta conversacion, durante el almuerzo y Francisco y Baruch, la escuchaban con todos sus cinco sentidos.

=¡Sacrilejio decís, señoras! esclamó el señor Hochon; pues yo os aseguro que no concibo en que pueda consistir: y creo que si algun buen eclesiástico, hombre de entendimiento, como he conocido muchos, supiese la dificultad en que os hallais, estoy persuadido en que léjos de creerlo un sacrilejio, pensaria por el contrario que era hacer una obra meritoria, el procurar por sus ecsortaciones y luces, volver una oveja descarriada al jiron de la iglesia; á inspirar á vuestro hermano un santo temor de Dios y un sincero arrepentimiento de sus faltas; en hacerle despedir á esa muger, causa de tanto escándalo, asegurándole una suerte que pudiera ponerla á cubierto de la miseria, como es muy justo; y en fin, en hacerle comprender, cuanto se tranquilizaria

su conciencia dando algunos miles de reales de renta al Seminario y dejando el resto de su caudal, á los herederos naturales legítimos.

Ni Baruch y ni Francisco, se permitieron manifestar con la mas leve señal, que el discurso de su abuelo les pareciese estraño y poco comedido: porque este, habia ecsigido y obtenido de toda su familia, inclusos sus hijos y aun sus nietos despues de ellos, la mas ciega é implícita obediencia acompañada de un ilimitado respeto. Asi es, que el abuelo ejerciendo con ellos la misma economia ó mas bien miseria que consigo mismo, habia no solo conservado su herencia, sino que la tenia casi duplicada. No obstante, ambos jóvenes se echaron recíprocamente una mirada que espresaba cuan peligrosa era la idea que su abuelo acababa de enunciar, para los intereses de su amigo y confederado Max.

Baruch creyó que para alejar toda sospecha que su conciencia le hacia temer, convenia decir alguna cosa en apoyo de la opinion manifestada por su abuelo, y asi dirijiéndose á Agata la dijo:=Es un hecho, señora, que si V. quiere obtener la hèrencia de su hermano no hay otro remedio que el que acaba de indicaros mi padre: y para esto, es preciso se quede V. en Issodun todo el tiempo necesario para ponerle en práctica....

=Pues señor, dijo José á su madre; lo que puede V. hacer, es escribir al señor Desroches todo lo que pasa: por mi parte nada quiero y

estoy satisfecho con lo que mi tio ha tenido á bien darme....

Y con efecto, nuestro artista, despues de haber ecsaminado perfectamente los cuadros y reconocido su valor, los desclavó con el mayor cuidado; los cubrió con papel pegado con cola comun, en seguida los colocó simétricamente uno sobre otro y los metió en un inmenso cajon que envió á Desroches, pensando darle aviso del envio por el correo. Este precioso cajon habia salido la víspera para su destino.

=No parece que eres muy dificil de contentar; le dijo el señor Hochon.

=Ya lo creo, contestó el pintor: como que no tendria la mas mínima dificultad en hallar quien me diese treinta mil duros por estos cuadros.

El viejo Hochon que no tenia idea del valor de los cuadros, creyó que era una estravagancia de José ó mas bien lo tuvo por una locura de pintor, y asi se lo manifestó, echándole una mirada de lástima.

=Escuche V. madre, dijo en fin José: voy á escribir á Desroches, diciéndole como se hallan las cosas aquí; y si le aconseja á V. que se quede, se queda V.; porque si se pierde la administracion de lotería no faltará otro destino equivalente.

Al salir de la mesa, la señora Hochon dijo á José:=hombre, yo no sé lo que valen los cuadros que te ha dado tu tio: los supongo, sí, muy buenos segun el parage de donde vienen.

Pero aunque no valgan sino ocho mil duros, es decir cuatro mil reales cada uno, no debes hablar asi delante de mis nietos: porque aunque son muy buenos y estan bien educados, podian charlar sin querer; y si lo hicieren, todo Issodun lo sabria en un cuarto de hora: ya conoces que entonces la liberalidad de tu tio, ó por mejor decir, la de Flora y Max, no te haria ni á tí ni á tu madre mucho favor. Vamos, te digo que te portas como un chiquillo.

La anciana conocia perfectamente á su pueblo, y no juzgaba mal de sus nietos; aunque estuviese muy lejos de sospechar sus verdaderos sentimientos. Con efecto, antes de las doce de aquel dia, la mayor parte de las personas de algun viso en Issodun, sabian la anécdota de los cuadros: y esto tuvo el efecto de que al punto se pusieran en requisicion, todos cuantos lienzos viejos habia en la ciudad, y se sacasen á relucir un gran número de espantosos mamarrachos. Max, sobre todo, se arrepintió amargamente, de haber inducido á Rouget á que diese los cuadros á su sobrino; y concibió contra los herederos doble ódio, cuando supo el plan que les trazára el viejo Hochon; apesar de que cuando los nietos se lo comunicaron, les contestó que era una tonteria. Sobrado conocia él, el efecto que sin duda tendria la influencia religiosa, sobre un Ser débil y achacoso, como Juan Santiago: y asi se confirmó

mas y mas, en la urgente necesidad que habia de realizar los capitales del valetudinario y aun de tomar dinero á préstamo, sobre sus haciendas, á fin de operar, inmediatamente, la compra de rentas del estado á nombre de Flora: pero sobre todo, le pareció antes muy urgente, el hacer que los herederos se volviesen á París; sin que pudiera imaginar por mas que se devanaba los sesos, como verificarlo.

Flora, por consejo de Max, pretendió que su señor, se cansaba demasiado con sus paseos á pié; y que era indispensable á su edad y al estado de su salud, que los diese en coche. Pretendia Max de este modo, hacer perder de vista á sus enemigos, el principal obgeto de esta estratajema política: que no era otro, sino el de poder trasportarse todos juntos, á las ciudades vecinas, en las que Rouget tenia colocados sus fondos, á fin de irlos realizando sin publicidad pero con toda la prontitud posible. Antes de ocho dias, todo Issodun supo, no sin asombro, que Rouget habia ido á Bourges á comprar un coche; y los caballeros de la holgazaneria, supieron presentar el caso, bajo un aspecto muy favorable para la Cangrejera. Efectivamente, Flora y Rouget, compraron en Bourges, un antiquísimo landó cerrado, que tenia mas de veinte y dos años y habia hecho otras tantas campañas; pertenecía á un viejo general, amigo del mariscal Beltran, el cual, mientras este, acompañaba á Napoleon en san-

ta Helana, se convino en venir al Berri, para cuidar de sus haciendas: su muerte proporcionó á la Cangrejera la adquisicion de tan venerable carruage. El landó acababa de ser pintado de nuevo, con toda la elegancia que pudo concebir un pintor que egercitaba su arte en las tabernas y posadas de los pueblos; es decir, algo peor que de brocha gorda: y se le habian tambien puesto varas en lugar de lanza, de modo que podia servir para un solo caballo. Era un carruage de aquellos que en Francia se llaman *media fortuna*: bien hicieron en pintar el dichoso coche, que tantó en lo interior como en lo esterior, se caia á pedazos: pero tambien su precio no llegó á dos mil reales, y Max, para tirar de él, compró una yegua antigua, reformada de un regimiento de caballería que estaba de guarnicion en Bourges, de suerte que todo el equipage, salió en poco mas que nada. En seguida Max compró sus harneses de lana y con toda la prosopopeya de marqueses antiguos, volvió la familia Rouget á Issodun poniendo en combustion á toda la ciudad la elegancia del coche de Juan Santiago. La primera vez que salió á paseo en él, el ruido atrajo á todos los vecinos á las puertas; y no quedo una sola ventana que no se abriese. La segunda vez, el paseo se estendió hasta Bourges, donde para evitarse los cuidados y afanes de semejantes negocios, el solteron, firmó un poder á favor

de Max, por el que le autorizaba á transigir, y rescindir todos los contratos de imposicion de fondos, que se estipulaban en el mismo. Flora, por su parte, se reservó para sí, el liquidar juntamente con su amo todas las sumas que se habian dado á interés en el mismo Issodun y algunos pueblos de los alrededores. Por otra parte Rouget, encargó al principal notario de Bourges, que le buscase seiscientos mil reales prestados sobre sus propiedades. Nada se traslució en Issodun de todos estos pasos, dados con tanto sijilo, como habilidad. Max, que montaba bien á caballo, no tenia dificultad en ir y volver de Bourges en doce horas. De suerte que salia á las cinco de la mañana y estaba de vuelta á las cinco de la tarde: y entretanto Flora, no se apartaba un solo minuto del lado del pobre Rouget. Este consintió sin la menor dificultad en hacer lo que Flora le habia propuesto: pero insistió en que el capital necesario para producir la renta de diez mil duros fuese colocado á nombre suyo, reversible en Flora, como usufructuaria. La tenacidad con que el anciano sostuvo su decision en este negocio que ocasionó grandes disensiones interiores, causó no poca desazon y temor á Max; porque creyó ver en ella el efecto producido por la idea que inspirarán á Rouget, los herederos legítimos.

Nada tenia de estraño, enmedio de tan complicados é importantes negocios, que Max queria á todo trance tener ocultos de sus conciuda-

danos, olvidase enteramente á Feria. Este, despues de haber hecho muchos viajes y de haber trabajado considerablemente á fin que subiese algun tanto el precio de los granos, vendió con un beneficio considerable, la mayor parte de los que tenia y volvió á su almacen á fin de empezar á entregar con arreglo á los diferentes contratos que habia hecho. Vivia precisamente en frente de la iglesia de los capuchinos, que era en donde él tenia sus graneros. Al siguiente dia de su vuelta, al asomarse á la ventana por la mañana, grande fué su sorpresa al ver todo el tejado de la Iglesia cubierto de palomos. Echóse mil maldiciones, por su descuido en no haber hecho visitar la techumbre de su almacen, corrió á él, y se quedó yerto, cuando vió que la mitad de su grano habia desaparecido. La espantosa cantidad de porqueria de ratones, ratas y topos, le hicieron concebir otra de las causas de su ruina. Parecia aquella Iglesia el arca de Noé: pero el furor del español, subió hasta la locura, cuando acercándose al monton, reparó, que toda la capa superior del trigo, habia jerminado; lo que procedia de que Max, por medio de un tubo, lo habia estado regando de continuo. Los palomos y las ratas, podian haberse atribuido á instinto natural de aquellos animales: pero el jerminar del trigo, anunciaba positivamente la mano cruel y perversa del hombre. Feria no pudiendo sostenerse, tal era su emocion, se sentó en

el escalon de un altar y dejó caer su cabeza sobre ambas manos. Despues de haber pasado mas de media hora, sumido en las reflecsiones naturales á su situacion, levantó la vista, y vió la ardilla que el hijo de Goddet se habia empeñado en meter allí, que se paseaba y jugaba con su cola sobre una viga transversal. Levantose el español, con toda la serenidad que su nacion acostumbra á tener en un peligro; su rostro triste pero tranquilo se asemejaba al de un árabe: no dejó escapar ni una sola queja, y volvió á entrar en su casa: en seguida fué en busca de mozos inteligentes, para que apartasen y apaleasen el trigo bueno y pusiesen á secar el que habia jerminado á fin de salvar la mayor cantidad posible de él. En fin, se ocupó en hacer sus entregas, calculando su pérdida en las tres quintas partes. Feria no tenia enemigos; y asi, no le fué dificil achacar su desgracia á Max su verdadero autor; sobre todo no quedándole duda alguna, como no le podia quedar, de que nadie sino los caballeros de la noche subieron su carreta á la torre é hicieron un obgeto de diversion y burla de su ruina y destruccion total: con efecto, se trataba nada menos que de quinientos ó seiscientos duros, que era todo el capital que con mil fatigas y trabajos habia adquirido desde que se hizo la paz. Inspirado por su venganza desplegó toda la sutileza y persistencia de un espia á quien se ha prometido una suma inmensa.

Emboscado todas las noches en Issodun, al fin adquirió una prueba completa de las maniobras de los caballeros de la holgazanería: los vió y los contó; espió sus citas, y adquirió la certidumbre de sus banquetes en casa de la Lagarta; fué testigo ocular de uno de sus chascos y se puso del todo al corriente de sus costumbres nocturnas.

Apesar de los asuntos tan graves é importantes que ocupaban á Max, no queria él, descuidar sus aventuras nocturnas; en primer lugar á fin de ocultar mejor la grande operacion que estaba haciendo con la fortuna de Rougel; y en segundo, á fin de no perder el prestigio con sus compañeros, que cada dia era de mayor importancia para él. Habia decidido la órden, hacer uno de aquellos chascos que dan que hablar por muchos años. En una sola noche querian envenenar á todos los perros que guardaban las casas de la ciudad y de los arrabales; Feria les oyó, cuando salian de la taberna de la Lagarta, darse de antemano el parabien de la celebridad que obtendria su espedicion, y del luto y sentimiento general que causaría, no aquel degüello, pero sí el envenenamiento *de los nuevos inocentes*: y luego cuantos temores produciria aquella matanza, que no podria menos de achacarse á siniestros designios contra las casas, que de este modo iban á verse privados de sus guardas.

=Esto vá á hacer olvidar la carreta del tio Feria; dijo Goddet.

Ya hacia tiempo que aquel, no necesitaba de estas palabras para confirmar sus sospechas: por tanto habia tomado su resolucion.

Agata, despues de haber parado tres semanas en Issodun, no pudo menos de reconocer la esactitud de las ideas del viejo señor Hochon. Era claro, que se necesitaban muchos años, para destruir la influencia que Flora y Max, habian adquirido sobre Juan Santiago: por su parte ni el mas mínimo progreso habia podido hacer con su hermano, con quien no le habia sido posible verse á solas ni una vez. Al contrario, cada dia la Cangrejera obtenia un nuevo triunfo, paseando á Agata *en el landó*, sentadas ambas en la testera, mientras que Rouget y su sobrino ocupaban los asientos delanteros: Madre é hijo esperaban con impaciencia la respuesta de Desroches á la carta confidencial, que le habian escrito: precisamente la víspera del dia en que debia ponerse en egecucion la muerte decretada contra los perros, José recibió de París, dos cartas: era la uná, del gran pintor Sehinser, su condiscípulo, y poco mas ó menos de su misma edad; por cuyo motivo tenia con él mas familiaridad que con su maestro: la segunda, era del mismo Desroches.

La primera escrita en Presles, decia asi:

«Mi querido José: he concluido para el conde «de Serizys las principales pinturas de su palacio «de Presles, he dejado todos los entrepaños y

«adornos por hacer y te he recomendado de «tal modo, tanto al conde como á Grindau el «arquitecto, que no tienes otra cosa que hacer, «sino agarrar tus pinceles y venirte aquí: te «prevengo que he arreglado el precio de modo, «que quedarás contento. En cuanto á mí, salgo «al instante para Itália y me llevo á mi muger: «quiere decir que puedes traerte á Mistigris, «para que te ayude: ese diablo posee buenos «conocimientos, no carece de talento y lo he «dejado á tu disposicion. Figúrate que está «mas alegre que unas páscuas; y no piensa sino «en lo mucho que se vá á divertir en el pa- «lacio de Presles. Adios, mi querido José, si «continuo ausente, y no envio nada á la es- «posicion, tu lo harás por mí; sí, mi querido «amigo, tengo la certeza de que tu cuadro «será una obra maestra, que hará furor. En «fin estoy seguro que vas á ser mas feliz que «nadie: sea como quiera, no olvides el refran «del tunantuelo de Mistigris, *la vida es un* «*combate, dice él*: ¿Qué diablos haces en Issodun? «Adios, *tu amigo* SEHINSER.

He aquí la carta de Desroches.

«Mi querido José: tu señor Hochon me «parece un anciano de no medianos alcances; «y tu carta me ha hecho formar de él, la mas «alta idea: tiene razon en cuanto dice. Por «tanto, puesto que me pides consejo, te diré, «que lo mas acertado es que tu madre se «quede en Issodun en casa del señor Hochon

«pagando una módica pension como de mil y «seiscientos á mil ochocientos reales por egemplo. «por via de indemnizacion para esos señores: «y debe seguir ciegamente los consejos del «señor Hochon. Concibo que tu buena madre «se verá asaltada por mil escrúpulos de con-«ciencia; sin considerar que sus enemigos no los «conocen y que su conducta, es la obra maes-«tra de la política. Ese Max es muy peligroso; «y tienes razon: veo en él, un hombre in-«finitamente superior á Felipe. Ese bribon ha-«ce que sus vicios sirvan á su fortuna, y no «se divierte *gratis* como tu hermano, cuyas «locuras ninguna utilidad prestaban. Todo cuan-«to me dices me asusta y persuade de que «nada haria yo con ir á Issodun; y por lo contra-«rio, creo que el señor Hochon aconsejando á «tu madre, prestará mucha mas utilidad. Con res-«pecto á tí, puedes desde luego volverte, puesto «que nada vales para un asunto que ecsije una «atencion continuada, una observacion minuciosa, «intenciones serviles, mucha discrecion en las «palabras, y en fin, disimulacion completa hasta «en los gestos, que son todas cosas antipáticas «para los artistas. Aunque os hayan dicho que «no se ha hecho aun testamento, vivid bien se-«guros de que hace mucho tiempo que lo es-«tá; pero no olvideis que estos actos son ir-«revocables, y mientras que ese imbécil viva, no «hay que dudar que los remordimientos y la re-«ligion pueden hacerle cambiar de modo de

«pensar: finalmente, el hecho es que vuestra «fortuna depende del resultado que tenga el «combate entre el vicio y la virtud. Llega- «rá, no lo dudes, el momento en que el impe- «rio de la Cangrejera sobre ese hombre, se aca- «bará para dar lugar á los remordimientos. Por «tanto y si ha de esperar el resultado, es indis- «pensable que ruegues al señor Hochon que no «pierda un momento de vista los bienes de tu «tio, y esté continuamente á la mira por si se «tratase de hacer alguna variacion en el modo «en que al presente tiene colocado su capital: «es preciso tambien que se entere de si los «bienes raices están hipotecados; á quien y en qué «términos. Es tan fácil el inspirar á un anciano, «temores de perder la vida si llega á hacer do- «nacion entera de sus bienes antes de morir, que «un heredero un poco perspicaz pudiera fácil- «mente impedir su desheredacion desde un prin- «cipio. ¿Pero crees tú que tu madre, con sus pocos «conocimientos del mundo, su desinterés natural y sus ideas religiosas, sea á propósito para dirigir «semejante máquina?... En fin, á la distancia en «que me encuentro del sitio de la accion, solo «puedo participaros mis ideas y nada mas: y con- «cluiré diciéndote, que cuanto habeis hecho hasta «ahora, ha debido dar la alarma á vuestros anta- «gonistas, los que no dudeis tomarán sus me- «didas.»

=Esto sí que se llama una sábia consulta, dijo el Sr. Hochon que se envanecia con la favorable

opinion que un procurador de Paris habia concebido de él.

= Pues no! dijo José: sepa V. que Desroches, es un demonio en esto de leyes y de negocios.

= Me parece que convendria comunicar esta tarde á esas dos mugeres, dijo el viejo avaro.

= Aquí la tiene V., respondió José, entregándole la carta: en cuanto á mi, mañana mismo me marcho, y así, me voy en este instante á despedir de mi tio.

= Detente, dijo el Sr. Hochon: ved aqui una posdata, que no me habias leido, por la cual el Sr. Desroches te ruega que quemes su carta.

= Pues bueno, quémela V. contestó el pintor, tan luego como la haya leido mi madre.

Con esto José Bridó, se fué á vestir: en seguida salió, y atravesando la plaza, fué á visitar á su tio, á quien halló acabando de almorzar. Max y Flora, estaban ambos con él.

= Quieto, quieto, dijo José, viendo que el anciano se levantaba para saludarle; nada; vengo únicamente á despedirme de V.

= Pues qué, ¿tan pronto nos deja V? dijo Max mirando á Flora.

=Si señor, contestó el pintor; tengo que trabajar en unos cuadros en el palacio del Sr. de Serizy; y me apresuro á ir, porque este señor tiene mucho influjo, y puede ser muy útil á mi hermano en la cámara de los pares.

=Bien hecho, muy bien hecho; trabaja sobrino; le dijo con un aire estúpido el viejo Rouget;

que pareció muy desmejorado á José: Es preciso trabajar..... siento que te vayas....

=No hay cuidado; contestó el sobrino, mi madre se queda aquí, aun por unos dias.

Los lábios de Max, hicieron un movimiento que no escapó á la vista perspicaz de Flora, y que parecia decir: *van á seguir el plan de que me ha hablado Baruch.*

=Me considero feliz en haber venido, continuó José: en primer lugar por haber conocido á V. tio; y tambien porque V. con su regalo, ha enriquecido portentosamente mi gabinete.

=Ya se vé; dijo la Cangrejera, y en lugar de decir á vuestro tio, lo que valian esos cuadros, que segun parece, pasan de veinte mil duros, los ha mandado V. á París á toda prisa..... ¡pobre amo mio! no tiene mas malicia que un niño! En Bourges, nos acaban de de decir que entre esos cuadros hay un *capuchino... no*; *un pusino*, que vale él solo, mas de cuatro mil duros: dicen que antes de la revolucion estaba en el altar mayor de la catedral.

=En verdad que en esa parte no habeis obrado bien sobrino, dijo Rouget á una señal que le hizo Max, sin percibirla José.

=Vamos, francamente, Sr. Bridó; díganos V. bajo palabra de honor, lo que cree que valen los cuadros: que diablos, si ha quitado V. una pluma á su tio; ¿que mal hay en ello? para

quien ha de ser lo que un tio tiene? la naturaleza no ha querido que yo tuviera tios: pero yo le aseguro á V. que si los tuviera, vive Dios, que les habia de sacar hasta la camisa.

=¿Sabe V. dijo Flora á Rouget, cuanto valían sus cuadros?..... ¿Cuánto dice V, señor José?

=Los cuadros, contestó el pintor poniéndose colorado como un pavo; valen alguna cosa, no hay duda.

=Pues ya se vé: como que dicen que V. mismo los ha tasado al Sr. Hochon en treinta mil duros: ¿es verdad?

=Es cierto, contestó el pintor; que tenía tanta franqueza como un niño.

=¿Y tenia V. la intencion de dar á su sobrino treinta mil duros? preguntó Flora al anciano....

=¡Qué disparate! Jámas! contestó Rouget, á quien Flora habia mirado fijamente.

=Pues hay un medio muy facil de componerlo todo, replicó José; no tengo mas que hacer, sino devolvérselos á V. tio.

=No; no; quédate con ellos, le dijo el anciano.

=No señor; quiero, devolvérselos á V. replicó José, ofendido del silencio de Max y de Flora: mis pinceles me bastan para hacer mi fortuna, sin deber nàda á nadie, ni aun á mi tio...... A los pies de V. señorita...... beso á V. la mano, caballero....

Con esto salió José, y volvió á atravesar la plaza, en un estado de irritacion, que los artistas que me lean, comprenderán facilmente. Cuando llegó á casa de Hochon, toda la familia estaba en la sala. Viendo al artista que hablaba solo, haciendo muchos jestos, le preguntaron alarmados qué tenia y él francamente y sin rebozo, contó delante de Baruch y de Francisco, lo que habia pasado: de suerte que antes de dos horas, toda la ciudad lo sabia; y hacia cada uno los comentarios que mejor le parecian. Unos decian que el pintor habia sido mal tratado por Max; otros que él se habia conducido mal con la Brazier y que á consecuencia de ello, Max le habia echado de la casa.

=¡Válgame Dios! ¡que muchacho tan chiquillo, es tu hijo! dijo el señor Hochon á Agata. El tonto se ha dejado completamente engañar y ha creido al pié de la letra, la escena que le tenian reservada para el dia de su despedida. Seguramente que Max y la Cangrejera sabian hace mas de quince dias el valor de los dichosos cuadros: porque este buen pintor tuvo la tonteria de decirlo delante de estos señoritos mis nietos, que parecen unas cotorras y no sabian como hacer para que todo el mundo lo supiese en el pueblo...... Vuestro hijo debió haberse marchado sin decir una palabra á nadie.

=Mi hijo, hace muy bien en devolver esos cuadros, si es cierto que valen tanto; contestó Agata.....

=Pues yo digo, replicó el viejo, que si valen cuarenta mil duros como él dice, ha sido un majadero en ponerse en el caso de tenerlos que devolver: porque no haciéndolo, al menos tendriais ya en vuestro poder esa parte de la herencia; mientras que si las cosas continuan asi, no vereis ni un cuarto de ella.... y ademas que eso mismo será motivo quizás para que tu hermano no te vuelva á ver....

Entre doce y una de aquella misma noche, los caballeros Holgazanes empezaron su distribucion de regalos á los perros de la ciudad y eran las tres de la mañana, antes que se concluyese su espedicion. Entonces se dirijieron á casa de la Lagarta, donde pasaron poco mas de una hora; de suerte que á las cuatro y media, cuando empezaba á amanecer, se despidieron y cada cual se dirijió á su morada.

En el instante en que Max, volvia la esquina de la calle del Avanier para entrar en la Mayor, Feria que le estaba espiando, le tiró una puñalada al corazon, retiró el cuchillo y se escapó por el foso de Vilatte, donde limpió la hoja con su pañuelo: en seguida fué á lavar este al rio, y se volvió tranquilamente á su casa en S. Paterne; se metió en la cama, subiendo por una ventana que de intento habia dejado abierta. A la mañana siguiente, le despertó el nuevo mozo que habia tomado que le halló profundamente dormido.

FIN DEL TOMO I.

ROUGET,

Ó

LA DEPRAVACION.

COLECCION DE NOVELAS ESCOGIDAS.

ROUGET

ó

LA DEPRAVACION.

Novela original

DE MR. H. DE BALZAC:

TRADUCIDA LIBREMENTE AL ESPAÑOL

por

D. F. A. F.

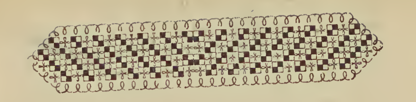
TOMO II.

SEVILLA.

F. ALVAREZ Y C.ª, impresores y editores,
calle Colcheros, número 30.

1845.





ROUGET,

ó

LA DEPRAVACION.

I.

Una causa criminal.

Max al caer, arrojó un terrible grito, que nadie pudo desconocer. Dos de los caballeros de la órden hijo el uno de un juez, y el otro de Goddet, que volvian á sus casas, corrieron inmediatamente al sitio, diciendo:=¡Que asesinan á Max! ¡socorro!—Pero ningun perro ladró; ningun vecino, acostumbrado como estaban á las travesuras de los caballeros nocturnos, aun cuando oye-

se las voces, se hubiera levantado de la cama. Cuando los dos caballeros llegaron al parage dondo yacia Max, estaba este desmayado; y fué preciso ir á despertar al padre de Goddet. Max habia reconocido á su asesino; pero cuando recobró sus sentidos á las cinco de la mañana y se vió rodeado de gentes, viendo que su herida no era mortal, pensó desde luego en sacar partido de este asesinato, y esclamó con voz lamentable; =Se me figuró reconocer los ojos y la cara de ese maldito pintor....

En el momento, Lousteau Prangin, corrió á casa de su padre que era el juez. Llevaron á Max á su casa, entre Goddet el hijo, el tio Lagarto, y otras dos personas, que hicieron levantar á este fin. La Lagarta y Goddet el padre, iban al lado de Max, y este tendido en un colchon colocado sobre una escalera.

El cirujano Goddet, no queria reconocer al herido, hasta que estuviese en su propia cama. Los que llevaban á Max, mientras esperaban á su puerta á que les abriese Kouski, miraron naturalmente hacia la casa del señor Hochon, y vieron á la criada de este, que estaba barriendo. En aquella, como en la mayor parte de las casas de los pueblos, se abren las puertas muy temprano. La palabra que pronunció Max, como sin querer, habia infundido sospechas al cirujano Goddet y así esclamó:=Oyes Margarita ¿está acostado el señor José Bridó?

=¡Cá! contestó aquella; salió á las cuatro y

media: toda la noche se la ha llevado paseando en su cuarto; yo no sé que tenia!

Esta respuesta inocente, escitó murmullos de indignacion y horror entre los circunstantes, que hicieron que la criada que era naturalmente muy curiosa, se acercase para ver que era lo que llevaban á casa de Rouget.

—Si, si; bueno es tu pintor la dijeron: pero no tengas cuidado.

Con esto, entró la comitiva dejando la criada á la puerta, estupefacta; con tanto mayor motivo, cuanto que habia visto por si misma á Max tendido sobre el colchon, moribundo y todo cubierto de sangre.

Fácil será á los pintores adivinar lo que tenia José, que le hacia estar tan inquieto: veiase la fábula de las gentes de Issodun, que le tomaban por un pillo que se habia aprovechado de la ignorancia de su tio: mientras que él era y pretendia pasar por hombre de bien y artista de honor. Tal era su despecho, que hubiera dado gustoso su cuadro en el que fundaba todas sus esperanzas de futura gloria y riqueza, por poder volar como una golondrina á París, coger los cuadros y tirarlos á las narices de Max; ¡ser él, el que despojaban y tener que pasar por el despojador! esto era insufrible. Asi fué que apenas empezó á despuntar el dia, salió y tomó la calle de álamos que conducia á Tívoli, con el objeto de dar libre curso á su agitacion. Mientras que este honrado jóven se prometia una y mil veces,

no volver á poner los pies en Issodun, Max le preparaba una sorpresa horrible para una alma delicada.

El cirujano Goddet, despues de haber metido la sonda reconoció que la hoja del cuchillo habia sido ladeada por una pequeña cartera que Max llevaba en el frac, aunque la herida no por eso dejase de ser espantosa, hizo lo que acostumbran á hacer los cirujanos de provincia; es decir, que no quiso ó pretendió no poder responder de la vida de Max, y le dejó despues de haber puesto el primer vendaje en la herida del malicioso veterano. Pero antes comunicó sus recelos, á la Cangrejera, á Juan Santiago, á Kouski y á la Vedié. Flora volvió al cuarto de su adorado Max desecha en llanto; mientras que Kouski y la Vedié, comunicaban á las gentes que se habian agolpado á la puerta, que Max, estaba casi, casi desauciado. Esta noticia, atrajo inmediatamente á la plaza de San Juan, á mas de doscientas personas.

=No te aflijas, dijo Max á la Cangrejera, tan luego como estuvieron solos; antes de un mes, estoy curado; y ademas conozco al que me ha herido. Pero vamos á aprovecharnos de esta circunstancia, para desembarazarnos de esos parisienses. Ya he dicho en casa de la Lagarta, que creia haber reconocido al pintor; con que ahora no teneis sino suponer que estoy moribundo y hacer de modo que prendan á José: le haremos que sepa lo que es una cárcel, cuando

menos por un par de dias. Yo que conozco á la madre, estoy seguro que se marcha volando á París con su hijo: de este modo nada tendremos que temer de esos curas que querian echar á nuestro viejo imbécil.

Cuando Flora bajó, halló la gente que estaba á la puerta, muy dispuesta á recibir las impresiones que ella quisiera darle: se presentó cubierta de lágrimas y dijo,—que el pintor, que efectivamente, tenia cara de asesino, habia disputado la víspera con Max, de un modo muy acalorado, á causa de unos cuadros que habia atrapado á su tio. Ese bandido, dijo, porque no hay sino mirarle para conocer que lo es, se ha llegado á persuadir, de que si Max no ecsistiera, su tio le dejaria todos sus bienes; como si, añadió con un aire muy inocente, no nos tocase mas de cerca un hermano que un sobrino! Max es hijo del doctor Rouget: él mismo me lo dijo antes de morir.

=¡Pues ya se vé! dijo uno de los caballeros de la holgazaneria, habrá querido despedirse de ese modo: ¡no, no ha combinado muy mal el asunto! hoy mismo sale para París.

=Max, no tiene ni un solo enemigo en Issodun.

=¡Y ademas, si le reconoció cuando le dió la puñalada! dijo la Cangrejera.

=¿En donde está?.... Vamos á buscarle.... esclamaron una porcion de ellos.

=¡Sí, búscale! salió de casa del señor Ho-

chon, antes de rayar el dia; dijeron algunos.

Al punto uno de los caballeros holgazanes, corrió á casa del señor Monilleron. El tropel de gente, aumentaba por instantes, y las voces, cada vez eran mas amenazadoras: toda la plaza estaba ocupada por diversos grupos, á cual mas animados: muchos se habian colocado á la puerta de la iglesia de san Juan de modo que cualquiera al verlos, los hubiera tomado por una procesion. Así fué, que los señores Lousteau, Monilleron, el comisario de policia, el teniente de la gendarmería y su sargento acompañados de dos gendarmes, tuvieron no poco que hacer para abrirse paso y llegar hasta la puerta de Rouges, y aun esto lo verificaron entre dos apiñadas filas de gente, cuyos descompasados gritos contra el parisiense, debieron prevenir contra él á los magistrados, los cuales por otra parte, no podian menos de ver un delincuente en el pobre é inocente pintor, á quien las circunstancias acriminaban bajo todos aspectos.

Despues de una corta conferencia entre Max y los magistrados, el señor Monilleron, destacó al comisario de policia, con el sargento y un gendarme á fin de que fuesen á reconocer el sitio, en el que se habia cometido el crímen. En seguida los señores Lousteau y Monilleron salieron de casa de Rouget, y fueron á la del señor Hochon, mientras que los gendarmes se colocaban dos en la puerta de atrás y otros dos en la principal. El gentio iba siempre en aumen-

to; toda la ciudad, parecia hallarse en la calle Mayor.

Margarita se habia precipitado en el cuarto del anciano, diciendo.

=Señor, señor; que le van á saquear á V. Todo el pueblo está en revolucion; el señor Max Gilet, ha sido asesinado y está espirando...! y dicen que el asesino es el señor José!

Su amo se vistió prontamente y bajó; pero al ver al populacho furioso, se metió dentro, mas que apriesa y echó á la puerta la llave, la tranca y los cerrojos. En seguida, empezó á hacer preguntas á su criada Margarita y supo que el pintor, habia salido antes de amanecer; que se habia estado paseando toda la noche en su cuarto; que parecia muy agitado; y que aun no habia vuelto. Espantado el viejo se fué al cuarto de su muger, que acababa de despertar con el ruido, y la contó la espantosa noticia; la cual, falsa ó verdadera, habia puesto en revolucion á todo Issodun.

=Indudablemente está inocente, contestó la señora Hochon.

Asi será; pero mientras se reconoce su inocencia, entrarán aquí, y nos saquearán, contestó su marido palideciendo como un muerto.=¡Tenia una porcion de oro en su cueva!

=¿Y Agata?

=¡Durmiendo como un topo!

=Gracias á Dios, contestó la anciana: yo quisiera que durmiera, mientras este negocio se po-

ne en claro. Semejante desgracia, va á costar la vida á esa niña!

Pero Agata, que se despertó tambien, bajó precipitadamente y medio desnuda; porque el modo de contestar de Margarita, la hacia casi perder el juicio. Halló á la señora Hochon pálida y con los ojos llenos de lágrimas en una de las ventanas con su marido.

=¡Valor, hija mia! la dijo la anciana, luego que la vió. Dios nos envia aflicciones para probarnos y purificar nuestra alma. Acusan á José.

=¿De qué?....

=De una mala accion que es incapaz de haber cometido.

Al oír estas palabras, y al ver entrar en la sala, al teniente de gendarmeria, y á los señores Monilleron y Lousteau, Agata no pudo resistir á sus sensaciones y se desmayó.

=El señor Hochon dijo á su muger y á Margarita que se llevasen á Agata á su cuarto; añadiendo que las mugeres en aquellos casos no podian servir sino de estorbo; por lo que, ellas tambien, se podian quedar en el suyo. En seguida rogó á los jueces que se sentasen, asegurándoles que la equivocacion que habia motivado su visita, no tardaria en aclararse.

=Aun cuando fuera una equivocacion, como vos decis, dijo el señor Monilleron, la ecsasperacion del pueblo es tal, que hay mucho que temer por la seguridad del presunto reo. Por lo mismo yo quisiera tenerle en el consistorio

y de este modo podriamos aquietar los ánimos.

=¿Quien hubiera creido que ese Max, inspirára tan vivo interés á las gentes del pueblo? dijo Lousteau.

=En este mismo instante, dijo el teniente de los gendarmes, me avisa uno de mis soldados que desembocan mas de mil y doscientos hombres del arrabal de Roma; y añaden, que piden con gritos espantosos la muerte del asesino.

=¿En donde se halla su huésped? preguntó Monilleron á Hochon.

=Cree que ha ido á pasearse al campo.

=Llame V. á Margarita, dijo con gravedad el juez de las actuaciones: siento en el alma la circunstancia que acaba de declarar; pues creia que el señor José no habia salido de casa. Sin duda no ignora V. que el crímen se ha cometido á muy corta distancia de aquí y en el momento de rayar el dia.

Mientras que el señor Hochon, iba á llamar á su criada, los tres magistrados se miraron significativamente.

=Nunca me gustó la cara de ese pintor, dijo el teniente de gendarmes al señor Monilleron.

=¿Con que muchacha, dijo este á Margarita, que entraba en aquel instante; me han dicho que vistes salir esta mañana al señor José de casa?

=Si señor, respondió ella temblando como una azogada.

=¿Y á que hora?

=Tan luego como yo me levanté: se habia estado paseando toda la noche por su cuarto, y no se habia desnudado, al menos así me lo pareció.

=¿Era ya de dia?

=Apenas empezaba á rayar.

=¿Dices que parecia muy agitado?

=Si señor, parecia un loco.

=Envie V. á buscar á mi escribano, por uno de sus soldados; y diga V. que traiga algunas órdenes de arresto estendidas; dijo el juez al teniente de gendarmes.

=Señores, interrumpió Hochon, ruego á W. que no se apresuren demasiado. La agitacion de ese jóven puede fácilmente esplicarse de otro modo, sin achacarla á la premeditacion de un crímen: hoy mismo sale para París, á consecuencia de un negocio, en el que la señora Brazier y el mismo Max, habian sospechado de su providad.

=Sí, el asunto de los cuadros, dijo el señor Monilleron. Ya sabemos que eso fué causa de una disputa muy viva que tuvieron ayer; y tampoco ignora nadie que los artistas, tienen los cascos muy calientes.

=Y ademas, añadió Lousteau ¿quien hay en todo Issodun que pudiera tener interés en matar á Max? Seguramente que ni se puede atribuir á los celos de un marido, ni á la venganza de un hermano, ni á nada en fin: porque ese jóven á nadie ha hecho daño.

=¿Pero y que hacia el señor Max á las cuatro y media, en las calles de Issodun? preguntó Hochon.

=Ruego á V. que nos permita cumplir con nuestro deber, le dijo el señor Monilleron: V. no está enterado de todo: el hecho es, que Max ha reconocido al pintor, cuando le dió la puñalada.

En este momento, se oyó una espantosa gritería al otro estremo de la calle Mayor, la cual fué creciendo y aproximándose con espantosa rapidez, hasta llegar á ser tan fuerte como una descarga de varias piezas de artillería.

Por fin pudiéronse distinguir las voces de=ahí está—ese es=ya le han cogido!

En efecto, el pobre José que volvia para la hora del almuerzo, por el molino de Landrole, fué apercibido casi al mismo tiempo por una porcion de grupos: los cuales se arrojaron sobre él, y es probable que su furor hubiera puesto un término desgraciado á la carrera de aquel eminente artista, á no haber sido por dos gendarmes que habiéndole divisado tambien, corrieron á él, y pudieron arrancarle de las manos de los hombres del arrabal de Roma, no sin mucha dificultad y aun esponiendo sus propias vidas.

=¡Paso, paso señores! gritaron los gendarmes que llamaron al punto á dos de sus camaradas, colocando uno detras y otro delante de José.

En seguida uno de los que le tenian del brazo, le dijo:=Oiga V. caballero; aquí se trata nada menos que de nuestras vidas, y así, que esté V. inocente ó culpable, es nuestra obligacion defender su cabeza del furor del pueblo, amotinado

por el asesinato del comandante Gilet: del cual estas gentes, no solo le sospechan á V., sino que le acusan formalmente. Esos hombres, que como puede V. juzgar por su facha, no necesitan que nadie les ayude para tomar la justicia por su mano, adoraban al señor Max; ¡si V. hubiera visto en 1830 el modo que tenian esos mismos hombres que nos rodean, de sacudir el polvo á los empleados de las puertas!

El infeliz José, se puso mas pálido que un difunto y apenas sabia lo que le pasaba: á pesar de todos sus esfuerzos, apenas podia sostenerse y mucho menos andar: pero despues de reflecsionar un rato, esclamó:=¡En fin, que diablo, yo estoy inocente, con que vamos allá!

El pobre artista, llevó tambien su cruz: por todas partes oia silvidos, injurias y amenazas de muerte: y con este acompañamiento que atronaba los oidos, subió desde la plaza de la Miseria hasta la de san Juan. Los gendarmes, tuvieron al fin que sacar los sables, contra el pueblo que los injuriaba tambien, y que empezó á tirarles pedradas: poco faltó para que los soldados saliesen mal heridos y aun José recibió no pocos proyectiles en las espaldas y en el sombrero.

=Ya estamos aquí, mi teniente, dijo uno de los gendarmes al entrar en la sala del señor Hochon: puedo asegurar á W. que nos hemos visto negros para conducir sin que le matasen á ese pintor.

=Ahora señores, es preciso ver el modo, de

disipar y dispersar esa muchedumbre, dijo el teniente: y para hacerlo no conozco sino un solo medio: que es el de llevar al señor José Bridó al ayuntamiento, y llevarle entre W. dos; mientras que yo, y todos mis gendarmes, rodearemos á W. Por lo demas, será lo que Dios quiera, pues es imposible responder de nada, cuando se encuentra uno al frente de seis mil furiosos.

=Usted tiene mucha razon, no hay otro remedio; dijo el señor Hochon que temblaba por su oro.

=Pues señor, si ese es el mejor modo que hay en Issodun, para protejer á un inocente; dígoles á W. que estamos en un buen pueblo. ¡Poco me ha faltado ya para ser lapidado!.... dijo José.

=¿Pues que quiere V. le dijo el teniente; que esas gentes tomen por asalto, y saqueen la casa de este caballero? ¿O le parece á V. que nuestros sables bastarán para resistir á esas oleadas de gentes, que como las del mar, son impelidas unas por otras?

=Vamos, vamos señores; respondió José que había recobrado yá toda su sangre fria; eso quiere decir, que despues nos esplicaremos.

En seguida, el teniente salió á la puerta y empezó á gritar:=Paso señores, paso; ya le tenemos y le vamos á conducir al ayuntamiento.

=Señores; ¡respeto á la justicia! añadió el señor Monilleron.

=Pero vamos á ver amigos ¿no será mejor que le guillotinen? decia uno de los gendarmes á las personas que tenian al lado.

=Si, si, contestó uno de los furiosos, le guillotinarán.

Las mugeres empezaron á decir casi á gritos; —Le van á guillotinar; le van á guillotinar!

Al otro estremo de la calle, se decian las gentes unas á otras:—Ya le llevan á la guillotina:—Como que le han encontrado el cuchillo!—¡Que infame!—¿Eso son los parisienses?...—Pero cá! si ese llevaba pintado el crímen en su cara!

Aunque toda la sangre de José, se le habia subido á la cabeza, anduvo no obstante, todo el espacio que media entre la plaza de san Juan y el ayuntamiento, con la mayor calma y tranquilidad. Pero no respiró libremente hasta que se vió en el gabinete del señor Lousteau.

=Señores, creo que no tengo necesidad de asegurar á W. que estoy inocente, dijo dirijiendo la palabra á los dos jueces y al escribano: solo tengo que rogar á W. que se sirvan ayudarme para probar mi inocencia. Nada absolutamente sé, de cuanto ha pasado.

El juez entonces, hizo saber á José, todos los indicios que deponian contra él, y terminó poniendo en su conocimiento la declaracion de Max: esta última circunstancia aterró al pobre José.

Quedóse sin habla por algunos instantes y al fin dijo:

=Señores, yo salí de casa, despues que dieran las cinco: seguí toda la calle Mayor y á las cinco y media, estaba mirando la fachada de la iglesia de san Cyro. Me paré como he dicho, y estuve hablando con el campanero que acababa de tocar el alba; y le hice varias preguntas acerca del edificio que me ha parecido singular y poco concluido. En seguida atravesé el mercado, en el que habia ya algunas mugeres. Despues, pasando por la plaza de la Miseria, atravesé el puente de los asnos y fuí al molino de Landrole, donde estuve parado algunos minutos mirando á los patos en el agua. Los criados del molinero, no pueden menos de haber reparado en mí. Tambien he visto algunas mugéres que iban á los lavaderos y que estarán en ellos probablemente aun: por cierto que se pusieron á reir de mi, diciendo que no era buen mozo: á lo cual les respondí que no todo lo bueno se llevaba en la cara. En seguida fuí hasta Tívoli y estuve hablando con el jardinero.... Asi, pues, ruego á W. que hagan averiguar todos estos hechos y tengan la bondad de no arrestarme siquiera: pues les juro, que no me menearé de este gabinete, hasta que estén W. satisfechos, y convencidos de mi inocencia.

Este discurso sensato y conciso, pronunciado sin titubear y con un aire de mucha verdad y de un hombre seguro de su conciencia, hizo no poca impresion en los magistrados.

=Pues señor; es preciso buscar á todas esas

gentes y mandarlas comparecer, dijo el señor Monilleron, y ese no es negocio de un dia: por lo mismo es preciso que se resuelva V., por su propio interés, á quedar incomunicado en el ayuntamiento.

=No hay ningun inconveniente: con tal que me permitan W. escribir á mi pobre madre, para tranquilizarla.... no hay cuidado señores, W. verán mi carta. Esta súplica, era demasiado justa y racional, para que los jueces la negasen y así José escribió las siguientes líneas:

Madre mia:=«Deseche V. toda inquietud; «el error de que soy víctima, será reconocido al «instante: por fortuna yo mismo he podido pro«curar los medios de que lo sea. Mañana, y qui«zás esta noche, me pondrán en libertad. Re«ciba V. mil abrazos y diga al señor Hochon y «á su señora, que siento en el alma la inquie«tud que involuntariamente les he causado: ase«gúrele V. que este negocio, es obra de la ca«sualidad y que yo mismo hasta ahora, no lo «comprendo.» JOSÉ.

Cuando llegó la carta, la pobre Agata, estaba moribunda, á consecuencia de un incidente nervioso que la habia acometido. En vano el señor Goddet procuraba hacerla tragar una porcion calmante; no obstante la lectura de aquella misiva, fué para la pobre madre un bálsamo mas eficaz que cuantos contiene la farma-copea. Despues de algunos sacudimientos, pasó Agata, á aquel estado de postracion completa, resultado

ordinario de semejantes ataques: y cuando á poco rato volvió el medico Goddet á visitar á su enferma, la halló casi repuesta y quejándose amargamente de haber salido de Paris.

=Dios me ha castigado, madrina mia, decia: ¿no debia yo haber confiado en su justicia, y haber esperado de ella la herencia de mi hermano?

=Señora, la dijo el viejo Hochon al oido: si su hijo de V. está inocente, Max es el hombre mas infame que ecsiste en el mundo: y crea V. que esta causa, la perderemos sin remedio. Con que lo mejor será, me parece, que se vuelva V. al instante á París.

=¿Con que, preguntó la señora Hochon al doctor, como vá Max?

=Aunque muy grave, no creo su herida mortal. Me parece que no tendré que visitarle arriba de un mes. En seguida, dirijiéndose á Agata, la dijo que cuando se habia despedido de Max, este, aunque muy malo, estaba escribiendo al señor Monilleron solicitando pusiese en libertad á José. Sí, añadió Max, es un escelente jóven. Le he dicho el estado en que se hallaba V. y entonces se ha acordado de una particularidad en el vestido de su asesino, que segun dice él, prueba que no era José; parece que el que le dió la puñalada, llevaba zapatos de orillo; y no hay duda, en que su hijo de V. salió con botas....

=¡Que Dios le perdone el daño que me ha hecho! contestó Agata.

Por la tarde un desconocido, le trajo á Max una nota escrita con caractéres de molde, que decia así:

«El capitan Gilet, no debiera dejar á un ino-«cente entre las manos de la justicia. El que ha «cometido el asesinato, promete no volver á hacer «la mas mínima tentativa de esta especie, á con-«dicion que el señor Gilet, haga poner en li-«bertad al inocente, sin declarar al culpable...

Despues de leer este billete, y de haberlo quemado, escribió Max al señor Monilleron, como habia dicho el doctor y le rogó que pasase á verle á fin de esplicarle el negocio, pero ante todo, que pusiese en libertad á José. Cuando el juez recibió la carta de Max, ya el señor Lousteau, habia tomado las declaraciones del campanero, de las verduleras, de las lavanderas, de los criados del molinero y del jardinero de Fraspele: y de todas ellas resultó ser cierto, cuanto el pintor habia declarado. La carta de Max, no hizo pues, sino ratificar la inocencia del detenido, que fué al instante conducido á casa del señor Hochon, por el mismo señor Monilleron. Las demostraciones de ternura de la infeliz Agata, cuando vió á su hijo, fueron tan vivas, que este, como al marido de la fábula de la *Fontaine*, con el ladron, dió gracias á la providencia, de una desgracia que era recompensada, con tan preciosas pruebas de amor materno.

=Por mi parte, dijo el señor Monilleron, con un aire de mucho saber, desde que ví el modo con

que miraba V. al populacho amotinado, mientras que le conduciamos al ayuntamiento, dije para mí; este hombre es inocente: pero no bastaba que yo estuviese convencido, y si V. conociera á Issodun, como yo, veria que el mejor ó mas bien el único medio de salvarle, era hacer lo que hicimos. ¡Vamos, es preciso confesar, que estaba V. muy sereno y heróico!.

=Es que pensaba en otra cosa; contestó el artista. Conozco á un oficial, que me ha contado que en Dalmacia, al volver de dar un paseo una mañana, fué detenido, casi lo mismo que yo, por un populacho furioso.... La analogia del caso, habia llamado mi atencion; y me puse á considerar la espresion de las fisonomias que me rodeaban, con el objeto de pintar un cuadro, que representára uno de los motines de 1693. En fin me decia á mi mismo... ¡miserable! bien merecido lo tienes; por venir aquí á buscar una herencia, en lugar de estar pintando tranquilamente en tu estudio.

=Si V. quiere permitir le dé un consejo, dijo el procurador del rey (fiscal) le diré que lo mejor que V. puede hacer, es tomar esta noche misma, un coche que le prestará el maestro de postas, y volverse al instante á París, por la diligencia de Bourges.

=Soy del mismo parecer; dijo el señor Hochon.

=Pues por mi parte, lo que mas deseo en este mundo, es salir tambien de Issodun, á pe-

sar de que aquí dejo á mi mejor amiga, añadió Agata, besando una de las manos de la señora Hochon.... ¿y cuando la volveré á ver á V?

=¡Hija mia, contestó la anciana, ya no nos volveremos á ver, sino en el cielo! me parece, añadió hablándole al oido, que bastante hemos sufrido sobre la tierra, para que Dios nos lo tenga en cuenta.

Pocos instantes despues, habiendo el señor Monilleron, conferenciado con Max, Margarita dejó atonitos al senor y la señora Hochon, á Agata, José y Adolfina, anunciándoles la visita del mismo Rouget, que venia en persona, á despedirse de su hermana y á ofrecerla su landó para ir hasta Bourges.

=Hermano mio, le dijo Agata; tus cuadros, nos han hecho mucho daño.

=Vecino, añadió el señor Hochon, nuestros mejores amigos; los defensores con quien mas podemos contar, son nuestros parientes; sobre todo, cuando se parecen á vuestra hermana Agata, y á vuestro sobrino José.

=Tambien puede ser; contestó el anciano imbécil.

Sobre todo, dijo la señora Hochon, lo que principalmente debemos pensar, es en acabar nuestra vida cristianamente.

=Jesus, Santiago, mi querido Santiago, continuó Agata ¡qué dia hemos pasado!

=¿Con que, quieres que te mande mi landó? preguntó Rouget.

—No, hermano mio, contestó Agata, te lo agradezco y te deseo buena salud y muchos años de vida.

Rouget se dejó abrazar por su hermana y por su sobrino y en seguida se marchó despues de haberse despedido de ellos, con bastante frialdad. Habiendo recibido la órden de su abuelo Baruch se apresuró á ir á la casa de postas: y en su consecuencia á las once de la noche, los parisienses madre é hijo, metidos en un cabriolet de mimbres, como los que usan los labradores en Francia, sin mas guia que un postillon, se pusieron en camino para Bourges. La señora Hochon y Adolfina, fueron las únicas que lloraron al despedirse: ellas solas les echaron de menos.

—Ya se han ido, dijo Francisco entrando con la Cangrejera, en el cuarto de Max.

—Pues quiere decir, que el negocio está hecho; contestó Max, muy abatido por la calentura.

—¿Y qué digistes al señor Monilleron? le preguntó Francisco.

—Le he dicho, que yo mismo habia dado motivo y derecho á mi asesino, para matarme al revolver de una esquina; y que era hombre, capaz de abrirme como á un cochino, antes de que le pudieran prender, si no se echaba tierra al negocio. Por tanto, he rogado encarecidamente tanto al señor Monilleron, como al señor Lousteau, que á menos que quisiesen

verme asesinar de veras, aparenten hacer las mas activas pesquisas, pero sin tocar al verdadero asesino, en modo alguno.

=Yo espero Max, dijo Flora, que al menos, durante algun tiempo, cesarás de corretear por las noches.

En fin, lo principal es que nos háyamos desembarazádo de esos demonios de parisienses: á buen seguro, que el que me dió la puñalada no soñaba en el servicio que me hacia.

Al dia siguiente, esceptuando unas cuantas personas sensatas y morigeradas, que pensaban como el señor Hochon y su esposa, la huida de los parisienses, se celebraba en todo Issodun, como si fuera una victoria del pueblo sobre París; nadie pensaba ni soñaba, en que solo era debida á una fatal equivocacion; y aún algunos amigos de Max, hablaron de José, en términos muy poco favorables.

=Esos animales de parisienses, decia uno, se imaginaban que somos acá algunos tontos; y que no tienen sino presentar la mano, para que les lluevan herencias!

=Ya se vé, respondia otro; pero lo cierto es que vinieron por lana; y se vuelven trasquilados. Y á fé que el dichoso sobrino, no ha gustado nada al tio.

=Ola? añadió otro: pues es que han de saber W. que tenian por consejero, nada menos que á un procurador de París.

=¡Ya! ¿con que habian formado su plan?

=Por supuesto: el de apoderarse del viejo Rouget; pero amigos se engañaron miserablemente; me alegro, porque no creo que los de París, tengan muchos motivos para burlarse de nosotros los Berrichones. (a)

=¿Saben W. que esas gentes son abominables?

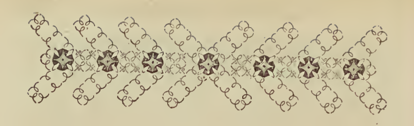
=Pues todos los de París, son lo mismo.

=La Cangrejera, ha tenido que sostener un furioso ataque: pero por vida mia, que se ha defendido bastante.

=Ha hecho muy bien.

(a) Habitantes ó naturales del Berry.





II.

Felipe en Issodun.

Fácilmente podrá imaginar el lector, la satisfaccion, con que Agata y José, se volvieron á ver en su cuartito en París, despues de haber hecho una espedicion tan desgraciada. El artista, durante el viage, volvió á recobrar toda su alegría, que habia turbado algun tanto, las veinte horas de incomunicacion, y la escena que precedió á su arresto: pero en vano procuró distraer á su madre. Esta tuvo tanto menor motivo de sobreponerse al sufrimiento que habia esperimentado, cuanto que la cámara de los pares, habia empezado á ver la causa de la conspiracion militar, y que en ella, la conducta de Felipe á pesar de la

habilidad de su abogado, á quien recomendó el prudente y sagaz Desroches, escitaba sospechas muy poco favorables á su honor y carácter. José se tuvo por muy dichoso en ir á Presles, durante este negocio: y asi no perdió un momento, en salir de París á los pocos dias de su llegada, despues de haber puesto al corriente á Desroches, y se llevó consigo á Leon de Lora, á quien Schinner llamaba Mistigris.

Veinte dias consecutivos, ocupó á la cámara de los Pares aquella causa criminal; siendo inútil que nos ocupemos de su resultado: puesto que este pertenece á la historia contemporánea. Lo único que nos interesa y debemos saber, es que Felipe, ya sea que hubiese hecho un papel convenido en aquella revolucion, ó bien que fuese uno de los que revelaron sus ramificaciones, lo cierto es que fué puesto en libertad, sin otro castigo que el de quedar cinco años, bajo la vigilancia de la policía, y de salir inmediatamente de París para Autun, pueblo á que fué destinado por el superintendente general del ramo para fijar en él su residencia durante aquel tiempo. Este castigo no era ni mas ni menos, que un arresto, bajo palabra de honor, como cuando se señala á un prisionero la ciudad por cárcel.

Luego que Desroches supo que era para el conde de Serizy, ministro de Estado, para quien José iba á trabajar, solicitó una audiencia y habiéndola obtenido, halló á S. E. altamente pre-

venido en favor de José, á quien habia conocido por casualidad. Desroches se aprovechó de tan buena coyuntura para esplicar al ministro, la posicion en que se hallaban los hermanos con respecto á la herencia, y recordó los servicios prestados por su padre, de los que ningun caso se habia hecho cuando la restauracion.

=Tales injusticias señor, prosiguió el procurador, no pueden menos de ser causas permanentes de irritacion y de descontento. V. E. conoció al padre y debe poner á los hijos en estado de hacer fortuna.

En seguida esplicó en pocas palabras, el estado de las cosas en Issodun y solicitó del poderoso vice-presidente del consejo de Estado, que hablase al superintendente de policía, á fin de que variase la residencia de Felipe á Issodun en lugar de Autun. En fin, llamó la atencion del ministro, hacia la horrible miseria de Felipe que se habia visto precisado á solicitar del ministro de la guerra, una pension de sesenta pesetas mensuales, que el ministro aunque no fuera sino por pudor no podia rehusar á un antiguo teniente coronel.

=Todo cuanto me pida V. se lo prometo, contestó el ministro, porque todo me parece justo.

Tres dias despues, Desroches, obtuvo las órdenes necesarias; fué á la prision de los Pares, sacó á Felipe y se lo llevó á su casa. Luego que estuvieron en ella, el jóven procurador echó al desmoralizado, soldado uno de aquellos sermones que no tienen réplica, en los cuales los hombres

de negocios dan á cada cosa su nombre, y emplean términos crudos para analizar la conducta y en los que hacen por decirlo asi, la anatomía de los sentimientos de sus litigantes cuando toman en ellos bastante interés para echarles un sermon. Despues de haber motejado al ayudante de Napoleon, su disipacion insensata, las desgracias de su madre, y la muerte de la anciana Descoings, le contó todo lo que pasaba en Issodun, con la mayor claridad y esactitud y le esplicó como si lo leyera, el carácter de Max y de la Cangrejera.

Dotado de una comprension muy clara, en estas materias, el soldado escuchó con mucho mas interés la segunda parte del sermon que la primera.

=Con que ahora que está V. enterado, continuó Desroches, es inútil decirle que tiene en su mano el reparar todos los daños que hasta aquí ha hecho á su familia, y volver la vida á esa pobre muger, que está para perderla por culpa de V.

=Sí; ¿pero dígame V. como? preguntó Felipe.

=Muy facilmente; en primer lugar he conseguido, que señalen á Issodun para la residencia de V.

Al oir estas palabras, la cara de Felipe, que las enfermedades, la miseria, los sufrimientos y las privaciones, habian enflaquecido de un modo espantoso y casi siniestro, se iluminó de repente y brilló de alegria.

=Si señor, prosiguió Desroches, V. solo puede salvar y asegurarse la herencia de su tio Rouget, que quizás á estas horas, está casi tragada por ese lobo hambriento que llaman Gilet. Ya está V. al corriente de todos los detalles; por tanto, á V. le toca ahora obrar: no necesito trazarle á V. un plan, ni tampoco creo que sea posible hacerlo, tanto porque carezco de mas ecsactos conocimientos, cuanto por que cualquier cálculo que hiciéramos habria de modificarse en el terreno mismo. Pero no se disimule V. que se las tiene que haber con un terrible adversario, que tiene ademas una astucia á toda prueba; no hay sino ver el medio de que se valió para volver á cojer los cuadros que su tio dió á José y la audacia con que quiso achacarle un crímen, para conocer que es capaz de todo. Por tanto, procure V. ser prudente y cuerdo, ya que no por temperamento, al menos por cálculo. Sin decir nada á José, cuyo orgullo de artista, se hubiera sublevado contra esta medida, he enviado los cuadros al tio, rogándole no los entregue á nadie sino á V. En fin, cuente V. con que Max es valiente y....

=Tanto mejor, contestó Felipe; precisamente es eso lo que yo mas necesito.

=En hora buena; pero no olvide V. á su madre, que le quiere entrañablemente, y piense V. tambien en su hermano que es para V. una vaca de leche....

=Yá; ¿con que le ha hablado á usted

de esas sandeces? esclamó Felipe......

=Vamos, vamos, señor Felipe; ya sabe V. que yó soy el amigo de casa, que todo lo sé; y sobre todo, con respecto á V. sé mucho mas que ellos.

=¿Sí? vamos á ver. ¿y que es lo que V. sabe?

=¿Que sé? nada mas, sino que ha sido V. bastante.... en fin, que ha vendido V. á sus camaradas de la conspiracion.

=¡Como! que es lo que V. dice? Yo, ayudante del Emperador? ¡que disparate! V. es un pobre hombre: sepa V. que hemos engañado á la cámara de los Pares; á la justicia; al gobierno y á todo el mundo: si señor, todos se han quedado en ayunas....

=Corriente, me alegro que así sea: ademas, que no comprendo como es V. tan falto de juicio que crea que los Borbones puedan ser derribados. ¿No vé V. que están y estarán siempre sostenido por la Europa entera?.... En lo que V. debe pensar, es en hacer las paces con el ministro de la guerra. Pero en esta parte, estoy sin inquietud y bien seguro de que las hará V. tan luego como se vea rico: para esto no necesita V. mas que apoderarse de su tio y será rico y su hermano tambien: y en fin, si V. quiere salir triunfante en un negocio que ecsige tanta habilidad, tanta prudencia y discrecion, crea V. que tiene en que ocuparse, lo menos por cinco años.

=Pues no pienso yo así, dijo Felipe: al contrario, es preciso tomar la plaza por asalto: porque

si me duermo, ese señor Gilet, podrá hacer no pocas variaciones en la fortuna de mi tio; y aun quizás ponerla toda á nombre de esa muchacha: y entonces *requiem...*

=Lo principal y mas acertado, será que tome V. y siga al pié de la letra los consejos del señor Hochon, que sin duda alguna, es hombre de seso. Conque hemos concluido: tiene V. su asiento tomado en la diligencia de Orleans; su equipage, está ya en el despacho, y debe V. salir á las siete y media en punto, por tanto vamos á comer.

=Vamos allá; nada poseo en el mundo, sino lo puesto, dijo Felipe, desabrochando su sucia levita; pero no importa, lo único sin lo que no puedo pasarme, es de mi sable, mi espada y mis pistolas: con que ruego á V. que encargue á Girondeau el tio de mi amigo Tinot, que me las mande inmediatamente.

=Pues creo, que necesita V. muchas cosas mas, contestó el procurador mirando con horror á su cliente. Pero vá V. á recibir un adelanto de tres meses, para que pueda vestirse con decencia.

=Ola! eres tú, Godeschal? esclamó Felipe, reconociendo en el principal dependiente de Desroches al hermano de Marieta.

=Sí, hace ya dos meses que estoy con el señor Desroches:

=Y espero, dijo este, que continuará conmigo, hasta que se haya recibido.

=¿Y que es de Marieta? preguntó Felipe, conmovido por antiguos recuerdos.

=Está esperando á que empiece el nuevo teatro, contestó el hermano.

=¿Que poco le costaría á ella, el hacer que me levantasen el destierro?, añadió Felipe... pero que haga como guste.

Despues de la muy frugal comida, que Desroches ofreció á Felipe, el procurador y su dependiente, que comia con él, condujeron al condenado político á la diligencia, le vieron embarcarse en ella, le desearon un buen viage y se retiraron.

El 2 de noviembre, dia de los difuntos, Felipe Bridó, se presentó en casa del comisario de policia de Issodun, á fin de refrendar su hoja de ruta, y ponerse á su disposicion: en seguida recibió de aquel funcionario su boleta de alojamiento y se fué á la calle de L' Avanier. En un momento, la noticia de que habia llegado á Issodun, uno de los oficiales desterrados á consecuencia de la conspiracion militar, recorrió toda la ciudad y causó tanta mayor sensacion, cuanto que se supo al mismo tiempo, que este oficial era el hermano del pintor, tan injustamente acusado del asesinato de Max. Este, enteramente repuesto ya de su herida, habia terminado del todo la grande y dificil operacion de realizar todas las rentas de Rouget, y de comprar con aquella inmensa suma, una inscripcion en el gran libro. El empréstito que Rouget habia

hecho de quinientos y tantos mil reales sobre sus bienes raices, causó una viva impresion en todo Issodun, porque en las pequeñas ciudades, nada se puede tener oculto. Por interés de los Bridó, el señor Hochon, se dirigió á Hiron el notario, á fin de saber algo de cierto en el particular.

Este le respondió:=si el viejo Rouget, varía de modo de pensar, sus herederos me deberán un buen regalo á fé mia: á no ser por mí, ese imbécil hubiera puesto los doscientos mil reales de renta, en cabeza del señor Max. Yo he hecho concebir á Flora Brazier, que debia contentarse con el testamento, pues de no hacerlo se esponia á que los herederos legítimos la pusieran un pleito que degeneraria en una causa criminal, contra ella y contra Max; puesto que nada les seria mas fácil, que el sacar pruebas contra ellos de la misma precipitacion con que se habian hecho todas las transacciones clandestinas, necesarias para la realizacion de los fondos. Y á fin de ganar tiempo he aconsejado tanto á la Cangrejera como á Max, que vieran de aplacar la mordacidad, efectuando poco á poco las mudanzas que necesariamente deben operarse en el modo de vivir del viejo.

=Bien hecho amigo; bien; dijo el señor Hochon: V. está obrando como hombre honrado y de talento: continue V. en ser el abogado de los Bridó, que son pobres, y Dios le ayu-

dará. El ochenton, no podia perdonar á Max, las angustias que le habia hecho pasar, cuando por su causa, la turba amenazaba entrar en su casa, y probablemente saquearla.

Max y Flora, que se creian del todo seguros se echaron á reir, cuando supieron la llegada del segundo sobrino de Rouget. Sabian que á la primera cáusa de inquietud que les diese Felipe, no tenian, sino hacer firmar un poder al viejo, con el cual, en el acto, se podian transferir las rentas al uno ó al otro. Aun cuando se revocase el testamento, los doscientos mil reales de renta, eran un consuelo regular; sobre todo, habiendo hipotecado los bienes raices en una suma de seiscientos mil reales.

Al siguiente dia de su llegada, Felipe que queria que su tio le viese con su abominable trage, se presentó en su casa, á cosa de la diez. No es pues estraño, que cuando el escapado del hospital general, cuando el prisionero del Luxemburg, se dejó ver en la sala, Flora sintiese angustiársele el córazon á vista de un aspecto tan horrible. El mismo Max, sintió en toda su máquina, aquel *no se qué*, por el cual la naturaleza nos anuncia, ó una desgracia prócsima, ó un ódio irreconciliable.

El hecho es, que habia en la fisonomía de Felipe, cierta cosa siniestra, que aumentaba no poco, el estado de su vestido. Su vieja y raida levita azul, estaba abotonada hasta el cuello militarmente y por muy buenas razones; pero por lo mis-

mo, dejaba conocer lo que con tanto cuidado queria ocultar. El borde de sus pantalones, tan usado que parecian flecos, anunciaban una espantosa miseria: las botas dejaban por todas partes la señal de sus pasos, despidiendo el lodo, por entre las suelas que estaban descosidas. Tenia en la mano su sombrero el coronel, y de este modo se veia su pelo, sucio, espeso y mugriento. El baston de junco, sin contrera ni puño, estaba torcido por todas partes y en lugar de barniz parecia de color de lodo. Sobre un cuello militar de terciopelo, roto y raido, se veia su cabeza espantosa semejante á la que figura Lemaitre, en el último acto de *la vida de un jugador*: donde se representa un hombre vigoroso aun, pero agotado por los escesos de todas clases, con la tez lívida y verdosa de un cadáver. Tal era el aspecto de Felipe, que no contribuia á embellecer sus ojos, antes de un hermoso azul, pero que se habian vuelto frios como el acero.

=Buenos dias tio, dijo con voz ronca; yo soy Felipe el sobrino de V. Ya ve V. de que modo tratan los borbónes á un antiguo oficial de la vieja guardia imperial, á un teniente coronel, al mismo que en la batalla de Montereau, transmitia las ordenes del emperador. Pues aun no lo vé V. todo; si mi levita se abriese, me avergonzaria á causa de esa señorita. Pero que remedio, tales son las leyes del juego: quisimos volver á empezar la partida y la perdimos! con que quiere decir que he venido á habitar el pueblo de V. por

órden de la policía, con la brillante paga de doce duros al mes. Asi pues, estos ciudadanos no tendrán que temer que yo haga encarecer los víveres.... ¡Veo que está V. bien y hermosamente acompañado!....

—Ola! ¿con que tu eres mi sobrino? dijo Juan Santiago.

—Pero señor, convide V. á almorzar al señor coronel; esclamó Flora.

—No señora, gracias, respondió Felipe, ya he almorzado. Ademas que primero me cortaria la mano, que pedir un pedazo de pan, ni un ochavo á mi tio, despues de lo que pasó en este pueblo con mi madre y mi hermano: solo sí he creido que no seria decente ni pareceria bien, el que yo viviese en Issodun, sin venir á saludarle de cuando en cuando. Por lo demas, tio, continuó dirijiéndose á este y alargándole la mano que el anciano tomó, V. puede hacer cuanto guste, con tal que quede ileso el honor de los Bridó.

Durante toda esta conversacion, Max, pudo ecsaminar al antiguo teniente coronel, muy á su sabor, porque este evitaba con marcada afectacion hasta el mirarle. Hervíale la sangre en las venas á Gilet, al notar el evidente desprecio de Felipe; pero tenia demasiado interés, en conducirse con toda la prudencia de que hacen alarde los grandes políticos; prudencia que parece cobardía á los ojos de la ignorancia, para que se dejase arrastrar del primer ímpetu de su carácter como si fuera un chiquillo: asi fué que per-

maneció, indiferente y conservó toda su calma.

═Pero V. conoce caballero, observó Flora, que no podria menos de parecer ridículo, por no decir otra cosa, que V. se sugetase á vivir con doce duros mensuales, al lado de un tio, que tiene ocho mil de renta, y que se ha portado generosamente con el comandante Gilet, que está presente.....

═Si, si, Felipe, dijo el viejo, será preciso que pensemos en eso....

Obligado por las palabras de Flora, Felipe no pudo menos de saludar ceremoniosamente á Max, que le contestó del mismo modo. Esta visita produjo en el alma de Flora y aun en la de Max, una impresion mucho mas grave y penosa, que la que produgera la primera vista del antiguo coronel. Tan luego como este, con el aire de un hombre desheredado, hubo cerrado estrepitosamente la puerta, Flora y Gilet, se ocultaron detras de las cortinas, para verlé atravesar la plaza y entrar en casa del señor Hochon.

═¡Que mónstruo! esclamó Flora mirando al mismo tiempo á Max.

═Efectivamente; contestó este: por desgracia habia algunos de esos, en el ejército del Emperador. Por mas señas, que yo hice que siete de ellos, fueran á cenar con Pluton, cuando estaba en los pontones de Cabrera.

═¡Por Dios Max! mira que no vayas á buscar quimera con ese hombre; yo te lo suplico, esclamó la Cangrejera.

=Oh! en cuanto á eso; contestó el comandante, es un perro sarnoso que quiere un hueso y si su tio tiene confianza en mi, bien pronto se verá libre de él, haciéndole un donativo cualesquiera.... Si, señor Rouget, continuó dirijiéndose al viejo, es preciso hacerlo, créame V; porque si no, tendria V. que renunciar á la tranquilidad y á la paz.

=¿Pero hombre no vistes como apestaba á tabaco? observó el anciano.

=Sí, sí; pero mas olia aun á los doblones de V., contestó Flora, en tono imperioso. Yo soy de parecer que no debe V. recibirle en su casa.....

=Seguramente, dijo Rouget, está claro que no debo recibirle.....

=Señor, dijo Margarita, entrando en la sala en la que toda la familia de Hochon se hallaba reunida despues del almuerzo: he aquí ese Bridó de quien hablaban W.

=Felipe, entró cortesmente, en medio del profundo silencio, que la curiosidad, impuso á todos.

La señora Hochon, al ver al autor de todos los tormentos de Agata y al asesino de los Descoings, se estremeció de piés á cabeza. Adolfina tambien se asustó; Francisco y Baruch, se miraron recíprocamente con sorpresa. Solo el viejo, conservó su serenidad, y ofreció una silla al coronel.

=Vengo caballero, dijo Felipe, á recomendar-

me yo mismo á V.: porque habiendo de vivir cinco años en este pais, con doce duros al mes que generosamente dá la Francia, á un hombre cubierto de cicatrices, de las heridas recibidas en su defensa en el campo del honor, ya comprenderá V. que es preciso tome mis medidas á fin de poder siquiera ir pasando.

=Pues ya se vé: respondió el octojenario.

Felipe continuó hablando de cosas indiferentes, sin cortedad ni ridiculez. Hizo mencion de Lousteau, á quien conocia perfectamente, como de un Séneca y se adquirió el favor de la vieja Hochon, asegurándola que su pariente, no podia menos de inmortalizar su nombre. En seguida, con la mayor franqueza (arma que siempre produce su efecto) convino en las muchas faltas de su vida: y como la señora Hochon, le echase en cara, en voz baja y en tono amistoso, algunos de sus pecados, contestó humildemente, que durante el tiempo que habia pasado en la prision de Estado, habia hecho muchas y profundas reflecsiones, de cuyo resultado esperaba que el resto de su vida seria muy otro del que habia sido hasta allí.

En seguida rogó al viejo que le concediese cinco minutos de audiencia particular y habiendo condescendido este, salieron juntos de casa. Luego que hubieron llegado al Baluarte Baron, á un parage, en el que no podian ser oidos de nadie, el soldado dijo al anciano:

=Señor, si V. quiere creerme, nunca trataremos de negocios, sino cuando nos hallemos como ahora en el campo y sin testigos. Sé por el señor Desroches, toda la influencia que tienen las comadres en todos los pueblos en general, y en particular en este. Por otra parte, no quiero que nadie sospeche que V. me ayuda con sus consejos, apesar de que mi procurador me ha dicho que se los pida, y yo le ruego á V. encarecidamente me los conceda con profusion. Conozco que tenemos al frente un enemigo poderoso y temible, y conozco tambien que no debemos pasar por alto la mas mínima circunstancia para destruirlo. Por primera medida y se lo digo á V. para que no se ofenda pienso no volver por mucho tiempo á su casa de V. Esto me parece indispensable; porque notando las gentes alguna frialdad entre nosotros, no le achacarán á V. ninguno de mis pasos; siempre que tenga necesidad de consultar á V. pasaré á las nueve y media, en el momento que V. acaba de almorzar, por delante de sus ventanas. Si V. vé que llevo el baston á guisa de fusil, esto querrá decir que es indispensable que nos veamos en algun paseo solitario que V. me indicará, donde nos reuniremos como por casualidad.

=Todo eso me parece cuerdo y digno de un hombre prudente que está determinado á salirse con la suya, contestó el anciano.

=¿Y qué, duda V. que me saldré con ella? pues esté V. bien seguro que lo haré. Ante to-

do, dígame V. que oficiales hay aquí del viejo ejército que no sean del partido de Max.

=Hay, contestó Hochon, en primer lugar un capitan de artillería de la guardia, llamado Miñonet: es hombre de cuarenta años; discípulo del colejio politécnico; de severas costumbres y que vive modestamente: su honor es intachable y se ha declarado abiertamente contra Max, cuya conducta, le parece indigna de un buen militar.

=¡Bravo! ese me conviene mucho, dijo el soldado.

=Con efecto no hay muchos militares de esa especie, continuó el señor Hochon, porque yo no veo mas que otro antiguo capitan de caballería.....

=Ah! esa es el arma en que yo serví, dijo Felipe, ¿sabe V. si estaba en la guardia?

=Sí, contestó Hochon; Carpentier en 1810 era sargento brigada, en dragones: dejó el cuerpo para entrar de alférez en un regimiento de línea y en él ascendió á capitan.

=Sin duda que Girondeau le conoce, dijo Felipe.

=Pues como iba diciendo, contestó el anciano, este Carpentier tomó el empleillo que habia despreciado Max, y es muy amigo de Miñonet.

=¿Y en qué le parece á V. que puedo yo ganar mi vida en este pueblo? preguntó Felipe.

=Creo que se vá á establecer una sociedad

de seguros mútuos; y en sus oficinas es probable que pueda V. hallar colocacion, pero los emolumentos nunca pasarán de doscientos reales mensuales.

=No importa; eso me bastará.

Al cabo de unos dias, Felipe, salió con una levita, un pantalon y un chaleco nuevo de buen paño, comprados á crédito, á pagar un tanto al més; tambien se compró, botas, sombrero y guantes nuevos. Poco despues, Girondeau le mandó de París, sus armas, ropa blanca, y una carta para Carpentier, que habia servido á las órdenes del antiguo capitan de dragones. Esta sola carta, adquirió á Felipe toda la amistad de Carpentier, quien le presentó en todas partes como un hombre del mayor mérito, y del mejor carácter y en particular al comandante Miñonet. Felipe supo captarse enteramente la admiracion de ambos oficiales, haciéndoles algunas confianzas y participándoles ciertas particularidades de la conspiracion militar, que fué la última tentativa del viejo ejército contra los borbones; pues la de los sargentos de la Rochelle, tenia otros motivos y un color politico enteramente distinto.

Desde 1823 desengañados los militares por el resultado de la conspiracion del 19 de agosto de 820 por las tentativas de Berton y Caron, se decidieron aunque con mucho sentimiento, á esperar del tiempo el cumplimiento de sus deseos. Esta última conspiracion, fué la misma que la del 19 de agosto, sino que contaba con mejores

elementos; y como en la anterior, sus ramificaciones quedaron del todo ignoradas del gobierno. Descubiertos de nuevo, tuvieron los conspiradores bastante talento, para reducir su vasto plan á los mezquinos límites de un cuartel. Tuvo su orígen en el norte de Francia, y se hallaban comprometidos en ella, porcion de regimientos de infanteria y caballeria. Tratábase de apoderarse en un mismo dia de todas, ó la mayor parte de las plazas fuertes de las fronteras del norte. Los tratados de la santa alianza, se hubieran hecho nulos, separando de ella á la Bélgica, á favor de un pacto que hicieran entre sí un gran número de cuerpos militares de ambos estados. Esta súbita tormenta, hubiera tragado nada menos que dos tronos legítimos. Pero luego que se hubo descubierto, en lugar de un plan formidable concebido por fuertes y bien organizadas cabezas y en el que entraban un gran número de ilustres personages, el tribunal de los Pares, no halló datos, ni pudo ver sino un detalle mezquino é insignificante. Felipe Bridó, fué uno de los que se comprometieron á ponerse en lugar de aquellos gefes ocultos, que desaparecian, cuando la conspiracion abortaba; porque muchos de ellos tenian su asiento en la misma cámara de los Pares, y no debian presentarse á cara descubierta, sino en el caso último y despues que la conjuracion triunfase. Fuera pisar les límites que pertenecen á la historia, y hacer una digresion demasiado larga, el tratar de desarrollar el plan

que despues de 1820 se supo por confesion de los mismos liberales, en toda su profundidad y con todas sus ramificaciones del cual aun los iniciados inferiores no tenian conocimiento. Esto supuesto, facilmente se comprenderá el papel que representó Felípe: para ocupar y llamar la atencion del gobierno, en el centro de sus acciones, el antiguo ayudante del Emperador, debia efectuar un movimiento en el mismo París; dando tiempo con él, á que la conspiracion madurase en su verdadero foco, que como hemos dicho estaba en el norte de Francia. Cuando abortó, Felipe fué el encargado de hacer falsas ó al menos incompletas revelaciones, que solo comprometian intereses y secretos de un órden secundario. Este papel, convenia perfectamente, á la situacion precaria de un jugador sin principios. Cuando Felipe se vió en gran parte dueño de los secretos de dos partidos, supo tan bien jugar á dos palos, que adquirió la confianza del gobierno realista y al mismo tiempo, se mantuvo en la de los hombres influyentes de su partido, reservándose adherirse mas adelante á aquel que le prometiese mayores ventajas.

Las revelaciones, que como hemos dicho, hizo á Carpentier y Miñonet, acerca de la verdadera conspiracion, y de la precipitacion de algunos de sus jueces, hicieron que aquellos dos hombres sencillos le considerasen como un personage de la mayor distincion. Supo presentarse á ellos, como una víctima, y al mismo tiempo como un

profundo político, digno de los hermosos dias de la *Convencion*. De este modo, el soldado desmoralizado y sin honor, se adquirió en muy pocos dias toda la amistad de dos hombres que gozaban en Issodun de la mayor consideracion, la que en breve participaron con él. Por su medio, obtuvo sin dificultad, el empleo que le habia indicado el anciano Hochon en la oficina de seguros mútuos; todo su trabajo consistia, en llenar con nombres y números, las pólizas ya impresas, enviarlas por el correo y llevar los registros de la compañía; de suerte que todo ello, apenas le ocupaba tres horas al dia. Tambien fué presentado por Carpentier y Miñonet en su círculo ó sociedad; y en él la reputacion de gefe de una conspiracion tan inmensa, juntamente con sus modales fieros y aire de importancia, le merecieron aquel respeto que el mundo está siempre dispuesto á conceder al que lo ecsige con imperio, por mas indigno que de él sea. Durante el tiempo que pasara en su prision, habia reflecsionado profundamente, acerca de los inconvenientes que trae consigo una vida desordenada; y estaba decidido á variar de método. Toda su conducta en la nueva residencia era doble y profundamente meditada: y no necesitaba del sermon que le habia echado Desroches, cuando se separó de él en París, para conocer cuan necesario le era reconciliarse la estimacion y el aprecio de los ciudadanos de Issodun, por medio de una conducta morijerada y decente. Quiso hacer la

sátira de Max, conduciéndose como Miñonet, y ademas adormecer las sospechas de aquel y de Flora ocultándoles su verdadero carácter. Tan profundo en su machiavelismo, que parecia un hombre generoso, franco y sin trastienda, en tanto que no pensaba sino en apoderarse de los bienes de su tio; mientras que su pobre madre y hermano, que realmente eran el mismo desinteres, pasaban por gentes que no tenian otro Dios que el del dinero. La avaricia y ambicion del soldado, se habia despertado y hecho prodijiosos progresos, con el detalle que el señor Hochon le habia hecho de la fortuna inmensa de su tio. En la primera conversacion confidencial que tuvo con él, ambos convinieron en que era indispensable adormecer las sospechas de Max, por que todo se perderia si este y la Cangrejera, se llevaban á Rouget á Bourges, lo que no dejarian de hacer inmediatamente que llegasen á tener la mas ligera idea de las intenciones de Felipe.

Un dia de cada semana, comia Felipe con Miñonet, otro con Carpentier; y los juéves con el señor Hochon. Al cabo de algun tiempo, le convidaron tambien en otras dos ó tres casas, y de este modo, bien pronto, no tuvo que costear sino su almuerzo. En ninguna parte hablaba ni de su tio, ni de la Cangrejera, ni de Max, á menos que se tratase de alguna circunstancia, que tuviese relacion con su madre y hermano durante su residencia en aquella ciudad. En fin,

los tres oficiales (que todos tenian la cruz de la legion de honor, con la diferencia que Felipè era oficial de la misma y de consiguiente, indisputablemente superior) se paseaban juntos antes de comer, y hacian como suele decirse, bando á parte. Aquel decoro, aquella tranquilidad, produjeron el mas escelente efecto en Issodun.

Despues de haber obtenido su empleo, Felipe que ya conocia todos los cuentos y chismes del pueblo, puso su entero conato, en ocultar alguna de sus acciones; al efecto, se fué á alojar á un caseron muy grande que estaba en la estremidad del arrabal de san Paterne y tenia un inmenso jardin. Allí, pudo dedicarse en secreto á la esgrima, con Carpentier, que habia sido maestro de armas de un regimiento de infantería de línea, antes que pasase á dragones de la guardia, y sin que nadie lo pudiese sospechar, llegó á saber tanto como su maestro.

Cuando por casualidad, se encontraba Felipe con Gilet, esperaba á que este le saludase y le contestaba con indiferencia, tocando el borde de su sombrero, como contesta un coronel al saludo de un soldado. Max, no dejaba escapar ninguna señal de descontento, ni se manifestaba resentido en lo mas mínimo. Jamás se le escapó una sola palabra que hiciera relacion á esto, en casa de la Lagarta, donde se cenaba algunas noches; aunque desde la puñalada de Feria se habian suspendido provisionalmente los chascos acos-

tumbrados de la órden de la Holgazanería. Al cabo de algun tiempo, el desprecio del teniente coronel Bridó, para con el capitan Gilet, fué un hecho conocido é indisputable en todo el pueblo, y algunos caballeros de la órden que no eran tan amigos de Max, como Francisco, Baruch y otros, hablaron de él de un modo poco favorable. Todo el mundo estaba aturdido, y nadie podia concebir como Max, tan ardiente, tan violento y fogoso, fuese capaz de conducirse con tan cobarde reserva. No obstante esto, no habia nadie en Issodun, ni aun los capitanes Potel y Renard, que se atreviesen á tratar de un punto tan delicado con Max. Potel que sentia sinceramente, aquella pública mala inteligencia que reinaba entre dos valientes, decia en todas partes, que sin duda Max, se ocupaba de algun plan que tarde ó temprano acabaria por envolver á Felipe en una red, de la que no pudiera libertarse. Segun él, no se podia menos de esperar alguna travesura que metiese ruido, sobre todo despues de lo que Max habia hecho para hacer huir de Issodun á José y á su madre. Todo el mundo sabia, que Feria era, el que habia dado la puñalada; y el señor Hochon, no dejó de esplicar á las gentes sensatas del pueblo el atroz ardid de Max, en achacar á José aquel premeditado asesinato. Por otra parte, el señor Monilleron héroe de uno de los chismes de la ciudad, habia dicho en confianza el nombre del asesino de Gilet, con la intencion de ver si podia ave-

riguar las causas que le movieron á aquella infame accion y para tener abierto al mismo tiempo los ojos de la justicia, sobre otros acontecimientos futuros.

Naturalmente, en todo el pueblo no se hablaba de otra cosa, sino de la situacion en que se hallaba Felipe con respecto á Max, y mientras las cabezas se perdian en congeturar lo que resultaria de todo aquello, todo el mundo decidió que el uno y el otro, eran enemigos irreconciliables. El teniente coronel, que brujuleaba por todas partes con el mayor esmero, y recogia cuidadosamente cuantos detalles podia obtener sobre el arresto de José, no perdonaba paso, á fin de llegar á un conocimiento perfecto, de los antecedentes de Max y de la Cangrejera; asi es que naturalmente contrajo relaciones íntimas con Feria. Despues que hubo estudiado á fondo á este, creyó que nada arriesgaba en confiarse á un hombre de su carácter. Ambos estaban tan unidos contra Max, que el español, no titubeó en ponerse enteramente á la disposicion de Felipe; y le contó cuanto sabia acerca de la conducta de los caballeros de la Holganza. El coronel, prometió á Feria, para en el caso que lograse ocupar con su tio, el lugar que hasta allí habia ocupado Max, vengarle completamente de este y indemnizarle de todas sus pérdidas. Con esto el español, se hizo faná-

tico admirador y amigo de Felipe.

Max, tenia pues que habérselas con un enemigo temible; y como se dice vulgarmente, habia encontrado á quien hablar. Todo el pueblo como hemos dicho, esperaba por momentos un combate entre estos dos adversarios que se despreciaban mutuamente.





III.

¿De quien será la herencia?

Capítulo digno de ser meditado por todo heredero.

Una mañana, á fines de noviembre, hácia la hora de las doce se encontró Felipe al señor Hochon en la alameda de Frapele y le dijo:

=¿Sabe V. que he descubierto que sus dos nietos Francisco y Baruch, son íntimos amigos de Max? ambos son miembros segun parece de esa sociedad de calaveras, que hace tantos años, no se ocupan si no de hacer burlas nocturnas. Fácil es de adivinar que Max, sabia por ellos, cuanto se decia en su casa de V., mientras mi madre y hermano estuvieron en ella.

=¿Y como lo ha sabido V? preguntó el anciano.

=¡Toma! oyéndoles hablar juntos con mis propios oidos, una noche que salian de la taberna de la Lagarta. Cada uno de los nietos de V. debe á Max seiscientos duros. Ese miserable ha encargado á ambos que traten por todos los medios posibles de saber lo que hablamos y cuales son nuestras intenciones. Les ha recordado que V. era el que habia concebido la idea de rodear de eclesiásticos á mi tio; y les ha asegurado, que nadie sino V. en todo Issodun, era capaz de dirigirme: por fortuna me tiene por un traga-balas y nada mas.

=¡Es posible, que mis nietos!....

=¡Si señor, sus nietos! contestó Felipe. Y sino, puede V. cerciorarse bien facilmente: no tiene V. sino hacer centinela una noche, y á eso de las tres, los verá volver de la taberna, borrachos como un tapon de vino de Champaña y acompañados del caballero Max.

=¡Vea V. por que, esos bribones, son tan parcos en casa! esclamó el anciano.

=¿Sabe V. quien me ha dado todos los detalles de su vida nocturna, que por cierto yo no hubiera adivinado jamás? pues es Feria; si hemos de juzgar por algunas palabras que les he podido oir, mi tio jíme bajo la mas horrible opresion. Parece que ecsigen algo de él; no se qué. Pero yo sospecho que el plan de Max y de la Cangrejera es de arrancarle sus diez mil duros de la renta que tiene en el gran libro y desaparecer en seguida para casarse en algun rincon y con-



solarse con esa espina de la pérdida del pescado. Por tanto, es interesantísimo el saber lo que pasa con mi tio, y no sé como hacerlo.

=Pensaremos en ello, dijo el anciano.

Con esto, el señor Hochon y Felipe se separaron, viendo venir algunas personas.

Jamás, en toda su vida, habia sido Juan Santiago tan desgraciado, como lo era desde la primera visita que le hizo su sobrino Felipe. Flora sin saber por qué, estaba asustada y fuera de sí, con un presentimiento de alguna desgracia que amenazaba á Max. Cansada de su amo, y temiendo que viviese demasiado, puesto que resistia á su criminal opresion, se decidió á irse á casar con Max á París, despues de haber obligado al primero, á que transfiriese en ella, la inscripcion de los doscientos mil reales que tenia sobre el gran libro. El viejo solteron, guiado, no por el interés de sus herederos, sino por su pasion por Flora, rehusaba cederle la inscripcion, pretestando que ninguna necesidad habia de ello, puesto que al fin ella habia de ser su heredera universal. El desgraciado no ignoraba hasta que punto la Cangrejera amaba á Max, y su corazon se angustiaba de dolor, en pensar que tan luego como fuese rica se casaria con Gilet y le abandonaria á él sin remedio.

Cuando Flora vió, que sus caricias producian el efecto contrario al que deseaba, se decidió á emplear un sistema de rigor: cesó de hablar á su amo, y le hacia servir por la Vedié, la cual

le halló un dia con los ojos inflamados por lo mucho que habia llorado durante la noche. Ya hacia mas de una semana que el pobre viejo almorzaba solo, y Dios sabe como, servido por los dos criados.

Al dia siguiente de la conversacion que hemos descrito entre el señor Hochon y Felipe, este juzgó indispensable hacer una visita á su tio, y no pudo menos de notar lo mucho que habia cambiado. Flora que se habia quedado con el anciano, le echaba unas miradas tan tiernas, le dirijia palabras tan afectuosas, y representaba en fin, tan bien su papel, que Felipe no pudo menos de conocer el peligro que corrian sus proyectos por la misma solicitud que se desplegaba en su presencia. Max, que por política evitaba toda ocasion de un rompimiento con el coronel no se presentó. Este, despues de haber considerado por algun tiempo á Rouget y á Flora con ojos perspicaces, juzgó indispensable dar un golpe decisivo. Por tanto se levantó como para irse y se despidió de su tio.

Este que conocia que debia á su presencia las atenciones de Flora, y que temia perderlas, mas que todo el mundo, esclamó:=¿Qué, ya te vas Felipe? no te vayas; quédate á comer con nosotros.

=No hay inconveniente, con tal que dé V. un paseo de una hora conmigo.

=¡Jesus! ¡un paseo! dijo Flora; V. se chancea señor Felipe: mi pobre amo, no está en esta-

do de hacerlo por desgracia; como que ni aun en coche ha podido salir hoy? Dijo esto, mirando al anciano de hito en hito, con aquella espresion fija y yerta, que acobarda hasta á los locos.

Felipe, tomó del brazo á Flora, la obligó á que le mirase y fijó en ella su vista con la misma espresion con que ella acababa de mirar á su tio.=Dígame V. niña la preguntó en seguida ¿me querrá V. decir, si no le es lícito á mi tio el pasearse conmigo?.....

=¿Por que no? caballero, respondió Flora asustada, y no pudiendo decir otra cosa.

=Pues vamos tio, dijo Felipe; vamos venga V.: dele V. su baston y su sombrero señorita, dijo á Flora.

=Pero, contestó esta, mi amo no acostumbra á salir sin mi. ¿No es verdad señor?

=Sí, sí; Felipe, siempre la necesito á mi lado; contestó este.

=Mejor seria salir en coche; observó Flora.

=Sí, sí; vamos en coche; quiero ir en coche; dijo con viveza el anciano deseando satisfacer los deseos de ambos.

=No tio, vendrá V. á pié y solo conmigo, insistió Felipe; ó no vuelvo á poner los pies en su casa de V.: porque si V. no lo hace, tendré por cierto lo que se dice en todo Issodun: de que está V. bajo el dominio de la señora Flora. En seguida, echando á Flora una mirada imponente la dijo: que la ame á V. mi tio,

está bien; que V. no le quiera, es igualmente muy natural; pero que V. le haga desgraciado? eso no, voto al diablo! Cuando se quiere una herencia, es preciso ganarla. ¿Viene V. ó no, tio?

Entonces Felipe, vió por primera vez la agitacion cruel que esperimentaba su tio, cuyos ojos vagaban de Flora á su sobrino, y de este á aquella.

=Ah, ah! ¿esas tenemos? dijo el teniente coronel; pues tio quede V. con Dios. Beso á V. los pies señorita.

Al llegar á la puerta, se volvió de repente y sorprendió á Flora en el acto de hacer un gesto amenazador á su tio; se paró y dijo: tio, si V. quiere pasearse conmigo, esperaré á V. en su puerta; voy á hacer una visita de diez minutos al señor Hochon y vuelvo: y tenga V. entendido que si no admite mi invitacion, yo me encargaré de hacer saltar á algunas personas.

Con esto salió: atravesó la plaza de san Juan y entró en casa de Hochon.

Facilmente podrá imaginar el lector, la escena que la revelacion hecha por Felipe habia ocasionado á este anciano. A las nueve se presentó el señor Heron trayendo consigo una porcion de papeles, y halló la chimenea encendida por órden del anciano, cosa estraordinariamente rara. Su esposa estaba vestida ya aunque la hora era intempestiva, y sentada en su sillon acostumbrado en el rincon de la chimenea. Los dos nietos á quien Adolfina habia anunciado la víspera que

se preparaba una terrible tempestad contra ellos, estaban por órden de su abuelo, arrestados en su cuarto. Luego que hubo llegado el notario, los mandaron llamar con Margarita y al entrar no pudieron menos de sobrecogerse viendo aquella especie de aparato, que les anunciaba el desenlace, de la escena muda de frialdad y cólera, que sus parientes representaban desde el dia anterior.

=No se levante V. por ellos, dijo el octojenario al señor Heron! esos que tiene V. delante, son dos miserables indignos de perdon.

=¡Abuelo, perdon! dijo Francisco.

=Calle V.; contestó el anciano, con tono solemne; y sepa, que conozco sus aventuras nocturnas y la estrecha amistad que le une con Max Gilet. Pero estén W. seguros de que no volverán á unirse con él en casa de la Lagarta, á la una de la noche; porque no saldrán de aquí, ni uno ni otro, sino para encaminarse al destino á que quiero que vayan. ¿Conque, han arruinado W. á ese infeliz de Feria, eh? ¿conque han estado W. espuestos muchas veces á ir á una cárcel pública?..... ¡Callen W! añadió viendo que Baruch se disponia para hablar. ¡Ambos deben W. dinero al señor Mav, que se lo ha estado prestando hace mas de seis años, para sostener sus vicios! Pero, ante todo, escuchen W. lá cuenta de mi tutela, y despues hablaremos. Estos papeles darán á conocer á W. si deben burlarse de mí de mi familia y de mis leyes, haciendo traicion

á los secretos de mi casa, y repitiendo á *un Max*, lo que se hace y dice aquí... En resumidas cuentas ¡se han vendido W. y hecho sus espias, por seiscientos duros cada uno! ¿Quiere decir que por cinco ó seis mil duros, se harian W. tambien asesinos?... pero que digo ¿sin esta cantidad, no han contribuido W. á matar casi á la señora Bridó? Porque W. no ignoraban y Max sabia de cierto, que era Feria el que le habia dado la puñalada, mientras que fué bastante atroz para achacar el crímen á mi huésped José Bridó! Si señores ¿y quien fué la causa de que ese mónstruo de Max intentase tan espantoso crímen? ¿quien sino W. que le dijeron que Agata, pensaba en quedarse en Issodun? ¡Mis nietos, mis propios nietos los espías de semejante hombre! ¡Mis nietos, salteadores nocturnos!... Ignoraban W. que su digno gefe, cuando apenas salia de la infancia, mató á una infeliz muger? Sepan W. que yo no quiero, ni ladrones ni asesinos en mi familia; con que así hagan W. sus lios y vayan á que los ahorquen en otra parte.

Ambos jóvenes se quedaron pálidos é inmóviles como estátuas.

=Prosiga V. señor Heron, dijo el avaro al notario.

Este leyó en seguida circunstanciadamente, una cuenta de tutela, por la cual resultaba, que la fortuna líquida de los dos hijos de Borniche, se reducia á cinco mil duros, que era precisamen-

te la dote de su madre: pero el señor Hochon habia garantizado préstamos hechos á su hija de cantidades muy considerables; y de este modo bajo el nombre de los prestamistas era el dueño de una gran parte de la herencia de sus nietos. Con esto, la mitad que correspondia á Baruch no ascendia sino á cinco mil duros.

=Pues señor ¡ya estás rico! dijo el anciano, toma tu gran capital y anda con Dios. En cuanto á mi herencia y á la de mi muger, que en este momento piensa absolutamente como yo, la dejaré á quien me dé la gana; á nuestra querida Adolfina: sí, la casaremos con el hijo de un par de Francia, si queremos, puesto que tendrá todos nuestros capitales!....

=¡Y que son de peso! dijo el señor Heron.

=Bien; añadió la señora Hochon ¿pero el señor Max indemnizará á estos señores: ¿quien lo duda?

=Y luego dirán ahorre V. maravedises ¡para semejantes tunos! continuó el señor Hochon.

=¡Señor, perdon! esclamó Baruch.

=Pues; perdon señor que no lo volveré á hacer; repitió el anciano burlándose é imitando la voz de un niño. Si yo les perdonara á W., su primer cuidado seria el ir á decir á Max, lo que les está sucediendo, á fin de que tomase sus medidas..... no, no señoritos. Yo tengo medios seguros para saber como se conducen W. Como W. obren, obraré yó: y cuidado, que no será por su buena conducta, durante un dia ni un mes,

por la que podrán W. obtener mi perdon, sino por la de años y no pocos.... Yo tengo salud, vigor y robustez. Por tanto, espero vivir aun lo suficiente para saber el sendero por donde W. caminan. Para empezar, V. caballero capitalista vá á marchar inmediatamente á París, á fin de entrar en el escritorio del banquero Mongerod. ¡Mísero de V. sino anda derecho! yo le aseguro que le vijilarán de cerca. Los fondos de V. están ya colocados en la misma casa y aquí tiene V. una letra de una cantidad equivalente. Así pues, deme V. un recibo de mi cuenta de tutela y estamos en paz: diciendo esto, tomó la cuenta de manos del señor Heron y la presentó á Baruch. En cuanto á V. amigo Francisco, me debe dinero en lugar de tenerlo que recibir de mí, dijo el anciano mirando á su segundo nieto. Señor Heron, léale V. su cuenta, que creo está bastante clara.

Hízose la lectura, en medio del mayor silencio.

Luego que hubo concluido el notario, añadió el abuelo: V. señor Francisco Hochon, vá á marchar inmediatamente á Poitiers con dos mil cuatro cientos reales anuales para seguir allí la carrera de leyes. Yo le preparaba á V. un porvenir lisongero; pero ahora es preciso que se haga V. abogado para ganar su vida. ¡Vamos caballeritos! que bien se han burlado W. de mí, durante seis años! Sepan W. que yo no necesito sino de una hora para burlarme de W.,

yo tengo como aquel del cuento, botas de siete leguas.

En el momento de salir el notario con las cuentas firmadas, Margarita anunció al señor coronel Felipe Bridó. La señora Hochon, salió con sus dos nietos, que llevó á su cuarto, para confesarlos, segun ella decia, y saber el efecto que el sermon de su marido, habia producido en ellos.

Este y Felipe, se pusieron á hablar en voz baja, en el alfeizar de una ventana.

=He reflecsionado profundamente en los negocios de V., dijo el anciano, señalando con el dedo la casa de Rouget; y aun acabo de hablar en particular con el notario Heron. La inscripcion de los diez mil duros de renta, no puede ser vendida por otro que no sea el mismo dueño ó su representante por procuracion: ahora bien, desde que V. llegó á Issodun, su tio, no ha firmado acto ninguno en Issodun y no puede haberlo hecho en otra parte, puesto que no ha salido del pueblo. Si otorga un poder aquí, en el instante lo sabremos; y si lo hace en otra parte, lo sabremos tambien; porque le será preciso inscribirle en el registro de hipotecas, y el digno señor Heron, tiene medios seguros para saberlo en el acto. Con que nada hay que hacer por ahora; si el viejo sale de Issodun hágale V. seguir y sepa donde vá; yo me encargo de hallar el medio de saber lo que haya.

El poder no se ha dado: se están emplean-

do todos los medios imaginables para obligarle á que lo dé; pero yo espero impedirlo, y no se dará: dijo el soldado, viendo á su tio en la puerta de su casa, y enseñándoselo al señor Hochon, á quien esplicó en seguida muy sucintamente, el efecto que su visita habia tenido: efecto que si bien al pronto parecia pequeño, considerado con reflecsion, no era sino muy grande. Max me tiene miedo; pero no puede evitarme. Miñonet, me ha dicho, que todos los oficiales del viejo ejército, residentes en Issodun y sus cercanias, tienen la costumbre de reunirse anualmente y dar una comida en celebridad del adniversario del coronamiento del Emperador: esto debe verificarse dentro de dos dias; con que quiere decir, que para entonces Max y yo, nos veremos las caras.

=Sí, pero si el mismo primero de diciembre, puede agarrar el poder por la mañana, esté V. bien seguro de que marcha en posta para París, y por cierto que en lo que menos pensará será en la comida....

=Bueno; pues para que así no sea, no hay sino arrestar políticamente á mi tio: para esto tengo yo aquella mirada que hace temblar á los imbéciles. Y con efecto, Felipe hizo temblar al anciano Hochon, fijando en él una mirada de indescribible atrocidad.

=Si le permiten pasearse con V., continuó el anciano despues de algunos minutos, es porque Max habrá descubierto algun medio

de ganar la partida; no lo dude usted.

=No hay cuidado; replicó Felipe: tengo á Feria de centinela; y no es el solo. Ese español, me ha descubierto en las cercanias de Vatan, á uno de mis antiguos soldados, á quien yo hice algunos servicios. Sin que nadie lo sepa ni aun lo sospeche, ese soldado que se llama Benjamin Burdet, está á las órdenes del español, quien le ha cedido tambien uno de sus caballos.

=Si consigue V. matar á ese mónstruo, que ha pervertido á mis dos nietos, es bien seguro que hará V. una obra meritoria.

=Gracias á mí, contestó Felipe, ya se saben á esta hora en Issodun, todas las buenas acciones que Max ha hecho por las noches durante seis años; de suerte que los *dichos* como V. los llama, ó sean chismes, no cesan ni un minuto en todas las casas. En fin, ese hombre, está perdido moralmente....

En el momento que salió el coronel de casa de su tio, Flora corrió al cuarto de Max y le contó cuanto habia pasado, durante la visita de aquel audaz sobrino.=Con que dime asi querido, continuó, que te parece que hagamos.

=Antes de llegar al último estremo que será el de batirme con ese cadáver ambulante, respondió Max, conviene ver si podemos dar un gran golpe. Deja que nuestro imbécil vaya con su sobrino.

=Sí; pero ese bribon desorejado, contestó Flora, no se anda con rodeos y le hará ver las cosas, esactamente como son.

—Escúchame, la dijo Max, con un tono de voz imperioso ¿te parece que no he escuchado yo á las puertas y reflecsionado profundamente á cerca de nuestra posicion? Pide un caballo y un birlocho, al tio Lagarto; es preciso que te lo mande al instante; porque todo ha de estar preparado en cinco minutos. Pon dentro todos tus trapos, llévate contigo á la Vedié y vete lo mas pronto que puedas á Vatan. Busca allí un alojamiento y tómalo como si fuese para mucho tiempo: llévate tambien, los cuatro mil duros que tiene en el buró. Si yo te llevo al viejo á Vatan, por mas que diga y haga, no consientas tu en volver aquí hasta que haya firmado el poder. Si lo hace, como es de esperar, mientras que vosotros volveis á Issodun, yo tomo en posta el camino de París. ¿Mé entiendes? Cuando Rouget vuelva á casa, y no te encuentre en ella, querrá en seguida irte á buscar... Entonces, yo me encargo de hablarle.

Entre tanto que se tramaba esta conspiracion, Felipe salia con su tio, agarrado del brazo con él, y se fué á pasear al baluarte de Baron.

—Yá han empezado las hostilidades esos dos grandes políticos; dijo Hochon para sí, siguiendo con la vista al coronel. Ganas tengo de ver quien ganará esa partida, cuya apuesta es de nada menos que de diez y ocho mil duros de renta.

Despues de algun tiempo, Felipe cuyas espresiones se resentian no poco, de las personas de mala vida que frecuentaba en París, empezo la conversacion en estos términos.

=Tio, V. quiere endiabladamente á Flora; y vive Dios que tiene V. razon: porque es una muchacha capaz de hacerle á uno chupar los dedos. Ella por su parte, en lugar de mimarle á V. le trata como si fuera su criado; tampoco es esto muy estraño: ya se vé ¡como que lo que esa zorra quisiera, seria verle á V. en el hoyo, á fin de poder casarse al instante con Max á quien adora!....

=Por supuesto es así, Felipe; pero que quieres, con todo eso, no puedo dejar de amarla......

=Bueno, pues escúcheme V. Yo he jurado por las entrañas de mi madre, que es hermana de V. (esto no lo puede V. negar) he jurado hacer de modo que Flora se vuelva para V. mas suave que un guante.

=Ah! si tu fueras capaz de hacer eso! dijo el anciano.

=¡Como si soy capaz! esclamó Felipe cortando la palabra á su tio; nada mas fácil. Para eso no se necesita sino matar á Max como si fuera un perro..... pero.... pero... ha de ser con una condicion.

=¿Que condicion? dijo el imbécil mirando á su sobrino con un aire tonto.

=Simplemente; que no firme V. el poder que le piden, antes del tres de diciembre, nada mas. Ya vé V. que esto no es muy dificil, y con ello, asegura V. su felicidad. Esos dos entes quieren verse autorizados á vender la renta de diez mil duros que V. tiene, únicamente con el obje-

to de irse á París y casarse con los doscientos mil duros....

═Mucho me temo que así sea, respondió Rouget.

═¿Pues quien lo duda? continuó el coronel. Pues señor ¡que demonios! no consienta V. díganle lo que le dijeren, firmar el poder antes de la semana que viene.

═Ya se vé, dijo el simple ¡pero hombre, si cuando Flora me habla, me revuelve las entrañas y me hace perder el juicio! Mira, cuando me echa ciertas miradas, sus ojos azules se me figuran un cielo; y pierdo la cabeza; sobre todo, cuando hace algun tiempo que está reñida conmigo.

═Pues bien, consigue V. sus deseos, contentándose con prometerla el poder, pero avíseme V. la víspera de firmarle. Yo juro á brios que Max no le heredará á V. á menos que no me mate. Si soy yo quien le mato, me llevará V. á su casa, y ocuparé su lugar, y entonces yo haré que esa bonita moza, le obedezca á V. como si fuese un perrito de aguas. Esto es lo que yo queria decir á V. muy dequedito y al oido ¡vive Dios! ¡Hola señores! añadió encontrándose con Miñonet y Carpentier; ya ven W. estoy paseando á mi tio, y trato de darle lecciones de mundo; porque gracias al diablo vivimos en un siglo, en el que los nietos tienen que enseñar á vivir á los abuelos.

En esto todos se saludaron.

═En mi tio, ven W. señores, lo que puede

en un hombre una pasion desgraciada; continuó el coronel. Vean W. que aventajado está: pues no es esto solo; quieren despojarle de sus bienes y dejarle en seguida como un papanatas eh! ya saben W. quien quiero decir. Esta buena alma de mi tio, nada ignora, sino que no tiene la fuerza de pasarse sin su nená, ni siquiera tres ó cuatro dias.

En seguida Felipe, esplicó sin rodeos, la situacion en que se hallaba su tio; y cuando hubo concluido añadió:

=Ya ven W. señores que para dar libertad á mi tio, no hay sino un camino! es preciso que el coronel Bridó, mate al comandante Gilet, ó que este envieá los infiernos al coronel Bridó. Pasado mañana, celebramos el coronamiento de Napoleon: cuento con W. para que arreglen los sitios en la mesa, de modo que esté yó sentado en frente de Max; y de antemano les pido el honor de que sean mis padrinos.

=No tenga V. cuidado, contestó Miñonet. Le nombraremos á V. presidente y nos sentaremos á su lado: Max, como vice-presidente, se sentará en frente de V.

=Oh! ese pillo tambien tendrá á su lado, al comandante Potel, y al capitan Renard, dijo Carpentier: porque á pesar de cuanto se dice en el pueblo acerca de las espediciones nocturnas de Max, ambos han sido sus padrinos en otra ocasion y no le abandonarán en esta....

=¿Con que, ya vé V. tio, como se vá sazonan-

do este guisado? Así pues, cuidado con no firmar nada, hasta que haya pasado el 3 de diciembre; al otro dia, quedará V. libre, feliz; será V. querido de Flora y nada tendrá que temer de nadie.

═Mira Felipe, contestó su tio asustado, que tu no conoces á Max: ¿sabes que lleva ya muertos á nueve hombres en duelo?

═Será así, dijo el sobrino; pero entonces, no se trataba de robar veinte mil duros de renta.

═Con efecto, una mala conciencia, hace perder la fuerza al mejor puño, observó Miñonet, en tono doctoral.

═Le digo á V. tio, continuó Felipe, que dentro de muy pocos dias, V. y la Cangrejera, van á vivir juntos, como dos angelitos de azucar: algun tiempo será preciso dejarla, para que la pase el susto; porque ya vé V. que al principio, se enroscará como una culebra, ladrará, ahullará y llorará: pero.... nada, déjelo V. de mi cuenta.

Los dos militares, apoyaron cuanto decia Felipe; y procuraron animar á Rouget, con quien se pasearon cerca de dos horas. Al cabo de este tiempo, el sobrino le acompañó á su casa, y le dijo al despedirse:═cuidado con que tome V. ninguna determinacion sin mil mire V. que yo conozco las mugeres á fondo: como que he sostenido á una que en poco tiempo me ha hecho gastar mas dinero, que el que V. gastará con Flora en toda su vida. Pero al menos, he aprendido de ella el modo de conducirme con el bello secso, para todo el resto de mi vida. Las mugeres, son como

los niños mal criados: no hay otro remedio, sino hacerse temer de ellas; porque lo peor que nos puede suceder, es que lleven los calzones: y esté V. bien seguro, que en el momento que una muger empieza á gobernar, nos desprecia y aborrece.

Serian las dos de la tarde, cuando el pobre imbécil volvió á su casa: Kouski que le vino á abrir la puerta, estaba llorando; ó al menos parecia hacerlo segun las órdenes que le habia dado Max.

=¡Que hay; que ha sucedido? preguntó el anciano.

=¿Señor, que ha de haber! que la señorita se ha marchado con la Vedié.

=¡Marchado! ¡Dios mio!.... dijo Rouget, con voz ahogada y apenas inteligible.

El golpe que recibió fué tan violento, que el pobre valetudinario, tuvo que sentarse en uno de los escalones. Pero pocos momentos despues, animado por una fuerza sobrenatural, se levantó, miró en la sala, en la cocina, en su cuarto, en el de Flora, y despues sin haber hablado una palabra, volvió á la sala y cayó en un sillon, anegado en lágrimas.

=¿Donde está? ¿á donde ha ido? ¿donde está Max? empezó á gritar en seguida....

=Yo no lo sé, señor: el comandante ha salido sin decirme nada, contestó Konski.

Gilet, como un hábil político, juzgó que convenia irse á pasear por la ciudad. Dejando al

anciano por algun tiempo, entregado á su desesperacion, le hacia mejor sentir su abandono y le preparaba para recibir sus consejos con mas docilidad. Pero para impedir que Felipe, instigado por el diablo, no viniese á ayudar á su tio en la crísis, mandó á Kouski, que no abriese la puerta absolutamente á nadie. Bien conocia que aquel anciano sin su Flora, quedaba como un pájaro sin plumas que se ha caido del nido, y que su situacion era la mas crítica que pudiera darse.

Durante su paseo por la ciudad, muchas personas, se apartaban y evitaban hablar á Max de aquellos que la víspera se hubieran creido muy felices en ser admitidas en su sociedad. Se efectuaba evidentemente, una reaccion general con él. Todo el mundo se ocupaba de las hazañas de los caballeros de la Holganza: sobre todo, la historia del arresto y falsa acusacion del pintor José, deshonraban á Max completamente: cuya conducta de este modo, puesta en toda su evidencia, merecia la execracion de todos. Al fin, Max se halló con el comandante Potel, que le buscaba fuera de sí.

=¿Que tienes Potel? le preguntó.

=¡Que he de tener! contestó este; que todo el mundo se chancea y burla de la guardia imperial.... Esos miserables de paisanos, te despedazan; y por recobecho, me hieren á mí, hasta en el fondo del corazon.

=¿Pero de qué se quejan? preguntó Max.

=¿De que se han de quejar? de que sé yo,

que demonios de cosas que tú les hacias por las noches.

=¡Diablo! ¿habrase visto gente mas tonta? ¡como si no pudiera uno divertirse un poco!

=Sí, pero no es eso lo peor: dijo Potel.

Este era uno de aquellos oficiales, que respondieron á un Burgomaestre en Alemania cuando se quejaba de que le iban á quemar la ciudad. ¡Y qué! si se la quemamos á V. se le pagará!...

=¿Pues que mas hay? preguntó Max.

=¿Que mas? que la guardia, se ha declarado contra la guardia: y esto es lo que me despedaza el corazon: Bridó ha desencadenado contra tí á todos esos collones de paisanos. ¡Por vida de brios! ¡La guardia contra la guardia! esto es irresistible.... Mira Max, esto no puede parar asi, es preciso que te midas con Bridó. Mira ¿sabes lo que yo queria hacer? buscar una disputa, á ese demonio de hombre, y darle pasaporte para el otro mundo; porque de este modo, esos maldecidos de paisanos no hubieran visto á la guardia contra la guardia. Si estuviéramos en guerra, pase: allí, si dos valientes de la guardia, se disputan, se baten y amen: al menos no tienen canalla que les vea. Te digo que ese destornillado, no ha servido nunca en ese cuerpo; porque un hombre de la guardia, no debe conducirse así, delante de miserables ciudadanos, con otro compañero suyo. Vamos la guardia está deshonrada; y en Issodun donde tanto la respetaban!

=Mira Potel, amigo mio, contestó Max; no pases cuidado por nada; aun cuando no me vieses en la comida de pasado mañana, nada temas....

=¿Como? ¿que es lo que dices? ¿serias capaz de no ir pasado mañana á la fonda de Lacroix? esclamó Potel, interrumpiendo á su amigo: ¿Con que quieres pasar por un cobarde; y hacer creer que huyes de Bridó? No ¡por vida de dos mil millones de demonios! los granaderos á pié de la guardia, no han de huir de la caballería de la guardia. Mira, compon tus negocios como te acomode; pero ven allá....

=Vamos, con que es decir que no hay otro remedio sino de dar tambien pasaporte á ese... En fin, creo que podré arreglar mis negocios, y hallarme en la comida.=Dijo esto, porque reflecsionó, que el poder, no debia hacerse á nombre suyo; porque segun habia dicho el viejo Heron, el hacerlo asi, podria parecer un robo.

Aquel leon, envuelto en las redes de Felipe en vano sacudia con furor sus cadenas; evitaba las miradas de cuantos le encontraban y se volvió á su casa por el baluarte de Vilatte, hablando consigo mismo: si muero, pensaba, al menos esta inscripcion de renta no será para él, puesto que la habré hecho pasar á nombre de Flora. Segun mis instrucciones, esta irá derecha á París y allí podrá si quiere ca-

sarse con el hijo de algun par de Francia ó de algun general, que se halle algo apurado. Yo haré hacer el poder á nombre de Baruch, quien no le transferirá sino con mi órden.

Es preciso hacer á Max la justicia de decir, que jamás se mostraba mas tranquilo en apariencia, como cuando su sangre y sus ideas hervian. Por lo tanto, nunca hubo un militar que reuniera en mas alto grado las cualidades que constituyen un gran general. A no haber sido detenido en su carrera, por la prision que sufrió en los pontones, no hay duda, que el emperador hubiera hallado en él uno de aquellos caractéres privilegiados que tan útiles son para las grandes y arriesgadas empresas. Cuando entró en la sala, en la que aun estaba llorando la víctima de aquellas escenas cómicas, Max preguntó con tono de interés la causa de tanto dolor: finjia quedar muy asombrado cuando la supo: dijo que nada habia sospechado, y en fin, representó al natural la mayor sorpresa por la desaparicion de Flora; tambien hizo varias preguntas á Kouski con el objeto al parecer, de saber algo acerca del motivo de este viaje inesplicable.

Kouski, que hacia tambien perfectamente su papel, dijo que la señora le habia encargado digese al amo, qué habia tomado los cuatro mil duros en oro que estaban en su buró, suponiendo que no le rehusaria esta suma en pago de sus salarios de veinte y dos años.

=¡Sus salarios!... esclamó Rouget.

=Si señor, su salario; respondió Kouski; y decia tambien á la Vedié que no volveria mas; y esta le daba muy buenos consejos porque le quiere á V. mucho, señor. Pero ella contestaba que no; que de ningun modo volveria, porque V. ya la queria bien poco: y que era bien claro pues que habia V. permitido que su sobrino la tratase como á la mas baja y mas infame de todas las mugeres.... y vamos, señor; no puedo repetir todo lo que dijo: pues se deshacia en lágrimas la pobrecita.

=¡Jesus! Jesus! esclamaba el anciano; que me importa á mi Felipe, ni todos los Felipes del mundo! ¿Donde está? pero hombre, no podeis saber á donde ha ido? dijo dirijiéndose á Max que le observaba con la mayor atencion y que le contestó con la mayor frialdad.

=Señor Rouget, Felipe que es su consejero, podrá ayudar á V. ¿porque no le llama V?

=¿A quien, á Felipe? respondió el anciano ¿y que poder tiene Felipe con ella?... solo tu mi querido Max, puedes encontrarla: sí; tú la encontrarás ¿no es verdad? dime que me la volverás!

=Escuche V. contestó Max: no quisiera ponerme mal con el coronel Bridó.

=Pues hombre, sino es mas que eso, no tengas cuidado ¡si me ha prometido que te matará!

=¡Ya! contestó Gilet riéndose á carcajadas ¿se lo ha prometido á V? pues veremos....

=Mira Max, continuó el anciano, encuen-

trame á Flora y dila, que haré cuanto quiera.

=Vamos pues; es regular que no se haya ido por el aire, por lo que no faltará quien la haya visto; y á fé que no es desconocida en el pueblo: mira, continuó Max hablando con Kouski, sirve la comida, pónlo todo encima de la mesa, y vete en seguida á preguntar por todas partes, hasta que puedas traernos noticias ciertas antes de los postres.

Estas medidas calmaron en algun tanto al infeliz anciano que jemia y hacia pucheritos como un niño que ha perdido á su mamá. En aquel momento, Max, á quien Rouget aborrecia. con todo su corazon como la causa de todas sus desgracias, le parecia un ángel de luz. Las pasiones semejantes á la que el anciano sentia por Flora, tienen en sí una fuerza increible que solo se encuentra en la infancia. A las seis, el polaco que no habia hecho sino pasearse, volvió y dijo que algunas personas habian visto á Flora ir por el camino de Vatan.

=Es claro, dijo Kouski, la señorita vuelve á su pueblo.

=Quiere V. venir esta noche misma á Vatan? preguntó Max á Rouget: á la verdad, el camino es malo; pero nuestro Kouski, guia muy bien el landó; y estoy persuadido de que hará V. mejor las paces esta noche con Flora, que mañana por la mañana.

=Ahora mismo, ahora mismo! contestó Rouget.

=Mira, dijo Max á Kouski, engancha los ca-.

ballos al coche sin meter ruido; y procura que nada se sepa en el pueblo de todas esas tonterias, aunque no sea sino por respeto del señor Rouget. Oyes, añadió hablando al oido del polaco; pon la silla á mi caballo, yo iré delante.

En tanto que esto pasaba, el señor Hochon, habia hecho saber á Felipe la partida de Flora, y este en el momento, se levantó de la mesa (pues estaba comiendo con Miñonet) y corrió al socorro de su tio adivinando perfectamente el objeto de aquella hábil estratejia. Llamó, pues, á la puerta de su tio: pero Kouski le contestó por una ventana, que el señor Rouget, no podia ver á nadie en aquel momento.

Felipe llamó á Feria que se estaba paseando en la calle, y le dijo que fuese inmediatamente á buscar á Benjamin y le hiciese montar á caballo; puesto que era indispensable saber donde se dirijirian su tio y Max.

=Pues mira, si van á Vatan, búscame al punto otro caballo y vente con él y con Benjamin, á casa del señor Miñonet.

=¿Que piensa V. hacer? preguntó el señor Hochon que salió de su casa, cuando vió que Felipe y Feria hablaban juntos.

=El talento de un buen general, consiste mi querido amigo, contestó Felipe, no solamente en observar bien todo los movimientos del enemigo, sino en adivinar por ellos, cuales sean sus intenciones; modificando sus propios planes, con rapidez y acierto, á medida que el enemigo se

los trastorna con alguna marcha imprevista. ¿No comprende V. que si mi tio y Max salen juntos en el landó, es claro que van á Vatan, donde sin duda el primero ha prometido al otro reconciliarse con Flora que *fugit ad salices*? Ya sabe V. que esta maniobra es del general Virgilio. Si lo hacen así, no sé aun lo que haré: pero me quedarán muchas horas para pensar en ello; porque mi buen tio no firmará poder alguno á las diez de la noche. Ademas que todos los notarios, están acostados á esa hora. Pero si como me lo anuncia el piafar del segundo caballo, Max vá delante, para dar instrucciones á Flora, le aseguro á V. que es hombre perdido. V. verá de que modo jugamos los viejos soldados, al juego de las herencias, ¡ya verá V! Pero como para esta partida me es indispensable un compadre, me vuelvo á casa de Miñonet, á fin de entenderme allí con mi amigo Carpentier.

Diciendo esto apretó la mano al anciano Hochon, y se fué calle abajo á casa de Miñonet. Apenas habian pasado diez minutos, cuando Max salió al trote largo. Su curiosidad de viejo, estaba tan escitada que se quedó de pié delante de su ventana para ver salir el carruage; y en efecto tardó poco en ver realizadas sus sospechas. Era tal la impaciencia de Juan Santiago, que apenas dejó pasar diez minutos despues de la salida de Max, cuando echó tambien á andar. Kouski, sin duda, por órden de su amo, iba al paso; al menos por las calles lo hizo así.

=Si se van á París, todo se ha perdido dijo para sí el viejo Hochon.

En este momento, un chiquillo del arrabal de Roma, llegó á la puerta del señor Hochon con una carta para Baruch. Ambos nietos confusos y abochornados se habian arrestado ellos mismos desde por la mañana, y no habian salido de casa de su abuelo. Habian reflecsionado en su porvenir y conocian cuan necesario les era, estar bien con él. Baruch, no podia ignorar, la grande influencia que el señor Hochon ejercia sobre su abuelo y abuela Borniche: conocia que el primero no dejaria de hacer que los otros aventajáran á Adolfina en tercio y quinto; con solo hacerles ver que la conducta de su nieto, les ponia en el caso de cifrar todas sus esperanzas en el gran casamiento con que le habian amenazado aquella misma mañana. Baruch era mucho mas rico que Francisco, y por tanto tenia mucho mas que perder. Así se decidió á la mas ciega obediencia, sin otra condicion, que la de que se pagase la deuda á Max. En cuanto á su primo, cuya suerte dependia enteramente de la voluntad de su abuelo, puesto que léjos de poseer capital alguno, resultaba de la cuenta de tutela que leyó por la mañana, que era él quien debia al primero; era evidentemente aun mas necesaria su sumision. Ambos jóvenes hicieron las mas solemnes promesas á su abuela, quien por su parte les prometió que se pagaria lo que debian á Max.

=Muchas tonterias habeis hecho, les dijo; pero podeis reprararlas por medio de una conducta juiciosa; y si lo haceis, vuestro abuelo se apaciguará con el tiempo.

No es estraño, pues, que tan luego como Francisco hubo leido la carta por encima del hombro de Baruch, le dijese al oido:

=Pide á abuelo su parecer.

=Tome V., dijo Baruch á su abuelo presentándole la carta.

=Léemela, le contestó este, no tengo mis anteojos.

=«*Mi querido amigo*:

=«Cuento con que no titubearás, en prestarme un servicio de consideracion, en las circunstancias críticas en que me encuentro; es «decir que aceptarás el poder del señor Rouget. «Espero pues, que mañana á las nueve, estés «en Vatan. Es probable que te envie á «Parìs; pero no tengas cuidado; corren de mi «cuenta los gastos del viaje y pronto me tendrás á tu lado probablemente; porque estoy casi «seguro de tener que dejar á Issodun, el 3 de «Diciembre.

«Adios, cuento con tu amistad, como tú «puedes disponer de la de tu invariable amigo= MAX.

=¡Bendito sea Dios! esclamó el señor Hochon; la herencia del imbécil Rouget, se ha salvado de manos de esos demonios.

=Asi será, puesto que tú lo dices, observó

su muger: y doy gracias al Ser Supremo quien sin duda á oido mis ardientes ruegos. El triunfo de los malvados, es siempre pasagero.

=Irás á Vatan y aceptarás el poder del señor Rouget; dijo el anciano Hochon á su nieto: se trata de poner diez mil duros de renta á nombre de la señora Brazier. Partirás en seguida para París, pero te quedarás en Orleans hasta que recibas de mí un aviso. No digas á nadie del mundo, en donde te vas á alojar; y hazlo en la última posada del arrabal Banier, aunque sea una mala taberna de carreteros....

=¿Que quiere decir esto? esclamó Francisco que se habia puesto á la ventana, al oir el ruido de un coche en la calle: esto es cosa nueva. El señor Rouget y su sobrino Bridó, vuelven juntos en el landó, seguidos á caballo por el señor Carpentier y Benjamin.

=Voy, voy al punto; dijo el anciano á quien la curiosidad hizo olvidar todo lo demas.

Al entrar en el cuarto de Rouget, halló á este escribiendo una carta que le dictaba Felipe: y decia así:

Señorita:=«Si en el momento de recibir esta, «no vuelve V. á mi casa, quedaré tan convencido de su ingratitud hácia mi, que en el acto «revocaré el testamento que tengo hecho á su «favor, y lo haré de nuevo á nombre de mi so«brino Felipe. Creo inutil decir á V. que el se«ñor Gilet que se halla con V. en Vatan, no «puede ya, por este mismo hecho, volver á habi-

«tar en mi casa. Encargo al señor capitan Car-«pentier que entregue á V. la presente en mano «propia, y espero que escuche V. sus consejos; «porque serán los mismos que daria á V. su muy «afecto.—J. S. Rouget.

=El capitan Carpentier y yo, hemos encontrado á mi tio, que hacia el disparate de ir á Vatan, en busca de la señora Brazier y del comandante Gilet, dijo Felipe con la mas amarga ironia al señor Hochon: he creido de mi obligacion hacer entender á mi tio, continuó, que se iba el mismo á arrojar en la red que le habian tendido. Por que él solo no conoce que en el momento que diese á esa muger el poder que ecsije para darse á sí misma los diez mil duros de renta, le abandonaria para siempre...... Le he esplicado tambien, cómo con solo escribir esa carta, hará que esta misma noche, vuelva á su casa la bella fugitiva: y además, le he jurado hacer de modo, que la señora Flora, se vuelva para con él, mas suave que un guante, tan solo con que me permita ocupar en su casa, el lugar de Max, quien seguramente nunca debió entrar en ella. ¿Tengo razon ó nó?... pues á pesar de eso, aqui tiene V. á mi tio que se está lamentando como un chiquillo.

=Crea V. vecino, dijo entonces el señor Hochon dirijiendo la palabra á Rouget, que ha adoptado V. el único partido que le quedaba para tener paz en su casa. Aun hay mas; si V. quiere creerme, suprimirá tambien su testamento, y

si lo hace, esté V. seguro de que Flora vuelve á ser para V. lo que era en los primeros dias de sus relaciones.

=No es verdad; eso no es verdad, dijo el anciano llorando, porque no me perdonará el sentimiento que la voy á dar ¡ya no me querrá!

=Pues yo le digo á V. que sí le querrá, y de firme: contestó Felipe. Yo tomo ese negocio de mi cuenta.

=Pero señor Rouget, continuó Hochon, ¿es posible, que no pueda V. abrir los ojos para ver que esas gentes no tratan sino de despojarle á fin de abandonarle en seguida?

=Ya, ya; todo eso está muy bien dicho, ¿pero quien me asegura que asi sea? esclamó el anciano.

=¿Quien? yo puedo hacerlo prosiguió Hochon; aquí tiene V. una carta que Max ha escrito á mi nieto Baruch; lea V., lea...

=¡Que horror! dijo Carpentier, cuando oyó el contenido de la carta, que Rouget leia derramando lágrimas.

=Con que vamos á ver, tio; ¿se entera V. ahora? esclamó Felipe. Vamos no sea V. tan bobo: asegúrese V. de esa muger por el interés y será V. adorado cuanto puede serlo; es decir en apariencia.

=No, no lo creas; quiere demasiado á Max; y me abandonará para irse con él ¿no lo conoces hombre, no lo conoces? dijo el anciano asustado con esa sola idea.

=Pero tio ¿no le he dicho á V. que pasado mañana, ó Max ó yó, dejaremos de ecsistir?

=Pues bueno, vaya V. señor Carpentier, vaya V., á condicion que me prometa volvérmela á traer. V. es hombre de bien, dígala V. todo cuanto le parezca deberle decir en mi nombre....

=¡Dale! no tenga V. cuidado tio; el señor Carpentier la dirá al oido, que he mandado venir de París, á una niña que vale tres imperios y que tiene mas gracia que una andaluza. Yo aseguro á V. que en el momento que lo oiga, se biene á escape esa buena pieza.

Sin perder mas tiempo marchó el capitan guiando el mismo el viejo landó: Kouski habia desaparecido: por tanto, fué preciso que le acompañase Benjamin á caballo. En vano Felipe y Carpentier amenazaron al polaco con hacerle perder su plaza y aun con entregarle á la justicia: su fidelidad hácia su amo, no se desmintió un solo instante: tomó un caballo de alquiler y se dirijió á escape á Vatan, á fin de poner en conocimiento de su amo, y de Flora, cuanto habia hecho su adversario.

Entretanto, Carpentier que no queria volvèr en el coche con Flora, pensaba tomar el caballo de Benjamin.

Cuando Felipe supo, que Kouski se habia escapado, dijo á Benjamin, que desde aquella misma noche tomaria él su lugar en casa de Rouget. =Así pues, súbete detrás del landó sin que ellos

lo vean, á fin de hallarte aquí, cuando llegue la palomita.

=¡Vamos, que esto marcha, papá Hochon! dijo el coronel frotándose las manos: pasado mañana, nuestro banquete de anidversario, estará alegrísimo.

=¿Pero, va V. á alojarse aquí? le preguntó Hochon.

=¿Pues, quien lo duda? contestó el soldado. No ha oido V. que he dicho á Feria que me traiga todo mi equipage al instante. Tambien se lo he dicho á mi tio y ha consentido en que ocupe el cuarto que cae al descanso de la escalera en donde estaba la habitacion de Max.

=¿Pero y que resultará de todo esto? preguntó asustado Juan Santiago.

=¿Que resultará? que antes de cuatro horas, tiene V. aquí á su Flora mas suave que una piel de liebre, contestó Hochon.

=¡Dios lo quiera! dijo suspirando y enjugando sus lágrimas el infeliz Rougel, víctima de todos modos de los seres mas infames y depravados.

=Las siete son, dijo Felipe, la reina del corazon de V. y la luz de sus ojos, estará aquí á las once y media poco mas poco menos. Añádase que no volverá V. á ver á Gilet ¿que diablos quiere V. mas, si va á ser mas feliz que un Papa?

=Si V. quiere que triunfemos, dijo Felipe al oido al señor Hochon, quédese V. con nosotros para ayudarme á contener y consolar á mi tio,

hasta la llegada de esa culebra: y entonces entre los dos, haremos comprender á la señora Cangrejera, cuales son sus verdaderos intereses.

No pudo menos el viejo Hochon de conocer la esactitud de las reflecsiones de Felipe, y se quedó: en lo que andubo muy acertado, pues apenas bastaron los dos para contener á Rouget, que jemía como un niño: y que solo se apaciguaba, á fuerza de repetirle el coronel:

=Tio, sosiéguese V. por Cristo: mire V., si Flora vuelve y le trata á V. con ternura, conocerá V. que yo he tenido razon: será V. feliz; conservará sus rentas y en adelante no seguirá otros consejos sino los mios...

Como Felipe lo habia vaticinado, á las diez y media, se oyó en la calle el ruido de un coche; pero el caso era saber si volvia lleno ó vacio: la mas horrible agonia, estaba retratada en el rostro de Rouget: que se transformó en una alegria sin límites cuando vió que se apeaban dos mugeres á la puerta.

Felipe que habia bajado para recibir á Flora y darla la mano, dijo á Kouski que se le presentó en la puerta:=Amigo, V. no está ya al servicio del señor Rouget; ni aun esta noche dormirá V. en casa; con que asi, haga V. al instante sus preparativos y eche V. á andar. Benjamin se quedará en lugar de V.

=¿Conque es V. el amo? dijo Flora irónicamente.

—Si V. lo permite; respondió Felipe apretando su mano como con unas tenazas: pero venga V., reina mia, y persuádase desde luego, que es indispensable que V. y yo, vivamos como dos tortolitas: cuidado prenda, que tal es el santo y seña.

En seguida la condujo á algunos pasos de la casa, en la misma plaza, y escuchándole ella estupefacta, le dijo con desfachatéz.

—Amiguita mia; pasado mañana, ó este brazo ha mandado á Max á los infiernos, ó el suyo me habrá colocado á tres pies bajo la tierra. Si esto último sucede, será V. dueña absoluta de mi viejo imbécil de tio: *bene sit.* Pero si vivo, preciso será que ande V. derecha y en primer lugar que lo haga feliz: mire V. que sino, conozco yo en París, á muchas Cangrejeras, que sin que quiera rebajar su mérito, son mas hermosas y atractivas que V., por el sencillo motivo que no tienen mas que diez y siete años. Crea V. que estas harán á mi tio sumamente feliz: y ademas servirán á mis intentos con toda su alma. Asi pues, vamos al grano; desde esta misma noche empieza V. á hacer su servicio; en el bien entendido, que si mañana por la mañana, mi tio no está mas contento que unas páscuas, acuérdese V. de lo que voy á decir y sobre todo esté bien segura de que no tengo sino una palabra: escúchela V. bien... Un solo medio hay para matar á un hombre, sin que la justicia tenga nada que decir: que es el de batirse con él en duelo: pero yo

conozco tres medios, para desembarazarme de una muger... ¡conque!... ¿Ya V. me entiende, no es verdad?

Durante todo este discurso, Flora estuvo temblando, como si la hubiera acometido un acceso de fiebre.

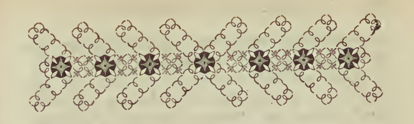
Por fin, esclamó como sin querer mirando á Felipe á la luz de la luna:=¡Matar á Max!..

=Vaya V., la contestó él, ahí viene mi tio..

Con efecto, Rouget, no obstante las representaciones del señor Hochon; vino hasta la calle y se agarró dè la mano de Flora, como un avaro se echaria sobre su tesoro: en seguida llevándosela consigo la condujo á su cuarto y se encerró con ella.

=¡Oyes amigo! dijo Benjamin al polaco, quien vá á Sevilia pierde su silla....

=Sí, sì: no tengas cuidado contestó Kouski, mi amo os pondrá á todos un tapon en la boca que no podreis escupir. Con esto se fué à reunir con Max, que se habia alojado en la fonda del correo.



IV.

Un duelo á muerte.

Al dia siguiente, desde las nueve de la mañana hasta las once, las comadres de Issodun, no hablaban de otra cosa, sino de la estraña revolucion que se habia operado la víspera en casa de Rouget. A la verdad, era esta la conversacion general en todo el pueblo y el resúmen en todas partes era el mismo.

=¿Que sucederá mañana en la comida del adniversario, entre Max y Felipe?

Este, aquella misma mañana, dijo lacónicamente á la Vedié.=¡Escoja V. entre dos mil reales de renta al año ó despedida. -Esto bastó para que

la cocinera permaneciese neutral, entre los dos poderes beligerantes de Felipe y Flora.

Luego que esta se persuadió de veras de que la vida de Max estaba en peligro, se volvió aun mas cariñosa con Rouget, que en los primeros dias de su union. Por desgracia vemos por esperiencia que un amor interesado, es superior al verdadero; por eso, son tantos los hombres que gastan enormemente con las mugeres que saben engañarlos! La Cangrejera, no se presentó hasta la hora del almuerzo, y entonces bajó, dando el brazo á su amo. Al ver en el asiento de Max, al terrible soldado con sus ojos apagados y rostro siniestro, los de Flora, apesar de todos sus esfuerzos, se arrasaron en lágrimas.

El coronel, despues de haber dado los buenos dias á su tio, la preguntó con una frialdad atroz; =¿que tiene V. señorita?

=¿Que tiene? contestó Rouget; que no puede sufrir la idea de que te batas con Max Gilet.

=No tengo la mas mínima gana de matar á ese Max, contestó Felipe; ¿porque no se vá de Issodun? porque no se embarca para la América con una buena pacotilla? yo seré el primero en aconsejar á V. le dé el dinero necesario para comprarla y en desearle buen viage. Es indudable que ganará V. dinero: y esto será mas honroso que el hacer el diablo en Issodun por la noche y de dia en casa de V.

=¡Mira, pues no me parece tan malo, eso que

dice mi sobrino! esclamó el anciano mirando á Flora.

=Si, pero á A-mé-ri-ca, respondió Flora sollozando.

=Pues yo creo, que algo mas vale que se dé buenos paseos en Nueva York, que podrirse entre cuatro tablas de pino en Francia.=¡Pero ya se vé, V. dirá que es muy diestro y que puede matarme á mí!

=¿Quiere V. permitir que yo le hable? dijo Flora, con humildad y dirijiendo su pregunta al coronel.

=Sin duda alguna: ademas que nadie impide que venga aquí, á buscar su equipage: pero prevengo á V. que ínterin esté en la casa, yo me quedaré con mi tio, porque de hoy mas, no me separaré de él.

=Vedié, gritó Flora, vé corriendo al correo y dí al señor Gilet, que le ruego venga....

=A buscar su equipage: dijo Felipe cortándole la palabra.

=Sí, si; dijo Flora, ese será el pretesto mas decente, con que díceselo así; lo principal es que yo le hable.

De tal modo comprimia el terror al ódio en el corazon de esta muger, acostumbrada hasta entonces á ser mimada y adulada por todos, que al verse ahora en presencia, y teniendo que luchar con un génio fuerte y sin piedad se estremecia y sometia sin resistencia á Felipe, como antes Rouget se habia plegado á sus mas mínimos ca-

prichos. Esperó con la mayor impaciencia á la cocinera, pero esta volvió con una negativa formal de Max; quien la rogaba le enviase todo su equipage á la fonda donde él se hallaba.

=¿Quiere V. permitirme que se lo vaya á llevar? dijo á Rouget.

=Sí, respondió este ¿pero volverás?

=No tenga V. cuidado, si esta señorita, no está de vuelta para las doce, á la una me dará V. un poder para vender sus rentas; dijo Felipe mirando á Flora: vaya V., continuó, con la Vedié; así no parecerá tan chocante. Es necesario que se acostumbre V. á respetar el honor de mi tio.

Pero Flora nada pudo obtener de Max: avergonzado este de haberse dejado vencer á los ojos de todo el pueblo, en nada pensaba menos que en huir de Felipe: su orgullo, á falta de otros motivos, hubiera bastado para que no lo hiciese. La Cangrejera, combatia su resolucion y le proponia escaparse á América con él. Pero Max que no queria á Flora, sin el dinero de Rouget, y que por otra parte, no podia manifestarla el fondo de su corazon, no escuchó razon alguna y persistió en matar á Felipe.

=Hemos cometido una insigne bestialidad la dijo, en no irnos los tres á pasar el invierno á París; entonces todo hubiera salido á medida de nuestros deseos ¿pero quien al ver ese cadáver ambulante, hubiera dicho de lo que era capaz! En fin ya la cosa no tiene remedio: hay en el curso de algunos acontecimientos humanos una

velocidad que marea y emborracha: yo me he tenido la culpa, porque fuí bastante simple para tomar á ese hombre por uno de esos traga-balas, incapaz de coordinar dos ideas. Pero pues perdí la partida como un tonto, seria yo un insigne cobarde, si diese un solo paso atrás en presencia de mi enemigo. Por él estoy perdido en la opinion del pueblo, y solo con su muerte, puedo volver á ocupar el lugar que deseo.

—Mira, dijo Flora insistiendo: déjame á mí el cuidado de deshacerme de ese mónstruo. Vete tú á America con los ocho mil duros y cuenta con que antes de mucho me voy á reunir contigo: créeme, esto es lo mejor y mas cuerdo.

—¡Pero muger, que se dirá de mí! contestó Max acosado por la preocupacion del ¿que dirán? No, no; no puedo ni siquiera pensarlo. Por otra parte llevo muertos á nueve; y ese no me parece ser muy esperto; del colejio pasó directamente al ejército: hasta 1815 estuvo continuamente haciendo la guerra. Desde entonces ha pasado su vida viajando en América; de consiguiente, jamás ha puesto los pies en una sala de armas; mientras que yo no tengo igual en el manejo del sable. El es de caballeria, y así parecerá generoso escogiendo el sable para nuestro desafio; digo escojiéndolo, porque cuidaré yo de ser el insultado y de este modo, tendré la eleccion. No tengas cuidado, yo me encargo de darle pasaporte para un viage tan largo, que no vuelva jamás á incomodar ni á nosotros ni á nadie; con que

descuida; pasado mañana, seremos nosotros los amos. Esto es lo que conviene y no otra cosa.

De este modo Max, se dejó arrastrar por el pundonor y perdió de vista la sana política que le aconsejaba otro camino. Flora volvió á su casa á la una, y se encerró en su cuarto, para poder llorar en él con libertad. La conversacion de todo Issodun, no tuvo otro objeto durante aquel dia, sino el duelo inevitable entre Felipe y Max.

=Ah! señor Hochon, dijo Miñonet que paseándose con Carpentier, encontró al anciano en el baluarte Baron; no puedo sobreponerme á la inquietud que me inspira el combate entre Felipe y Max; porque este es sumamente diestro en todas las armas.

=No importa, contestó el viejo diplomático de provincia: Felipe ha conducido este negocio con singular destreza; aseguro á W. que jamás me hubiera imajinado que ese hombre de modales tan rudos y de tan escasa profundidad en apariencia, hubiese sabido hacer su negocio en tan corto tiempo. Esos dos hombres han sido impelidos uno contra otro, como dos tempestades ó dos nubes cargadas de electricidad, y es forzoso se estrellen.

=Oh! dijo Carpentier; Felipe, es un hombre profundo, su conducta en la Cámara de los Pares, es una obra maestra en diplomacia.

=Con que Capitan Renard, decia un paisano, en otra parte de la ciudad; habia oido decir que los lobos no se mordian unos á otros; pero se-

gun parece, Max y Bridó, van á probar cual de los dos tiene los dientes mas fuertes ¡un combate entre dos oficiales de la antigua guardia, deberá ser algo serio!

=Yá, W. se rien de eso; y aun se alegran, solo porque ese jóven se divertia por la noche! contestó el comandante Potel. Pero han de saber W. que Gilet, es hombre que no podia permanecer en este miserable pueblo, sin ocuparse en algo: y lo menos que podia hacer, era divertirse á costa de sus habitantes.

=En fin, señores, dijo otro; Max y el coronel han empeñado una partida de no pequeño interés. ¿No le parece á W. que el coronel debia vengar á su hermano? ó no se acuerdan W. de la traicion que Max hizo á este?

=¡Valiente cosa! respondió Renard; ¡miren W. que sugeto, un artista!

=Ya, pero es que se trata tambien de la herencia del viejo Rouget: dicen que en el momento en que el coronel se fué á vivir á casa de su tio, Max iba á apoderarse de la renta de diez mil duros, que este tiene en los fondos públicos.

=¿Que demonios está W. diciendo señor Ganivet, Max, capaz de robar una renta de diez mil duros!!.... V. está soñando. Haga V. el favor de callar ó por Dios vivo, que haremos nosotros que se trage V. la lengua con las palabras que ha dicho.

En todas las casas de alguna respetabilidad, se

rogaba á Dios, favoreciese los esfuerzos del digno coronel Bridó.

Al dia siguiente, á las cuatro de la tarde, todos los oficiales del antiguo ejército que se hallaban en Issodun, se estaban paseando en la plaza de Abastos, delante de una fonda que llamaban de la Croix; esperando la llegada de Felipe y de Bridó. El banquete, con que debia celebrarse el aniversario del coronamiento de Napoleon, empezaba á las cinco en punto que es la hora militar. En todos los grupos, (aun entre los soldados que tambien habian querido tener una reunion en una taberna de la misma plaza) no se hablaba de otra cosa, sino del asunto de Max y de su despedida de casa del viejo Rouget. Entre los oficiales, los únicos que sacaron la cara por Max y quisieron defenderle, fueron el comandante Potel y el capitan Renard. Max, decian ellos, tiene sus debilidades con las mugeres como todos los hombres, y tal vez, mas que otro alguno: nadie sabe el poder que una muger hermosa tiene sobre un hombre; ni cuantas locuras le puede obligar á hacer.

=Pues señor, eso no puede componerse, sino con el sable, observó un teniente que se habia dedicado á cultivar un pantano en el alto Baltan: Max puede haber hecho una insigne tonteria en ir á vivir á casa de ese Rouget; pero si lo hizo, ya no tiene remedio; y seria un collon indigno de llevar espada, si se dejase echar de ella como un perro sarnoso, sin ecsijir una satisfaccion.

=Sin duda, contestó Miñonet con sequedad; una tonteria, cuando no sale bien, se hace un crímen.

A poco llegó Max; y al reunirse con los viejos soldados de Napoleon, fué recibido con un silencio profundo y significativo. Potel y Renard le tomaron cada uno del brazo, y apartándose con él, á alguna distancia de los demas, parecian hablarle con mucho calor. En aquel momento se vió venir á Felipe de grande uniforme, arrastrando su baston, con el aire mas tranquilo del mundo; lo que contrastaba estraordinariamente, con la atencion forzada que Max se veia obligado á prestar á sus dos amigos. Miñonet, Carpentier, y algunos mas, dieron la mano á Felipe; y esta acogida tan diferente de la que él habia tenido, acabaron de hacer desaparecer del ánimo de Max, algunas ideas de cobardia ó si se quiere de prudencia que los discursos de Flora le habian inspirado y que habian empezado á jerminar en él, tan luego como se halló solo.

=Concluyamos, dijo al capitan Renard que le estaba aun hablando: nos batiremos ¡y á muerte! con que así no me diga V. nada mas; y déjeme hacer mi papel de un modo digno de mí.

Despues que Max hubo pronunciado estas palabras con tono febril, él y sus dos amigos se acercaron al grupo de oficiales. Max fué el primero que saludó á Bridó: y este le contestó lanzándose ambos una mirada de yelo.

=¡Vamos señores á la mesa! dijo el comandante Potel; vamos á beber á la salud del hombrecito, que por nuestra desgracia y la de toda la Francia, descansa yá en el paraiso de los valientes.

=Todo el mundo conoció la buena intencion del capitan de cazadores de la guardia; porque con efecto, la mesa dá mas libertad para todo. Asi es que todos se precipitaron en la sala grande de la fonda de la Croix, cuyas ventanas caen á la plaza. Sentáronse al punto á la mesa, y segun lo habia pedido Felipe, los antagonistas, se hallaron colocados uno en frente de otro. Varios jóvenos del pueblo y entre ellos, muchos de los ex-Holgazanes, inquietos y deseando saber lo que iba á pasar en aquella comida, se paseaban por la plaza, hablando de la muy desagradable situacion en que Felipe habia sabido colocar á Max. Todos deploraban estas circunstancias; pero todos convenian en que el desafio era inevitable.

La comida se pasó bien hasta los postres: á pesar de que un hábil observador hubiera podido notar que Max y Bridó, no obstante la alegría de los convidados, conservaban y en vano querian ocultar una especie de atencion vijilante que tenia todos los visos de la inquietud. Mientras se presentaba ocasion propicia para la disputa, que uno y otro sin duda meditaban, Felipe conservaba todas las apariencias de una admirable sangre fria, mientras

que Max por el contrario parecia poseido de una alegria que rayaba en locura. Pero era fácil de ver que cada uno de ellos, estaba representando un estudiado papel.

Luego que se hubieron servido los postres. Felipe llenó su vaso, y levantándose, dijo:═Amigos llenad vuestras copas; que quiero ser el primero en proponer un brindis.

═Oyes, mira que ha dicho amigos, dijo Renard al oido de Max; con que no llenes tú tu vaso.

Pero Max no le escuchó y le llenó.

═¡Señores! brindo ¡por el grande egército! esclamó Felipe, con verdadero entusiasmo.

Todas las voces, repitieron á una como un trueno═¡por el grande egército!

En aquel momento, se presentaron en la puerta de la sala, once soldados veteranos entre los que se hallaban Benjamin y Kouski: los cuales esclamaron tambien ¡por el grande egército!

═Adentro muchachos, gritó el comandante Potel, adentro, que vamos á brindar por *él.*

Los soldados entraron y se colocaron detras de los oficiales.

═¡Ves como no ha muerto! dijo Kouski á un antiguo sargento, que sin duda se habia lamentado de la muerte de Napoleon...

═Yo reclamo el segundo brindis, dijo el comandante Miñonet.

═¡Brindo dijo, á la salud de los valientes

que se han sacrificado procurando restablecer á su hijo en el trono!

Todos menos Max, saludaron á Felipe presentándole sus vasos.

=¡Ahora, á mí! dijo Max, levantándose.

=¡Ese es Max! ¡ese es Max! decian en la calle.

=En aquel momento reinaba el mayor silencio en la sala y aun en la plaza: todos los que conocian el carácter de Gilet, temian que su brindis fuera una pravocacion.

=*A que todos* los que presentes estamos, nos volvamos á ver reunidos en semejante dia, el año que viene!

Al decir esto saludó con ironía á Felipe.

=El pan se está amasando, dijo Kouski á su vecino.

=Supongo que la policia en París, no le permitia á V. hallarse en comidas de esta especie, dijo Potel á Felipe.

=¿Por que demonios mientas tú la policía delante del coronel Bridó? dijo Max con tono insolente.

=Déjele V., respondió Felipe con una amarga ironía: el comandante Potel, lo decia sin malicia.

=Estas palabras fueron seguidas de un silencio tan sepulcral, que se hubiera oido volar una mosca, si la hubiera habido en el cuarto.

En fin, Felipe rompiendo el silencio, dijo:=La policia de París, me teme lo bastante, para ha-

berme enviado á Issodun, donde á la verdad he encontrado muchos de mis viejos y valientes camaradas: pero es fuerza confesar, que el pueblo no es de los mas divertidos. ¡Pero qué diablos! no hay mal que por bien no venga; quiere decir que economizaré alguna cosa para las niñas de París cuando allá vuelva: pues por desgracia, no soy de los que adquieren rentas con solo dormir en blandos lechos; y por Dios, que Marieta la bonita bailarina de la ópera, me ha costado mas dinero que pesa.

=¿Y es á mí á quien se dirige esa insinuacion, mi querido coronel? le preguntó Max arrojándole una mirada que parecia una corriente eléctrica.

=V. es muy dueño de tomarlo como guste, comandante Gilet, contestó Felipe.

=Coronel, dijo Max, mis dos amigos aquí presentes Renard y Potel, irán á entenderse, para que V. me dé una satisfaccion, con....

=Con Miñonet y Carpentier, contestó Felipe señalando á sus vecinos y cortando la palabra á Max.

=Ahora, dijo Max continuemos brindando señores!

=Cuidado muchachos, añadió Felipe, dirijiendo la palabra á los soldados: ya sabeis que nuestros negocios, nada tienen que ver con los paisanos!.... ni una palabra de lo que acaba de pasar; estas son cosas reservadas para la antigua guardia.

=Pierda V. cuidado, dijo Renard: los soldados observarán santo y seña. Yo respondo de ellos.

=¡Que viva su hijo; y que llegue pronto el dia en que le veamos en el trono de Francia!

=¡Muerte á los ingleses! esclamó Carpentier. Este brindis, fué recibido con entusiasmados aplausos.

=¡Vergüenza eterna á Hudson-Lowe! pronunció el capitan Renard. (a)

Las libaciones, durante los postres, fueron ámplias; y el tiempo se pasó muy agradablemente. Los dos antagonistas y sus cuatro padrinos, pusieron el mayor esmero en que este desafio de cuyo resultado dependia una herencia enorme y que debia decidirse entre dos hombres, tan eminentemente distinguidos, en nada se asemejase á una disputa ordinaria. Los dos mejores y mas completos paladines, aun cuando fueran tan flemáticos como los de la Gran-Bretaña, no se hubieran conducido mejor que lo hicieron Max y Felipe: de este modo la curiosidad de los jóvenes y de la gente que se habia agolpado á la plaza, quedó burlada, y todos los convidados, como valientes militares, guardaron el mas profundo silencio acerca el episodio de los postres.

A las diez, los adversarios supieron que el arma convenida era el sable: el sitio detras de la iglesia de los Capuchinos, y la hora á las ocho

(a) Hudson-Lowe, gobernador de santa Elena y carcelero por consiguiente de Napoleon.

del dia siguiente. Goddet, que como cirujano mayor militar, habia asistido al banquete, consintió en hallarse presente á la cita: y los testigos decidieron que cualquiera que fuese el resultado, el combate no duraria mas de diez minutos.

A las once de aquella noche, el coronel, con la mayor sorpresa vió entrar en casa de Rouget (que se iba á acostar) al señon Hochon con su muger.

=Sabemos lo que hay, dijo la anciana á Felipe con lágrimas en los ojos, y vengo yo misma á rogar á V. que no salga mañana de casa sin rezar y sin elevar su alma á Dios.

=Pierda V. cuidado, señora; contestó Bridó á quien el viejo Hochon, que estaba detras de su muger, hizo una seña.

A las ocho de la mañana del dia siguiente, con un tiempo frio, húmedo y nebuloso, Max, acompañado de sus dos padrinos y del polaco Kouski, llegó á un pequeño prado, que se hallaba detras de la iglesia de los Capuchinos. En él, encontraron ya á Felipe con los suyos y Benjamin: sin mas dilacion, se midieron veinte pasos; y á cada estremidad de este espacio, los dos soldados, trazaron con el hazadon un surco en la tierra; só pena de incurrir en la nota de cobardes, ninguno de los antagonistas, podia retirarse mas allá de su línea respectiva: ambos debian colocarse en ella, y avanzar á la distancia que les pareciese convenien-

te, tan luego como los testigos hubieren dicho:
═¡Adelante!

═¿Nos quitamos las casacas? preguntó con frialdad Felipe á Max.

═Con mucho gusto, coronel, contestó Max, con toda la jactancia de un maestro de armas.

Ambos se quedaron únicamente con los pantalones y las camisas, al través de las que se traslucía la carne. Cada cual armado con un sable de ordenanza, que podria pesar como unas tres libras, y tener tres pies de largo, ocupó su sitio, con la punta inclinada hacia la tierra, esperando la señal. La calma y tranquilidad de ambos era tan sublime, que apesar del frio, sus músculos como si fueran de acero, no esperimentaron la mas ligera oscilacion.

Goddet, los cuatro testigos y los dos soldados, se estremecieron involuntariamente.

El comandante Potel, sin poderlo remediar esclamó═¡son dos leones!

En el momento en que los padrinos gritaron ═¡adelante!.... Max divisó á Feria que le miraba, sacando la cabeza por el agujero que los caballeros de la Holganza habian hecho en el techo de la iglesia, para introducir en ella á los pichones. Aquellos dos ojos, de los que parecian partir dos columnas de fuego de ódio y de venganza, aturdieron á Max. El coronel, se fué derecho á su adversario, poniéndose en guardia de modo que se aseguró la ventaja. Los espertos en el arte de matar ó asesinar,

saben que uno de los combatientes, puede obtener mucha ventaja, cogiendo lo que se llama la *guardia alta*. Esta posicion que permite, digámoslo asi, ver venir á su adversario, y que ambos se suelen disputar, anuncia en el que la obtiene un duelista de primer órden; y el conocimiento de su inferioridad ó al menos de la desventaja de su posicion, penetró en el alma de Max y le decidió á emplear aquel desarrollo de fuerza, que desmoraliza á un duelista cuando se encuentra delante de un maestro ó de un hombre que pasa por afortunado: es decir que se turba y lo hace peor que de costumbre.

—¡Ah! el bribon, dijo Max para sí, es un maestro y yo hombre al agua.

Gilet, empezó haciendo un molinete con su sable, con una maestría digna del mejor jugador de palo: queria aturdir á Felipe y ver si podia encontrar con su sable, á fin de desarmarle: pero cuando lo hubo logrado, echó de ver que el coronel tenia una muñeca de hierro aunque flecsible como un junco. Max, se vió pues obligado á cambiar su modo de ataque ¡y queria reflecsionar el desgraciado! mientras que Felipe cuyas miradas eran como dos rayos, paraba todos sus golpes, con la misma sangre fria, con que pudiera hacerlo un maestro de esgrima que estuviese dando una leccion, con su peto puesto.

Entre dos hombres tan diestros, la victoria de-

pende de un falso movimiento, de un error de cálculo, á veces rápido como un relámpago y del que es preciso librarse por instinto. Durante un espacio de tiempo, tan corto para los espectadores, como parece largo á los combatientes, la lucha consiste principalmente en una observacion, que absorve todas las fuerzas del alma y del cuerpo, y que se oculta bajo la apariencia de tentativas lentas y prudentes, que harian creer al ignorante, que ninguno de los antagonistas tiene gana de batirse. Este momento, al que por lo general sigue una lucha rápida y decisiva, es terrible para los inteligentes. Así sucedió en el caso presente; por que Max habiendo parado mal un golpe que le tiró el coronel, este le hizo saltar el sable de la mano.

=Récojalo V., le dijo, suspendiendo el combate yo no soy hombre que mato á un enemigo desarmado.

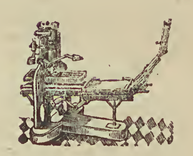
Estas palabras, encerraban lo sublime de lo atroz. Y ademas esta pretendida grandeza anunciaba tanta superioridad, que los espectadores no pudieron menos de juzgarle como el mas diestro de sus cálculos. Y así fué, porque cuando Max se volvió á poner en guardia, habia perdido toda su sangre fria y se halló de nuevo cubierto por la guardia alta de su contrario, que le amenazaba por todas partes sin descubrirle un solo flanco; Max, queriendo reparar la vergüenza de su vencimiento por un golpe atrevido, yá no pensó en guardarse y cogiendo su sable con ambas ma-

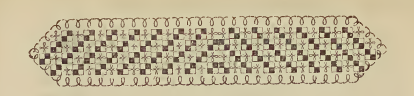
nos se arrojó sobre su enemigo, como un tigre herido, sin otro objeto que el de arrancarle la vida, aunque fuese á costa de la suya. El coronel recibió un sablazo que le cortó la frente y parte de la cara, pero en cambio, de un revés que dió, para parar aquel terrible golpe de Max, le partió á este la cabeza oblícuamente de un modo espantoso. Estos dos golpes terminaron el combate á los nueve minutos. Feria bajó, y vino á saciar su venganza con la vista de su enemigo que se hallaba en las convulsiones de la muerte. Estas fueron espantosas; porque en un hombre de una organizacion hercúlea como la de Max, los músculos se agitan de un modo horrible. Felipe fué trasportado á casa de su tio......

Asi pereció uno de aquellos hombres destinados á grandes cosas, si se hubiera contentado con el lugar que le era propicio: para este hombre la naturaleza no habia sido una madrasta; sino una madre tierna, dotándole de valor, de sangre fria, y de una gran facilidad diplomática por el estilo de la de César Borgia. Pero por desgracia, la educacion, no le habia comunicado aquella nobleza de ideas, sin la cual no hay conducta, ni saber posible en ninguna carrera. Nadie sintió su muerte, gracias á los medios que su adversario, que valia menos que él, habia sabidó emplear para hacerle perder la opinion pública. Su muerte puso tambien término, con gran satisfaccion de todo Issodun, á las hazañas de los caballeros de la Hol-

ganza. No es pues estraño, que nadie inquietase á Felipe á causa de esta muerte, que pareció á los ojos de muchas gentes como un efecto de la venganza divina, y cuyas circunstancias se contaron por toda la provincia, de un modo muy ventajoso para ambos adversarios.

Los dos debian haber muerto, dijo el señor Monilleron; eso hubiera sido una fortuna para el gobierno.





V.

La señora de Rouget.

La situacion de Flora, despues de los acontecimientos que hemos descrito en el último capítulo, hubiera sido en estremo difícil, á no haberla ocasionado una aguda y complicada enfermedad, con un transporte al cerebro y una inflamacion espantosa á consecuencia de la crisis en que habia estado constantemente en los tres dias anteriores. Por fortuna estuvo insensible en su lecho durante muchos dias; y á no haber sido así, es probable que hubiera huido de aquella casa en la que se hallaba el asesino de Max, en el mismo cuarto y cama de este. Continuó, durante tres meses, entre la vida y la muerte, asistida por Goddet, que igualmente asistia á Felipe.

Tan luego como este, pudo guiar una pluma, escribió las cartas siguientes:

Al señor Desroches.

«Amigo mio; gracias á Dios, he matado ya á «la mas peligrosa de las dos fieras, aunque no «sin recibir un sablazo que me ha descalabrado «bonitamente: por fortuna que cuando me lo dió «ya el tuno iba de mano muerta. Aun nos que- «da la otra víbora; y voy á ver si puedo hacer «un convenio con ella, porque es imposible des- «impresionar á mi tio, y V. conoce que yo debo «irme con cuidado en este asunto. Mi mayor «miedo era que esta muger que es estraordina- «riamente hermosa, se me escapase de casa; por- «que á ser así es seguro que el caduco, se «largaba tras ella: por fortuna, el sentimiento «que todos estos grandes acontecimientos la han «causado, la tiene aun postrada en cama. Si Dios «me creyera, llevaria esta bella alma á su seno, «mientras que se arrepiente aun de sus errores. «Entretanto gracias al amigo Hochon, muchacho «de ochenta y cinco años, que parece un jóven, «tengo de mi parte al médico Goddet, buen «hombre, que no ha podido menos de conocer «que las herencias de los tios, están mejor colo- «cadas en las manos de sus sobrinos, que en las «de esas mugerzuelas. Tambien debo su coope- «racion á la influencia que el señor Hochon ejer- «ce sobre un cierto papá Fichet, cuya hija mons- «truosamente rica, convendria mucho á Goddet «para su hijo: siendo así, facilmente conocerá «V. que los cuatro mil reales que para ganarle «á nuestro partido, de un modo decente, se le

«ofrecieron por la cura de mi noble testa, son
«lo que menos le interesa. Aun mas, este God-
«det, fué cirujano mayor de la tercera brigada, y
«mis dos buenos amigos Miñonet y Carpentier,
«le han tomado por su cuenta, con tan buen
«écsito, que el hombre hace el misionero con
«la Cangrejera.

«Todos los dias, despues de haberla tomado
«el pulso y recetado, la dice:=vamos hija mia,
«no se olvide V. de que hay un Dios en el
«cielo. V. no puede menos de conocer, que arras-
«trada por su corazon y alucinada por la pasion
«ha sido la causa involuntaria de una espantosa
«desgracia: es pues preciso que procure repararlo
«por cuantos medios esten á su alcance. La
«venganza del cielo es segura, y tarde ó tem-
«prano nos alcanza; sin que solo nos quede otro
«recurso que el arrepentimiento: la religion nos
«enseña á resignarnos; esta nos consuela y la
«calma contribuirá á curar á V. tanto ó
«mas que mis drogas. Sobre todo, es preciso
«que V. se quede aqui; que cuide con esme-
«ro de su amo; que olvide y perdone.......
«Tal es la ley de los cristianos.... En seguida,
«á fin de acabar de consolarla, le asegura que
«él mismo ha visto muchas desgracias seme-
«jantes.

«Es tan bueno este Goddet, que me ha pro-
«metido tener á la Cangrejera, al menos tres me-
«ses en la cama: de este modo, quizás se acos-
«tumbrará á que ambos vivamos bajo el mismo

«techo. Tambien he hecho que la cocinera se «adhiera á mis intereses; y esta abominable «vieja, ha dicho claramente á su ama, que hacia «muy mal en tener tanto sentimiento; porque «indudablemente, Max, la hubiera dado malí-«sima vida: añadiendo para corroborar mejor su «dicho, que le habia oido decir á él mismo, «que cuando muriera el viejo, y se hubiese ca-«sado con ella, él sabria el modo de perderla «de vista y dar rienda suelta á su ambicion; «para lo cual tenia muchos medios en reserva. «Con que asi amigo, esto marcha viento en popa: «y para coronar la fiesta, mi tio aconsejado «por el señor Hochon, ha rasgado su testa-«mento. *Sabe V. es todo suyo*=FELIPE BRIDÓ.

Para el señor de Girondeau (casa de la señorita Florentina) calle de Vendome, en el Marais=Paris.

«Mi viejo camarada: infórmate, si esa ratilla «Cesarina está comprometida y trata de que «esté pronta á venir á Issodun, tan luego como «yo la necesite ¡pero no antes!...... cuidado con «lo que haces, porque ya sabes que ese de-«monio, es capaz de plantarse aquí, *á vuelta de «correo*. Si llega el caso, preven lo que es preciso «para que tome un aire decente, casi de beata; «nada que huela á los bastidores de la ópera: «debe presentarse como la hija de un valiente «militar muerto en el campo del honor; y con-

«ducirse como muger de egemplares costum-
«bres; de modesto vestir, en fin una virtud,
«de *primera calidad.* La dirás que si llego á ne-
«cesitarla, y que por su medio obtenga mis
«deseos, puede contar con diez mil duros, el
«dia en que mi tio tuerza la cabeza. Mira, en
«caso de que Cesarina se hallase demasiado ocu-
«pada, esplica mi asunto á Florentina: y entre
«tú y ella, ved de hallarme alguna figuranta
«aparente y capaz de representar el papel que
«yo quiero.

«He tenido un duelo con el cazador de he-
«rencias; en él, me hizo una herida regular
«en el cráneo, pero yo en recompensa, le he
«hecho pasar para siempre las ganas de comer:
«cuando nos véamos te contaré despacio el como
«ha pasado todo esto. No dudes que aun
«hemos de ver dias felices, y nos hemos de
«divertir en grande; ó he de perder el nombre
«que tengo. Si puedes mandarnos quinientos
«cartuchos, hazlo que aqui los romperemos. Adios,
«buena fuerza: enciende tu cigarro con mi carta
«despues de haberla leido.

«¡Ah! se me olvidaba prevenirte, que la vir-
«tuosa hija del valiente oficial, deberá venir de
«Chateauroux, como para implorar algun socorro.
«No obstante, espero aun no tener necesidad
«de emplear un medio tan arriesgado.

«Hazme presente á Marieta y á todos nues-
«tros amigos y dispon de tu invariable.=
FELIPE.

Agata, informada de cuanto habia ocurrido vino inmediatamente á Issodun y fué bien recibida por su hermano, quien la alojó en el antiguo cuarto de Felipe. Esta pobre madre, que sintió renacer en su pecho todo el amor que habia profesado á su hijo maldecido, gozó algunos dias de satisfaccion, escuchando su elogio, de cuantas personas la visitaron.

=En fin, querida mia, le dijo la anciana señora Hochon, el mismo dia de su llegada; que quieres, es preciso dejar desfogar la juventud. Bien conoces que la conducta de los militares del imperio no puede ser como la de los hijos de familia educados por sus padres y que no se han separado de su lado...... ¡Si supieras todas las picardias, que ese miserable Max, hacia por las noches en el pueblo!... En fin, hija, no se puede negar, que si los vecinos de Issodun, duermen en paz, es gracias à tu hijo. ¡A la verdad, le ha llegado el juicio algo tarde? ¿pero como ha de ser? mas vale tarde que nunca..... y como él mismo dice, tres meses de encierro en la prision del Luxemburg, hacen sentar la cabeza mas ligera. En una palabra, su conducta tiene encantado á mi marido; con que no necesito decirte mas: por lo mismo, goza de la mayor consideracion en el pueblo: y si puede permanecer por algun tiempo, léjos de las tentaciones de París, estoy muy persuadida de que te procurará no poca satisfaccion en lo sucesivo.

Estas consoladoras palabras de su madrina, arrasaron en lágrimas los ojos de Agata.

Felipe por su parte se comportó con el mayor juicio y tuvo por su madre las mayores atenciones, por que la necesitaba: este hábil político no queria echar mano de Cesarina, sino en el caso de no poder vencer el horror y repugnancia que no podia menos de conocer, era forzoso inspirase á Flora. Sentía que esta era un instrumento admirablemente preparado por Max, para aprovecharse de la pasion ó debilidad infantil de su tio; y la preferia sin comparacion á una parisiense que seria capaz de hacer que el viejo se casase con ella, y burlarse de él en seguida; así como el ministro Fouchet, aconsejó á Luis XVIII, que en lugar de dar una constitucion, se acostase en las sabanas de Napoleon, así Felipe, no queria otra cama sino la de Max. Pero por otra parte, le repugnaba el perder la reputacion que acababa de granjearse en el Berry, tanto mas, cuanto que era cosa enteramente nueva para él: por tanto, no podia pensar en continuar haciendo con Flora el mismo papel que habia hecho Max, por que, esto les colocaria á ambos bajo el punto de vista mas odioso. Bien podia, sin incurrir en el mas leve deshonor, vivir con su tio, y á sus espensas; porque esto en su situacion parecia lo mas natural; pero no le era posible obtener á Flora sino despues que esta se hubiese rehabilitado en la opinion pública. En medio de tantas dificultades y no pensando sino en hacerse due-

ño de la herencia, concibió la admirable idea de hacer su tia á Flora, dándosela por esposa á Rouget. Con este designio, ecsijió de su madre que fuese á ver á Flora y la tratase con cariño, como á su cuñada.

=Confieso mi querida madre, dijo con un tono hipocriton y mirando atentamente al señor Hochon y á su esposa que habian venido á hacer visita á su querida Agata, que el modo de vivir de mi tio es poco morijerado y que para cortar el escándalo de raiz y volver á conquistar á la señorita Flora, la buena opinion del público bastaria con que la diese su mano. ¿Quien duda que seria mucho mas decoroso para ella, ser la muger honrada del viejo Rouget, que no la criada manceba de un viejo solteron? ¿Cuanto mas vale, adquirir derechos incontestables aunque moderados, por medio de un contrato matrimonial que no estar amenazando con la desheredacion á una familia desgraciada? Si V., si el señor Hochon, ó algun buen sacerdote, la quisieran hablar en la materia, me parece que tendriamos poca dificultad en hacer cesar ese escándalo que causa tanta afliccion á las gentes de bien. En fin, no puedo menos de creer que la señora Brazier seria dichosa, si se viese tratada por V. como una hermana, y por mí como una tia.

A la mañana siguiente, el señor Hochon y Agata, se apoderaron de ambos lados de la cabecera de Flora, y revelaron á la convaleciente las admirables disposiciones y relijiosos deseos

de Felipe. En todo Issodun, no se hablaba de otra cosa, sino de las bellas prendas del coronel; y sobre todo se ponia en el cielo su noble conducta para con Flora.

Durante un mes entero, el médico Goddet, que como todos los de su profesion ejercia un grande imperio sobre su enferma, la respetable señora Hochon que no obraba sino por espíritu relijioso, y la piadosa y tierna Agata, no cesaron de hablar y aconsejar á la Cangrejera, consintiese en casarse con Rouget. Y cuando sus ecsortaciones y la idea de llegar á ser una honrada señora, la hubieron seducido lo bastante, para que deseara reponerse á fin de verificar aquel matrimonio, la hicieron comprender que no la era posible llegar ó ser parte integrante de la antigua familia de los Rouget, sin decidirse á conservar en su casa á Felipe.

Y ademas, la dijo un dia su médico=¿á quien debe V. su grandeza sino á él? Piense V. que Max, nunca la hubiera permitido casarse con Rouget. En seguida, acercándose á su oido, añadió: y finalmente ¿cree V. que si llegase á tener hijos, no vengaria completamente á Max? porque sobrado conoce V. que en tal caso los Bridó quedaban de hecho desheredados.

Dos meses despues de los fatales acontecimientos que hemos descrito, Flora aconsejada por cuantos la rodeaban y á instancias de su amo Rouget, consintió por fin en ver á Felipe cuya cicatriz la hizo llorar; pero sus modales, que

para con ella se habian vuelto casi afectuosos, la tranquilizaron: y habiendo él solicitado quedarse solo con ella, todos los demas salieron del cuarto.

=Querida niña, dijo Felipe luego que todos estuvieron fuera: sin duda no ignora V. que he sido yo quien desde un principio, he aconsejado su casamiento con mi tio; y si V. consiente en ello, mi proyecto se verificará, tan luego como se halle V. del todo restablecida....

=Así me lo han dicho, contestó Flora.

=Deseo que V. se persuada tambien, de que si algunas fatales circunstancias, que soy el primero en deplorar, me han precisado á causar á V. graves disgustos, nada omitiré de cuanto esté á mi alcance para disiparlos. Y crea V. que la fortuna, la consideracion, y una familia honrada y decente, son muy preferibles á lo que V. ha perdido. Tan luego como hubiese muerto mi tio, ese hombre la hubiera abandonado á V., pués me consta y sé por sus mismos amigos, que tal era su propósito. Por tanto, mi querida Flora, entendámonos, y cuente V. con que todos seremos felices. V. vá á ser mi tia, y por supuesto cuidará de que mi tio no se olvide de mí en su testamento; en cambio no digo mas, sino que V. misma verá de que modo hago yo que la trate él á V. en el contrato matrimonial.... ¿V. se inmuta? no hay por qué, cálmese V., piense en lo que la he dicho y en otra ocasion continuaremos hablando. Ya lo vé V.: la gente mas sen-

sata, todo el pueblo aprueba que V. me vea y me perdone involuntarias ofensas: y es porque todo el mundo comprende que en esta vida, los intereses son preferibles á los sentimientos fugaces del corazon: por lo mismo, el dia de la boda, estará V. cien veces mas hermosa que nunca; por que la enfermedad que acaba V. de pasar, si bien la ha hecho palidecer, la ha dado en cambio un aire mucho mas interesante y menos comun, y en fin ¿quiere V. que la diga lo que siento con la franqueza brusca de un militar?... Si mi tio, no la amase á V. con toda su alma y su corazon, la juro que seria V. la esposa del coronel Bridó. Dijo esto, levantándose y tomándola la mano, con un aire galante y apasionado á la vez.

Cuando el feroz soldado, salió del aposento, Flora sintio en su alma, reflecsionando en la última palabra que la habia dicho, una idea vaga de venganza, que la resarcia en parte de sus penas y que no podia menos de inspirar el haber visto á sus pies, á aquel personage tan espantoso. Felipe acababa de representar en miniatura, la misma escena que Ricardo III, rey de Inglaterra, representó con aquella reina á quien acababa de condenar á la viudez. Y esto nos prueba, á pesar de todo el romanticismo del mundo, que el cálculo cuando se oculta bajo la capa de un sentimiento tierno, penetra en el corazon de una muger, y disipa en él, casi instantáneamente, la tristeza y el luto mas sincero. He aquí, como

en la vida privada, la naturaleza opera sin ninguna dificultad, la que en las obras de ingenio se considera con justicia, como el apojeo del arte. Tambien es su móvil el *interés*, así como el del talento, es el dinero.

La consecuencia de todas estas intrigas y adulaciones fué, que á principios del mes de abril de 1823, la gran sala de Juan Santiago Rouget, se veia preparada para una gran comida en celebridad de deberse firmar aquel mismo dia, el contrato matrimonial de este con la Cangrejera; sin que nadie estrañase en el pueblo, esta circustancia. Los convidados eran, la familia de los Heron: los cuatro testigos, señor Miñonet, Carpentier, el viejo Hochon y Goddet el médico; el alcalde y el notario; y en fin, Agata, la anciana Hochon y su amiga la no mas jóven Borniche; que eran ambas las doctoras femeninas de Issodun. La presencia de tan respetables señoras, fué en estremo grata para Flora, y ellas por su parte, aunque dieron aquel paso á instancias de Felipe, no pudieron menos de creerle nacesario para revalidar el carácter social de una pecadora arrepentida. Como Felipe lo habia vaticinado, Flora estaba aquel dia, deslumbrante de hermosura. El cura que habia pasado quince dias, instruyéndola en los principios de nuestra relijion, debia administrarla su primera comunion al dia siguiente. Estas bodas, motivaron un artículo relijioso, que se pubicó en dos diarios del departamento.

ISSODUN.—Los principios relijiosos, están ha-«ciendo considerables progresos en el Berry. To-«dos cuantos los poseen y todas las personas mo-«rigeradas de nuestra ciudad han sido testigos «en el dia de ayer, de un acto solemne con el «que uno de los mas ricos hacendados del pais, «ha puesto término á una posicion escandalosa, «que tuvo su origen en aquella época, en que «por nuestra desgracia, la religion se hallaba «sin fuerza en nuestra mísera patria. Este fe-«liz resultado, debido á los esfuerzos virtuosos «de los eclesiásticos de nuestra ciudad, tendrá «asi lo esperamos, numerosos imitadores y hará «cesar del todo, el abuso de los casamientos no «sacramentados que se contrajeron en la época «desastrosa del réjimen revolucionario.

«El hecho que referimos, tiene una particu-«laridad, muy digna de llamar la atencion; y «es que á este resultado ha contribuido podero-«samente las ecsortaciones de un coronel del an-«tiguo ejército, que vino confinado á Issodun por «la policía y al que este acontecimiento hará pro-«bablemente perder la herencia de su tio. Seme-«jante rasgo de desinterés, es tan poco comun en «los dias que alcanzamos, que bien merece se «le dé toda la posible publicidad.»

Por el contrato, Rouget, dotaba á Flora en cuatrocientos mil reales y la reconocia ademas, una renta vitalicia de ochenta mil anuales. Tan luego como se hubo celebrado este casamiento, cuya magnificencia fué sorprendente en Issodun,

Agata se volvió á París la mas feliz de todas las madres del mundo, faltándola tiempo para participar á José y á Desroches tan felices nuevas.

=Su hijo de V. es un hombre demasiado profundo para no hacerse con todos los bienes de su tio, la respondió el procurador despues de haber escuchado á la señora Bridó. Por tanto viva V. segura, que ni V. ni José, verán un solo maravedís de la herencia.

=Eso quiere decir, que V. y mi hijo José serán siempre injustos para con ese pobre muchacho, dijo la madre. Pues yo creo que su conducta en el tribunal de los Pares, es la de un gran político; gracias á él se han salvado no pocas cabezas!... sus errores provienen todos de la inaccion en que se hallaba su fogoso entendimiento, y nada mas. Pero no negará V. que tiene una noble ambicion y habiendo reconocido que su mala conducta, no podia menos de ser contraria á un hombre que aspira á ser algo, se ha enmendado de modo que en el dia es un objeto de admiracion para todas las personas sensatas y de algun valer. Por eso, no soy yo la única que preveo su feliz porvenir; el mismo señor Hochon, está persuadido á que Felipe llegará á los primeros empleos.

=Sin duda, sin duda, contestó el procurador: si quiere aplicar su inteligencia profundamente perversa á hacer su fortuna, la hará; por que es capaz de todo: y semejantes hombres vuelan.....

=Pero señor ¿por qué no ha de poder hacerla por medios honrados?

=Ya lo verá V., contestó Desroches; feliz ó desgraciado, crea V. que Felipe será siempre el hombre de la calle de Magarine; el asesino de la señora Descoings; el ladron doméstico: no obstante; yo no dudo que halle medios de parecer muy honrado á los ojos del mundo.

Al dia siguiente de la boda, despues del almuerzo, al que bajaron los novios él en bata y ella en chapona, cuando Rouget salió para irse á vestir, Felipe tomó á su tia del brazo, y la dijo, conduciéndola al hueco de una ventana.= Mi hermosa tia, ya es V. de la familia; gracias á mí, el notario se ha portado como queriamos; pero cuidado con tonterias! cuidado con que juguemos limpio; conozco el chasco que me podria V. dar; pero no se engañe V. y crea que estará vijilada por mí mejor que por la dueña mas severa de España. Para empezar, prevengo á V. que nunca saldrá de casa sino agarrada de mi brazo, que no soltará V. bajo ningun pretesto; y en cuanto al interior de la casa, juro á Brios, que he de ser como una araña en el centro de su tela. Voy ahora á hacerle ver á V. que mientras se hallaba en la cama, sin poderse mover, tuve en mi mano el hacerla echar de casa sin un maravedí. Lea V. y entregó á Flora, la carta siguiente.

«Mi querido amigo: Florentina que se ha pre«sentado al fin, en el nuevo teatro de la ópera

«y ha arrebatado á los espectadores en un pa-
«dedú con Marieta y Tulia, no ha cesado un
«momento de pensar en tí, y lo mismo Florenti-
«na que ha dejado á Lousteau y se ha ido con
«Nathan. Entre las dos te han hallado la cria-
«tura mas deliciosa que ecsiste en el mundo;
«una niña de diez y siete años: hermosa como
«una inglesa; modesta como una beata; fiel, co-
«mo una Lais; taimada como una figuranta y pa-
«ra colmo de felicidad instruida como de su ma-
«no, para tu servicio; no hay sobre la tierra una
«muger que pueda competir con este ángel que
«oculta las entrañas de un verdadero demonio:
«vive seguro que no hay papel por dificil que
«sea, que no haga con la mayor perfeccion, y
«que engañará á tu tio y le trastornará la cabe-
«za de amor. Tiene el aire celeste de la pobre
«Coralina, y sabe llorar; su voz arrancaria diez ó
«doce onzas al corazon mas duro, y bebe mas
«vino de Champagne, sin emborracharse, que tú
«ó yo. Es un verdadero tesoro, que debe mu-
«chas obligaciones á Marieta y desea pagárselas.
«Ya se ha comido la fortuna de dos ingleses, de
«un ruso, y de un príncipe Romano y se halla
«al presente mas pobre que una rata. Se llama
«Ester, dala dos mil duros y quedará contenta.
«En este momento me acaba de decir con una
«risa encantadora:=Sí, sí; yo que nunca he des-
«plomado á un particular! me alegro empezar,
«con eso aprenderé! Es muy conocida de Tinot,
«de Bixion, de Lupeaux, en fin, de toda nuestra

«gente. La redaccion de mi carta, se resiente de «la presencia de Nathan, Bixion, Finot y Lous-«teau que están todos presentes, con la mencio-«nada Ester, Florentina y Florina, en casa de esta «última; casa la mas magnífica que puede darse; «se la acaba de amueblar el viejo Lord Dudley. «Tulia, conserva sus relaciones con el duque «de Rethoríe y me encarga te diga que para el «cumpleaños del rey, hará que te levanten la «vijilancia de la policía. Con que cuida de que «tu tio esté ya enterrado bajo las losas, para el «dia de san Luis; ven con toda la herencia y «harás que al ménos participen de alguna parte «de ella, Esther y tus antiguos camaradas que «firman todos en masa, para que veas que no «hay uno que no se acuerde de tí.»=*Nathan. Florina.—Bixion.—Lousteau.—Minot.—Marieta.—Florentina.--Girondeau.=Tulia.*

La señora Rouget, anunciaba con el temblor de sus manos, mientras leia la carta, el miedo que se habia apoderado de su alma como tambien la emocion que este habia comunicado á su cuerpo. La tia no se atrevió á mirar al sobrino, que tenia fija sobre ella una mirada atroz.

=Ya vé V., la dijo despues de algunos instantes, que tengo mucha confianza en V. pero ecsijo la misma de su parte: no sé si V., habrá comprendido que el motivo que he tenido en hacerla á V. mi tia, ha sido el de que algun dia llegue V. á ser mi muger. Para estar al lado de mi tio vale V. mas que Esther: y dentro de un

año, estaremos en París, único pais donde la hermosura vive y goza: allí se divertirá V. algo mas que aquí porque es aquello un carnaval perpétuo; yo estoy seguro de volver á entrar en el ejército y de llegar á ser general. V. entonces será por consiguiente, una gran señora. Tal es la perspectiva que se la presenta, pero es indispensable que V. por su parte, trabaje para realizarla.... y ante todo, quiero una prenda de nuestra alianza. Quiero que en el término de un mes, me haga V. dar por mi tio un poder general é ilimitado, bajo pretesto de ecsimirse W. el uno y el otro, de los cuidados y desazones que siempre acarrean los grandes bienes. De este modo, luego que la inscripcion de la renta sobre el Estado, esté en mi nombre, será mútuo nuestro interés de casarnos. Hablo á V. mi querida tia, con precision y claridad, porque entre nosotros, no debe haber nada ambiguo, y V. conoce que yo puedo casarme con mi tia, despues de pasado el primer año de su viudez sin que nadie tenga que decir, mientras que me hubiera perdido, sin remedio casándome con una muchacha deshonrada.

Con esto salió del cuarto sin esperar respuesta. Un cuarto de hora despues, entró la Vedié para levantar la mesa y halló á su señora pálida y con un copioso sudor, á pesar del frio propio de la estacion. La infeliz esperimentaba la misma sensacion como si hubiera caido en el fondo de un precipicio: todo su porvenir se dibujaba con sombras sumamente tétricas y sombrías y en

medio de aquellas tinieblas se aparecian en una profunda lontananza, cosas monstruosas, que turbaban sus sentidos y conmovian hasta el fondo de su alma, no obstante que las hacia imperfectamente. Pareciale sentir el frio húmedo y pegajoso de los sepulcros: sentia un miedo de instinto hacia aquel hombre y no obstante, una voz que la horrorizaba, la decia que aquel hombre era digno de ser su amo. El destino arrastraba á aquella muger como en un torbellino. Flora Brazier, habia tenido una habitacion en casa de Rouget: pero la muger de este, pertenecia á su marido; asi se veia privada de aquella preciosa libertad que conserva una criada ama. En medio de la horrorosa situacion en que se encontraba, concibió la esperanza de tener un hijo; pero hacia ya muchos años, que Juan Santiago, era un caduco en toda la estension de la palabra. En fin este matrimonio, no podia ménos de producir en él, el mismo efecto que en Luis XII su segundo casamiento.

Ademas que la vijilancia de un hombre como Felipe que nada tenia que hacer, pues habia dejado su empleo para dedicarse esclusivamente á ella, hacia la venganza poco ménos que imposible. Benjamin era tambien un espía aunque inocente activo y fiel. Por otra parte, Flora tenia miedo, temia morir; y sin saber de que modo la mataria Felipe, estaba segura de que la sola sospecha de un embarazo, seria su sentencia de muerte: el eco de su voz, sus miradas túr-

bias de jugador, hasta los menores movimientos de aquel hombre, que la trataba con la mas cortés brutalidad, la hacian temblar. En cuanto al poder que habia pedido aquel feroz coronel, que en todo Issodun pasaba por un héroe, le fué otorgado en el momento que lo ecsijió, porque Flora habia caido bajo el dominio de este hombre, como la Francia bajo el de Napoleon. En cuanto á Rouget, semejante á la mariposa, que se vé presa en la cera medio derretida de una bujia, disipaba sus fuerzas con las tentativas mismas que hacia para recobrarlas; y el sobrino que presenciaba esta agonia lenta y horrorosa, permanecia tranquillo espectador de ella, como un diplomático de 1814 durante las convulsiones de la Francia Imperial.

Felipe que no tenia fé en Napoleon II, escribió al ministro una carta que Tulia le hizo entregar en manos propias por el duque de Rhetoré y que decia así:

Exmo. Sr.:=«Napoleon ha cesado de ecsistir: «quise despues de haberle empeñado mi fé, per«manecer fiel; mas en el dia libre ya de mis jura«mentos, puedo honrosamente ofrecer mis servi«cios á S. M., Si V. E. tiene la dignacion de es«plicar mi conducta á S. M. yo me lisonjeo que «la verá conforme con las leyes del honor, ya «que por desgracia, en una sola ocasion, no la «haya sido á las del reino. S. M. no ha estraña«do que el general Rapp, llorase á su antiguo «dueño, y por la misma razon, tendrá quizas igual

«indulgencia conmigo: sobre todo si su real ánimo «se digna recordar que aquel fué mi bienhechor.

«Suplica á V. E. tenga á bien tomar en con«sideracion, la solicitud que tengo el honor de «dirigirle, de un empleo conforme á mi rango; «y por mi parte, aseguro á V. E. de mi mas «completa sumision; esta asegura á S. M. en mí «el mas fiel de sus súbditos.

«Quedo, Ecxmo. Sr., con el mas profundo res«peto y distinguida consideracion.=Su mas atento y humilde servidor.=FELIPE BRIDÓ.=*Antiguo gefe de escuadron de la guardia, oficial de la Lejion de Honor, bajo la vijilancia de la policía en Issodun.*

A esta carta iba unida una solicitud, pidiendo permiso para residir en París, por asuntos de familia. El señor Monilleron, unió á ella, las certificaciones del alcalde, del subprefecto y del comisario de policia de Issodun, todas altamente favorables para Felipe y apoyándose en los artículos insertos en los periódicos en ocasion del casamiento de su tio.

Quince dias despues, en la época precisamente de la esposicion pública en París, recibió Felipe el permiso que solicitaba y una carta del mismo ministro en la que le anunciaba que S. M. por primera gracia, habia tenido la dignacion de reponerle en su grado de teniente coronel, en el cuadro del ejército.





VI.

El arrepentimiento de una Santa.

Llegó Felipe á París, con su tia y el viejo Rouget, al cual tres dias despues condujo al Tesoro y le hizo firmar el transporte de sus rentas que desde aquel momento fueron suyas. El moribundo Rouget y su esposa fueron abismados por Felipe en las mas estravagantes diversiones de aquella sociedad peligrosa, compuesta de incansables actrices, periodistas, artistas y mugeres de una virtud equívoca, con quienes él habia gastado ó mas bien agotado su juventud, y en la que Rouget encontró tantas Cangrejeras, como dias tiene el año. Girondeau, se encargó de procurar al viejo Rouget la misma muerte agradable, que despues, segun dicen, ha ilustrado un mariscal de Francia. Lolotta, una de las figu-

rantas, ó comparsas mas bonitas de la ópera, fué segun dicen el amable asesino de aquel anciano. Murió este viejo Berrichon, de resultas de una cena espléndida que habia dado Florentina, de suerte que fué muy dificil decir con certeza, si su muerte era debida á la cena ó á Lolotta. Esta aseguró que la causa de aquella catástrofe habia sido una enorme tajada de pastel de anades; y como aquella obra muerta de Strasburgo (a) no podia defenderse, quedó naturalmente condenada, y la muerte del pobre imbécil se achacó á una indigestion. Su esposa se vió de este modo libre, enmedio de un mundo que era su elemento; pero Felipe la dió por Mentor á Marieta y encargó á esta que no permitiese á la viuda ninguna locura; no obstante parece que tuvo no pocas distracciones, durante su luto.

En octubre de 1823, volvió Felipe á Issodun, revestido de un ámplio poder de su tia, para liquidar la herencia de Rouget: y esta operacion debió hacerse con bastante rapidez, puesto que en enero de 1824 estaba de vuelta en París, con seis millones y seiscientos mil reales, producto neto y líquido, de todos los bienes del difunto, sin contar los cuadros preciosos que desde que los devolvió Desroches, no habian vuelto á salir de casa de Rouget. Felipe colocó sus fondos en casa del banquero Mongeron de hijo: la misma

(a) Estos pasteles de Strasburgo en Alemania, son tan estimados que los llevan á todas las ciudades del mundo.

en que estaba Baruch Borniche, á consecuencia de haber recibido noticias esactas y muy circunstanciadas por el señor Hochon, de su solidez y solvabilidad: aquella casa tomó los seis millones y medio al 6 p $\%$: pero á condicion de que en caso de retirar la totalidad, se le avisaria con tres meses de anticipacion.

Una mañana, Felipe se presentó en casa de su madre y la rogó asistiese á su casamiento que tuvo por testigos á los señores Girondeau, Tinot, Nathan y Bixiou. Por el contrato, la señora viuda Rouget, cuyos bienes ascendian á cuatro millones, instituian á su nuevo esposo el coronel Bridó, por su heredero único y universal en caso de morir ella sin hijos. Ni se pasaron papeletas, ni hubo visitas, ni fiestas de ninguna especie; pues Felipe tenia sus miras: alojó á su muger en la calle de S. Jorge en una habitacion que Lalotta le vendió, completamente amueblada, que pareció á Flora deliciosa, y en la que el coronel, rara vez ponia los pies. Sin que nadie lo supiese y cuando no se pensaba en la importancia que algun dia adquiriria aquella parte de la capital, Felipe compró en un millon de reales una magnífica casa ó mas bien palacio: pagando de esta cantidad seiscientos mil reales con sus rentas y conviniendo en pagar el resto en dos años. Gastó ademas enormes sumas en preparar y decorar lo interior del edificio y en amueblarle: pero para esto le bastaron sus rentas de dos años: allí los famosos cuadros de su tio, per-

fectamente restaurados, brillaron en todo su esplendor.

Cuando Carlos X subió al trono, la familia del duque de Chalieu, gozó de un favor sin límites, y su hijo primogénito el duque de Rhetoré, veia muy amenudo á Felipe y á Tulia. Carlos X con cuyo advenimiento al trono, se creyó asegurada la rama primogénita de los Borbones, tomó el consejo, que á su antecesor habia dado el mariscal de Gouvion-Saint-Cyr, de hacerse partidarios entre los militares del Imperio. Felipe, que sin duda, hizo algunas interesantísimas revelaciones acerca de las conspiraciones de 1820 y 1822 fué nombrado teniente coronel en el regimiento del duque de Maufrigneuse. Este jóven y encantador gran señor, se creia obligado á recompensar de algun modo á un hombre á quien habia quitado á Marieta. De suerte que el cuerpo de bailarines de la ópera no dejó de tener parte en el nombramiento de Felipe; ademas que la sabiduría del consejo de Carlos X habia decidido, que el Delfin, representase el papel de ser un poco liberal; Bridó, en su calidad de menino del duque Maufrigneuse, fué presentado no solo al Delfin, sino tambien á su augusta esposa, á la que no disgustaban las caractéres rudos como el suyo, y sobre todo los militares que se habian mostrado fieles. Felipe, que veia perfectamente su negocio, tuvo maña bastante, para hacerse nombrar edecan de un mariscal de la corte. En enero de 1827 Felipe pasó á la guardia, de te-

niente coronel del regimiento que entónces mandaba el duque de Maufrigneuse y solicitó la gracia de nobleza. Esto se habia hecho casi una costumbre desde la restauracion, para los plebeyos que servian en la guardia real. No es pues estraño, que el coronel Bridó que acababa de comprar, los estados de Bramburgo, habiendo pedido permiso de erijirlos en mayorazgo con el título de conde lo obtuviese; sobre todo, teniendo un sinnúmero de relaciones en la mas brillante sociedad, que frecuentaba con el mayor fausto de sus coches libreas, en las que no le aventajaba ningun gran señor. Tan luego como el teniente coronel del mas bello regimiento de caballeria de la guardia, se vió designado en el almanaque bajo el título de conde de Bramburgo, empezó á frecuentar asiduamente la casa del teniente general de artillería conde de Soulanges, valiéndose de cuantos medios estaban á su alcance para inspirar amor á la hija mas jóven del general. Insaciable en su ambicion, y apoyado por otra parte, por las queridas de todos los primeros personages de la corte, no tardó Felipe en solicitar ser nombrado ayudante de campo de su alteza el Delfin. Tuvo la audacia de decir con una aparente y militar franqueza á la Delfina «que un viejo militar que habia sido herido en numerosos campos de batalla, y que conocía á fondo el arte de hacer la guerra, no seria inútil en alguna ocasion para su alteza.» Este nuevo proteo que tomaba á placer la forma

que le convenia fué la que debia ser en aquella atmósfera superior de la corte, asi como habia sido un mojigato en Issodun. Ademas sus equipages y casa eran magníficos en estremo; dió tambien fiestas y bailes con suntuosidad oriental, á los que tuvo buen cuidado de no admitir á ninguno de sus antiguos amigos que podian comprometerle por su posicion social: por lo mismo, no tuvo la mas leve compasion á sus camaradas de pasadas orjías; y aun se negó rotundamente á Bixion que le vino á hablar para que se interesase por Girondeau, que quería volver al servicio. Contestando á sus instancias; no puede ser, no me es posible interesarme por un hombre qne vive con una bailarina.

=¿Con qué eso es lo que te ha contestado cuando le hablaste de mi? dijo Girondeau á Bixion ¡de mí que le desembaracé de su tio!

=No tengas cuidado, que ya nosotros le buscaremos su S. Martin, contestó Bixion.

Felipe entretanto, queria casarse con la señorita Amelia de Soulonges: ser genéral y mandar uno de los regimientos de la guardia Real. Fué tanto lo que pidió, que para hacerle callar, le nombraron comendador de la lejion de honor y comendador de S. Luis.

Una tarde que su madre y su hermano, volvian á pié y calados por un fuerte aguacero, de un paseo que habian ido á dar á los campos Eliseos, vieron á Felipe, que cubierto de cruces y condecoraciones; pasó salpicándoles en su ele-

gante coupé, forrado de seda color de canario y tirado por dos soberbios caballos de un precio enorme, que le conducian á un baile que la nobleza daba en el Eliseo Borbon. Al ver á su madre y á su hermano, les hizo un saludo de proteccion, mientras que sus fogosos caballos los cubrian de lodo de pies á cabeza.

=¿Pero no vé V. como prospera ese demonio? dijo José á su madre. Yo me alegro, pero me parece, que bien podria regalarnos alguna cosa que no fuese el lodo con que nos acaba de salpicar.

=Hijo mio, contestó su madre; su posicion social es tan alta y brillante, que no es estraño nos olvide. Son tantos los sacrificios que habrá tenido que hacer, tantas las obligaciones que le habrá sido forzoso llenar, para subir una cuesta tan rápida, que no es estraño le falte tiempo para venirnos á ver, sin que deje por eso, de pensar en nosotros.

Una noche, el duque de Maufrigneuse dijo al conde de Bramburg que le hablaba de sus proyectos y esperanzas:=Amigo mio, estoy seguro que la solicitud de V, le será concedida; pero cuidado con olvidar, que para casarse con Amelia de Soulonges, seria necesario que fuese V. libre ¿que ha hecho V. de su muger?

=¡De mi.... muger! esclamó Felipe con un gesto, un metal de voz y una mirada que solo Federico Lemaitre, (a) ha podido imitar ó adi-

(a) Famoso actor del teatro Francés.

vinar en uno de sus mas terribles papeles.... mi muger, continuó repuesto de su turbacion, por desgracia tengo la triste certeza de no poderla conservar. Antes de ocho dias, habrá cesado de ecsistir. Ah! señor duque: V. no sabe lo que es un casamiento mal proporcionado. Mi muger, señor duque, lo confieso aunque con verguenza, ha sido cocinera; tiene los gustos de una plebeya y me deshonra: crea V. que soy bien digno de compasion. Pero he tenido el honor de esplicar cual es mi situacion á S. A. R. la señora Delfina. Para salvar una suma de cuatro millones de reales que mi tio habia dejado á esa criatura, hube de contraer esta horrible alianza; por fortuna, mi muger se ha aficionado á los licores y bebidas fuertes; y su salud se ha deteriorado de tal modo y con tan espantosa rapidez, que le quedan muy pocos dias de vida. Con su muerte, entraré yo en posesion de los cuatro millones de que he hablado y que están depositados en casa del banquero Mongerond; tengo ademas ciento y tantos mil reales de renta en el cinco por ciento; y mi mayorazgo me produce mas de ciento ochenta mil. Si como es de presumir, el conde de Soulanges, obtiene el baston de mariscal, yo puedo lisonjearme con el título de conde de Bramburg, de llegar á ser general y par de Francia. Al ménos me parece que tal debe ser el retiro de un ayudante de su alteza real el Delfin.

En marzo de 1828 la señora Bridó, directora de un acreditado despacho de lotería, que hacia desempeñar por un hombre de toda su confianza, no podia aun persuadirse de la gloria escesivamente conquistada, de su hijo el pintor José Bridó. Este eminente artista que daba rienda suelta á sus pasiones, tenia enormes necesidades, producidas por el lujo con que le era forzoso vivir, á causa de sus altas relaciones en el mundo, y la distinguida posicion que ocupaba en la escuela moderna. Aunque sostenido poderosamente por sus compañeros y por la señora Desroches, su estilo no gustaba á la clase media (que es precisamente la que en el dia sotienen las artes, porque es la que reune el dinero) que no gusta de abrir su bolsa para animar á un talento disputado como lo era el de José. Los clásicos, y cuantos críticos siguen como carneros á aquellas dos autoridades no convenian en su mérito. En fin, su mismo hermano, parecia no convencerle cuando le hablaban de José. De este modo, nuestro jóven artista, aunque sostenido por Gros y Gerard (a) que le hicieron obtener la cruz de la legion en la esposicion de 1827 tenia poco trabajo: el ministerio y la casa real compraban con dificultad sus obras: y con mucha mayor aun, la hacian los ricos particulares y los estrangeros: todo el mundo sabe que su genio impetuoso no el

(a) Los mas célebres pintores de este siglo.

permite adherirse estrictamente á las reglas del arte y de aquí resultan ciertas desigualdades, de que se aprovechan sus enemigos, para negar el mérito estraordinario de sus composiciones.

=Amigo mio, lé decia un dia su amigo Pedro Grassou que pintaba unos cuadritos perfectamente concluidos y que agradaban sobre manera á la gente media; la pintura en grande, las composiciones de mucho estudio, han perdido el pleito.

=Lo que tú necesitarias, seria tener que pintar una Catedral entera, le decia Schinner.

Estos dichos, que asustaban sobre manera ó la buena Agata, venian en apoyo de la opinion que desde un principio se habia formado de sus dos hijos, Felipe y José. ¿No era Felipe con efecto, el honor de la familia? No obstante que el mismo atribuia sus primeros errores á la inaccion de un juicio superior. Hacia poco caso de las obras de José, porque como las veia desde el bosquejo, no las podia admirar, cuando se hallaban concluidas; y así le creia tan poco adelantado en 1828, como en 1816: debia tambien sumas crecidas, de suerte que las deudas le agoviaban y como decia ella, *habia tomado un oficio ingrato, que no le daba de comer*: por fin, no podia concebir, como le habian dado la cruz de la Lejion: mientras que Felipe, que habia llegado á ser conde, que habia tenido bastante firmeza para no volver al juego, que estaba siempre convidado á las tertulias de S. A., que se

presentaba en las revistas y en la comitiva real, vestido con un magnífico uniforme, con dos bandas é infinidad de cruces, realizaba todo sus sueños maternos. Un dia de una ceremonia pública, tuvo Felipe la satisfaccion de borrar victoriosamente su antigua miseria, pasando delante de su madre, por la calle de la escuela, delante del Delfin, cubierto de oro todo su uniforme de husar, mientras que ella, á pesar de no reconocer en lo interior de su corazon á otro hijo, sino al pomposo cortesano, era para el pobre pintor, una especie de hermano de la caridad. Todo su orgullo estaba depositado en el escojido ayudante de S. A. R., á quien creia deber muy pronto su fortuna: y se olvidaba la infeliz, que debia su despacho de loteria al pobre José.

Un dia vió Agata á este tan atormentado á causa de la cuenta enorme del almacen de colores, que aunque maldiciendo las artes, se determinó á hacer un esfuerzo para librarle de una vez de sus deudas. La infeliz madre, mantenia la casa con los productos de su despacho de loteria, y se guardaba muy bien de pedir jamás un maravedí á José; no es estraño, que no pudiese hacer ninguna economia; pero la importaba poco, porque contaba con el buen corazon y la bolsa de Felipe. Hacia tres años que todos los dias esperaba ver entrar á este en su casa, trayendo una suma enorme, que ella queria entregar intacta á José á fin de que este variase de opinion respecto á su hermano, lo que no

era facil, por que tanto él como el procurador Desroches la tenian muy mala, ó por mejor decir, muy justa. Pero viendo que sus esperanzas no se realizaban, se determinó por fin, sin que José lo supiese, á escribir al conde la carta siguiente.

Al señor conde de Bramburg.=«Mi querido «Felipe: hace cinco años, que no das á tu ma«dre ni un solo pensamiento; y te olvidas de lo «mucho que necesariamente ha de sentir tu ne«glijencia: no debieras olvidar así lo pasado, aun«que no fuera sino por tu buen hermano. Este, «se vé hoy en la mayor y mas urgente necesi«dad, mientras que tú, nadas en la opulencia; «pasa su vida trabajando; y tú, en un torbellino «de magníficas fiestas y diversiones. Tu te has «apoderado de todos los bienes de mi difunto «hermano; y si hemos de creer al jóven Borni«che, tus rentas no bajan de ochocientos mil «reales anuales. Pues bien, lo único que te pido, «es que vengas á ver á José y durante tu visi«ta, puedes sin que él lo vea, echar en la cala«vera que tiene en su estudio, una docena de «billetes de cuatro mil reales: bien conoces que «esto es lo menos que puedes hacer; no obstan«te, tu hermano te lo agradecerá como un favor «especial y tu madre recibirá en ello estraordi«nario placer.» Tu madre que te ama de todo co«razon.=AGATA.

Dos dias despues, la criada, entrando en el estudio de José que estaba almorzando con su

madre, entregó á esta, la terrible carta siguiente:

«*Mi querida madre*: para casarse con Amelia «de Soulanges, es preciso tener los bolsillos bien «llenos; sobre todo, cuando debajo del nombre «de conde de Bramburg, es preciso escribir el de «vuestro hijo:=FELIPE BRIDÓ.

Agata, luego que hubo concluido la lectura de esta carta, la dejó caer de las manos y ella misma dió, consigo casi desmayada, en la otomana del estudio. El lijero ruido que hizo el papel al caer y la esclamacion de dolor, casi imperceptible que no pudo reprimir su madre, llamaron la atencion del artista: miró lo que era y al ver á su madre caida y pálida como un cadáver arrojó un grito y se precipitó hácia ella cojiéndola en sus brazos: llevóla al punto á su misma cama y llamando á la criada, la envió corriendo en busca de su amigo Bianchon. Luego que Agata volvió en sí, José la preguntó con tales instancias la causa de aquel accidente, que ella no pudo menos de confesarle haber escrito á Felipe y la horrible respuesta que de él habia recibido. Al punto fué José á buscar aquella carta, cuyo estilo seco y brutal, habia despedazado el corazon delicado de aquella pobre madre y derribado para siempre el pomposo edificio que su amor materno levantára en su imaginacion.

Al volver José al lado de su madre, tuvo bastante presencia de ánimo para callar, y du-

rante las tres semanas que duró la enfermedad ó mas bien la agonía de aquella infeliz muger, ni una sola vez, pronunció el nombre de su hermano. Bianchon venia diariamente y cuidó á la enferma con todo el interés de la amistad, pero desde el primer momento habia anunciado á José la imposibidad de poder salvar su vida.

=A su edad, dijo el médico al pintor, y en las circunstancias en que se encuentra tu madre, no se debe pensar en otra cosa, sino en hacer que su muerte sea, lo menos amarga que pueda darse.

Pero Agata, se sentia tambien dispuesta para morir; al dia siguiente de su ataque pidió ella misma que se llamase al P. Loraux, que hacia veintidos años, era su confesor. Tan luego como se vió sola con él, y hubo aliviado su conciencia y dado libre curso á los sentimientos de su corazon, dijo lo que ya hacia algunos años habia dicho á su madrina y que habia repetido muchas veces desde entonces. =¿En qué he podido yo ofender á Dios? ¿no le he amado sobre todas las cosas? ¿no he seguido ó hecho por seguir constantemente en el camino de la salvacion? ¿cual es mi falta? ¿si he cometido por ignorancia alguna ofensa, me quedará el tiempo necesario para repararla?

=No; contestó el anciano (cuyos cabellos pendian sobre sus hombros blancos como la nieve vírgen) con voz suave. Tu vida hija mia, ha

sido pura; y ninguna mancha mancilla tu alma; pero el ojo de Dios, infeliz y aflijida criatura, es mas penetrante que el de sus ministros. Yo por mi parte, conozco, aunque demasiado tarde, que he sido engañado por tí; porque tú, te engañabas á tí misma.

Al oir aquellas terribles palabras pronunciadas por una boca de la que hasta entonces no salieron sino acentos de paz y dulzura para ella, Agata se incorporó en su cama y abrió sus ojos espantados que espresaban la angustia y el terror.

=¡Diga V. padre, diga V! esclamó.

=Consuélate hija mia, contestó el sublime anciano, y no dudes del perdon por el modo mismo como eres castigada; piensa que Dios no trata severamente en la tierra sino á los que ha elegido para el cielo. ¡Desgraciados de aquellos, cuyos crímenes parecen hallar una recompensa en este valle de lágrimas! sufrirán mil y mil veces en el polvo de la humanidad, hasta que á su vez se vean rigorosamente castigados por faltas lijeras; y de este modo se purificarán para el cielo.... Toda tu vida, hija mia, ha sido un pecado continuo por el que te ves con un pie en el sepulcro que tu mismo te abrieras; asi es que venimos á ser las víctimas de nuestras propias pasiones. Tu diste todo tu corazon á un mónstruo en quien cifrabas tu gloria, y desconocistes á aquel de tus hijos que era tu gloria verdadera! Has sido tan injusta,

que ni siquiera reparastes en el poderoso contraste que ecsiste entre esos dos hijos: debes tu ecsistencia á José; mientras que Felipe, te ha robado la paz del alma y los bienes del mundo. El pobre hijo que te ama, sin obtener en pago tu terneza, es precisamente el que te trae tu pan cotidiano: mientras que el rico, que jamás ha pensado en tí, te desprecia y que desea tu muerte, es el solo dueño de todo tu afecto.

—¡Dios mio!.... esclamó Agata.

—Sí, prosiguió el sacerdote: tu humilde condicion, irrita el orgullo, y abate las esperanzas de ese inícuo.... ¡Madre! he aquí cual es tu crímen! Muger, regocija tu corazon; puesto que tus sufrimientos son un justo castigo y te anuncian que vas á gozar de la paz del Señor, en el mundo de los justos y de los bienaventurados. Tu hijo José tiene un alma tan bella y tan noble, que no obstante la injusta preferencia que siempre distes á su hermano, jamás su terneza ha conocido la menor disminucion. Amale bien: ámale con todo tu corazon; y deposita en él todo tu cariño, durante los pocos dias que te quedan! ruega por él al Altísimo, mientras que yo voy á rezar por tí.....!

Los ojos de esta infeliz madre abiertos por tan poderosas sentencias, consideraron con terror el curso de su vida pasada. Entónces conoció, á la luz de la severa antorcha de la religion, sus involuntarios errores, y prorrumpió en un diluvio de lágrimas. El anciano ministro del Señor, se sintió de tal modo conmovido por

el espectáculo de aquel arrepentimiento de una falta debida á la ignorancia, que hubo de dejar el aposento para ocultar su debilidad.

Dos horas despues de la salida del confesor, José entró en el cuarto de su madre: venia de casa de uno de sus amigos quien le habia prestado el dinero necesario para pagar las deudas mas indispensables y se acercó al lecho de puntillas creyendo que Agata dormia: de modo, que pudo sentarse en el sillon que estaba á la cabecera, sin que la enferma lo notase: pero á poco, un sollozo, acompañado de las palabras siguientes=¡me perdonará! hizo levantar precipitadamente á José, cuyo cuerpo se horripiló creyendo que su madre se hallaba en el delirio que por lo general precede á la muerte.

=¿Qué tiene V. madre mia? dijo: y mirándola con atencion, se aumentó su terror, viendo sus ojos anegados en lágrimas y su rostro que espresaba un agudo dolor.

=Ah José! ¿puedes perdonarme? hijo mio de mi vida, le preguntó la moribunda.

=¿Y que he de perdonar á V? contestó el artista.

=Es que yo no te he amado, como tu lo merecias.

=¿Como, que? ¿que no me ha amado V? esclamó él ¿pues no hace siete años que vivimos juntos? ¿no la veo á V. todos los dias? ¿no la oigo á V. hablar? ¿no es V. la dulce é indulgente compañera de mi vida miserable? ¡ya se

vé, á V. no la gusta la pintura!... pero es porque no la entiende... y al fin este gusto ha de venir de adentro: ¡pues! con que y yo que estaba diciendo ayer á Grassou: lo que me consuela en la lucha que estoy sosteniendo, es que me queda mi buena madre, que es precisamente como debe ser la muger de un artista; es decir, que cuida de todo; no me deja carecer de nada, y lo hace sin que parezca.

=Nó José, nó; le contestó la madre con dolorido acento: tu sí, me amabas con todo tu corazon; pero yo infeliz no te devolvia amor por amor..... ¡Dios mio, cuanto me alegraria poder vivir!... dame tu mano José....

Tomó la mano de su hijo, la besó, y la tuvo largo tiempo apretada sobre su corazon: en seguida se puso á mirarle fijamente y sus miradas espresaban toda la entrañable ternura que hasta entonces solo habia sentido por Felipe. El pintor, que entendia perfectamente la espresion del rostro, se sintió tan escesivamente conmovido con la que aparecia en el de su madre, que no pudo menos de sentir que por la primera vez, el corazon de esta se abria para él: no pudo contenerse y estrechándola entre sus brazos por algunos instantes y fuera de sí, con voz apenas articulada, pronunció estas palabras.=Ah! madre mia, madre mia!...

=¡Sí, contestó ella, conozco que me perdonas, y Dios no puede menos de confirmar el perdon que un hijo concede á su madre!

=Mire V. madre; es necesario calmarse: déjese V. de sentimiento; vamos, todo está concluido: yo por mi parte conozco que en este momento, me ha amado V. por toda mi vida; y hablando así, volvió José á recostar á su madre con el mayor cuidado y ternura.

Durante las dos semanas, que duró la agonía de esta santa, fueron divinas las miradas que echaba á José: en todos sus jestos y movimientos estaba pintado un amor tan puro, tan perfecto, que no parecia sino que en cada una de aquellas efusiones del corazon, se reconcentraba la ternura de toda la vida. La pobre madre ya no pensaba sino en aquel hijo: teniase á sí misma en nada, y de este modo, sostenida por su amor, no sentia sus padecimientos. Se la ocurrieron muchos dichos tiernos é inocentes como los de los niños. D' Arthes, Chrestien, Fulgence, Ridal, Grassou y Bianchon, venian con frecuencia á hacer compañia á José y hablaban en voz baja en el cuarto de la enferma.

=Ah! que daria yo, por saber lo que es el colorido! dijo esta un dia, oyendo una discusion sobre un cuadro.

Esta ocurrencia, divirtió y enterneció á la vez á los seis amigos.

=El colorido señora, contestó D' Arthes, es precisamente lo que los pintores deben hallar en el momento en que los objetos están en todo su esplendor de su efecto. Todo en la naturaleza, tiene un colorido particular.

=Ya entiendo dijo ella; es lo mismo que mi corazon que en este momento en que amo á mi José con toda la fuerza de mi alma, tendrá ese colorido de que W. hablan.

=¡Que les parece á W. dijo Chrestien ¿ven W. como el instinto, reemplaza á la ciencia, y cuan inferior es la práctica á la teoría?

Por su parte, la conducta de José para con su madre, fué sublime. Ni un solo instante dejó el cuarto de su madre; cuidaba de ella, como si fuese una niña; la mimaba y correspondia á su entrañable cariño con un afecto igual. Los amigos de este gran pintor, vieron en su comportamiento, uno de esos espectáculos sublimes, que no se olvidan jamás. Todos aquellos jóvenes, que reunian en sí, un caudal de génio talento y gran carácter, se condujeron con respecto á José y á su madre, como debian hacerlo: eran ángeles que rezaban y lloraban con él, no precisamente con palabras y lágrimas, sino uniéndose á él, con el pensamiento y con las obras.

José como verdadero artísta, tan eminente por sus sentimientos, como por su gran talento, adivinó por algunas miradas de su madre, el secreto deseo que oprimia su corazon y sin perder momento, dijo á D' Arthes:=Ha amado demasiado, durante toda su vida, á ese infame Felipe, para no quererle ver antes de morir....

En consecuencia, rogó á Bixion, que estaba en relaciones con la sociedad jitanesca que Felipe frecuentaba aun, que procurase obtener de aquel

mónstruo desnaturalizado, representara, siquiera por piedad, el papel de un hijo para con su madre; á fin de proporcionarle algun consuelo en sus últimos momentos, y Bixion que era un verdadero misántropo y observador crítico, se encargó muy gustoso de desempeñar aquella comision. Luego que hubo esplicado al conde de Bramburg, que recibió al plenipotenciario fúnebre, en un suntuoso cuarto de dormir, entapizado de damasco caña, el coronel prorrumpió en una estrepitosa carcajada.

=¿Y qué mil demonios, quieres tú que yo vaya á hacer allí? contestó tan pronto como su sacrílega risa le permitió: El único, el mayor servicio que puede hacerme la pobre vieja, es morirse lo mas pronto posible, porque haria una triste figura el dia de mi boda con la señorita de Soulonges: en fin, cuanto mas reducida se vea mi familia, tanto mejor para mi posicion social. Ya comprendes que lo que yo quisiera fuera poder borrar el nombre de Bridó, de todos los monumentos fúnebres del Pere-la-Chaide (a).... Mi bestia de hermano me asesina haciendo público y aun segun creo algun tanto artísticamente célebre, mi verdadero nombre. Tú amigo, tienes sobrado talento para no conocer lo crítico de mi

(a) Cementerio de Paris: hay pocos nichos. La mayor parte de las personas acomodadas, yacen en espléndidos mausoleos; ocupa un inmenso terreno cortado en calles y paseos como un vasto jardin; pues la mayor parte de los sepulcros están rodeados de árboles.

situacion. Dime, si llegases á ser diputado (y vive Dios que con seriedad, tono doctoral y misantropia, te harias temer mas que Chauvelin y probablemente llegarias á ser conde de Bixion, director de Bellas artes &c. &c.); te gustaria que tu abuela Descoings viviese aun, y estuviese siempre á tu lado, con su aire de santa beata? ¿La darias el brazo en las Tullerias? ¿La presentarias á la noble familia, con la que entonces naturalmente querrias emparentar? Bien seguro es que si tal sucediese la querrias ver ¡por Cristo! á cien pies debajo de tierra, encerrada en su ataud de plomo.=Vamos ¡no hablemos mas de eso, que son sandeces!.... quédate á almorzar conmigo, y charlaremos. Y para que veas que soy franco, te diré que nadie mejor que yo, conoce que soy un advenedizo; pero por lo mismo, procuro como el diablo, que no se me vean las uñas, y quisiera raparme á navaja para hacer desaparecer hasta las raices el pelo de la dehesa..... Si llego á tener un hijo, él será mas dichoso que yo, él si que será realmente un gran señor, ¡supongo que deseará mi muerte!.... es claro, y si no lo hiciera no seria mi hijo.

En esto tocó la campanilla, y habiendo entrado su ayuda de cámara, le mandó que le sirviera un almuerzo delicado, y repitió á Bixion, que se quedase á almorzar con él.

=Todo eso está muy bien, respondió Bixion; pero ese gran mundo al que te sacrificas, no

te verá en el cuarto de tu madre, y te costaria bien poco, aparentar que la quieres tan solo por algunos instantes.

=¡Uf!.... Dijo Felipe, guiñando un ojo..... Vamos ya caigo; acabáramos hombre; tú vienes de su parte. Mira yo soy perro viejo; pero aun no he perdido el olfato. Mi madre con achaque de su último suspiro, quiere pegar un pellizco á mi bolsillo á favor de su José.... ¡pero sí! á buena parte.... amigo mio, acá no cuela....

Cuando aquel mismo dia, Bixion repitió esta conversacion á José, el pobre pintor sintió que se le helaba la sangre en las venas.

La misma tarde la pobre Agata, con voz casi inarticulada, preguntó: ¿Sabe Felipe que yo estoy mala?

José no pudo resistir y se escapó de la habitacion, casi ahogado por las lágrimas; pero el P. Loraux, que estaba sentado á la cabecera de la enferma, la tomó de la mano, se la apretó y dijo: ¡señora, resignaos, no teneis sino un hijo!.....

Agata, al oir aquellas palabras, de las que comprendió toda la fuerza, tuvo una crísis, con la que empezó su agonía.... Veinte horas mas ¡habia vivido!.... Pero en el delirio que precedió á su muerte, esclamaba á menudo... ¡señor! señor! ¡á quién se parece Felipe!

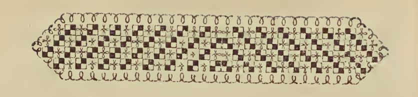
José fué el solo que acompañó á su madre á la última morada... Felipe habia ido á Orleans pretestando una comision del servicio;

pero en realidad, huyendo á consecuencia de la carta siguiente que su hermano le habia escrito, en el momento en que espiraba su madre.

«¡Mónstruo!.... mi pobre madre ha muerto, «víctima de la carta que la escribistes; ponte «luto; pero fíngete enfermo....... *No quiero que «su asesino* esté á mi lado en presencia de su «féretro.»=José.







VII.

Conclusion.

—

El artista no se sentia con bastante valor para ponerse á pintar, aunque quizás la distraccion que procura un trabajo asíduo, le hubiera sido mas útil que nada. No obstante, sus amigos lo arreglaron de modo, que no se quedó ni un momento solo.

Bixiou, que queria á José hacia parte del grupo de los amigos que se habian reunido en el estudio del pintor, quince dias despues de la muerte de Agata. En aquel instante, entró la criada apresuradamente y entregó á José una carta, que segun dijo habia traido una vieja que esperaba la respues-

ta en la porteria, y decia ser muy urgente. La carta contenia estos renglones.

«Caballero:=V. á quien no me atrevo á llamar hermano; pero á quien debo dirijrme siquiera por el nombre que llevo....» aqui se paró José y volviendo la hoja, miró la firma y leyó.=*La condesa, Flora de Bramburg*: este nombre le hizo temblar; porque presintió algun nuevo crímen cometido por su hermano....

¡Ese asesino, dijo para sí, sobrepuja en maldad al mismo demonio! ¡y ese es el que pasa en el mundo por un hombre de honor! ¡Y ese infame ha subido á lo mas alto de la rueda de la fortuna, en lugar de ser descuartizado vivo! ¡Y ese pillo se llama y es llamado Sr. conde!

=¡Cuántos hay de estos! dijo Bixion.

=Pero por otra parte, esta Cangrejera bien merecia que la pescáran tambien; continuó José; nunca valió un cuarto: bien me acuerdo del tiempo en que me hubiera dejado ahorcar como á un facineroso, sin decir siquiera *ese hombre está inocente.*

Al decir esto, José tiró la carta al suelo, pero Bixion la cojió en el aire y leyó en alta voz lo siguiente...

«¿Le parece á V. regular, que la señora con-«desa de Bramburg, sea cual fuere su delito va-«ya á morir á un hospital? Si tal es mi destino, «si tal es la voluntad del señor conde y la de V., «sea asi... Pero al menos, puesto que es V. ami-

«go del doctor Bianchon, tenga V. la bondad de «obtenerme su proteccion, á fin de que pueda en«trar en el hospital. La muger que entregará «á V. esta carta se ha presentado once dias con«secutivos en el palacio de Bramburg, sin po«der obtener para mí el mas leve socorro de «mi marido; mi humilde nacimiento me impide «llamar á un procurador, á fin de entablar un «pleito y obtener de la justicia de un tribunal, «lo que me es debido, é indispensable para mo«rir en paz. Por lo demas, mi muerte es in«falible; demasiado lo sé. Por tanto, si V. no «tiene á bien ocuparse de su desgraciada cuña«da, deme V. al menos una limosna, indispen«sable para poner fin á mis dias. Estoy conven«cida de que su hermano de V. quiere mi muer«te y de que siempre la deseó: un dia me dijo que «tenia tres medios seguros para matar á una «muger; y estoy persuadida de que ha emplea«do alguno de los tres, aunque no puedo pene«trar cual haya sido.

«Si por acaso, V. se digna socorrerme y quie«re cerciorarse por sus propios ojos de la mi«seria en que me hallo, vivo calle de Houssayes, es«quina á la de Chautereine, piso quinto. Si ma«ñana no pago los dias de alquiler de casa que «debo, me echarán.... ¿y á donde ir, Dios mio?

«Queda de V. su afecta cuñada.=

=*La condesa Flora de Bramburg.*

—¡Que pozo de iniquidades! esclamó José.....

¿quién es capaz de juzgar el fondo de esta nueva maldad?

=Ante todo, observó Bixion, lo mas acertado, me parece será que hagámos subir á esa muger. Estoy en que lo que nos diga hará un bonito prefacio á lo que venga despues.

A pocos momentos, entró una muger, que segun pensó Bixion, era un paquete de harapos andando.... Era con efecto un envoltorio de vestidos viejos y sucios, chorreando lodo, á causa del tiempo, sostenido por unas piernas y pies hinchados, cubiertos de unas medias que por sus zurcidos y remiendos, tenian una pulgada de grueso, y zapatos que á cada paso, daban un chasquido y arrojaban agua por las costuras: por encima de estos miserables trapos, se elevaba una cabeza, que pudiera dar una idea de la de Medusa, envuelta en un pañuelo de seda, tan asqueroso y viejo, que se habia abierto por los pliegues.

=Como se llama V? preguntó José á la muger, mientras que Bixion, sacaba un bosquejo de su figura apoyada en un enorme y jironeado paraguas del siglo pasado.

=Me llamo la señora Gouget, para servir á V.: asi como V. me vé, he tenido caudal y rentas tambien; si señor... si mi prove hija, no hubiese tenido la debilidad de querer demasiado á uno, no estaria yó aquí, no.... Pero ya se vé, se echó al rio; caballero, con perdon sea dicho ¡pobresita mia! ¡pues señor como ha de ser! el

caso es, que he sido bastante bestia para seguir una *convinacion* de loteria ¿está V?... me he tenio que dedicar á ser enfermera.... y lo hago por dos reales al dia y la comida....

=¿Pero qué, y no la visten á V? dijo Bixion ¡pues mi abuela, que tambien seguia una *convinacion* de loteria, no estaba encueros!

=¡Pues!..... ¡que gracioso! ¿Pero no vé V. que de mis dos reales, tengo que pagar mi sala, caballerito?

=¿Y que tiene la señora esa que está V. cuidando?

=No tiene absolutamente nada, en cuanto á parnés... pero por lo emás, tiene una enfermeá, que es capaz de hacer temblar á todos los médicos de París... y como me debe sesenta dias ¿está V? por eso es que sigo cuidándola.... y mas que luego que se haya dío, su mario que es un conde, porque ella es condesa ¿está V? me pagará mi cuenta: ya se vé, por eso, la he prestao yo cuanto tenia.... pero amigo ya me se acabó tóo... y aun he empeñao toós mis trapos.. Con que ya vé V.... me debe nueve duros y seis reales, sin contar los ciento y veinte de asistencia.... y como está empeñá en matarse con carbon *infusionándose*, ó como ella lo llama.:. por mas que yo la digo, que eso no está bien hecho por que es tentar la providencia........ ¡pero que quiere V!......, yo, por mi parte, he encargado á la portera que no la eje sola, mientras que yo estoy afuera; por que es ca-

paz de tirarse por una ventana abajo.

=¿Pero que tiene? volvió á preguntar José.

=¿Y que quiere V. que yo le diga, señor?... Ha venio á verla el medico de las beatas; y ha recetado que era preciso mandarla al Hospicio, por que su caso es mortal y está V? ya puede V. conocer el mal que tiene, sin que yó me vaya á *ruborizar* en decírselo.

=Vamos allá, dijo Bixion.

=Tome V. la dijo José, hay tiene V. dos duros.... (y para esto fué necesario que el pobre pintor, sacase de la calavera, cuanto dinero poseia) En seguida salió José con Bixion, y tomando un coche de alquiler, fué á buscar á Bianchon á quien afortunadamente halló en casa, mientras que Bixion, corria á la calle de Bussy á buscar al procurador Desroches. Una hora despues, los cuatro amigos se hallaban reunidos á la puerta de la casa de Flora.

=Ese Mefistofelés, que llaman Felipe, dijo Bixion á sus compañeros mientras subian la escalera, ha tenido un modo particular de deshacerse de su muger. Ya sabeis que nuestro amigo Lousteau, considerándose harto feliz en recibir una pension de 4,000 rs. mensuales del coronel y conde, ha hallado el médio de que Flora no frecuentase otra sociedad, sino la de Florina, Marieta, Tulia, Valnoble &c. Tan luego como el insigne Felipe, ha visto á su Cangrejera bien acostumbrada al lujo y á los placeres ruinosos, la ha dejado sin un

cuarto, y de este modo la ha puesto en la necesidad de procurarse por sí misma el dinero que la hacia falta. Por este bonito medio, el marido filósofo, ha visto á su muger ir bajando poco á poco, hasta el último escalon del vicio, de la miseria y del oprobio. En fin, la hizo bajo cuerda, hacer el conocimiento de un sargento, soberbio mozo, que la acostumbró al uso de las bebidas fuertes y sobre todo del aguardiente. ¿Que tal señores, no es muy apropósito este contraste, para moralizar?.... mientras el subia, ella descendia; hasta que al fin, la bella condesa se ha sumido en un inmundo lodazal. Y no obstante, esta muger que pasó sus primeros años en el campo, es fuerte, y por consiguiente lucha valerosamente contra la muerte, sin que pueda comprender de que medio se ha valido Felipe, para acabar tan pronto con ella.... Tengo una endemoniada curiosidad, y deseo de estudiar á fondo ese drama; porque quiero vengarme del camarada. ¡Ah amigos mios! continuó Bixion, con un tono que dejaba á estos en la incertidumbre de si hablaba en chanza ó con seriedad, no hay sino dar un vicio á un hombre, para que sea su víctima. ¡Que quereis! *esa muger era demasiado aficionada y muere víctima de su pasion*! Creo que esto mismo ha dicho Victor Hugo. Ya se vé, todo es así! mi abuela gustaba estraordinariamente de jugar á la loteria, y Felipe la mató con la loteria! El viejo Rouget, era aficionado al bello secso, y Lolotta le mató. La

señora Bridó, queria á Felipe, y Felipe en pago, la mató tambien.... Si, señores, lo repito; un vicio cuando llega á arraigarse bien, es cosa fatal..... ¿Saben W. como se puede definir al vicio? con el nombre *del verdugo de la muerte.*

—Está visto, dijo Desroches, tú morirás de un ataque de chanzas.

Luego que nuestros amigos llegaron al cuarto piso, les fué forzoso para subir al quinto, tomar una escalera que parecia de mano, y que no son muy raras en las boardillas de París. Aunque José que habia visto á Flora tan bella, se esperase hallar en aquel momento un espantoso contraste, nunca se pudo imajinar fuese tal, como el que se le presentó. En el rincon mas bajo de una boardilla se hallaba un miserable catre de lienzo roto; y en él yacia una muger amoratada, como pudiera estarlo un ahogado de dos ó tres dias, y tan flaca que parecia una ética en los últimos instantes de su vida. Aquel cadáver infecto, tenia envuelta la cabeza calva en un asqueroso pedazo de tela rayada de algodon: en lugar de ojeras, rodeaban sus ojos dos círculos de un vivo encarnado: y sus párpados se parecian al pellejo de una cebolla. Su cuerpo en otro tiempo tan encantador, se hallaba reducido al horrible esqueleto.

Al ver entrar Flora en su cuarto á aquellos cuatro caballeros, se cubrió el pecho con un pedazo de muselina, que sin duda habia sido una cortinilla de ventana. El mueblaje del cuarto se

componia de dos sillas cojas, una mala cómoda de pino, sobre la cual habia una bela, metida en una patata, á guisa de candelero; algunos platos esparcidos por el suelo, y una hornilla de barro en el rincon de la chimenea sin fuego. Bixion, vió tambien el resto del cuadernillo de papel, que habia comprado para escribir la carta á José. La palabra asquerosísima, no es adecuada para pintar la idea que la persona de Flora y su cuarto, inspiró á los jóvenes. Luego que la moribunda hubo reconocido á José, se le saltaron gruesas lágrimas y á su vista el incorregible Bixion, esclamó:—¡Calla, con que aun puede llorar! pues á fé que no hubiera yo creido que pudiesen salir lágrimas de un esqueleto. Esto convence de la posibilidad del milagro de Moisés.

—¿Pues qué, está seca?.... preguntó José.

—Si señor; contestó Flora, pero es el fuego del arrepentimiento el que me ha secado. ¡Ay de mi! y no he podido aun ver á un sacerdote ¡ni siquiera tengo un crucifijo para poder comtemplar la imágen de Dios! Ah señor José, añadió alargando sus brazos descarnados que parecian dos palos de rueca; muy culpable soy: pero en pago jamás ha castigado Dios á una muger, con tanta crueldad como á mí... Felipe mató á Max, que me habia aconsejado cosas espantosas; pero tambien me mata á mí... Dios le ha elegido por ejecutor de su justa venganza...... No se aparte V. jamás del sendero de la virtud; porque todos tenemos un Felipe.

—Dejádme solo con ella, dijo Bianchon á sus amigos, á fin de que vea si su enfermedad tiene cura.

—El único modo de hacer que Felipe rebentara de rabia, seria el de que se la pudiese curar, dijo Desroches: entretanto, voy á hacer constar el estado en que se encuentra su muger: puesto que no la ha hecho condenar como adúltera, goza aun de todos los derechos de esposa; de consiguiente, tendrá que sufrir el peso del escándalo de un ruidoso pleito. Ante todo, vamos á hacer trasportar á la señora condesa, á la casa de sanidad del doctor Dubois, en el arrabal de S. Dionisio; allí la cuidarán con lujo. En seguida voy á hacer notificar al conde, que la reintegre en el domicilio conyugal.

—¡Bravo, bravísimo, Desroches! esclamó Bixion ¡no puede haber placer comparable al de hacer un bien que ha de causar tanto daño!

Diez minutos despues, bajó Bianchon y dijo á sus amigos:—Voy corriendo á casa de Desplein, que puede salvar á esta muger, haciéndola cierta operacion. Ya vereis, ya vereis como la hace cuidar! El abuso de las bebidas fuertes, ha producido en ella, una *magnífica* enfermedad que se creia perdida para siempre.

—Pero dime, médico del demonio, pues que, no tiene sino una enfermedad? preguntó Bixion.

Pero Bianchon nada contestó, por que se hallaba yá en el patio: tal era la prisa que tenia de poder anunciar á Desplein aquella gran noticia.

Dos horas despues, la desgraciada cuñada de José, fué conducida á el hospicio decente, creado por el filántropo Dubois; y tres semanas mas tarde, la gaceta médica hacia relacion de una de las mas audaces tentativas de la cirujia moderna, hecha con una enferma que se designaba con las iniciales F. B. La paciente, falleció mas bien á causa de la estrema debilidad á que la habia reducido la miseria, que á consecuencia de la operacion.

A pocos dias, el coronel conde de Bramburg, fué á ver al conde de Soulanges, completamente vestido de luto y le anunció la *dolorosa* pérdida que habia tenido. En todos los altos círculos, corrió pronto la noticia de que el conde de Soulanges, iba á casar á su hija, con un gran señor de nuevo cuño, pero de mucho mérito, á quien el ministerio iba á promover á mariscal y coronel de la guardia Real. De Marsay, dió esta noticia á Rastignac, que la repitió en una cena que se dió en la fonda del Rocher de Caucal (a) á la que asistió Bixion.

=Pues señor, eso no se hará, dijo para sí el ingenioso artista.

Si entre los amigos que Felipe habia desconocido, luego que se vió poderoso, se hallaban algunos que no podian vengarse, como Girondeau, en cambio tambien habia cometido la imprudencia de ofender á Bixion, á quien su talento daba entrada en todas partes, y que no

(a) Famosa fonda para cenas.

perdonaba á nadie. El hecho fué el siguiente. Hallándose reunidas una noche, muchas personas de alta categoría en una cena, en la misma fonda, Bixion dijo á Felipe que deseaba irle á ver á su palacio de Bramburg; y este le contestó: «no te apresures, vendrás cuando sea ministro.»

—Ya; contestó Bixion riendo; quiere decir, que para ir á tu casa, es preciso que me haga protestante! y en seguida dijo para sí...... no tengas cuidado; si tu eres Goliat, yo tengo mi honda, y no me faltarán piedras.

Al dia siguiente, aquel jóven singular, se disfrazó en casa de un actor amigo suyo, y gracias al poder de los vestidos se transformó en una especie de secularizado, con sus antiparras verdes y demas atributos; en seguida tomó un coche de alquiler y se hizo llevar á casa del conde de Soulanges. Bixion, á quien Felipe llamaba el bromista, queria darle una broma de veras. Solicitó con instancia hablar al señor conde de un asunto sumamente grave, y fué admitido; tan luego como estuvo en presencia de aquel señor, tomó el aire de un hombre venerable que posee secretos de suma importancia, y con voz propia del caso y circunstancias, hizo la historia de la enfermedad de la condesa difunta, que le habia confiado Bianchon; contó la historia de la muerte de Agata; la del pobre Rouget, de que el mismo conde se habia alabado; refirió la muerte de la Descoings y el empréstito hecho á la caja del periódico; y en

fin, dijo cuales habian sido las costumbres de Felipe, y los medios que habia empleado para apoderarse de la fortuna de su tio. Y concluyó aconsejando al conde, que no la diese á su hija, hasta que hubiese tomado los oportunos informes sobre cuanto le acababa de decir: añadiendo, que esto le seria tanto mas fácil, cuanto que los podia saber de sus mismos compañeros Bixion, el capitan Girondeau &c.

Tres meses despues, se habian reunido para cenar en casa del conde de Bramburg, Tillet, Nucingen, Rastignac, Maxime de Traille y de Marsay; los cuales procuraban consolar á su anfitrion, del sentimiento que pudiera haberle causado el haber roto sus relaciones con la familia de Soulonges. El coronel, por su parte, escuchaba con marcada indiferencia sus consuelos.

=¿Que fortuna se necesitaria, para casarse con la señorita de Graudlieu? preguntó á de Marsay.

=A V.... contestó de Marsay, no le darian la mas fea de las seis niñas á menos que presentase V. un capital de cuarenta millones.

=¡Que disparate? dijo Rastignac, otra cosa mejor puede V. hacer. Con ochocientos mil reales de renta, podria V. casarse con la señorita de Langeais, la hija del marqués.... tiene treinta años y no lleva en dote ni un solo maravedí.

=Dentro de dos años, tengo cuarenta millones, contestó Felipe Bridó.

=¿Sí? dijo Tillet; pues hombre mucho me

convendria saber el secreto que V. tiene para hacerlo: porque hoy somos 16 de enero de 1829, quiere decir que hace mas de diez años que trabajo, con el mismo intento, y por Cristo, que aun nos lo tengo.

=Bueno, pues nos consultaremos mutuamente y V. podrá juzgar de la disposicion que yo tengo para los negocios de rentas, respondió Bridó.

=A cuanto asciende su capital de V? le preguntó Nucingen.

=Diré á V.: vendiendo todas mis rentas, y cuanto tengo, escepto mis Estados y mi palacio, que de ningun modo quiero comprometer y ademas que forman mi mayorazgo, podré reunir hasta doce millones.....

Nucingen y Tillet se arrojaron uno á otro una mirada significativa, y en seguida Tillet dijo á Felipe:

=Mi querido conde, si V. quiere trabajaremos juntos.

De Marsay, que habia reparado en la mirada que Tillet habia echado á Nucingen, comprendió que queria decir: «nuestros son los doce millones.»

Con efecto, estas dos notabilidades de la alta bolsa, que estaban en la mas secretas interioridades de los negocios políticos, podian jugar á ciencia cierta contra Felipe haciéndole creer que la especulacion era escelente, mientras que en realidad y á pesar de las apariencias, fué todo

lo contrario. Asi sucedió: En julio de 1830, Tillet y Nucingen, habian conseguido que el señor conde de Bramburg, hubiese casi doblado sus doce millones, y de este modo Felipe á pesar de su carácter desconfiado tenia formado de ellos la mas alta idea y creia en su honradez y buen consejo. Como él mismo era hechura de la restauracion y tenia por otra parte á los ciudadanos en el mas profundo desprecio, creyó infalible *el golpe de Estado* que meditaba el gobierno, y compró inmensa cantidad de fondos públicos, mientras que sus dos consejeros, que eran de parecer enteramente contrarios y estaban muy convencidos de la posibilidad de una revolucion, vendieron cuanto tenian. No obstante, en apariencia, ambos aparentaban seguir la misma opinion del conde y parecian tener las mismas miras; por tanto le hicieron concebir esperanzas de doblar sus millones, mientras que se preparaban en secreto á ganárselos.

Durante los tres dias de la revolucion, Felipe se batió como un hombre para quien la victoria valia veinte millones. Fué tan visible su heróica adhesion á la causa de Carlos X, que recibió órden de dirijirse á Saint-Cloud juntamente con el duque de Maufrigreuse, y esto le salvó la vida, porque su intencion era de dar el 28 una carga por todos los Boulevars, y es probable que en ella hubiera perecido á manos de su amigo Girondeau, que mandaba una division del pueblo.

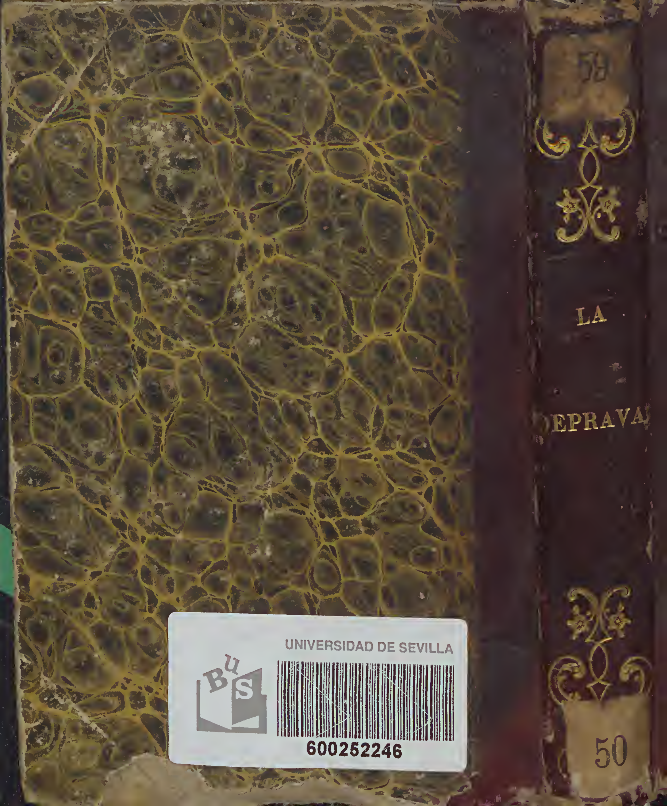
Un mes despues, no le quedaban al coronel Bridó de toda su inmensa fortuna, sino sus estados, su palacio, sus cuadros y sus muebles. Ademas, él mismo confesó haber cometido la tonteria de creer posible el restablecimiento de la rama primogénita de los Borbones á la que se mantuvo fie!, hasta 1834. Por una envidia bastante natural, viendo á Girondeau que era coronel, pidió el tambien servicio, y fué nombrado para mandar un regimiento en Argel, donde pasó tres años, ocupando los fuertes de mayor peligro, con la esperanza de que lo hiciesen general; pero se hallaba sometido á la enemiga influencia del general Girondeau, y no pudo salir de coronel. Esto agrió su carácter, de modo que se hizo estremadamente severo para el servicio, lo que le atrajo el odio de sus subordinados, á pesar de su valor á lo *Murat*. Durante al desastrosa campaña de 1839, en una retirada, quiso sostener á los árabes, y se arrojó sobre ellos seguido tan solo de dos compañias de su regimiento. El combate fué espantoso y sangriento, se batian cuerpo á cuerpo, y la caballeria francesa pereció casi toda. El corocoronel se quedó rodeado de enemigos y casi solo; pero los que le vieron no juzgaron prudente esponer sus vidas por salvarle y sehicieron sordos á las voces que daba de *¡A vuestro coronel*, mis valientes!.... ¿qué, asi abandonais á un coronel del Imperio? Oyeron en seguida es-

pantosos ahullidos, y se volvieròn al regimiento. La muerte de Felipe, fué horrorosa: despues de caer acrivillado de heridas, los árabes le cortaron la cabeza y se la llevaron en triunfo.

José, que por la proteccion del conde de Serizy, se casó con la hija de un labrador millonario, heredó ademas los estados y el palacio de Bramburg, de los que no tuvo tiempo su hermano para disponer de otro modo, á pesar de que tal era su intencion. Pero lo que mas placer causo al pintor, fué el verse otra vez dueño de la riquísima coleccion de cuadros. Su padre político que es una especie de avaro rústico, continúa acumulando riquezas, y posee ya mas de 200,000 rs. de renta. Pinta José magníficos cuadros, y los artistas tienen en él un verdadero padre; no obstante, aun no ha llegado á ser miembro del instituto. A consecuencia de una claúsula del mayorazgo, es realmente conde de Bramburg, y esto le hace tenderse de risa cuando se halla solo en su estudio con sus amigos.

Amigo, le dice entonces, Leon de Lora, famoso pintor de paisages que no ha olvidado su costumbre de ensartar refranes, *cuando hace sol, meterlo en casa*: no tengas pena, ni te rias tanto de tu condado, dia llegará en que conozcas que *el comer y rascar, todo es empezar.*

FIN DE LA NOVELA.


59
LA
EPRAVA
50